

ALEJANDRA
BENEYTO

*Ese quizás
llamado
nosotros*

CROSS
BOOKS

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

2002. Teo

Oriana

Teo

2003. Oriana

Teo

2004. Oriana

Teo

Oriana

2005. Oriana

Teo

Oriana

2006. Teo

Oriana

Teo

2007. Oriana

Teo

2008. Oriana

Teo

Oriana

Teo

Oriana

2009. Teo

Oriana

Teo

2010. Oriana

Teo

Oriana

Teo

Oriana

Teo

Oriana

Teo

Oriana

2011. Teo

Oriana

2012. Teo

Oriana

Teo

Oriana

Teo

2013. Enero

Febrero

Marzo

Abril

Mayo

Junio

Julio

Agosto

Septiembre

Octubre

Noviembre

Diciembre

2014. Oriana

Teo

Oriana

Teo

2015. Oriana

Teo

Oriana

Teo

Oriana

Teo

2016. Oriana

Teo

Oriana

Teo

Oriana

Teo

2017. Oriana

Teo

Oriana

Teo

2018. Oriana

Teo

Agosto

Oriana

Teo

2019. Oriana

Teo

Oriana

Teo

Oriana

Teo

2020. Oriana

Teo

Oriana

Teo

Oriana

Teo

Oriana

Teo

Oriana

Teo

Oriana

Teo

Oriana

Teo

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Teo tiene una casa llena de cosas, pero siente que está vacío.

Oriana no tiene casa, pero siente tanto en su interior que le da miedo desbordarse.

Cuando se cruzan siendo solo dos niños, descubren en el otro lo que no sabían que se les había perdido.

Aunque, a veces, alcanzar aquello en lo que piensas cuando cierras los ojos solo es posible en ese lugar entre lo real y los sueños.

Porque él aún es invisible. Nadie lo ve.

Porque ella no sabe quedarse. Solo quiere huir.

Teo y Oriana son una galaxia perdida, una realidad que cuando alcanzas ya no existe, un reloj de arena al que nadie le dio la vuelta...

Teo y Oriana solo existen en un quizá.

ESE QUIZÁ LLAMADO NOSOTROS

Alejandra Beneyto



*Para René, porque no todas las cartas de amor
cabén en un sobre.
Y para Olivia. Ojalá la vida te demuestre que la
ilusión puede cambiar tu mundo.*

¿Conoces ese lugar entre el sueño y el despertar, el lugar donde todavía puedes recordar los sueños?
Ahí es donde siempre te amaré, donde te estaré esperando.

Peter Pan, JAMES MATTHEW BARRIE

2002

Teo

Era mi primer día en aquel instituto. Y estaba nervioso. El aula que me había tocado era muy diferente a la de mi antiguo colegio. La pintura de las paredes se había desconchado por varios puntos y las baldosas del suelo estaban rayadas.

No conocía a nadie. Y me resultaba extraño. Desde los cuatro años había estado en el mismo lugar y en aquel momento estaba rodeado de un montón de desconocidos.

—Durante el día de hoy tendremos la jornada de orientación —anunció nuestra tutora—. Os explicaremos cómo sacar libros de la biblioteca, dónde hay habilitadas salas de estudio y qué pasos debéis seguir para solicitar las tutorías.

Miré a mi alrededor. Arrugué la nariz cuando me di cuenta de que casi todos mis compañeros parecían conocerse entre ellos.

«Tienes doce años, Teo. Debes ser responsable.» «Esto es la secundaria. No puedes seguir haciendo tonterías.» «Ya no eres un niño. Se acabaron los juegos.» Mi padre me había dado una charla la noche anterior. Después, no había podido ni probar la cena. Creo que solo estaba triste por las palabras de mi padre. Se había pasado prácticamente todo el verano sin hablarme, desde que la tutora le dijo a mi madre en la reunión de final de curso que yo no era el tipo de alumno que encajaba en mi colegio de siempre.

—Esto de aquí es la cantina. Da igual lo duro que haya sido el día, Quim siempre tendrá una sonrisa para vosotros.

—La voz de la tutora nos acompañaba mientras cruzábamos el patio. Era pequeño. Había pocos árboles y solo dos pistas de fútbol. Recordé las instalaciones de mi anterior escuela. Todos íbamos de uniforme. No debíamos levantar demasiado la voz. Y yo no encajaba.

No me gustaba la sensación de estar solo. Así que, cuando sonó el timbre que anunciaba el primer recreo, me armé de valor para unirme a un grupito de chicos a los que había visto reírse a escondidas mientras la profesora nos enseñaba la sala de estudio.

—Hola —les dije al acercarme.

—Hola —me contestó uno de ellos—. ¿Eres nuevo?

—Es el primer día. Pensaba que todos éramos nuevos.

—Sí, pero nosotros ya nos conocemos. Venimos del mismo colegio. Tú no.

—Ya. —Me encogí de hombros—. Me llamo Teo.

—Yo soy Jordi. Ellos son Pere y Rafa. —Señaló a los chicos que estaban a su lado, que me observaban con curiosidad. Uno llevaba gafas y el otro, el pelo de punta con demasiada gomina—. ¿De qué colegio vienes?

—Del Vallés.

—¿Del Vallés? —Jordi arqueó las cejas y después miró a sus amigos.

—¿Y qué haces aquí entonces? Ese colegio es muy pijo —dijo el chico de gafas.

—Me echaron.

No necesité dar más explicaciones. Me ofrecieron sentarme con ellos en las escaleras y me hablaron como si nada mientras le quitaban el papel de aluminio a sus sándwiches de pan Bimbo.

Estuvimos juntos durante la segunda etapa de la jornada de orientación y no nos separamos hasta que el timbre anunció que era la hora de marcharnos a casa.

Cuando divisé el coche de mi madre en la salida, me subí al vehículo todo lo rápido que pude para salir de la zona del instituto. No quería que nadie viera que venían a por mí. Y menos en un Mercedes.

—Vamos, mamá, arranca —dije cerrando la puerta del copiloto mientras, con la otra mano, tiraba la mochila hacia la parte de atrás.

—Hola a ti también, cielo —respondió con una sonrisa. Mamá siempre me sonreía.

Me froté los ojos y miré por la ventanilla.

—Ponte el cinturón, Teo, por favor —me pidió.

Le hice caso y nos fuimos alejando del edificio.

—¿Cómo ha ido el primer día?

—Bien.

—¿Ya has hecho amigos?

—Algo así.

Ella volvió a sonreír. Después me miró de reojo un segundo.

—Te lo dije, cariño. Tú eres de los que lo tienen fácil.

El salón de mi casa olía a albóndigas caseras cuando entramos. Mi hermana mayor ya estaba allí, con el uniforme del colegio aún puesto, haciendo los deberes en el salón.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Intentar ser alguien en la vida —me respondió sin mirarme. Puse los ojos en blanco. A veces, Sabrina me daba unas respuestas que no comprendía.

—¿No vas a preguntarme qué tal el primer día?

La expresión de Sabrina se dulcificó. Dejó a un lado un cuaderno que había forrado ella misma la tarde anterior y me puso una mano en la rodilla.

—¿Ha ido bien?

—No lo sé —reconocí—. Todo es muy diferente a nuestro colegio.

—¿Diferente en qué?

—Es como... viejo.

—Papá y mamá creen que vas a estar mejor en este nuevo sitio. Menos presión.

Miré a mi hermana. No añadí nada más. Después me levanté y me fui a mi cuarto. Miré mis pósteres de *La guerra de las galaxias* y de *La patrulla X*. Luego eché un vistazo a la fotografía de final de curso que me había hecho con mis compañeros de clase antes de las vacaciones.

Me tiré en la cama y clavé la vista en el techo.

Me sentía fuera de lugar, pequeño e invisible.

Oriana

Era mi primer día en aquel instituto. Y estaba nerviosa. El aula que me había tocado era muy diferente a la de mi antiguo colegio. Todo parecía nuevo. Limpio. De otro mundo. Y me asustaba.

Me asustaba la gente, tan distinta. Las calles, más grises, más llenas de ruido y menos de melodías. Los olores, mucho más secos, menos terrenales, como si fuera una realidad diferente.

—Durante el día de hoy tendremos la jornada de orientación —empezó a decir la que iba a ser nuestra tutora cuando todos los integrantes de la clase estuvieron dentro del aula—. Os explicaremos cómo sacar libros de la biblioteca, dónde hay habilitadas salas de estudio y qué pasos debéis seguir para solicitar las tutorías.

Miré a mi alrededor. La mayoría de los niños de mi clase parecían conocerse entre ellos. Había complicidad. Risas y miradas que tenían significado, y que continuaron mientras la profesora nos condujo por los pasillos del colegio. Me sentía perdida y lejos de casa, sola en medio de tanto alboroto.

Estaba a punto de romper a llorar. Echaba de menos a mi amiguita María. Echaba de menos el uniforme de la escuela. Echaba de menos el almuerzo que me preparaba mima y que tanto le costaba conseguir.

Hice un esfuerzo por escuchar a la tutora, que nos explicaba con una sonrisa el funcionamiento general del instituto. Pero mi mente estaba lejos de todo. Había volado

a las calles de mi Habana querida, a sus olores y su alegría. A los brazos de mi abuela.

—Esto de aquí es la cantina. Da igual lo duro que haya sido el día, Quim siempre tendrá una sonrisa para vosotros. —La voz de la tutora nos acompañaba mientras cruzábamos el patio. Me pareció enorme. Había árboles y dos pistas de fútbol. En mi colegio únicamente teníamos un pequeño espacio común. Nuestro lugar de recreo siempre fueron las calles.

Cuando sonó el timbre del descanso, la mayoría de la clase se dividió en grupitos para aprovechar esos veinte minutos. Yo me quedé sola. Casi prefería eso a las miradas del resto de los compañeros. Quizá era mi ropa o el color de mi piel, pero había notado que me observaban demasiado y también había escuchado a dos niños burlándose de mi acento. Me sentía humillada. Como si me estuvieran rechazando, que era una de las cosas que más me dolían en el mundo.

Cerré los ojos deseando desaparecer.

Pero no lo hice.

A las dos de la tarde finalizó la jornada y pudimos marcharnos a casa. Todos los alumnos salieron corriendo hacia las puertas, en grupos, riendo y gritando. Eso sí me recordó a mi hogar. Yo siempre caminaba hacia mi casa con María, que, además de mi mejor amiga, era mi vecina.

Esa mañana, en aquel lugar nuevo para mí, me marché sola. Alonso, el marido de mi madre, me había enseñado el camino el día anterior. Me llevó desde la zona donde vivíamos hasta el instituto, obligándome a memorizar el recorrido. Después se marchó. Tardé casi una hora en regresar al edificio del portal naranja.

Cuando llegué al apartamento, toqué el timbre y me abrió Eva. Mi madre. Llevaba un pañuelo en la cabeza que contenía su mata de pelo trigueño.

—Hola, mi reina —me dijo en cuanto me vio—. ¿Qué bola? ¿Cómo fue el primer día?

—Bien. —No di más explicaciones. No podía. Solo quería encerrarme y llorar.

Mi habitación era pequeña, pero para mí era suficiente. Había una cama y un armario. No tenía muchas cosas. De mi tierra, solo me había traído algunos recuerdos: un álbum con fotos en las que salíamos mima, tía Clarita, tío Héctor, Eva y yo; libros que llevaban demasiado tiempo en mi familia y algunas prendas de ropa.

Mi habitación olía a lejía y al producto con el que Eva había limpiado los cristales la tarde anterior. Intenté que mi mente viajara al olor de mi casa de siempre. Al del arroz recién hecho. Al de los tamales que preparaba mima. Al de ella misma, cuando nos metíamos por las noches en la cama.

Pero no pude.

Solo llevaba tres días en España y ya había olvidado el olor de mi abuela.

—Mi reina, ¿estás bien? —Eva se quedó mirándome desde la puerta.

—S-sí.

—¿Estás llorando?

Tragué saliva. Sabía a sal. Había llorado tanto en el último mes que pensaba que llegaría el momento en el que se me secarían las lágrimas. Pero ese momento no llegaba.

—¿Por qué lloras, Oriana? ¿Se han portado mal contigo en la escuela?

—N-no.

—¿Entonces qué te pasa?

—Ya lo s-sabes.

Tenía los ojos cerrados. Aun así, pude intuir cómo se crispaba la expresión de Eva. Ella nunca había sabido llegar a mí. No me entendía como lo hacía tía Clarita. No sabía consolarme como lo hacía mima. Ella era mi madre, sí. Sin embargo, no existía entre nosotras ninguna conexión especial.

—Tienes que dejar de llorar, anda, no seas boba... —susurró desde la distancia—. Alonso llegará enseguida y tiene que vernos felices. Él nos ha salvado. A las dos, recuérdalo. Tenemos que ser agradecidas.

El nudo de mi garganta se intensificó. Alonso no me gustaba. No me gustaba la forma que tenía de mirar a mi madre. No me gustaba la forma en la que me miraba a mí.

Lo había conocido un año atrás. Había acompañado a Eva a casa después de tres semanas en las que ella apenas había dado señales de vida. El día que nos lo presentó, cambió mi mundo. Era muy alto, muy fuerte y muy rubio. Mima enseguida sacó cosas para comer, tía lo acomodó en nuestro salón y Eva se sentó en sus rodillas.

A mí me mandaron al cuarto casi de inmediato. Pero necesitaba saber qué ocurría. Pegué la oreja a la pared para escuchar y me enteré de todo a tiempo real. Él estaba de vacaciones en Cuba con unos amigos. Se habían conocido en una discoteca un mes atrás y, al parecer, se habían enamorado y planeaban casarse.

—*¿Cómo vas a casarte, Eva? —escuché decir a mi tía Clarita, siempre tan directa, tan firme—. ¡Es una locura!*

—*Locura es que Eva siga viviendo así —dijo él—. Tienen que venirse conmigo a España.*

—*¿Tienen? —Esa fue mima, y su voz sonó rota, como una súplica.*

—*Claro. Ori y yo. Me la llevo conmigo —anunció mi madre.*

—*¿A España? No puedes llevártela, Eva.*

—*¡Claro que puedo! Es mi hija y se viene conmigo. Se acabó esta vida de hambre y miseria.*

—*¿Y su papá? Algo tendrá que decir.*

—*A Orlando nunca le importó Oriana. No creo que vaya a intervenir justo ahora.*

Dejé de escuchar en el acto. Me metí debajo de la cama de mima hasta que aquel hombre se volvió a marchar con mi madre.

Volvieron al día siguiente para llevarme con ellos a pasear por La Habana Vieja.

Un año más tarde, cuando los papeles estuvieron arreglados, estaba montada en un avión.

—¿Me estás escuchando, mi reina? —La voz de Eva me devolvió al presente.

—S-sí.

—Bien. Pues ya sabes lo que tienes que hacer. Lávate la cara y sonríe. Sonríe, Oriana. Estamos aquí para ser felices. Y todo es gracias a Alonso. No lo olvides.

Él llegó diez minutos más tarde. Comimos los tres en el comedor.

—Está claro que no me casé contigo por cómo cocinas, nena, pero no te preocupes, ya irás aprendiendo... —le dijo al terminar mientras su mano desaparecía bajo la mesa, haciendo que ella se estremeciera.

Me levanté enseguida para retirarlo todo. Detrás de mí, escuché como ella y Alonso se besuqueaban. Se me encogió el estómago.

—Eh, Oriana —me llamó Alonso desde el salón.

—¿Sí? —Me asomé.

—No hagas ruido mientras friegas. Tu madre y yo necesitamos intimidad.

—Cla-claro.

A continuación, los vi desaparecer por el pasillo, de camino a su habitación. Las risas de Eva me llegaron amortiguadas desde allí dentro.

Yo me encerré en la cocina a lavarlo todo. Y luego en mi cuarto, mirando las fotos de mi familia para no olvidar sus caras. Recordando la voz de mi abuela aquella primera vez que el corazón se me rompió en mis doce años de vida.

—*Quiero quedarme contigo, mima.*

—*No puede ser, mi chiquita. Tienes que ir con ellos.*

—*Pero yo quiero estar aquí. No quiero dejarte.*

—*Es lo mejor para tu futuro. En España tendrás más posibilidades. Y tu mamá cuidará de ti.*

—Ella no es mi mamá, para mí tú eres mi única madre.

—No digas eso, mi amor. A Eva le partirías el alma si te escuchara decir eso. Estás en la lucha, lo sé, pero dale candela y vamos pa'lante.

—No puedo, mima...

—Hazlo por mí, Oriana. Ve con tu mamá. Yo estaré contigo siempre siempre siempre...

Teo

—Según mi horario, hoy salgo a las tres —le dije a mamá cuando el segundo día detuvo el coche unos metros antes de la llegada al instituto.

—Vale, cielo. Te espero aquí. Dame un beso.

—Jo, mamá...

—Un beso, Teo. Y las gracias. Las gracias siempre.

Arrugué la nariz y dejé un beso en su mejilla. Después me incliné hacia la parte de atrás para coger la mochila y salí del coche.

La primera clase era la de Castellano. Nada más entrar en el aula, Magda, nuestra tutora, nos anunció que íbamos a sentarnos por orden alfabético.

—Valdés Suárez, Oriana, y Vives Ros, Teodoro. Ocupad el pupitre de la zona de la derecha.

La tal Oriana llevaba una especie de chándal de terciopelo, unas sandalias doradas y el pelo, negro y rizado, recogido en una coleta. Tenía la piel muy morena y estaba muy delgada.

Saqué el cuaderno de la mochila y un bolígrafo. A mi lado, mi compañera de pupitre hizo lo mismo y vi que su libreta era en realidad un conjunto de hojas amarillentas grapadas por los laterales. Vi cómo apuntaba la fecha con un lápiz al que habían sacado punta tantas veces que tenía el tamaño de mi dedo meñique. Me fijé en su caligrafía. Era cuidada. Bonita.

Salvo ese detalle, apenas reparé en ella durante las clases de la mañana. Todo cambió cuando, a la hora del

patio, me quedé atrás por culpa de la cola de los aseos. Justo cuando iba a buscar a Pere, la vi. Estaba en la zona de las escaleras y lloraba en silencio.

—Eh, ¿estás bien? —Me acerqué despacio.

No contestó. Se limitó a mirarme con sus enormes ojos casi negros. Estaba asustada. Observé cómo capturaba una lágrima mientras me arrodillaba junto a ella.

—Hablas mi idioma, ¿verdad?

Asintió con lentitud.

—¿Y por qué no contestas?

—Porque eres uno de ellos —susurró.

—¿De quiénes?

—Ya sabes..., ellos.

Me sorprendió la forma en la que hablaba. Era castellano, pero sonaba diferente. Como si cantara.

—No sé de qué hablas.

—He visto cómo os reíais. Ayer, en la hora del patio, y hoy, antes de que nos cambiaran de sitio, también estabais juntos.

—¿Te refieres a Jordi y los demás?

—Sí.

—¿Te han hecho algo?

Vi que dudaba. No sabía si podía fiarse de mí. No la culpaba. Era cierto que en las escasas veinticuatro horas que llevábamos de curso me había preocupado por acercarme a esa pandilla. Pero mis ganas de ser uno más de ellos se esfumaron en ese mismo momento.

Me quedé mirándola en silencio. Nunca había visto a nadie tan triste como a la chica que tenía delante.

—Puedes confiar en mí. En realidad, no los conozco de nada. Estaba con ellos porque... no quería estar solo. Soy nuevo. Tú también eres nueva, ¿no?

Asintió despacio. Después entornó los ojos. Había dejado de llorar.

—¿De verdad no son tus amigos?

—De verdad de la buena. Cuéntamelo. ¿Qué te han hecho?

—Se... se han metido conmigo.

—¿Por qué?

—Por mi manera de hablar. Por mi ropa. Porque no soy de aquí...

—¿Qué te han dicho?

—Me han puesto un mote.

—¿Un mote? ¿Qué mote?

Agachó la cabeza para no mirarme a los ojos. Unos cuantos rizos negros que se habían salido de su coleta le cubrieron el rostro.

—Dicen que soy «Oriana, la sucia gitana».

La indignación empezó a crecer dentro de mí. Especialmente cuando oí un nuevo sollozo.

—Quédate aquí —le dije—. Vuelvo enseguida.

Me puse en pie y crucé el patio hasta localizar a Jordi y al resto de los compañeros implicados en aquello. Cuando los tuve delante, los enfrenté por meterse con una chica recién llegada que no conocía a nadie y ni siquiera había dado problemas.

Después regresé al lugar donde había dejado a Oriana. Ella seguía allí, en la misma postura.

—No tienes que preocuparte más por ellos.

—¿Qué ha pasado?

—No es importante. Lo único que tienes que saber es que no volverán a molestarte.

—¿De verdad?

—Te lo prometo.

—Gra-gracias.

El timbre sonó de nuevo. Oriana miró hacia todos lados, asustada, cuando vio que medio instituto se dirigía hacia nosotros.

Le tendí la mano y la ayudé a ponerse en pie.

—Gracias —dijo de nuevo.

—No hay de qué. —Sonreí—. Deberías ir al baño a lavarte la cara.

Ella asintió y salió corriendo hacia el aseo.

Cuando volvió, la profesora acababa de entrar en el aula y estaba mirando algo entre sus libretas.

Oriana se sentó a mi lado. Seguía triste, pero tenía la cara limpia y la coleta recién hecha.

—¿Mejor? —le pregunté.

—Sí. Gracias.

Pensé que a mi madre le gustaría Oriana. Daba mucho las gracias.

La profesora de Naturales pidió silencio. Se puso a pasar lista y después nos dijo que abriéramos el libro por la página doce.

—¿No tienes libro? —le pregunté en voz baja.

—No. Lo siento.

—No te preocupes. Yo te dejo el mío. Ven.

Puse el libro en el punto exacto en el que se unían los dos pupitres y ambos nos acercamos para leer el inicio del tema uno.

La clase fue un aburrimiento, pero Oriana estaba tan atenta que yo decidí tomar ejemplo y tomar apuntes de la misma manera en la que lo hacía ella.

—Vale, chicos —dijo la profesora cuando sonó el timbre—. Para la próxima clase, quiero que traigáis hechos los ejercicios dos, tres y cuatro de la página dieciséis.

Vi que Oriana apuntaba los deberes en una hoja aparte y yo hice lo mismo.

—¿Te importa si copio los enunciados? —me preguntó de pronto Oriana—. Intentaré hacer los ejercicios en el próximo recreo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No sé cuándo tendré el libro, no sé si podré hacer los ejercicios.

—Llévate el mío —le dije sin pensar.

—¿Cómo?

—Te dejo mi libro para que te lo lleves a casa.

—Pero ¿y tú? ¿Cuándo harás la tarea?

Me encogí de hombros.

—No te preocupes por eso.

—No quiero que te pongan un negativo por mi culpa. Me sentiría muy mal.

—A ver, mira... —Saqué el horario que nos habían dado el día anterior y comprobé cuándo volvíamos a tener clase de Naturales—. Hasta pasado mañana no nos toca otra vez esta asignatura. Llévatelo hoy a casa, haz los ejercicios y me lo traes mañana. Yo los haré por la tarde.

—¿En serio?

—En serio.

—Muchas gracias, Teodoro.

Me reí.

—Puedes llamarme Teo. Teodoro es mi abuelo. Y mi padre. Yo soy... solo Teo.

—Vale. Pues gracias, Teo.

—Das mucho las gracias.

—Mima dice que hay que darlas siempre.

—¿Mima es tu madre?

—No. Mi abuela.

—Ah. ¿Vives con ella?

—No. Se quedó en Cuba.

—¿Eres de Cuba?

—Sí.

Eso explicaba su forma de hablar y su color de piel. Quería hacerle mil preguntas, pero el profesor de Plástica llegó enseguida y ya no pude.

Cuando acabó la última clase, salí el primero para que nadie me viera irme en el Mercedes de mi madre.

Pasé la tarde buscando información sobre Cuba en la Larousse, la enciclopedia que tenían mis padres en casa. Memorice un montón de datos absurdos, como su longitud, demografía, temperatura media y los paralelos que la cruzaban. También hubo varias cosas que no entendí.

—Mamá, ¿qué significa dictadura? —pregunté en la cena. Estábamos los cuatro en la mesa del salón, papá, mamá, Sabrina y yo.

—¿A qué viene esa pregunta, Teo? —quiso saber mi padre.

—Está obsesionado con Cuba —canturreó mi hermana—. Ha estado toda la tarde buscando información en la enciclopedia.

—¿Te quieres callar, pesada?

—Teo, no hables así a tu hermana.

—Jo, mamá, ¡es que no para de espiarme!

—A ver, cielo, ¿qué te pasa con Cuba?

Mi hermana dibujó una sonrisita, pero se tapó la boca antes de que volvieran a reprenderla.

Mi padre, por su parte, desconectó de la conversación. Después se marchó a su despacho.

—¿Qué es una dictadura, mamá?

—Es una forma de gobierno. El presidente tiene todo el poder, sin limitaciones, sin someter a votación ninguna de las leyes que dictamina. Manda sobre todo y sobre todos.

—¿Quién es el presidente de España?

—José María Aznar.

—En Cuba es Fidel Castro.

—Sí, cariño. Pero la diferencia es que al presidente de España lo eligen los ciudadanos. En Cuba lleva años siendo Fidel, y parece que seguirá así. Tiene al pueblo reprimido.

—¿Y eso qué significa?

—Que no tienen libertad. Y muchos viven en la pobreza.

Pensé en Oriana. En su ropa, en el libro que no tenía, en que todo lo que usaba parecía viejo. Me sentí mal. Yo tenía tantas cosas...

Me comí el postre en silencio, pensando en ella. Nadie dijo nada hasta que Sabrina se puso en pie.

—Las cosas al fregadero, Sabri —le dijo mamá con dulzura.

Ella le hizo caso y, a continuación, se fue hacia la planta de arriba.

En cuanto nos quedamos solos, mamá me miró a los ojos.

—¿Quieres contarme por qué de pronto estás tan interesado en Cuba?

—Es que... —Me ardieron las orejas.

—¿Has conocido a alguien en el instituto que venga de Cuba?

Hice un gesto afirmativo. No quería mirarla de frente.

—¿Es una chica?

—Es mi compañera de pupitre —aclaré.

—Entiendo. ¿Y cómo se llama?

—Mamá, jolín...

—Vale, vale. —Ella sonrió—. Puedes traerla a casa cuando quieras, ¿de acuerdo?

La idea me puso nervioso. Si ella realmente era pobre, me avergonzaba que viera cómo era mi casa.

—¿Puedo irme a mi habitación? —pregunté a mi madre.

—Claro, cariño. Pero acuérdate de lavarte los dientes antes de meterte en la cama.

Yo asentí. Siempre nos lo recordaba.

Al día siguiente, en clase, Oriana seguía teniendo el mismo aspecto triste. Llevaba el pelo recogido en dos trenzas y una camiseta que parecía de hombre. Le sonreí y saqué el libro de Sociales. Era la asignatura que teníamos a primera hora. Sin preguntar, lo puse en medio para que pudiéramos consultarlo los dos.

—Por cierto —dijo ella de pronto—. Te he traído el libro. Hice ayer la tarea.

—¿Es muy difícil?

—No mucho, pero si tienes dudas, te puedo ayudar.

—Genial.

Intercambiamos una sonrisa y esa fue la primera señal de que nos habíamos convertido en amigos.

La segunda vino cuando la acompañé a hablar con el profesor de Catalán para explicarle que Oriana había

llegado al país hacía solo cuatro días y que necesitaba apoyo para aprender la lengua. Y la tercera, cuando salimos juntos al recreo.

Esa noche, cuando me acosté, cerré los ojos y soñé con ella.

Creo que Oriana aprendió demasiado pronto a visitarme mientras dormía. Nunca ha dejado de hacerlo.

2003

Oriana

Con los meses, Teo se fue convirtiendo en algo más que mi mejor amigo: era la única persona que me importaba de verdad en aquel pueblo con nombre de castillo en el que Eva y yo habíamos empezado una nueva vida.

Cuando me abrió la puerta de su casa aquella tarde de nuestro segundo año de instituto, la sonrisa que chispeaba en sus ojos verdes consiguió que me invadiera la calma. Cruzar la casa de Teo siempre me calmaba. En especial aquellos días en los que acumulaba la tensión de algún problema reciente o demasiados días comiendo alimentos envasados que yo misma cogía de la tienda de ultramarinos de la esquina.

Mi madre y Alonso no me prestaban mucha atención. Sentía cada vez con más fuerza que no pintaba nada en sus vidas.

Si no hubiera sido por esos ratos que pasaba con Teo, me habría sentido terriblemente sola, fuera de lugar. Siempre extrañando a mima, a tía y los días en mi tierra.

—Hola, Ori. Tan puntual como siempre —dijo Teo cuando me vio—. Si alguien te pregunta, tengo dudas con unos ejercicios de Matemáticas.

Cogió mi mano y nos dirigimos al sótano.

Cuando llegamos, en vez de sentarnos en el escritorio, Teo se dejó caer en el sofá que acababan de ponernos para

que estuviéramos más cómodos todas aquellas tardes en las que nos encerrábamos juntos a hacer los deberes.

Después de un año visitando esa casa, ya me había acostumbrado a las diferencias entre la vida que tenía Teo y la que yo había conocido antes de llegar a España.

En mi casa, en la casa de mima, en La Habana, nunca teníamos nada nuevo. Las paredes se llenaban de humedades siempre que había tormenta. Las baldosas del suelo bailaban y sabía distinguir qué combinación sonaba cuando mima venía a nuestra habitación a dormir o cuando Eva llegaba a deshoras, después de una noche de juerga, y se encerraba en la que compartía con tía Clarita, al otro lado del pasillo, siempre apartada de mí.

—Prométeme que te leerás el próximo, Teo —le dije cuando hube terminado de exponerle el contenido del libro del que nos examinábamos la semana siguiente.

—Sabes que leer no es lo mío. Prefiero dibujar en mis cuadernos, la verdad.

—Me parece genial, pero las lecturas obligatorias hay que hacerlas. Ya sabes que a mí me cuesta leer en catalán, pero me estoy esforzando.

—Se nota. El año pasado no te habrías enterado de nada.

—¡Tremendo chanchullero tú eres!

Le di un golpe en el hombro y él me sonrió. Siempre lo hacía cuando se me escapaba alguna expresión de mi tierra, algo que intentaba reprimir al máximo para no sentirme diferente. No quería sentir el rechazo de nadie. Ya acumulaba demasiados rechazos y demasiadas pérdidas y eso era algo que llevaba clavado muy adentro.

—¿Subimos a merendar? —preguntó de pronto—. Me rugen las tripas.

—En realidad, me duele un poco la barriga...

—¡Pero hay bizcocho de chocolate y es tu favorito!

Merendamos en la mesa de la cocina mientras hablábamos de líos del instituto. Teo estaba pillado por Gina, la chica más popular de la clase. Le gustaba desde

principio de curso y, para llamar su atención, se había vuelto más payaso que nunca.

—Tenemos que trazar un plan, Ori —anunció, mojando un trozo de bizcocho en su vaso de leche.

—¿Un plan para qué?

—¿Para qué va a ser? Para conquistar a Gina. Tengo que darle su primer beso.

—Vale, ¿y cuál es tu idea?

—No tengo ninguna. Para eso te tengo a ti. Tú eres chica. ¿Qué tendría que hacer un chico para que quisieras darle tu primer beso?

Me quedé mirándolo unos segundos, pero no le contesté. Me mordí el labio y agaché la vista fingiendo recoger las migas que había dejado mi bizcocho en la mesa.

—¿Qué pasa? —preguntó con escepticismo.

—Nada. Ya te lo he dicho, me duele la barriga.

—Tonterías. ¿Por qué no quieres responderme?

—Es que... Teo... —Me moría de vergüenza—. Yo... Yo ya he tenido mi primer beso.

Me miró como si me hubieran salido dos cabezas.

—¿Perdona?

—Que yo ya...

—Sí, sí. Lo que no entiendo es... ¿cuándo? Y, sobre todo, ¿con quién?

—No lo conoces.

—¿Que no lo conozco? Vamos a la misma clase, Ori. Tenemos los mismos amigos.

—Fue en Cuba.

Me clavó sus increíbles iris verdosos de tal modo que me sentí culpable. Y no sabía por qué. No había hecho nada malo.

—¿Me estás diciendo que llevamos más de un año siendo amigos y jamás se te ha ocurrido mencionarme que ya te has besado con un chico?

—En realidad, me he besado con dos —admití.

—¡¿Con dos?!

—Sí, no sé por qué estás tan sorprendido.

Se puso en pie y empezó a recoger nuestra merienda. Él jamás se ponía a recoger hasta que su madre le echaba la bronca.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Nada.

—¿Estás enfadado porque tú aún no te has besado con nadie y yo sí?

Dio un respingo y se giró hacia mí de inmediato.

—Yo sí me he besado con chicas —dijo a la defensiva.

—Vale. —Me enfurruñé.

—¿Vale?

—Pues sí, vale. Lo que no entiendo es por qué, si tú también te has ido dando besos por ahí, te has enfadado conmigo por no decírtelo.

Se puso a meter los platos en el lavavajillas, dándome la espalda. Yo me quedé mirándolo. No entendía nada. Sin dirigirle la palabra, fui al cuarto de baño.

Cuando me senté en el inodoro, mi ánimo se vino abajo por completo: acababa de venirme la menstruación. Era la primera vez. Me dieron ganas de llorar. No sabía qué hacer. Tenía trece años, era consciente de que podía pasarme en cualquier momento, a muchas de mis compañeras ya les había ocurrido, pero me sentí perdida. Y muerta de vergüenza. Me quedé sentada en el suelo sin saber qué hacer. Hasta que...

—¿Ori? ¿Ori, estás ahí?

—Márchate, Teo.

—Siento haberme enfadado, es que no... no me lo esperaba. Pero no llores.

—No estoy llorando. —En realidad sí lloraba, pero no por nada que tuviera que ver con Teo. O sí. No lo sabía.

—Sí estás llorando. Voy a entrar.

—No, Teo, no entres. Por favor...

No me hizo caso. Abrió y me encontró sentada en el suelo, al lado del váter.

—¿Qué te pasa? —preguntó alterado—. ¿Te encuentras mal?

Asentí.

—¿Es la barriga?

Me encogí de hombros mientras él se agachaba frente a mí.

—Ori, dime qué te pasa, por favor. ¿Llamo a mi madre?

Dirigí la mirada hacia el suelo. A quien yo quería era a mima.

Se puso en pie y salió del baño. Oí que subía las escaleras.

Pocos minutos después, había vuelto. Y su madre, Isabel, estaba con él.

—Teo, déjanos solas —dijo en cuanto me vio.

—Mamá, quiero ayudar...

—Teo, al salón.

No rechistó. Salió del baño y cerró la puerta tras él. Isabel me observó con expresión serena y se sentó frente a mí, en el suelo.

—¿Qué te pasa, cielo? —me preguntó, con esa ternura maternal con la que siempre se dirigía a mí.

—Creo que... me ha venido la menstruación.

—Oh... ¿Y es la primera vez?

—S-sí.

—Entiendo. ¿Quieres que llamemos a tu madre?

—No —dije de inmediato—. Mejor no molestarla.

—¿Seguro?

—Sí. Seguro.

Ella asintió. Nunca hacía demasiadas preguntas acerca de Eva. Sabía cuándo dejar de insistir.

—¿Te has manchado?

—S-sí.

—Vale. No te preocupes. Seguro que hay alguna cosa de Sabrina que podemos dejarte. Quédate aquí, vuelvo enseguida.

Se puso en pie y salió del baño, dejando la puerta entornada. Volvió poco después, con Sabrina. Ambas llevaban varias prendas de ropa en la mano. También compresas y lo que parecía ropa interior limpia.

Cuando me quedé sola, me aseo como pude, me puse la compresa, ropa limpia y después me dediqué a intentar quitar la mancha de mis pantalones y las braguitas.

Salí del baño y fui hacia la cocina, donde Isabel cogió mis prendas para tenderlas. A continuación, me dio un ibuprofeno y un zumo de naranja.

—Para el dolor de barriga —me dijo guiñándome un ojo con complicidad.

En ese momento, apareció Teo. Estaba algo despeinado y lucía una mueca torcida. Su madre nos echó una mirada silenciosa y nos dejó a solas.

—¿Estás bien, Oriana?

Sonreí. Él solo me llamaba Oriana cuando el asunto era serio, como cuando nos daban la nota de un examen o cuando yo parecía triste porque había tenido problemas con Alonso.

—Estoy bien, no te preocupes.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué llevas ropa de mi hermana?

No quería decírselo. Me daba muchísima vergüenza hablar de eso con él. Pero se trataba de mi mejor amigo, y no parecía que fuera a rendirse, así que al final lo dejé caer:

—Cosas de chicas, Teo.

—Oh...

Lo entendió de golpe. Y, como era de esperar, sus orejas se volvieron escarlatas en cuestión de dos segundos.

—Ah, y... bueno, y... —empezó a decir—. ¿Te... te duele o...?

—Un poco —confesé—. Pero tu madre me ha dado un ibuprofeno y unas compresas y...

—Vale, vale —me cortó. Después se alejó de mí como si tuviera la peste—. No quiero saber más.

Nos quedamos callados, rehuyéndonos la mirada. Estuvimos así hasta que sus ojos me encontraron.

—¿Te apetece, no sé..., jugar a la Play? ¿O prefieres irte a tu casa?

—Prefiero estar aquí que en mi casa, ya lo sabes.

—Vale. —Se aclaró la garganta—. Pues... ¿subimos a mi habitación?

—De acuerdo.

Lo seguí hasta el piso de arriba y pasamos el resto de la tarde juntos, sin que importara la sombra de los primeros besos. Ni la de la adolescencia al acecho. Ni la de las hormonas empezando a asomarse en nuestra perfecta relación.

Teo

Cuando entré al vestuario aquella mañana de noviembre, el tema estrella era el viaje de fin de curso y todo lo que podía ofrecernos a unos adolescentes de entre trece y catorce años:

—Podremos ver en bañador a las chicas de clase — comentaba uno.

—Sí... Y también en pijama. ¿Crees que tendremos oportunidad de colarnos en las habitaciones?

—Seguro que sí. Los profes no se enteran de nada.

—Me pido a Mireia. Pienso pedirle salir.

—Eh, Teo —me dijo Francesc, a quien ya consideraba mi mejor amigo en el instituto—. ¿Te animarás con Gina antes del viaje?

—Pues claro —respondí fanfarroneando—. La tengo a punto.

—Un momento, un momento —intervino Carles—. ¿Tú estás por Gina?

—Pues sí —contesté con chulería.

—Entonces... eso significa que... ¿Oriana está libre?

—Eh..., sí, supongo —dije, confundido.

—Guay.

—¿Guay? —repetí.

—Sí. Yo pensaba que teníais algo. Como siempre estáis juntos...

—Es mi mejor amiga. —Me crucé de brazos sin dejar de mirarlo.

—Ya, pero si no es tu chica significa que está libre.

—¿Libre para qué?

—Para que le pida salir. Me parece la chica más guapa de clase.

—¿Perdona? —No me gustó un pelo lo que sentí. ¿Y si le pedía salir y ella decía que sí? ¿Dejaría de venir a mi casa para hacer los deberes? ¿Dejaría de contarme los problemas que tenía con Eva y Alonso?

—¿Qué pasa, Teo? ¿Es que a ti no te parece guapa? —preguntó Francesc extrañado.

—Eso, tío —intervino otro compañero—. Está bastante buena. Tiene un culito espectacular.

—¿Y habéis visto cómo se mueve cuando estiramos en Educación Física? Además, ya tiene regatera...

Los ojos casi se me salieron de las órbitas. ¿Cuándo había pasado Oriana a ser la *sex symbol* de la clase? Y no es que no me pareciera guapa, no es que no me hubiera fijado en que su cuerpo había cambiado y que había empezado a utilizar sujetador, es que..., no sé. Era Oriana. Mi mejor amiga. Y me confundía que otros se hubieran dado cuenta de que era increíble.

—Ya, sí, supongo —dije, intentando permanecer impassible—. Solo que yo no me haría ilusiones. Sale con un chico —mentí—. Un chico... mayor. Desde hace tiempo. No tenéis nada que hacer.

—Acabas de decir que estaba libre.

—Eh..., sí. Es que es algo así como un romance secreto. Yo de ti no le diría nada.

Carles pareció decepcionado.

Terminé de cambiarme y salí al patio. No quería escuchar más comentarios acerca de Oriana.

Al llegar a la pista, me fijé en que Gina estaba ya allí con sus dos amigas de siempre, así que tomé la iniciativa de acercarme. La cosa con ella cada vez pintaba mejor. Últimamente, venía a mi mesa en el cambio de clase, se me acercaba en el pasillo y en los recreos.

—Igual mi plan está dando sus frutos —le dije a Ori una tarde, después de hacer los deberes.

—¿Plan? Tú no tienes ningún plan.

—¿Y cómo explicas que me haya dado su número de móvil, listilla?

—¿Te lo ha dado?

—Pues sí. Hemos estado haciéndonos llamadas perdidas toooda la tarde.

—Qué bueno. —No parecía muy interesada en mis avances, la verdad.

Cuando un rato después subimos a la cocina a merendar, nos encontramos con mi hermana. Estaba como loca porque en el Vallés también estaban organizando el viaje de fin de curso. Se iban una semana a París.

—El vuestro también es muy guay —dijo con una sonrisa—. ¿A ti te dejan ir, Ori?

—No lo sé todavía —contestó encogiéndose de hombros—. Mi madre ha dicho que se lo pensará, pero es mucho dinero, así que seguramente digan que no...

—No sabía que habías hablado ya con ella —le dije con cierto tono de reproche.

Ella se encogió de hombros con aire de resignación.

Me quedé pensando en ello después de que se marchara a su casa. Era muy injusto que prácticamente toda la clase fuese de viaje y ella no pudiera. Decidí que hablaría con mis padres.

Estábamos los cuatro cenando cuando reuní el valor.

—Quiero pedir algo —anuncié aprovechando un silencio en la mesa.

—¿Qué pasa, cielo? —preguntó mamá.

—Me gustaría acceder a mis ahorros.

Mi madre frunció el ceño levemente. Mi padre, por su parte, arqueó las cejas.

—¿Para qué necesitas dinero? Si es para comprarte un nuevo videojuego, ya puedes ir olvidándote.

—No, papá, no quiero comprarme nada. Solo... necesito ayudar a alguien.

Mi padre entrecerró los ojos. Cuando hacía eso, a mí me daban ganas de esconderme debajo de la mesa y no salir en horas. Pero, en esa ocasión, saqué fuerzas para no sentirme tan pequeñito.

—La respuesta es no, Teo.

—Pero, papá, si no sabes ni lo que es...

—Puedo imaginármelo. Tiene que ver con esa amiga tuya, ¿me equivoco?

—Se llama Oriana —contesté sin vacilar.

—Ya. ¿Y qué le pasa esta vez?

—Teodoro, por favor... —intercedió mi madre.

—No, Isabel. Es que creo que ya es suficiente. Viste ropa que era de Sabrina, la acompañas a su casa como si fueras su taxista, le hemos dado tu antiguo móvil para que tenga uno... ¡Pero si prácticamente la alimentamos nosotros, por el amor de Dios!

—Papá... —susurró mi hermana con pesar.

—¡Su vida es bastante complicada, papá! —grité—. ¡Tú no lo entiendes!

—A mí no me levantes la voz —me advirtió con una mirada gélida.

—¡Es que alucino! ¿Para eso te pasas la vida en el trabajo? ¿Para que nosotros no podamos ayudar a los que lo necesitan?

—Me paso la vida en el trabajo para que a esta familia no le falte de nada —dijo con dureza—. Para que vivamos como nos dé la gana. ¡Para que tú y tu hermana seáis alguien en esta vida! Tú y tu hermana, Teo. Los demás no me interesan.

—Pues vaya mierda —farfullé.

Mi padre me aniquiló con la mirada durante unos segundos interminables. Volví a sentirme pequeñito. Invisible. Tanto que creí que desaparecería.

—¡Vete a tu habitación! —me gritó—. No te quiero ver en lo que queda de día.

Me fui enfadado y estuve toda la noche trazando un plan para echarle una mano a Oriana. Pensaba ayudarle a vender todas sus papeletas del sorteo para conseguir el dinero del viaje, además de darle las mías. Yo solo quería estar ahí para ella; a la altura de lo mucho que me ayudaba ella a mí con todo lo que necesitaba: me prestaba sus deberes si a mí no me había dado tiempo a hacerlos para que no me pusieran una falta, me explicaba los ejercicios de Matemáticas cuando me perdía, no se chivaba si me levantaba de mi silla para hacer el payaso cuando el profesor salía del aula y una vez me vio llorar porque me caí y me hice daño... Y no se burló de mí.

Me daba igual que mi padre no me hablara. Si tenía que enfrentarme a él, lo haría. Me había dado en mi punto débil: Oriana era mi mejor amiga. Mataría monstruos por ella si fuera necesario.

Oriana siempre decía que yo era la persona más generosa que conocía. Pero no se daba cuenta de lo mucho que ella me daba a mí.

Como aquella tarde de otoño que me regaló una primera vez que llevaría siempre conmigo.

Le había pedido que nos viéramos para pedirle un favor muy especial y ella lo dejó todo sin hacer preguntas hasta que nos encontramos cerca de la parada de autobús que solía coger para volver a su casa.

—¿Me vas a explicar qué pasa?

Miré a nuestro alrededor. No había nadie.

—Ayer me estuve mandando mensajes con Gina y...

—Un momento —me cortó ella, apoyando una mano en mi pecho—. ¿Todo esto es por Gina?

Cogí aire. Estaba nervioso. Conocía a Ori y sabía que iba a querer ayudarme, pero aun así...

—Es que ayer me dijo que el lunes a la hora del patio la acompañara detrás de las pistas... Y ya sabes lo que

significa eso.

Los ojos de Oriana se abrieron de par en par. Brillaban, pero lo hacían de una forma extraña. Ninguno de los dos dijo nada durante un buen rato. Yo no sabía cómo proseguir y ella... ¿Por qué no hablaba ella?

—¿No dices nada? —le pregunté.

—¿Qué quieres que diga? Ya tienes lo que querías, ¿no? Lo que no entiendo es por qué necesitabas quedar conmigo.

—Es que necesito tu ayuda, Ori.

—¿Mi ayuda para qué?

Agaché la cabeza. Esa era la parte difícil. Me daba mucha vergüenza, pero si no le pedía aquello me arriesgaba a hacer el ridículo.

—No puedo cagarla en mi beso con Gina —le dije. Sabía que mis orejas estaban rojas sin necesidad de verlas. Las sentía arder.

—¿Y por qué ibas a cagarla?

—Porque, Ori... Yo... —Cerré los ojos. Lo mejor era soltarlo de golpe. Sería como arrancarse una tirita—: Nunca me he besado con una chica.

No la veía. No podía. No había abierto los ojos. Pero supe que estaba flipando. No hacía tanto le había dicho que yo ya había dado mi primer beso. No sé por qué lo hice.

—¿Me engañaste? —preguntó ofendida.

—Lo siento. —Abrí los ojos. Sus intensos iris oscuros seguían observándome—. Lo siento mucho.

—Pero... ¿por qué?

—Creo que... me daba vergüenza. Tú ya te has besado con dos chicos y yo... con nadie. No quería parecer un pringado.

—No eres un pringado, Teo —me dijo con una sonrisa de esas suyas. Esa era otra virtud que tenía Oriana: perdonaba de prisa—. No pasa nada por no haberte dado un beso nunca.

—No quiero cagarla con Gina. No puedo.

—Está bien. —Asintió despacio—. ¿Y en qué te puedo ayudar yo?

—Necesito que me enseñes cómo se hace.

—Cómo se hace... ¿el qué?

—Necesito que me enseñes a dar un beso.

Oriana permaneció callada, observándome como si quisiera memorizar cada detalle de mi rostro. Yo le mantuve la mirada. Quería que me tomara en serio. Sabía que no se negaría. Ori siempre estaba ahí para mí. La mayoría de las veces, sin hacer preguntas.

—Está bien —dijo al fin, en medio de un suspiro.

—¿De verdad?

—Sí.

—Uf, muchísimas gracias. Eres mi heroína.

Ella sonrió. Lo hizo despacio, sin prisa, como si acabara de darse cuenta de algo.

—Vale, lo primero que tienes que saber es que no existe una forma perfecta de dar un beso. Lo importante es lo que sientes, no cómo lo haces.

Entonces se acercó más a mí, mirándome. Me puse nervioso porque pude olerla. Y no sé por qué eso me alteraba, cuando la olía a diario: en clase, a mi lado en el pupitre; mientras hacíamos los deberes en el sótano de mi casa; cuando se comía las natillas de mi madre y su aliento se volvía de canela. La había olido cientos de veces, en un montón de situaciones, pero en ese instante me sentí diferente.

Sus dedos se enroscaron a la altura de mi cuello. No me tocaron la piel, pero aun así me estremecí. Me dije a mí mismo que eran los nervios, la anticipación por estar a punto de vivir por primera vez lo que era enrollarme con una chica.

—¿Qué hago con mis manos? —le pregunté en un susurro.

—Abrázame —contestó ella sin dudar, y la cadencia latina de su voz, que había ido perdiendo fuerza desde que

llegó a España, se intensificó—. A las chicas nos gusta que nos abracen cuando nos besan. Ya tú sabes, cógela suave *pa* que se te dé.

Que Oriana era bastante más lista que yo ya lo sabía, pero que se mostrara tan tranquila cuando a mí me hacía sentir de esa manera tenerla tan cerca fue un golpe de realidad.

—¿Y ahora? —La voz apenas me salía.

—Haz lo que yo haga. Déjate llevar.

Cogí aire antes de que ocurriera. Y menos mal, porque lo hizo sin que a mí me diera tiempo a procesarlo.

A los trece aún éramos de la misma altura, no necesitó ponerse de puntillas para alcanzarme. Su boca se pegó a la mía. Y el mundo dejó de girar. No puedo explicarlo. Oriana me acariciaba los labios con los suyos e hizo volar cualquier expectativa que yo hubiera tenido acerca de lo que significaba un beso.

Quise parar el tiempo para quedarme a vivir en ese instante. Fue la primera vez que tuve esa sensación. La tendría mil veces más a lo largo de mi vida, y siempre tendría que ver con Oriana, pero esa fue la primera.

La primera vez que rocé los labios de una chica. La primera vez que mi lengua conoció el tacto, la forma y el sabor de otra que invadía su espacio. La primera vez que algunas partes de mi cuerpo despertaban siguiendo un instinto que no recordaba haber aprendido. La primera vez que el estómago se me contraía de esa manera y que la sensación de aire me ahogaba.

Nuestro primer beso se me grabó a fuego en el sistema nervioso.

Cuando Oriana se separó de mí, noté que estaba perdiendo algo. Algo que no sabía si podría recuperar. Algo que, en el fondo, no me pertenecía.

—Lo has entendido, ¿verdad? —me preguntó cuando abrimos los ojos. Seguía tranquila. Respiraba despacio.

—¿El qué?

—Cómo se da un beso. ¿Sabrás hacerlo el lunes?

—Sí. Yo creo que sí.

Quise bromear con ella. Decirle algo como que era una gran profesora y yo, un buen alumno. Pero no me salía bromear.

—Genial. Objetivo conseguido. —Sonrió—. Ahora tengo que irme. No puedo llegar tarde a casa.

Caminamos juntos hasta la parada y, después, subió al autobús y la vi entregar unas monedas al conductor.

No volvimos a hablar de lo que había sucedido entre nosotros.

El lunes, a la hora del recreo, me di el esperado beso con Gina detrás de las pistas. Pero cuando acabamos, me quedé confuso. Algo no encajaba. Y no sabía el qué.

2004

Oriana

La primera vez que sentí mi suelo moverse estaba a punto de cumplir catorce años. Y fue debido al viaje de fin de curso.

Eva había convencido a Alonso para que me dejara ir tras haber conseguido vender el importe total del viaje en papeletas, pero la noche antes me había llamado al salón, donde él se estaba acabando una botella de vino, y con una mirada oscura me había dicho:

—No queremos que vengas con sorpresas. Ya estás bastante crecida... Como te dejes meter mano y vuelvas preñada, no te molestes en pisar esta casa. Bastante tenemos contigo. ¿Me estás entendiendo?

Aquella fue la primera señal de que mi infancia había terminado, de que el marido de mi madre ya no veía en mí a una niña, que mi estatus en esa casa había cambiado.

Emprendí el viaje de fin de curso con esa sensación nostálgica de la que no logré deshacerme, porque allí corroboré que era algo que empezaba a darse en todas las facetas de mi vida. A mi alrededor, ninguno de mis compañeros tenía ya intereses propios de la infancia. En el autobús solo se hablaba de quién estaba pillado por quién y quiénes fumaban a escondidas. En las excursiones, Teo parecía más interesado en estar con el grupo de amigos con el que en ocasiones quedaba para jugar al fútbol que

conmigo, Sheila y Nerea. Y ellas solo hablaban de maquillaje, de chicos y de empezar a usar tanga.

Todo parecía distinto de pronto. No sabía qué hacía ahí, en ese lugar, viviendo esa vida. ¿Por qué no podía volver atrás en el tiempo? ¿Quién necesitaba un viaje de fin de curso con actividades multiaventura? Yo lo que quería era oler el arroz con frijoles recién hechos de mima y oír la risa de mi tía Clarita mientras bailábamos en el salón. Y escuchar sus consejos, que siempre me arropaban y me hacían sentir mejor. Yo no quería lujos. Yo quería beber agua de coco y comer chicharritas mientras hacíamos recados por La Habana Vieja. Quería atravesar las arterias de la ciudad con sus melodías marcándonos los pasos. Quería ir a casa antes de olvidar cómo sonaba, lucía y vibraba.

Aquella sensación de nostalgia saltó por los aires una de las últimas noches, en la discoteca del hotel donde nos alojábamos, cuando fui testigo de cómo Teo se besaba con una chica de nuestro curso. Recuerdo que me quedé paralizada.

No puedo explicar lo que sentí, el frío que bajó por mi nuca, el puño en el estómago, las ganas de llorar.

Salí a toda prisa hacia el jardín sin darle explicaciones a nadie, sintiéndome estúpida, torpe, sin raíces.

—Oriana, ¿estás bien? —Era Carles, uno de mis compañeros de clase. Habíamos coincidido en varias actividades en Andorra y los Pirineos y habíamos conectado. Era simpático y me hacía reír.

—Sí. Es que me he agobiado ahí dentro.

—Ah, vale. Yo... en realidad... me alegro de estar a solas contigo porque... bueno, me gustaría preguntarte una cosa.

—Claro. Dime.

—¿Sigues saliendo con ese chico con el que estabas?

—¿Qué chico?

—Ya sabes. Ese chico mayor con el que salías...

Lo miré confundida.

—Carles, no tengo ni idea de qué me estás hablando.

—Teo me dijo que era mejor que no me hiciera ilusiones contigo porque salías con un chico mayor que nosotros, y que no tenía nada que hacer.

—Un momento —dije interponiendo una mano entre nosotros—, ¿has hablado de mí con Teo?

—Sí. A principio de curso. Yo le insinué que estaba por ti y él me dijo que no me hiciera ilusiones contigo.

La cabeza me daba vueltas. No entendía nada. ¿Por qué Teo le había dicho eso a Carles?

—Yo no estoy con nadie. Ni tampoco... ¿Has dicho hacerte ilusiones conmigo?

—Estoy colado por ti desde primero.

Me quedé en blanco, atónita, enredada.

—¿Podemos hablar mañana, Carles? Ahora mismo estoy un poco...

—Claro.

Antes de meterme en el hotel, me acerqué a él despacio. Dejé un beso en su mejilla y después me marché a mi habitación.

Teo

La primera vez que Oriana y yo nos cabreamos en serio fue por culpa de un chico. O, quizá, fue culpa mía.

Ella descubrió que yo me había dedicado a espantar a posibles pretendientes proclamando que ella tenía un novio secreto. Cuando se enteró, se encaró conmigo.

Estábamos en el autobús, de camino a Port Aventura con el instituto, y me dijo: «No voy a perdonarte jamás que dijeras esa mentira». Yo le respondí: «Tenía que protegerte. Siempre lo he hecho y siempre lo haré». Y ella me dijo que no necesitaba que lo hiciera.

Me partió por la mitad.

Cuando el viaje concluyó y mi madre me recogió en la puerta del instituto, solo necesitó dos minutos para saber lo que estaba ocurriendo dentro de mi cabeza.

—¿Desde cuándo llevas peleado con Oriana?

—Llevamos unos días raros. Ya se nos pasará.

—¿Qué has hecho, Teo?

—No he hecho nada, mamá. Solo intentar cuidar de ella.

Le hablé de la mentira que había dicho y de cómo ella lo había acabado descubriendo.

—Teo, a veces, cuidar de alguien no es lo mejor que podemos hacer por esa persona.

—No te entiendo.

—¿No te has planteado que cada vez que intentas proteger a Oriana no le estás dando libertad para que aprenda a tomar sus propias decisiones? Teo, hay que equivocarse para aprender. Forma parte de la vida.

—Pero es que está muy sola, mamá. En su casa tiene problemas y necesita a alguien que esté ahí para ella.

—Y ella sabe que estás. Pero tal vez debas esperar a que sea ella la que te pida ayuda. Si actúas por tu cuenta para protegerla, le estás mandando el mensaje de que no la consideras lo suficientemente fuerte. Y Oriana es fuerte. Mucho más de lo que tú piensas.

—Ya lo sé...

—Lo que tienes que preguntarte es si esa necesidad tuya de protegerla es en realidad un acto egoísta. ¿De verdad mentiste a esos chicos por ella o fue por ti mismo?

—No... No entiendo la pregunta —admití, confundido.

Mi madre sonrió. Siempre acababa haciéndolo. Tuviéramos razón o nos equivocáramos, siempre había sitio para una sonrisa.

—Ya la entenderás, cariño.

Me dio un beso en la cabeza antes de abrir la puerta del coche.

—Ve a verla mañana. Discúlpate con ella. Estoy segura de que está deseando perdonarte.

—¿Cómo lo sabes?

—Ay, hijo, una madre sabe esas cosas...

Al día siguiente fui a buscarla a su casa y le pedí perdón. Ella me perdonó enseguida y luego me confesó que Carles le había pedido salir y que le había dicho que sí. Yo ignoré el tirón incómodo que sentí en el estómago. Le dije que los invitaría a los dos a mi piscina. Ori me abrazó.

—Me da miedo crecer tan rápido que acabemos lejos el uno del otro —me confesó.

—Nosotros nunca estaremos demasiado lejos, Ori. Porque tú y yo *somos*.

Sonrió al entender lo que había querido decir. Yo también lo hice.

Oriana

Era uno de esos días en los que todo pesa. Sin ninguna razón en especial. No podía dejar de darle vueltas a la cabeza, pensaba en todo y en nada al mismo tiempo.

No sabía qué me pasaba. Pero me ahogaba.

Eché un vistazo a lo que la profesora de Geografía escribía en la pizarra, algo sobre densidad poblacional, demografía, tasa de natalidad...

El movimiento de Teo pasándome un trozo de papel llamó mi atención.

En la esquina había hecho un dibujo. Él siempre dejaba su huella en una hoja en blanco. Por eso podía verlo por dentro.

Con un gesto me invitó a que escribiera:

¿Alguna vez te imaginas cómo sería escapar de todo?

No. Creo que no soy tan profundo.

¿De qué quieres escapar?

No lo sé.

¿Por qué?

Hay algo que no funciona. Estoy bien, pero a veces...

No sé. Es como si estuviera viviendo la vida de otra persona. Como si no encajara aquí...

Creo que sé cómo ayudarte a escapar. Al menos por un día.

¿De qué hablas, Teo?

¿Confías en mí?

Confío en ti.

Al día siguiente, me encontré con él en la calle donde estaba nuestro instituto. Me había citado en la acera de enfrente quince minutos antes de que sonara el timbre.

—¿Qué hacemos aquí, Teo? Es prontísimo.

—Vamos a desaparecer.

—¿Qué?

—Sígueme.

Miró a ambos lados de la calle y echó a andar.

—¿Adónde vamos?

—A la estación.

—¿Qué? ¿Es que te has vuelto loco? ¡Tenemos clase en quince minutos!

—Dijiste que confiabas en mí. Hazme caso. Esto te va a venir bien.

Llegamos a la estación y compró nuestros billetes en una máquina que había en la entrada. Yo lo miraba, confusa.

—¿Adónde se supone que vamos?

—A Barcelona.

—¡¿A Barcelona?! Teo, como nos pillen haciendo campana...

—Tranquila, ¿vale? Vamos. Nuestro tren está a punto de salir.

Me cogió de la mano y tiró de mí hacia el andén. El vagón en el que nos subimos estaba lleno de gente. Nos sentamos uno enfrente del otro.

—Estás loco —le dije—. Nos pillarán seguro.

—¡Bah! Ya verás que no. Pero si ocurre, no te preocupes. A veces es mejor pedir perdón que permiso. —Sacó un zumo de tetrabrik de su mochila y le dio un sorbo—. Ahora, dime, ¿por qué querías escapar?

Desvié la vista hacia la ventanilla. El tren se deslizaba a toda velocidad por las vías, en paralelo al mar. Brillaba, tan azul, tan cerca...

—Ori, ¿ha pasado algo?

—Nada nuevo. —Volví a mirarlo a él.

—¿Entonces?

—Últimamente noto que en casa hay más mal rollo. Además, la semana pasada hablamos con mima. Las cosas allí... siguen sin ser fáciles. Sé que es difícil de creer en este país donde hay de todo, pero a ellas les resulta complicado hasta encontrar leche. O carne. Todo. Mi tía Clarita sabe cómo hacerlo, aunque... tiene un precio. Allí todo tiene un precio.

—¿Les hace falta dinero?

—Les vendría bien nuestra ayuda.

—Podéis mandarles algo, ¿no? Quiero decir, Eva trabaja...

—Se lo dije. Se ha negado, dice que Alonso le echa en cara que yo soy una boca más que mantener y que ella tiene que contribuir en casa sí o sí. Apenas nos hablamos desde entonces. Creo que me siento mal por estar aquí. Por tener tanto, ¿sabes? Ellas tienen tan poco... Nosotras no teníamos nada. Nunca hemos tenido nada.

Guardé silencio para evitar que se me escapara todo lo que me estaba picando en la lengua. Todo lo que estaba empezando a pasar en la casa del portal naranja. Las discusiones constantes, los gritos... Y la sospecha de que Alonso le había levantado la mano a Eva. Le había visto unas marcas moradas en los brazos y había preferido no preguntar.

Al principio, recuerdo que cuando escuchaba a Eva reír desde su dormitorio y sabía que Alonso la acompañaba me sentía incómoda. Pero solo era eso: incomodidad. Sin embargo, en algún momento, la risa se había convertido en llanto. Y Eva parecía querer ocultarme lo que ocurría, aunque ese pañuelo atado al cuello en pleno mes de agosto era demasiado sospechoso.

Quise compartirlo con Teo, pero al final decidí callar. Por pudor, por vergüenza, porque su vida nada tenía que ver

con la mía y me daba miedo que dejáramos de encajar. Me asustaba, quizá, la posibilidad de un nuevo rechazo.

No hablamos más en todo el trayecto. Yo no sabía qué decir y él creo que quería dejarme espacio. Al menos durante un rato.

Cuando llegamos a Barcelona, aún faltaban unos minutos para las nueve. Era un día soleado, sin apenas nubes en el cielo, con una temperatura ligeramente elevada para haber entrado en el otoño.

De pronto, al bajar del tren, pude respirar mejor.

Sants estaba lleno de gente. Nunca había estado en una estación de tren tan moderna, con tanta vida, con comercios y carteles anunciando trayectos hacia tantos y tantos puntos del país.

De modo inconsciente, mi mente la comparó con La Habana. Dos grandes ciudades tan distintas.

Barcelona me pareció arte, singularidad, vanguardismo.

Y La Habana, con los ecos de la revolución, con el tiempo congelado en sus esquinas, con la música que sonaba en cada calle mientras la gente hacía lo imposible por salir adelante, era vida, era patria, era realidad.

—Teo, ¿y si nos perdemos?

—Tranquila. No nos perderemos.

Teo iba con frecuencia a Barcelona. Su antiguo colegio estaba allí y la familia de su padre vivía en la zona de Sarrià.

Pasamos la mañana memorizando rincones. Llenando las calles de anécdotas y de risas; dejando la huella de dos adolescentes grabada en las baldosas que cubrían las Ramblas y el barrio gótico.

No podíamos dejar de reír. Ni de mirarnos. Era la primera vez que pasábamos tanto tiempo los dos solos, sin adultos, sin horarios, sin obligaciones. Como si el mundo no existiera.

Nos sentíamos libres. Mayores. Mucho más de lo que éramos. Nadie nos miraba. Nadie nos prestaba atención ni

se preguntaba qué hacían dos chicos de catorce años en horario escolar recorriendo las calles de Barcelona con una mochila cargada de libros.

Era una sensación increíble. Era volar, viajar, avanzar.

Era escapar.

Justo lo que le había pedido.

Comimos en el McDonald's que encontramos cuando volvíamos de la zona del puerto. Mientras engullíamos nuestras hamburguesas con patatas, hablamos de un montón de cosas. De lo que nos gustaría ser cuando fuésemos mayores: yo, algo que pudiera hacer desde un hospital; él, algo que pudiera hacer desde cualquier parte del mundo. De los mensajes que me mandaba Carles y lo que me hacían sentir. De la última chica con la que se había besado Teo.

Cuando acabamos de comer, nos pedimos un Sandy de nata, subimos a un autobús y emprendimos la marcha hacia el distrito de Sant Martí.

Acabamos adentrándonos en un parque que me invitó a soñar en voz alta con un futuro en el que pudiera vivir a mi manera. Con mis normas, mis sueños... y siendo fiel en todo momento a lo que yo sentía.

—¿Volverías a Cuba? —me preguntó Teo.

—¿Cómo?

—Cuando seas mayor, quiero decir. Cuando cumplas los dieciocho. ¿Te gustaría volver a vivir con mima?

Yo desvié la vista hacia el lago que se extendía ante nosotros. Muy a lo lejos, se distinguía el mar, azul, pero de un tono diferente del de mi isla.

—Me encantaría reunirme con mima y con mi tía. Me gustaría estar cerca de ellas y ayudarlas. Pero no sé si podría volver allí, a esa vida en la que falta de todo...

Me picaban los ojos y no era por la claridad del sol, que se alzaba imponente aquella tarde. Era por esa contradicción que sentía dentro. Por la culpa. Por quererlas

más que a nadie, pero no saber si podría tomar la decisión de volver para siempre junto a ellas.

—¿Cómo imaginas que será tu futuro? —La voz de Teo me sacó de aquellas reflexiones, del lugar oscuro de mi mente al que me escapaba de vez en cuando.

—No lo sé. Sé que me gustaría estudiar. Quiero ir a la universidad. Quiero aprender, estudiar y hacerme mayor. Quiero ser independiente.

—¿Te gustaría hacerlo aquí? —Miró a nuestro alrededor —. Barcelona te ha enamorado, ¿no?

—Es posible. —Sonreí, porque Barcelona tenía una energía bohemia y a la vez señorial que había conectado con algo enterrado muy dentro de mí—. ¿Dónde te ves tú?

—Siendo tu mejor amigo. Podríamos compartir piso por aquí cerca, en el Poblenou. Así verías el mar todos los días.

Me eché a reír.

—Qué tonto eres, Teo. Hablaba de estudios y eso. Antes me has dicho que te gustaría poder trabajar desde cualquier parte del mundo... ¿A qué te referías?

—En realidad, Ori, yo... No sé si tengo elección. Mi padre quiere que Sabrina y yo acabemos trabajando en su empresa.

—Pero eso no es lo que tú quieres hacer.

—No —reconoció—. Me gustaría aprender a dibujar. No las tonterías que hago ahora, me refiero a... no sé. Dibujar de verdad.

—Podrías estudiar Bellas Artes.

—Mi padre jamás permitiría que me matriculara en una carrera de artes, Oriana. Ya lo sabes.

Asentí. Volví a desviar la mirada. El padre de Teo era un misterio para mí. Creo que hasta para el propio Teo. Nunca entendí cómo un hombre como él podía tener dos hijos como Teo y Sabrina. Tampoco comprendía cómo alguien como Isabel permanecía a su lado.

Teo me había contado cosas horribles. Cosas que él le había dicho. Cosas que había hecho, como dejar de hablarle

cuando lo expulsaron de su antiguo colegio. O sugerir que era un «fracasado» por estar cursando la secundaria en un instituto público.

No entendía cómo podía preocuparle nada de eso.

Para mí, Teo era especial. No porque fuera mi mejor amigo, sino porque era generoso, se preocupaba por los suyos y tenía un superpoder secreto para hacer reír a la gente.

No es que fuera perfecto, también era cabezota, explosivo, mordía cuando se sentía vulnerable y era tan impaciente que no podía seguir una clase entera. También se cansaba de todo enseguida. Pero era muy buena persona. Su padre tendría que estar orgulloso de él. En cambio, lo machacaba con discusiones prácticamente diarias que lograban que Teo se sintiera pequeño e invisible.

El rato que nos quedaba en Barcelona lo pasamos en aquel parque, perdiendo la mirada entre los árboles y el lago. No volvimos a hablar de nada que escociera demasiado, nos limitamos a esos temas que a los catorce parece que van a dominar nuestro mundo para siempre.

Después, preguntamos a unos viandantes qué autobús debíamos coger para ir a Sants y nos montamos en él, despidiéndonos de aquella ciudad a la que habíamos pertenecido durante horas.

Nuestros padres nunca supieron dónde habíamos estado.

El que sí lo supo fue Carles.

Al día siguiente, a la hora del recreo, me llevó a una zona algo apartada y me exigió que le dijera dónde había estado. Cuando me negué, me acusó de estar enrollándome con Teo a escondidas. Dijo que lo había sospechado desde el principio, que nunca debió confiar en que entre nosotros dos no había nada y que se había cansado de hacer el ridículo.

—Siento mucho que te sientas así, Carles, pero no voy a pedir perdón por lo de ayer. Fue el mejor día de mi vida.

—Vas a tener que elegir, Oriana... No puedes tenernos a los dos.

—No te entiendo. ¿Elegir el qué?

—Entre Teo y yo.

—Teo es mi mejor amigo, Carles. Es... parte de mí.

—¿Habéis hecho algo? ¿Lo quieres?

Fruncí el ceño. ¿Qué preguntas eran esas? Teo era mi mejor amigo, por supuesto que lo quería. Iba a responderle justo eso, pero entonces comprendí que no era lo que él quería saber. Y me quedé en blanco porque no supe qué contestar.

Él lo entendió. Sin necesidad de que yo abriera la boca. Me miró a los ojos y dentro de los suyos pude verlo: se había acabado.

Pensé en detenerlo antes de que se fuera, pero al final no quise hacerlo. Si elegir era el precio que alguien le ponía a mi amistad con Teo, estaba dispuesta a pagarlo.

2005

Oriana

Miré por la ventana. El cielo ya estaba oscuro, de un tono añil, casi púrpura, con pequeñas estrellas que dibujaban espirales de luz. Eva y Alonso habían desaparecido tras la puerta del pasillo hacía un rato. La casa estaba en silencio y yo, encerrada en mi habitación, solo podía pensar en que la magia existe y que puedes encontrarla una tarde de julio en un jardín con vistas a la costa mediterránea.

Todo había empezado veinticuatro horas antes...

2 de julio. Once y cincuenta y siete de la noche. Solo faltaban dos minutos y cincuenta y nueve segundos para que terminara el cumpleaños de Teo. En tres minutos exactos empezaba el mío.

En Latinoamérica, los quince años de una chica son importantes. Se suelen celebrar con una fiesta en la que ella baila con su padre y dedica una vela a todas esas personas que significan algo en su vida.

Yo no tenía un padre que quisiera bailar conmigo, ni suficientes personas en mi vida que merecieran una vela. Por eso, cuando aún vivía en Cuba, mi tía Clarita decía que estaba ahorrando para que el día de mi decimoquinto cumpleaños fuera especial. Alquilaríamos un carro bien espectacular para que me paseara por las calles de La Habana Vieja. Yo luciría un vestido largo, tomaríamos el té en la Manzana de Gómez y después haríamos unas fotos en el Malecón que quedarían para el recuerdo.

Años después, había aceptado que esos sueños pertenecían a otra vida. No esperaba nada de mis quince..., hasta que a las doce en punto recibí su mensaje:

Teo: Cómprate un vestido. Soplarás tus quince velas. Tienes mi palabra. Feliz cumpleaños, querida Ori.

Diecisiete horas más tarde, vino a recogerme. Tocó al timbre y se las arregló para que mi madre lo dejara subir. Él jamás había estado en mi casa. Esa fue la primera vez.

—Hola, Teo —le dijo Eva, no del todo extrañada de que se hubiera animado a pisar el lugar donde vivíamos. Se habían visto pocas veces, pero mi madre había calado al chico en cuya casa pasaba la mayor parte de mi tiempo y sabía que no era de los que piden permiso.

Yo salí de mi habitación justo cuando él cerraba la puerta. Lo miré y me extrañó ver que llevaba unas bermudas a juego con una camisa.

—Hola. Perdona que haya subido así... No está su marido, ¿verdad? —Teo siempre le hablaba de usted a mi madre, a pesar de que era bastante joven. Creo que lo intimidaba.

—No, no está. ¿Qué necesitas, Teo?

—Vengo a invitarla a una fiesta.

—¿A una fiesta?

—Sí.

—¿Qué fiesta?

—La fiesta de cumpleaños de Oriana.

Eva se giró hacia mí, pero yo no la miraba a ella. Tenía la vista clavada en Teo.

—Mi reina, ¿de qué está hablando el chama? —me preguntó mi madre.

—Ori no sabe nada —respondió Teo—. Ha sido idea mía. Era una sorpresa. Hemos organizado una fiesta en el jardín de mi casa. Vienen todos nuestros amigos. Son sus quince, señora, seguro que no se lo quiere perder...

Pocas veces he visto a Eva quedarse sin palabras. Esa fue una de ellas. Sus ojos taladraron a Teo, intentando ver en su interior, comprender si escondía algo...

—Está bien —cedió finalmente—. Iré a esa fiesta. ¿Cuándo es?

—Mi madre nos espera abajo con el coche. Ori —se dirigió a mí—, ¿te has comprado el vestido?

Asentí tímidamente, rezando por que mi madre no me echara la bronca por haber gastado dinero sin habérselo consultado. En realidad, no sé por qué lo había hecho. O quizá sí: porque sonaba a una de las locuras de Teo. Y yo nunca supe decir que no a ninguna de ellas.

—Cámbiate. Os esperamos abajo.

Cuando Teo salió del piso, Eva no me dirigió la palabra; se fue directa a su habitación a cambiarse de ropa y yo hice lo mismo.

El vestido de tirantes que me había comprado era amarillo, por encima de la rodilla, y solo me había costado trece euros. Aun así, cuando me vi con él puesto me sentí como siempre pensé que debía sentirse una chica el día de su quince cumpleaños.

Salí al salón minutos después. Ella ya estaba allí. Se había cambiado la camiseta por una blusa color coral y se había pintado los labios.

Pensé que me reprendería, que me diría algo como que Teo era un atrevido, un enredador y un maleducado y que después de la fiesta tendríamos una conversación seria. Por eso, quizá, me sorprendió tanto cuando se acercó a mí y, casi con un susurro, me dijo:

—Sé cuánto te gustaría que mima estuviera hoy aquí. No puedo hacer nada para cambiarlo, Oriana, pero sí puedo darte esto.

Puso en mi mano una cadena de plata con un pedazo de coral negro. Era el colgante que siempre llevaba mi abuela.

—¿Puedo...? ¿Puedo ponérmelo? —le pregunté.

—Es tuyo, Oriana —dijo, y me lo entregó.

Si hubiéramos sido una madre y una hija diferentes, nos habríamos abrazado. Ella me habría dicho que estaba orgullosa de mí y yo, en silencio, habría intentado perdonarla por sus carencias, no solo por las que cargaba desde que habíamos llegado a España, sino por las otras, por las que llevábamos a cuestas desde que yo había llegado al mundo y ella delegó mi cuidado en mimá. Esas que, en el fondo, a ambas nos pesaban mucho más.

Pero se trataba de nosotras. Y Eva y yo podíamos ser muchas cosas, aunque sin duda no éramos esa madre y esa hija. Así que no lo hicimos.

Al abrir el portal minutos después, vi que el coche de Isabel estaba en doble fila con los intermitentes puestos. Mi amigo esperaba fuera, y lo vi sonreír cuando puse un pie en la calle con mi vestido nuevo.

—¿Qué estás tramando, Teo? —le pregunté.

No me contestó.

Isabel bajó del vehículo, me dio un abrazo y me deseó un feliz cumpleaños. A Eva, un apretón de manos y una de sus sonrisas.

—Estoy encantada de conocerla —le dijo.

—Igualmente. Y gracias por venir a recogernos y prepararle una fiesta a Oriana. Si hay alguna forma en la que pueda agradecerles la molestia...

—No es molestia —respondió Isabel sin dejar de sonreír—. Oriana es como de nuestra familia. Tiene que estar muy orgullosa de ella... Es una chica muy especial.

El trayecto hasta casa de Teo fue algo tenso. Pero toda sensación de inquietud desapareció cuando puse un pie en el jardín.

Había estado allí mil veces, aunque nunca lo había visto tan lleno de flores y risas.

Sonaba una canción de Carlos Gardel que le encantaba a mimá y todos nuestros amigos estaban situados alrededor de una larga mesa de madera, junto con la hermana de Teo. Habían decorado los árboles con cintas de colores. Globos

de helio transparentes, llenos de confeti, estaban enganchados a las sillas. Al otro lado de la piscina, sobre dos mesas cubiertas con manteles, reposaban varias cestas llenas de refrescos y caramelos.

Sobre ellas, un enorme letrero hecho a mano: «Feliz cumpleaños, Oriana y Teo».

—Es increíble... —Me temblaron las rodillas.

—¿Te gusta? —me preguntó Teo a mi lado, dubitativo.

Nos miramos a los ojos tanto rato que el silencio entre los dos adquirió significado. Me lancé a sus brazos. No sabía qué hacer. El corazón me iba a toda velocidad, creí que se me saldría por la boca. Nadie había hecho algo así por mí. Y tenía que ser Teo... El que daba la cara por mí, el que sabía pedir perdón, el que me protegía hasta de la peor versión de mí misma, el que me daba tanto que sabía que con él cerca jamás podría sentirme vacía.

Nos separamos y volvimos a mirarnos a los ojos. Mi sangre empezó a bombear con fuerza y supe que ahí, en el espacio entre dos latidos, Teo viviría para siempre. Aunque no fuera consciente de lo que significaba, aunque el tiempo se escurriera antes de que pudiéramos detenerlo, aunque jamás le pusiéramos nombre a aquello que nos unía... Ahí dentro siempre existiría.

Me dejó ver su sonrisa torcida y después dio un paso atrás para permitir que me acercara al resto. Me llovieron los abrazos, los besos, los regalos, las carcajadas...

Había tanto cariño en aquel jardín que me sentí abrumada. Por lo que tenía. Por lo que había perdido y por lo que había ganado.

Quizá no hice fotos en el Malecón, pero una cámara digital inmortalizó cientos de instantáneas en las que sonreía.

Quizá no pude darles una vela a mima y a mi tía Clarita, pero Isabel y Sabrina me abrazaron con amor cuando recibieron las suyas.

Quizá no tenía un padre con el que bailar, pero nada reemplazará jamás el recuerdo de Teo abrazándome mientras sonaba aquella canción de Gianluca Grignani. Tampoco la manera en la que el tiempo se detuvo mientras nos movíamos. Ni eso que leí en sus ojos, un reflejo de lo que había en los míos.

Cuando Eva y yo llegamos a casa pasadas las nueve de la noche, estaba en una nube.

Me hubiera gustado terminar aquel día mágico sin ninguna mota de polvo ensuciándolo, pero cuando pusimos un pie en el salón, Alonso estaba allí, esperándonos.

No hizo falta que abriera la boca para mostrar su enfado. Sus ojos lo gritaban por él. Echó un vistazo a mi vestido y después a mis manos, cargadas de bolsas con regalos. En la mesa, vi una botella de vino medio vacía.

—¿De dónde venís, si puede saberse? —preguntó.

Yo me quedé paralizada. No sabía qué contestar. No había hecho nada malo. Pero, bien mirado..., nunca lo hacía, y siempre acababa teniendo problemas. A veces gritos. A veces miradas en las que quería desaparecer. A veces indiferencia. A veces susurros..., y esos eran los peores. Porque una palabra no necesita tener fuerza para herirte, solo lanzarse afilada y dirigirse a donde más te duele.

—¿No vais a contestarme? —Subió el tono de voz.

A mi lado, sentí a Eva tragar saliva.

—Amor, es... es el cumpleaños de Oriana. Sus amigos le han preparado una fiesta y...

Alonso alzó una mano, haciéndola callar.

Temblé.

Tardó unos segundos en volver a tomar la palabra, suficientes para fulminarnos con la mirada.

—Sal de mi vista —espetó.

No se dirigió a ninguna de las dos en particular, pero yo sabía que no se refería a mi madre. Lo que más le gustaba

a Alonso de mí era que desapareciera, que no hiciera ruido, que no se notase que existía.

Así que eso hice.

Me metí en mi habitación y esperé hasta que se acabaran los gritos.

Me escondí debajo de la cama y pensé en todo, en mima y en mi tía, en Teo, en qué es la suerte, en cómo se escriben las historias.

Cuando cerraron la puerta del pasillo y escuché a Eva llorar, supe que lo que fuera que hubiese pasado ya había terminado.

Salí de mi escondite, con mi vestido aún puesto, y, a pesar de los gritos, del miedo, de lo indefensa que me sentía, miré a la luna en cuarto menguante que brillaba en el cielo y pensé que la magia sí existía. Y que yo la había encontrado.

Teo

No podía dormir. Llevaba dos horas en la cama, mirando el techo, respirando lento, sin que el sueño llegase.

Podía haber buscado mil excusas que lo justificasen, pero la realidad era que en la habitación de al lado, junto a la cama de mi hermana, dormía Oriana.

Era la primera vez que pasaba la noche en mi casa y me habría gustado que todo fuera diferente. Para empezar, que el motivo que la hubiera llevado a dormir bajo nuestro techo no hubiese sido que su madre y su padrastro la habían dejado sola todo un fin de semana.

El tictac de un reloj se me metió en la cabeza. Ya eran las dos de la madrugada. Las horas pasaban. Y yo no dejaba de pensar en ella.

Me di diez minutos más, dando vueltas entre las sábanas, hasta que decidí dejarme llevar por el impulso.

Salí de mi habitación, con cuidado de no hacer ruido, y entré en la de Sabrina. Me aseguré de que estuviera dormida antes de agacharme junto a la cama en la que dormía mi mejor amiga. Le zarandeé el brazo con cuidado hasta que noté que se movía y balbuceaba, con los ojos entrecerrados:

—¿Qué-qué...? ¿Qué haces aquí?

—Ssh. —Le cubrí la boca con mis dedos y me acerqué a su oído para susurrarle—: Ven conmigo.

—¿Adónde?

—Al jardín.

—Es muy tarde...

—¿Confías en mí?

No podía distinguir su mirada en la penumbra, pero supe que aceptaría aquel desafío. Porque, para Ori, saltarse las normas de casa de mis padres era eso: un desafío. Yo lo sabía. Al igual que sabía que siempre acababa caminando a mi lado en todas las locuras que le proponía.

Unos segundos después, ambos bajábamos las escaleras, cruzábamos el salón y nos dirigíamos a la puerta que daba al jardín.

Nos recibió el frío húmedo de una noche de principios de otoño. Había tenido el acierto de coger unas chaquetas que mi madre guardaba en el armario de la entrada. Le di una a ella y yo me puse la otra, mientras la observaba estremecerse frente a la piscina, con la vista perdida en el fondo iluminado y su pelo negro meciéndose con el viento.

Sentí un vuelco en el estómago. Uno de tantos que no sabía explicar. Formaban parte de mí. Cuando menos lo esperaba, cuando estábamos cerca, cuando la veía a lo lejos. Quizá porque había empezado a verla diferente. Quizá porque siempre había mirado en el lugar equivocado...

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí. —Se giró hacia mí—. ¿Qué hacemos aquí?

—No podía dormir. Estaba pensando en eso que me dijiste el otro día, aquello sobre canalizar lo que me hacía diferente...

—Ajá. ¿Y qué pasa?

—Me gustan las estrellas —admití—. Sé que puede parecer absurdo, pero me ha dado por dibujarlas, leer sobre constelaciones y signos del zodiaco. ¿Sabes qué posición tenían los astros el día que nacimos?

—No.

—Mira. —Saqué del bolsillo de mi pijama un folio doblado por la mitad y se lo enseñé.

—¿Qué es?

—La constelación de Cáncer. Nosotros nacimos bajo ella, con solo veinte horas de diferencia. Es el signo del hogar y las raíces.

Oriana me observó mientras yo extendía la hoja y la elevaba frente a nosotros, dejando el cielo de fondo. Estaba oscuro. Casi tanto como la huella del carboncillo que se había marcado sobre el papel.

Después nos sentamos en los columpios que había junto a la piscina y le hablé de lo que había leído sobre nuestra constelación: qué simboliza, su naturaleza, cómo se formó, según la historia y la mitología, y el origen de Altarf, su estrella más brillante.

—No sabía que te interesaban esas cosas. —Me miró a los ojos.

—Yo tampoco. Una noche me quedé hasta tarde en el jardín y me puse a pensar.

—¿Ves? A eso me refería el otro día —dijo con una sonrisa—. No eres mediocre, Teo. Tu padre no debería ser tan duro contigo. Y debería entender que si no quieres seguir su camino, eres libre de no hacerlo. Solo... tienes que encontrar el tuyo.

Recordé esa conversación que mantuvimos días atrás, cuando nos entregaron los resultados de los primeros exámenes. Tal y como imaginaba, no había habido nada destacable, salvo un sobresaliente en Plástica. Lo demás, aceptable. Bienes, suficientes y dos notables, en Inglés y en Educación Física.

En los comentarios del informe que se entregaba a los padres, mi tutora había escrito: «Mucha energía. Debe aprender a canalizarla».

Automáticamente pensé en qué iba a decir mi padre. Pero Oriana, que leía mi interior mejor que el resto de la gente, me dijo aquella frase en la que aún pensaba días después: «Creo que cuando realmente conectas con algo, sabes dar lo mejor de ti mismo. Encuentra qué es ese algo

y, cuando lo hagas, verás que te estaba esperando desde el principio».

—¿Crees que está escrito allí arriba? —le pregunté de pronto, sin despegar la vista del cielo.

—¿El qué?

—Lo que seremos, lo que estamos destinados a hacer.

Ella se tomó su tiempo para pensar. La vi balancearse mientras sus pies rozaban las briznas de césped húmedo.

—No. No lo creo —respondió—. Creo que hay cosas que queremos hacer ahora y que en unos años habremos olvidado. Igual que creo que necesitamos a ciertas personas por alguna razón, pero que en algún punto dejarán de hacernos tanta falta. O al menos eso espero.

—¿Lo dices por Eva?

Oriana volvió a mirarme con sus ojos negros, que relampagueaban en aquella penumbra.

—Sí. De alguna forma, ahora siento que dependo de ella. Quiero que llegue el día en el que deje de necesitarla.

Suspiré al comprender que Oriana se veía a sí misma como una flor trasplantada en una maceta que no recogía con mimo sus raíces; yo, como una estrella que brillaba en una galaxia que no le correspondía.

—¿Solo a ella? —pregunté.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué hay de la demás gente que hay en tu vida? ¿Crees que dejarás de necesitarlos? ¿Qué hay... de mí?

—¿De ti?

—Sí.

Nos aguantamos la mirada. Nuestros columpios se movían despacio, el mío casi se había detenido. No sabía qué decir, cómo explicarle lo que me pasaba. Llevaba unos meses con esa sensación incómoda. Como una piedra en el zapato. Como un grano de arena en el lagrimal. Eso era para mí pensar que el tiempo que tenía con Oriana era de prestado. Y últimamente lo pensaba muy a menudo. No sabía por qué. Quizá era el hecho de saber que venía de

otro lugar, uno al que en algún momento de su vida querría volver. Siempre tuve ese presentimiento rondando mi cabeza: que ella y yo teníamos un tiempo limitado.

—No entiendo qué quieres decir —susurró.

—¿Crees que seremos amigos para siempre?

—No lo sé, Teo. —Apartó la vista.

—¿No lo sabes?

—La vida cambia de un momento a otro. Yo tenía una casa, una familia y una realidad, y de pronto me vi alejada de todo ello. No sé qué puede pasar.

Sentí un tirón en el estómago.

—Pero yo... no quiero perderte, Ori.

—Yo tampoco quiero perderte.

—¿Nunca?

—Nunca. Pero creo que podría pasar. La vida da muchas vueltas, Teo.

Guardé silencio. No sé por qué estaba tan agobiado de pronto. Era esa maldita sensación que se paseaba por mi cabeza..., y el hecho de que ella no negara que la posibilidad existía.

Todo empezó en nuestra escapada a Barcelona, hacía más de un año. Habíamos hablado frente al mar y Oriana me había confesado sus deseos de volar, de ser libre. Como si no hubiera nada que la atara. Como si no le diera vértigo poner fin a ciertas cosas y empezar de cero, en algún lugar lejano donde yo no podría seguir protegiéndola.

Al día siguiente, me dijo que había cortado con Carles, pero no me dio ninguna explicación. Y la sentí lejos, quizá porque me di cuenta de que había partes de Oriana que no iba a alcanzar nunca.

—¿Por qué estás triste? —Su voz se abrió paso entre el sonido del agua de la piscina y las hojas de los árboles moviéndose.

—No estoy triste. Es solo que no me gusta pensar que un día me levantaré y no estarás.

—No estoy diciendo que eso vaya a pasar, Teo.

—Pero ¿y si pasa? Hay muchas cosas que me gustaría hacer contigo cuando seamos mayores de edad y seamos libres y tengamos dinero. Ver amanecer desde la playa, coger un tren sin saber adónde nos lleva...

—A mí también hay muchas cosas que me gustaría hacer contigo...

—¿Ah, sí? Cuéntame alguna.

—Se me acaba de ocurrir algo mejor..., voy a apuntarlas. ¿Tienes un papel y un boli? —preguntó.

—Mmm... Creo que tengo un lápiz. —Rebusqué en el bolsillo y se lo tendí cuando se bajó del columpio junto con la hoja que contenía el dibujo de la constelación de Cáncer.

Oriana se mordió el labio y, antes de dirigirse al banco que había al otro lado del jardín, me lanzó una mirada intensa.

Pasó los siguientes minutos escribiendo en la hoja con cara de concentración.

Cuando terminó, volvió hacia donde yo seguía balanceándome y me la entregó, doblada en cuatro para que no pudiera ver qué había anotado.

—No me gusta prometer nada, Teo, y no puedo prometerte que vayamos a leer juntos algún día esta carta que acabo de escribirte. Pero me conozco. Por eso sí puedo prometerte que, si cuando cumplamos treinta continuamos en la vida del otro, estoy segura de que seguiré queriendo hacer contigo todas estas cosas que acabo de escribir aquí.

—¿Treinta?! Eso es el doble de lo que hemos vivido hasta ahora.

—Es lo justo. La pregunta es si tú querrás que las hagamos también.

—Seguro que sí. —No dudé ni un instante.

—¿Qué quieres hacer con la carta?

—Voy a guardarla —anuncié.

—¿Dónde?

—Ahí. —Señalé hacia la zona donde mi madre tenía su rosal.

Caminamos juntos hacia allí y yo cogí un frasco de cristal de una de las estanterías que había en el jardín. A continuación, la metí dentro y enrosqué la tapa.

Oriana extendió la mano para que la estrechara y así cerramos el trato.

Y yo deseé que pasara una estrella fugaz en ese mismo instante para pedirle que volviéramos unos años más tarde a desenterrar aquella promesa, para recordarnos que siempre estaríamos unidos por nuestras estrellas.

Oriana

—Teo...

—Dime.

—Creo que deberías contarme lo que te ha dicho la orientadora.

Me miró. Estábamos en la playa, dando un paseo antes de la puesta de sol. Hacía frío, pero no nos importaba demasiado.

—¿Debería? ¿Es una orden? —Alzó una ceja trazando ese gesto canalla que, aunque le salía innato, iba perfeccionando con los años.

—Teo..., te conozco. Te mueres por soltarlo.

—¿Qué quieres que te cuente?

—¿Qué te ha dicho?

—Nada nuevo. Que soy nulo para los números y también para una carrera de letras, y que quizá debería plantearme una salida diferente al bachillerato.

—Vaya. ¿Y qué piensas tú de eso?

—Pues... me llama bastante la idea de apuntarme a una escuela de ilustración y diseño. Si cuarto me está pareciendo un infierno, no quiero ni pensar en lo que me espera el año que viene, pero...

—¿Pero...?

Suspiró.

—Mi padre no va a permitir que deje el instituto a los dieciséis, ya te lo adelanto.

—¿Y no crees que tu madre se pondría de tu lado?

—Ori, tú mejor que nadie sabes que adoro a mi madre, pero... hay muchas cuestiones en las que ella no tiene ni voz ni voto.

Agaché la cabeza. No porque me sintiera incómoda, sino porque sabía que era un tema que a él le hacía daño. Su madre era buena, dulce, comprensiva..., pero vivía en las sombras. Y Teo empezaba a cuestionarse cómo sería una realidad en la que alguien se enfrentara por él a su padre.

Miré a mi alrededor y, al contemplar el reflejo del ocaso en el agua, me estremecí. Crecer en una isla te conecta con el mar para siempre. Tus raíces están arropadas por el agua, que a la vez es el único medio con el poder de llevarte lejos.

Podía pasar horas y horas mirando el mar. En calma y embravecido; oscuro y transparente... Me gustaba pensar que las corrientes marinas me mantenían unida al lugar del que venía. Por eso, aunque el Mediterráneo no era el Caribe, al mirar el punto exacto donde sus olas rompían me imaginaba que sobre la arena se dibujaban las huellas de mi familia al otro lado del mundo.

—¿En qué piensas? —me preguntó Teo de pronto, mientras paseábamos a unos metros de la orilla—. Siempre te quedas embobada mirando el mar.

Intentó dibujar una sonrisa tranquila, pero al fondo de sus ojos siempre se asomaba la verdad. A Teo le inquietaba esa parte de mí, la melancólica, la que alzaba el vuelo desordenada, como una cometa un día de viento.

—En nada en particular.

Se me quedó mirando con la nariz arrugada.

—No me has contado qué te ha dicho a ti la orientadora.

—Nada del otro mundo, la verdad.

—Ori. —Se detuvo frente a mí en la arena.

—¿Qué?

—Puedes contarme lo que sea. No vas a herirme si te ha dicho que estás preparada para dirigir un banco o ser presidenta del país. No me sorprendería.

—Qué tonto eres, Teo. —Me reí—. Vale. Pues le he comentado que me gusta la rama de salud, algo como Enfermería o, quizá, trabajar en un laboratorio...

—¿Y qué te ha contestado ella?

—Me ha dicho que con mi capacidad y mi expediente podía conseguir la nota para estudiar Medicina.

—Guau. ¿Y qué piensas tú?

—No lo sé. Nunca me lo había planteado. —Desvié la mirada.

—Doctora Valdés. Me gusta cómo suena.

—No es tan fácil, Teo...

—Claro que no es fácil. Piden una nota muy alta, pero si alguien puede conseguir un nueve de media, sin duda eres tú.

—No me refiero a eso.

—¿Entonces a qué?

Volví a mirarlo a los ojos. Sus iris verdosos me observaban con atención. Siempre lo hacían. En una habitación llena de gente, en un espacio los dos solos o en pleno atardecer en diciembre, paseando junto al mar, con los abrigos abrochados hasta el cuello.

—Creo que nunca te lo he dicho, pero... mi padre es médico.

—¿Tu padre?

—Sí.

—Nunca me has hablado de tu padre. Pensaba que no lo conocías.

—Sí lo conozco, pero no me gusta hablar de él.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Vale. —Se enfurruñó. Siguió caminando. Y yo tuve que apretar el paso para no quedarme atrás.

—Oye, ¡espera! ¡Teo!

Llegué hasta él y lo cogí del brazo.

—¿Por qué te enfadas?

—Porque no me gusta que me ocultes cosas. Ya lo sabes.

—Lo siento. Sabes que te lo cuento todo, Teo, todo lo importante.

—¿Me estás diciendo que tu padre no es importante?

—Exacto.

—No te creo.

—Pues es la verdad. No he vuelto a hablar con él desde que me fui de Cuba. Ni siquiera le importó que mi madre me sacara del país.

Teo suspiró. Reanudó el paso y observé los surcos que sus deportivas dejaban en la arena. Yo caminé detrás unos segundos, hasta que decidí avanzar lo suficiente como para ponerme a su lado y observar su mirada perdida, clavada en el mar.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Por favor, dímelo.

Volvió a detenerse. Tomó aire y después lo expulsó despacio.

—A veces me asusto —dijo.

—¿Por qué te asustas?

—Tú me asustas.

—¿Yo?

—Sí. Tú.

—¿Por qué?

—Porque te escapas. Porque eres escurridiza. Y porque quiero saberlo todo de ti y a veces siento que no me dejas.

No supe qué decir. Respiré hondo.

—No quiero escaparme —le dije—. De verdad que no.

Él no contestó. Creo que, muy en el fondo, supo ver la mentira. O, al menos, que no estaba ofreciéndole toda la verdad. Teo sabía de mi necesidad de volar lejos. Y de esconder aquella parte de mí que me dolía. El dolor del abandono, de la indiferencia. La necesidad casi vital de protegerme a mí misma sin darle la oportunidad a nadie de que entrara en lo más profundo de mí, en mis miedos y en mi fragilidad... Solo él se había creído con el derecho de

intentarlo. Pero había partes a las que no llegaba, quizá porque yo no se lo permitía.

—Eres muy importante para mí, Oriana —susurró—. No creo que sepas cuánto.

—Claro que lo sé...

—No quiero secretos.

Me escudriñó despacio, con esa manera de mover los ojos que parecía una caricia. Me sentí fatal. Antes le contaba casi todo lo que me ocurría, pero desde hacía un tiempo había empezado a ocultarle que vivía en el infierno. La vida en la casa del portal naranja se había llenado de llamas y olor a azufre.

—Háblame de tu padre —me pidió de repente.

—Por favor, Teo, no me pidas eso...

—¿Te duele?

—Sí. Más de lo que debería y de lo que él merece.

Asintió. Tragó saliva y decidimos seguir caminando.

El sol casi había desaparecido, lo que significaba que el descenso de la temperatura se nos colaba cada vez más en la piel; el murmullo de las olas empezaba a sonar lejano.

Yo recordé fugazmente a Orlando Aguirre, ese hombre que mantuvo una relación clandestina con Eva de la cual nací yo. Lo había visto en muy pocas ocasiones.

Solo guardaba el recuerdo de una tarde con él en la plaza; familias paseando a mi alrededor y el olor húmedo de la tierra después de la lluvia junto con el suyo propio: a tabaco mezclado con el aroma procedente del hospital. Llevaba camisa. Parecía tan serio, tan importante... Yo iba con mi uniforme de la escuela, camisa blanca, falda roja, pañoleta. La zona infantil estaba en mal estado, pero no me importó no poder jugar. Yo solo quería que él me mirara, quería un gesto de cariño, el que todos los niños merecen de su padre. Pero apenas me prestó atención. Solo había accedido a ese encuentro por algo relacionado con Eva, yo no era importante... Y esa indiferencia se me clavó dentro y

le hizo una herida muy honda a aquella niña que solo quería ser vista.

—¿No quieres ser médico por él? —me preguntó Teo, devolviéndome al presente.

—No quiero que parezca que sigo sus pasos.

—No creo que sea así... Piensa en ti. ¿Te gustaría dedicarte a salvar vidas?

Me tomé un segundo para rebuscar en mi interior.

—Creo... creo que sí.

—Pues entonces no lo estarías haciendo por él, sino por ti.

—Gracias, Teo.

—Entonces, ¿elegirás el bachillerato de ciencias?

—Supongo. —Suspiré.

—Yo seguramente también. Así al menos podré coger la optativa de Dibujo...

—Entonces nos tocará juntos en clase.

—Sí. Es el destino. No te librarás de mí tan fácilmente. — Me guiñó un ojo y yo me eché a reír.

—«El destino no es una casualidad, es una cuestión de elección. No es algo que se espera, es algo que se debe lograr» —dije.

—¿De dónde has sacado esa frase?

—La leí por ahí...

—Vale, no me lo digas. De una de tus notas misteriosas, ¿verdad?

Asentí.

Desde hacía algunos meses, alguien se dedicaba a dejar notas sin firmar entre mis cosas. Aparecían entre mis libros, mis apuntes, dentro de mi mochila.

La mayoría eran de autoría propia, pero muchas otras eran declaraciones de amor de grandes poetas de la historia de la literatura.

Seguimos paseando, sin hablar.

—Dime una cosa, Ori. Y quiero que seas sincera conmigo.

—De acuerdo.

—¿Te gustaría conocer al autor de esas notas?

Me quedé callada, sin saber qué decir, consciente de que mentir no era una opción.

—Me gustaría saber quién es —respondí.

—¿Y si es un psicópata? Podría hacerte daño.

—No creo que sea un psicópata. Solo es tímido.

—Y tan tímido. Lleva seis meses mandándote notitas sin atreverse a dar la cara...

—A mí me parece romántico.

—¿Romántico? Es patético.

—¿Qué harías tú si te gustara mucho una chica y no te atrevieras a dar el paso?

—Sí me atrevería...

—Venga, Teo, eso no lo sabes. Imagina que la chica es así como yo, reservada, inalcanzable, o que...

—Un momento, un momento. ¿Estás diciendo que tú eres inalcanzable? —Alzó la ceja de esa manera insolente tan suya y quise pegarle.

—No, a ver, yo quería decir que...

—No, no, no. Querías decir justo eso.

—Que no, Teo, no seas idiota...

Se echó a reír como un demente.

—Así que crees que eres inalcanzable...

—¡No!

—Te vas a enterar.

Y entonces vino a por mí. Y yo eché a correr. Y empezamos a reír, por la torpeza de nuestros pies al pisar la arena, porque ni yo quería huir de él ni él quería atraparme a toda costa.

Cuando llegó hasta mí, ambos acabamos en el suelo. La arena estaba en todas partes, pero ni siquiera la sentía. Solo sentía sus dedos por debajo de mi abrigo, buscando mi piel, haciéndome cosquillas...

—Ahora mismo no me pareces tan inalcanzable... —dijo entre carcajadas.

Me retorcí. Mi punto débil eran las cosquillas en las costillas. Y él lo sabía.

—¡Para, para, para! —grité, muerta de risa—. ¡Me está entrando arena en los pantalones!

—La vanidad se paga muy cara...

—¡Está bien! ¡Lo retiro! ¡No soy inalcanzable!

—¿Y qué más?

—No eres idiota.

Sonrió.

—Eso está mejor... —Despegó las manos de mi cuerpo y después se puso en pie. Me miró desde arriba antes de ayudarme a levantarme y echamos a andar en dirección al paseo.

El sol había desaparecido por completo y ambos sabíamos que era la hora de volver a casa. Caminábamos juntos, sin hablar.

—Oye, Teo... —dije cuando casi habíamos llegado a la parada de autobús—. Al final no me has contado qué harías tú si te gustara una chica y quisieras acercarte...

—Pues no lo sé..., pero en cualquier caso creo que me declarararía a la cara.

—¿Sabes qué creo?

—¿Qué?

—Que, en realidad, tú eres de los que no necesitan trucos. Tú sabes cómo hacer que una chica se sienta especial. Tienes ese superpoder.

—¿A ti te hago sentir especial?

—Ya sabes que sí...

—Vale. Porque quiero que lo sepas. Lo eres, eres especial. Y no debes creerlo porque un tío te mande notas sin dar la cara. Debes creerlo porque lo eres y punto. Porque te gusta pasar desapercibida, pero es imposible que lo hagas. Porque temes que nadie te vea en realidad..., pero inconscientemente te dejas ver en cada gesto.

Intenté buscar las palabras para darle una respuesta a la altura, pero el autobús llegó antes de que las encontrara.

Fui pensando en él durante todo el trayecto. En nosotros.
En la arena, en el mar oscuro, en el destino...

2006

Teo

El primer trago no me gustó. El segundo me supo a rayos. Y el tercero entró sin esfuerzo.

—¿Qué estás tomando? —me preguntó Francesc.

—Lo que me ha puesto el hermano de Nerea. Creo que es vodka con Fanta de limón.

—¿Y qué tal?

—Guay.

Miré a mi alrededor antes de dar el cuarto trago. Estábamos en un descampado que colindaba con la carretera que se dirigía al pueblo. Había varios grupos de gente compartiendo vasos de tubo y cubitos de hielo. Entre ellos, nos encontrábamos mis amigos y yo.

Era el primer botellón que hacíamos.

Unos días antes, el hermano de Nerea, que iba un curso por delante de nosotros, nos había dicho que los de su clase habían organizado una fiesta en la discoteca que había en el casco antiguo.

El plan empezaba bebiendo en aquel descampado, ya que dentro de la fiesta no iban a vendernos alcohol debido a nuestra edad.

Así que allí estábamos.

Esa fue la primera vez que mis padres me dejaban salir por la noche y estaba pletórico. Hablaba con unos y con otros, excesivamente animado. Todos lo estábamos. Incluso

Oriana, que se había mostrado algo reticente cuando escuchó la idea, ahora parecía estar en su salsa.

—Si no te gusta, no tienes por qué tomarlo —le dije. Estaba frente a mí, sosteniendo un cubata entre sus dedos. A juzgar por su expresión, no parecía que le hiciera mucha gracia lo que bebía.

—No creo que a nadie le guste realmente la primera vez que prueba el alcohol. —Se encogió de hombros.

—Al tercer trago empieza a saber diferente. Por eso me he bebido la mitad casi de golpe.

Ori se echó a reír y yo me quedé mirándola. No sé qué se había hecho aquella noche, pero estaba... diferente. Sabía que había pedido permiso a su madre para quedarse a dormir en casa de Nerea y que se había cambiado allí. Llevaba puesta una minifalda que yo jamás le había visto y se había hecho algo en los ojos. Llevaba una especie de raya en la parte inferior y sus pestañas estaban más largas y oscuras. Sus iris, casi negros, resplandecían aún más que de costumbre.

Fingía no darme cuenta, pero había muchas miradas puestas en ella aquella noche. Y eso era algo que siempre me hacía sentir incómodo.

—¿Me dejas beber de tu vaso? —Gina se sentó a mi lado de pronto y cruzó las piernas mientras me miraba con una sonrisa.

—¿Dónde está el tuyo?

—Me lo he acabado —dijo orgullosa.

—¿Ya?

—Sí. ¿Te cuento un secreto? Empiezo a estar mareada.

Soltó una risita y enroscó su brazo alrededor de mi cuello, donde dejó un beso. Yo alcé las cejas. ¿A qué venía aquello? No nos enrollábamos desde segundo. Estábamos en cuarto. Pero me dio la impresión de que aquella noche ese huevo pedía sal.

—¿Vas a dejarme probar de tu vaso o no?

—Si estás mareada no sé si deberías beber más...

Se echó a reír.

—¿Qué eres, mi padre? Venga, Teo, que no es la primera vez que compartimos saliva...

Es increíble lo débil que es la voluntad de un chico de quince años cuando una chica le pide algo. Le di a probar de mi vaso y, antes de que me diera cuenta, tenía su boca sobre la mía.

Su lengua estaba fría y sabía a alcohol.

Quizá debería haberme apartado de inmediato, pero no lo hice. Y duró bastante. Minutos enteros. A decir verdad, solo terminó porque escuchamos un puñado de vítores y aplausos coreando el típico: «¡Buscad un hotel!».

Me separé de ella un tanto mareado por el alcohol y por aquel beso inesperado, y lo primero que hice fue buscar a Oriana con los ojos, no sé por qué.

Su mirada se cruzó con la mía y enseguida giró la cabeza para seguir hablando con uno de los amigos del hermano de Nerea, que al parecer llevaba un rato rondándola.

Gina, cansada de que no le hiciera mucho caso, se levantó de mi lado después de lanzarme una sonrisa descarada y se fue con sus amigas, probablemente a comentar la hazaña.

Yo seguí bebiendo mi cubata, vigilando por el rabillo del ojo lo que pasaba con Oriana y aquel chico, que cada vez se le acercaba más.

—Oye, ¿es que no piensas hacer nada? —Carles se había sentado a mi lado y me lanzaba una mirada furibunda.

—¿Yo? ¿De qué hablas?

—De eso. —Señaló con la cabeza hacia el lugar en el que Oriana se reía con el amigo del hermano de Nerea.

—¿Qué quieres que haga? Solo están hablando.

—Ese chico es mayor, es un repetidor, y me da a mí que lo último que tiene en la cabeza es hablar con ella.

—No puedo hacer nada, Carles, no soy su guardián.

—Eso no te impidió venir a pedirme explicaciones hecho un loco por el tema ese de las notas que recibía.

—Baja la voz, nos pueden oír.

—¿No me digas que aún no sabes quién se las mandaba?
No contesté. Ese tema me traía de cabeza desde hacía meses...

—Solo dime una cosa, Teo —me taladró las pupilas con intensidad—, ¿aún las recibe?

—La verdad, Carles, es que no es asunto tuyo.

—Por supuesto que es asunto mío. Todo lo que pase con Oriana es asunto mío.

Lo miré a los ojos. Sentí como si un agujón se me clavase en el estómago al oírlo hablar así de ella. Traté de ignorarlo.

—Nunca entenderé por qué la dejaste —dije—. Es obvio que aún te gusta.

—Eso es entre ella y yo.

—¿Qué quieres de mí, Carles? —pregunté, clavando la mirada en él de nuevo.

—Que la alejes de ese tío. No me gusta cómo la mira.

—Ya te lo he dicho. No soy su guardián. Si quiere pasarse toda la noche hablando con él, no puedo hacer nada.

—No la mereces —sentenció.

Acto seguido, se marchó de mi lado. Yo me quedé un rato pensativo, con la mirada perdida entre las risas de la gente. Todo el asunto Carles-Oriana me revolvía el estómago. Por cómo él la miraba a ella, por lo que significaban el uno para el otro, por todas sus primeras veces...

Y lo peor es que sabía por qué me había pedido que la separara de aquel chico; esa sensación de que Oriana se te escurría entre los dedos me era demasiado familiar. Yo la tenía a diario cuando se perdía en su mente; cuando me prometía que esas notas que recibía no significaban nada, pero la sorprendía releyéndolas con una sonrisa; cuando me pedía que no la protegiera...

Tal vez por eso había aprendido la lección. Debía dejarla *ser* y quedarme cerca, solo por si acaso. Y eso incluía

aguantarme cuando las ganas de coger su mano y atraerla hacia mí eran casi insoportables.

Pasé la hora siguiente bebiendo y hablando con mis compañeros. Hacia las doce, empecé a experimentar lo que significaba estar achispado. Era como si se le hubiera aplicado un filtro a la realidad y todo se viera diferente. No sé explicarlo, pero no me resultó desagradable. De hecho, todo me parecía divertido, emocionante y nuevo.

—Entonces, ¿ya podemos entrar en la discoteca? —dijo una de mis compañeras de clase.

—Sí —contestó Manel, el hermano de Nerea—. Ahora os reparto los vales.

La discoteca estaba a unos diez minutos andando del lugar en el que nos encontrábamos. Cuando entramos, busqué a Oriana con la mirada y me tranquilizó que estuviera con Nerea y Sheila, y no con aquel chico. Ella se reía. Y sentí una punzada de culpa en el pecho. Últimamente estábamos pasando menos tiempo juntos. No sabía a qué se debía, pero a veces la sentía lejos. O quizá era yo el que se alejaba sin saberlo.

Dentro de la discoteca, la música estaba alta. Me retumbaba en las sienes y en el pecho, pero el vodka ayudaba a que todo encajara en el momento. Me sentía bien. Todo fluía...

Empezó a sonar una canción de reguetón que no conocía, pero que al parecer el resto de la gente sí, porque empezaron a bailar emocionados. Traté de poner la mente en blanco y dejarme arrastrar, moví los pies... y el alcohol hizo el resto.

Se me acercaron algunas compañeras de clase para que las sacara a bailar. Yo di rienda suelta al Teo canalla y les hacía dar vueltas mientras se reían a carcajadas.

Cuando ya llevábamos un rato allí, me entró sed. Me acerqué a la barra y entonces empezó a sonar esa canción de Elvis Crespo que, desde aquel momento y para siempre,

quedaría unida a una imagen que jamás podría olvidar. Porque fue entonces cuando volví a reparar en Oriana.

Nunca la había visto bailar así.

Jamás.

La había observado en muchas situaciones, como patinando sobre hielo en una excursión el año anterior o corriendo para superar el test de Cooper en la clase de Educación Física. Recordaba un baile que compartió con Carles delante de mis narices en el viaje de fin de curso de segundo, o incluso conmigo el día de su quince cumpleaños. Pero aquello... aquello no tenía nada que ver con lo que estaban viendo mis ojos.

Porque yo estaba preparado para muchas cosas, pero no para verla moverse de esa forma, como si la música le saliera de los huesos y las notas se le enroscasen en las caderas.

No sé explicar lo que sentí. Era una mezcla entre admiración y fascinación. Era una manera de asomarme a sus orígenes. Y, tal vez, algo mucho más tangible, porque mi piel reaccionó de formas que me avergonzaron; porque me habría gustado acercarme y tocarla; porque habría dado lo que no tengo para que nadie más que yo pudiera verla perderse en sus propios movimientos.

Culpé al alcohol por lo que estaba sintiendo, pero creo que solo me estaba engañando a mí mismo. Quise dibujarla tal cual se mostraba, justo así. Libre, brillante, suya... Sentí el cosquilleo en los dedos. Pero me contenté con esbozar la imagen en mi cabeza para recrearla más tarde.

—En vez de mirarla embobado, podrías acercarte y bailar con ella.

Me giré hacia mi izquierda cuando oí aquella voz que sobresalía por encima de la música. Me encontré con Manel, el hermano de Nerea, parado junto a mí con un vaso en la mano.

—No-no la veo como tú crees —balbuceé.

—¿Seguro?

—Claro. Es mi mejor amiga.

Me pareció ver alivio en su cara, pero supongo que solo lo imaginé.

—Entonces, ¿es contigo con quien hay que hablar para conseguir acercarse a ella?

—Mira, si lo dices por ese amigo tuyo que lleva toda la noche rondándola...

—Sí. —Carraspeó—. Por eso lo digo...

—No creo que sea buena idea.

—¿Por qué no?

—Llámalo intuición. ¿Te gustaría que se acercase a tu hermana?

Manel sonrió. Después asintió lentamente.

—Tranquilo —dijo—, no va a pasar nada entre ellos.

Me reuní con Francesc y los demás y disfruté del rato que me quedaba hasta que se hizo la hora de marcharme.

A las dos y media, mi madre me hizo una llamada perdida para avisarme de que estaba esperándome en la puerta. Me acerqué hasta Oriana para avisarla de que me iba. Estaba en una esquina riéndose a carcajadas con sus amigas. Le brillaban los ojos.

—Ori, ya han venido a recogerme —le anuncié.

—Muy bien.

—Casi no nos hemos visto en toda la noche.

—Sí, ya... Creo que has estado muy ocupado. —Se encogió de hombros.

No sonó como un reproche, pero me pregunté si en el fondo lo era. Sabía que me había visto con Gina y, quizá, también se había percatado de que había sacado a bailar a la mayoría de las chicas de nuestra clase, pero no a ella.

Desvié la cabeza con rapidez.

—¿A vosotras también os recogen en coche? —pregunté.

—No. Nos vamos andando con Manel. Nos dejan hasta las tres y media.

—Bien. —Me mordí el labio, inquieto por tener que dejarla allí—. Ten cuidado, ¿vale?

Me quedé mirándola. Quería añadir algo, pero no sabía el qué.

—Bueno... Hablamos mañana.

Le dije adiós con la mano y salí del local.

Oriana

Estaba nerviosa. La música sonaba a mi alrededor, estridente, y yo solo quería desaparecer, perderme en silencio y ver aparecer a Teo.

Habían pasado tres semanas desde que se había marchado. Era agosto. Sus padres lo habían mandado a un curso intensivo de inglés en un pueblo de Irlanda y aquella era la noche en la que regresaba. Nunca habíamos estado tanto tiempo sin vernos. Menos aún sin hablar. Y yo necesitaba verlo y hablarle. Necesitaba deshacerme del recuerdo de esa última vez...

Serían más de las once cuando por fin lo vi llegar justo por la zona donde habían puesto la feria ambulante. Llevaba un par de horas rodeada de mis amigos y todos aquellos vecinos que se habían acercado a la plaza para dar la bienvenida a las fiestas del pueblo. Sin embargo, no fui consciente de lo sola que me encontraba hasta que lo vislumbré a él.

Al instante supe que había algo diferente por la forma en la que sus pasos se recortaban entre las luces de neón. Eran más largos, menos dubitativos. Y él estaba... más hecho. Menos niño. Tenía ese aire europeo que se intuía en los modelos que aparecían en los catálogos de ropa de marca y a mí... a mí se me removió todo: el estómago, los pensamientos de mi cabeza y el suelo que pisaba.

Francesc y él se abrazaron y yo me mantuve en un segundo plano mientras se ponían brevemente al día. Él y Teo siempre se habían llevado bien, pero en el último curso

se habían hecho muy amigos. Francesc había tenido problemas con gente del instituto cuando decidió contar que le gustaban los chicos y Teo le había ayudado a plantarles cara.

—Bueno, entonces ha ido guay, ¿no?

—Pues sí, tío, muy guay —respondió él con un tono altanero que no parecía suyo—. Han sido las mejores semanas de mi vida. No quería volver.

—Tiene que haber sido duro, ¿no? Ya sabes, despedirte de esa chica con todo lo que habéis vivido...

—Sí. Pero vamos a intentar seguir viéndonos. Yo iré a visitarla a Ciudad Real en cuanto pueda y ella vendrá a Barcelona.

—¿Y crees que funcionará? Las relaciones a distancia son complicadas...

—Funcionará. Estoy seguro —respondió tajante—. Yo nunca había sentido esto por nadie.

Y entonces, por primera vez desde que había puesto un pie en el pueblo, por primera vez en tres semanas y un día, por primera vez desde que pasó «aquello», me miró. Apenas fueron dos segundos. Un triste parpadeo. Pero fue suficiente para romperme. Porque sus pupilas nos redujeron a nada.

—Joder, tío, sí que vas en serio.

—Pues claro que voy en serio.

—¿Entonces te has enamorado?

Teo no respondió. No durante los primeros segundos, al menos. Yo seguía allí, contemplando la escena, pero sin formar parte de esta. Me sentía una intrusa. Invisible. Escuchando cosas que no me correspondía escuchar, que no estaba preparada para escuchar.

—Bah, no contestes —resolvió Francesc—, estoy seguro de que sí. Todos nos enamoramos si dejamos de ser vírgenes.

—Es cierto. —Se rio—. Entonces... supongo que sí estoy enamorado.

A lo largo de mi vida, he sentido mi corazón romperse en unas cuantas ocasiones. La primera fue el día que dejé La Habana, en el momento exacto que fui arrancada de los brazos de mi mamá para pasar el control de seguridad del aeropuerto. La segunda fue aquella, cuando me enteré de que Teo se había enamorado tanto de una chica que quiso compartir con ella su primera vez. O que esa primera vez significó tanto para él que se había acabado enamorando. No me importa cómo ocurrió. Solo supe que había perdido a mi mejor amigo. Y que la culpa había sido solo mía.

Me alejé de ellos. Sin dar explicaciones y sin pararme a pensar que no podía huir a ningún sitio del pueblo precisamente esa noche, en la que cualquier rincón estaba repleto de puestos ambulantes y de turistas que habían venido a participar en nuestras fiestas patronales.

No quería ir a mi casa. Allí la tensión entre Eva y Alonso era insoportable y cada vez me costaba más mirar a otro lado. No podía hacer frente a esa situación en el estado en que me encontraba.

No quería ir a la playa. El mar siempre me revolvía en exceso la melancolía.

No podía quedarme en la plaza, ni en la zona donde habían puesto la feria, ni en el parque donde tocaba la banda municipal.

Solo me quedaba el castillo. No era la mejor opción, estaba lejos y, seguramente, lleno de parejas de mi edad que iban a meterse mano lejos de las miradas de los adultos. Pero necesitaba estar sola. Así que corrí durante casi quince minutos hasta refugiarme en las faldas de la que antiguamente fue la fortaleza del pueblo.

Y allí, lejos de las miradas de otros, conseguí llorar. Encharqué mis mejillas en lágrimas y en el recuerdo de aquella noche, tres semanas y un día atrás, en la que destruí lo mejor que me había pasado desde que dejé La Habana.

Lo mejor que me había pasado, quizá, en toda mi vida.

En un breve chispazo volvió todo. La fiesta de cumpleaños de Teresa en el chalet de sus abuelos, a la que acudió toda la clase. La piscina llena de gente. La música. Los cubatas de mano en mano. Los cigarrillos y el olor a marihuana. La ropa de la que nos íbamos desprendiendo tirada junto al trampolín. Los vasos vacíos por el suelo. Las guirnaldas de luces. Las risas que sonaban como cacofonías a través de las notas a todo volumen. Más alcohol. La pérdida de la noción de la realidad y del tiempo. La sensación de asfixia...

—Ey..., por fin te encuentro. Llevo un buen rato buscándote.

Teo dio conmigo en la otra parte de la casa cerca de las dos de la mañana, en un balcón al que la música llegaba amortiguada. El chalet se encontraba a cierta altura, por lo que la brisa nocturna nos revolvía el pelo y nos erizaba la piel.

Lo miré. Parecía que sus pasos se tambaleaban mientras venía hacia mí. No me sorprendió. Yo también sentía los efectos del ron viajando por mi organismo.

—Me he agobiado. Demasiada gente.

—Sí, ya he visto que Jordi no te soltaba. Los chicos tenían una apuesta: que acabarías tirándolo a la piscina si no te quitaba las manos de encima. Yo sabía que no, que te esconderías de él y... de todos, ya que estabas. ¿Y ves? He ganado.

Arrastraba las palabras. Olía a destilería barata y a porro. Tenía los ojos irritados y las pupilas dilatadas.

—¿Has fumado?

—Bah, un par de caladas. Yo no lo llamaría fumar.

Él ya estaba a mi lado, apoyado en la balaustrada. Ambos mirábamos al frente. El silencio empezó a envolvernos.

—¿Te has enfadado?

—No, es solo... ¿Por qué lo has hecho? ¿Porque lo hacen todos?

—No sé. ¿Por qué no probar cosas nuevas? Solo así sabemos lo que nos gusta y lo que no.

No contesté. No podía enfadarme con él por algo así, pero es que últimamente tenía la sensación de que estaba cambiando demasiado deprisa y no sabía cómo ni por qué había pasado. Ya no éramos aquellos niños que hacían los deberes en el sótano mientras devoraban galletas de chocolate caseras. Ahora salíamos de fiesta, bebíamos alcohol, se nos despertaban otros instintos... Y no sabía si me gustaba o no.

—Estás muy callada.

—Estoy mareada.

—¿Seguro? Yo creo que estás triste porque me voy mañana. ¿Qué harás sin mí durante tres semanas enteras?

—Descansar. Ser libre.

—¿Libre? Ni que yo te mantuviera presa.

—No quería decir eso.

—¿Y qué querías decir?

—Si estás cerca, es imposible que rechace pasar un rato contigo. Y tú en los últimos tiempos pareces muy interesado en este tipo de cosas.

—¿Qué cosas?

—Beber, salir, estar con otra gente, probar nuevas experiencias...

—¿Esto es porque me he fumado un porro?

—No. Es por... Nada, da igual.

—¿Qué? Dímelo, Oriana.

—A veces lo echo de menos.

—¿El qué?

—Estar a nuestra bola, los dos solos. Escaparnos. Como aquel día en Barcelona, ¿te acuerdas?

—Claro que me acuerdo.

—No sé si todo eso volverá o ya pertenece al pasado. A veces tengo la sensación de que todo va muy rápido. Quisiera dar marcha atrás para volver a sentirme como en aquel parque.

Volvió a guardar silencio. Y supe que este tenía un significado, aunque no fuera capaz de descifrarlo en ese momento. La cabeza me daba vueltas. No debía haber bebido tanto.

—*Ori, Ori, Ori... ¿nunca te has planteado que hay cosas que si no hacemos ahora nunca haremos?*

—*¿Qué cosas?*

—*No sé, emborracharnos sin pensar en nada, pasar la noche despiertos, conocer a gente que nos entre por los ojos y liarnos solo por hacerlo, aunque al día siguiente ni siquiera recordemos sus nombres...*

Miré hacia delante, incómoda.

—*Pues no, yo no lo veo así. Lo veo diferente.*

—*¿Diferente?*

—*Creo que hay tiempo de sobra para hacer todas esas cosas, pero hay muchas otras que no volverán cuando nos hagamos mayores.*

—*Sinceramente, yo no voy a echar de menos el acné o la amenaza permanente de mi padre por los suspensos.*

—*No es eso. Me refería a... la inocencia, ¿sabes? La de las primeras veces. Contar con los dedos de las manos a las personas que has besado y recordar cada sensación... Tengo la impresión de que, con el tiempo, hay cosas que pierden valor. Vamos perdiendo la capacidad de sentir con intensidad conforme crecemos. Y eso me asusta.*

Ambos guardamos silencio después de mi perorata. Solo se escuchaba la respiración de Teo, algo errática. Quizá por el alcohol, quizá porque aquellas palabras habían removido algo en su interior, quizá por nada en particular.

—*¿Qué estás pensando?*

—*Que beber te sienta fatal. Te pones demasiado intensa.*

Aparté la vista, algo decepcionada; conmigo por estar dándoles forma en voz alta a pensamientos tan íntimos; con él, por no estar tomándoselo lo suficientemente en serio. Como todo en los últimos meses. Y también por estar mirándome así. Por no saber lo que significaba.

—A ti tampoco es que te siente de maravilla. Hueles a garrafón y a porro, que lo sepas.

—Tú no hueles precisamente a flores, ¿sabes? El aliento te apesta a ron, tu piel huele a cloro y, aun así...

—¿Aun así, qué?

—Aun así yo te veo preciosa.

Nunca seis palabras me habían desarmado tan rápido.

—¿Preciosa, dices?

—Sí, preciosa, digo.

—Estás borracho.

—Voy bastante ciego, sí, y más para seguirte el ritmo en este tipo de conversaciones, pero eso no quiere decir que nunca te haya visto tan guapa como esta noche.

—Qué tontería.

—Estás guapa, Ori. Eres guapa. Yo diría que cada día más.

—No entiendo a qué viene ese comentario.

—¿Qué pasa? Todo el mundo lo comenta en los pasillos. ¿Por qué no puedo decirlo yo?

—Porque hasta ahora jamás me habías hablado así.

Me di la vuelta con brusquedad hasta que mi cuerpo quedó inclinado hacia la otra parte de la balaustrada. La confusión me palpitaba dentro. ¿A qué venía aquello? Al alcohol, seguro. Teo jamás me decía aquellas cosas. Ni me miraba como me estaba mirando. Pero es que, además, había algo en sus ojos que no reconocía. Y no me gustaba. Porque para él parecía un juego, porque nosotros no éramos esa clase de amigos.

—¿Por qué te enfadas?

—No me enfado.

—¿Te molesta que nunca te haya dicho que eres guapa?

—Claro que no. Yo sé que no me ves así.

—¿Así cómo?

—Como a una de esas con las que dices que quieres liarte para olvidarla a la mañana siguiente.

Sentí sus manos sobre mis brazos desnudos y noté que giraba mi cuerpo para tenerme de nuevo frente a él. Cuando lo hizo, me miró de una forma... Creo que nunca antes había tenido la sensación de que unos ojos me desnudaban. Sentía expuesta la piel y aquello que se guarecía al fondo de mis pupilas.

—*Yo nunca podría verte como a una de esas chicas, Ori. Jamás.*

—*¿Entonces de qué estamos hablando?*

—*De que tengo ojos en la cara y tú estás buena que te cagas.*

—*¿Buena que te cagas?*

—*Pues sí, y, a veces, imagino cosas.*

—*¿Qué tipo de cosas?*

—*No quieras saberlo.*

Fue entonces cuando lo sentí. Un fuego que me quemaba cuando estábamos demasiado cerca, aunque me empeñase en ignorarlo. La asfixia cuando escarbaba muy adentro. El alcohol debilitando mis defensas. Y, sobre todo, el hambre. Un hambre que nunca había visto en Teo. Un instinto casi animal que me llamaba a través de sus iris verdes, enturbiados a esas horas de la madrugada, y que no me pareció real, sino una proyección del momento.

—*Tienes razón. No quiero.*

Sentí que se me desbocaba el corazón. No podía seguir cerca de él. El pánico que sentía hizo que empezara a andar.

—*¡Oye! ¿Adónde vas?*

—*A mi casa.*

—*¿Sin despedirte? Me voy mañana por la mañana. No nos vamos a ver en mucho tiempo.*

—*Quizá sea lo mejor.*

En solo dos zancadas me había alcanzado y su mano sujetaba mi hombro. Pensé que no había sido buena idea huir de él, porque en ese momento estábamos aún más cerca. Lo olía más, lo sentía más, temblaba más.

—Eh, para, para. ¿Por qué dices eso?

—No me gusta este Teo.

—¿Qué Teo?

—El que bebe hasta decir cosas sin sentido. El que no me toma en serio cuando hablo de temas profundos. El que se refiere a mí como si fuera un trozo de carne. Y ahora suéltame, por favor.

Quería distancia entre los dos. Quería volver a respirar con normalidad. Pero Teo no me hizo caso. Sus dedos rozaban la piel de mi clavícula, y recé por dentro para que no notara que me estremecía.

—No te digo que eres guapa porque te considere un trozo de carne, te lo digo porque es una realidad. No imagino cosas por cómo eres por fuera, sino porque veo más allá que el resto y puedo verte por dentro. Y no podría olvidarte por la mañana después de haberme liado contigo, porque tú y yo somos, Ori, ¿recuerdas? Para mí tú siempre eres. Y siempre estás.

Su aliento acariciaba el mío, pero eso no era lo peor: eran sus ojos clavados en mis ojos. Era la certeza de que realmente podía verme por dentro. De que estaba metido dentro de mi cabeza. De que sabía lo que sentía, lo que me aterraba, lo que dolía.

Estaba mareada. Temblaba. Nunca me había sentido así. Jamás. Me moría de miedo.

Y entonces me miró la boca. Y supe que estaba atrapada. Porque puede que aquello no fuera real, que para él se tratara de un juego, pero yo lo sentía en la piel y las costillas.

—Tengo que irme. De verdad.

—Creía que te asustaba crecer y dejar de sentir. Pero parece que sentir también te asusta. ¿O es que no estás sintiendo nada ahora mismo?

—Teo, por favor, esto no es buena idea...

—¿Por qué no? ¿Es que nunca te has preguntado cómo sería que nos besáramos?

—*Ya sé cómo sería. Lo hicimos una vez. Y después lo olvidamos.*

—*Entonces... ¿no te has preguntado cómo sería volvera hacerlo? Quizá esta vez no lo olvidaríamos al día siguiente. O quizá sí.*

—*Estás siendo un idiota.*

—*Un idiota al que le apetece besarte.*

—*Por las razones equivocadas.*

—*Eso tú no lo sabes.*

—*Estás borracho, Teo.*

—*Demasiado para considerar que esto puede ser un error... o que quizá no lo sea.*

—*No sientes nada por mí.*

Otro silencio. Uno atronador.

—*Quizá no. O quizá te equivoques. Quizá no lo sepa aún... o quizá lo haya sabido siempre.*

—*¿Solo sabes decir «quizá»? Eso son dudas, no certezas. Ni siquiera tú sabes lo que dices.*

—*Puede que sea el momento de arriesgarse y averiguarlo.*

Pensé que ocurriría y no sabía cómo habíamos llegado a ese punto. Estábamos solos, a la distancia perfecta para dar el siguiente paso. La respiración se nos había acelerado a ambos y mi piel erizada estaba acurrucada bajo sus dedos.

Lo sentí. Él era mío.

Y yo quería más.

Pero no sabía qué era real y qué no lo era.

Así que me aparté.

—*No creo que valga la pena.*

No sé cómo conseguí escapar, pero lo hice. No sé cómo reaccionaron mis piernas, pero trazaron un sendero sobre el que se abrió aquel abismo que tardaríamos mucho en cruzar para regresar hasta el otro.

Cuando ya estaba a punto de desaparecer de su campo de visión, escuché por última vez su voz.

—*Ori.*

Me di la vuelta.

—*Creo que me conoces. Y creo que, en el fondo, sabes la respuesta a esas dudas que dices que tengo. Si te vas, es porque quieres. Y quizá... cuando pretendas volver sea tarde.*

No fui capaz de contestar.

Reanudé el paso. Y no miré atrás.

Desde entonces, no habíamos vuelto a hablar. Habían pasado tres semanas y un día. Solo había habido varios mensajes con tarifa internacional que ni siquiera supe si habían llegado a su destino y decenas de correos sin contestar.

No había escrito nada importante en ellos, solo un par de líneas para saber si había llegado bien, si en Irlanda hacía frío en pleno mes de agosto, si le gustaba la comida de la residencia de estudiantes...

Pero nunca tuve respuesta.

En cambio, lo que sí que había tenido era tiempo para pensar. En la ducha; en los paseos a la oficina de Alonso, donde me veía obligada a trabajar; en los ratos que me escapaba a la playa para huir de lo que ocurría en la casa del portal naranja, y en esas madrugadas interminables donde el sueño no me encontraba.

Y siempre, siempre, siempre llegué a la misma conclusión: sentía mucho por Teo. Sentía demasiado por Teo. Lo sentía todo.

No sé cuándo empezó. Cuándo creció. Cuándo acabaría. Creo que siempre había estado ahí.

Pero más revelador aún que darme cuenta de aquellos sentimientos fue ser consciente de algo que no me veía capaz de controlar, la verdadera razón por la que había huido de él: Teo me daba miedo.

¿Cómo puede la persona que más segura te hace sentir ser, al mismo tiempo, la única que te provoca un miedo aterrador?

Esperaba encontrar la respuesta algún día, pero no fue aquel verano.

Tres semanas y un día después de que apareciera aquel interrogante, me encontraba refugiada en las faldas del castillo porque nada me había preparado para una realidad en la que Teo era de otra.

No dejé de llorar en todo el tiempo que permanecí allí. Cuando me acordé de mirar el móvil, vi que había pasado casi una hora y que tenía veinte llamadas perdidas de Nerea, Sheila, Francesc, Carles, Manel...

Ni una sola de Teo.

Entré en el registro de llamadas y marqué el número de Nerea, que contestó al primer tono.

—¿¿Dónde estás?! ¿¿Estás bien?! ¿¿Te ha pasado algo?!

—Tranquila, estoy bien, estoy...

—No suenas bien. ¡Has estado llorando! ¿Dónde te has metido? —Voces de fondo—. Calla, Manel, déjame a mí...

—De verdad que estoy bien, estoy en el castillo.

—¿¿En el castillo?! ¿¿Estás loca?!

—Necesitaba estar sola.

—Quédate donde estás. Mi hermano va a buscarte. No te muevas, ¿vale? Manel ya ha salido para allá. Dale quince minutos.

Quince minutos era lo que separaba la plaza del pueblo de las faldas del castillo. Sin embargo, Manel se las apañó para aparecer en menos de diez.

Me sorprendió verlo tan angustiado. Tenía el pelo revuelto, la cara colorada y la camisa arrugada. Cuando me vio, detuvo sus pasos y miró al cielo, respirando hondo.

A continuación, se dirigió hacia mí.

—¿Estás bien?

—Sí. —Era evidente que había estado llorando.

—¿Por qué has desaparecido? ¿Por qué no cogías el teléfono?

—Lo siento. No quería preocupar a nadie. Es que... me he agobiado. Necesitaba estar sola.

Él asintió. Sin hacer más preguntas, se sentó a mi lado. Su pantalón vaquero me rozó la piel.

—¿Tienes frío? Estás temblando.

—No me había dado cuenta.

Manel se acercó más, dubitativo. Cuando me pasó el brazo por los hombros, me sentí segura. Reconfortada de un modo que no sabía explicar.

—¿Quieres contarme qué ha pasado?

—Nada importante. Solo me he agobiado. Gracias por haber venido a por mí.

—La verdad, Ori... —se puso nervioso—, es que iría por ti hasta el fin del mundo si hiciera falta.

—¿Qué quieres decir?

—No quiero asustarte. —Se frotó la cara—. Tampoco tenemos que hablar de eso ahora.

—¿Hablar de qué? Manel, yo... no entiendo...

—Joder... Lo siento, no debería haber dicho nada. No quería que ocurriera así. Tienes todo el derecho a mandarme a la mierda o...

Por instinto, puse una mano en su brazo hasta que detuvo aquel aluvión de frases que no comprendía.

—Oye, tranquilo. Puedes decirme lo que sea. No voy a mandarte a la mierda.

Entonces dejó de hablarme con palabras para empezar a hacerlo con la mirada. Al menos durante unos segundos. Después cogió aire y dio forma a esos sentimientos que hasta la fecha solo había grabado en papel.

—«Cada noche sueño contigo. Y cada mañana despierto latiendo por verte, oírte, aunque aún no lo sepas.»

—Oh, Dios... —Permanecí en *shock* un par de minutos.

—Di algo, por favor —me pidió.

—¿Eres tú? ¿El de las notas?

—Sí.

—Pero empezaron hace un año.

—Sí. Siempre he sido yo.

—No lo entiendo.

—¿Decepcionada? —Un gesto amargo cruzó su rostro.

—Eh, no, no, solo... sorprendida. ¿Por qué nunca dijiste nada?

—No podía soportar la idea de que me rechazaras. Me daba miedo mirarte a los ojos y encontrar indiferencia. Y cuanto más tiempo pasaba, más difícil me parecía confesarte que se trataba de mí. Ahora creo que he esperado demasiado. Posiblemente para ti no tenga ningún sentido a estas alturas.

Manel se encogió de hombros y después guardó silencio. Yo tampoco dije nada. Necesitaba procesarlo. Quizá una noche entera no sería suficiente. Pero, al ver su mirada cargada de ansiedad, sentí el impulso de seguir indagando.

—Entonces... Entonces tú... ¿sientes todo eso que ponía en las cartas?

—Sí. Y mucho más para lo que no se han inventado palabras.

—Madre mía.

—Sé que no es el mejor momento para que te hayas enterado. Por eso puedo esperar. Por ti puedo esperar.

—¿Esperar a qué?

—A que me dejes hacerte feliz. Yo... quiero estar contigo, Ori.

Cerré los ojos mientras sus palabras me calaban. Seguí viendo los suyos tras mis párpados a pesar de ello, al menos durante los primeros segundos, hasta que un color esmeralda sustituyó los iris azules de Manel.

Teo estaba en mi cabeza hasta cuando no debía. Su mirada, su risa, su pose de indiferencia. Su silencio devastador durante aquellas semanas. Su sonrisa ebria cuando invadió mi espacio personal, sin darle un significado. Lo mucho que había cambiado en los últimos meses. Lo que me hacía sentir cuando estaba a mi lado. Su voz mientras hablaba de esa chica de la que se había enamorado en solo tres semanas. Su orgullo...

Cuando abrí los ojos de nuevo, no había rastro de Teo. Frente a mí, solo la mirada transparente de Manel, ofreciéndome esperanza.

Teo

Hacía ya tres meses que había vuelto de Irlanda. Y no lo podía soportar. Me ponía enfermo: cada vez que los veía aparecer de la mano, cada vez que me cruzaba con él por el pasillo, cada vez que ella le sonreía en los cambios de clase...

Dedicaba demasiadas horas al día a entender cómo habíamos llegado a ese punto. Nuestros apellidos, Vives y Valdés, nos seguían conectando alfabéticamente también en primero de bachillerato, pero hasta ahí llegaba mi conexión con Oriana en esos momentos.

Me había preguntado infinidad de veces cuándo había ocurrido. Solo me venía a la cabeza lo que había pasado en aquella fiesta la noche antes de marcharme a Irlanda, pero si me paraba a pensarlo... las cosas habían cambiado antes de eso. En algún punto de los últimos meses habíamos empezado a crecer y nos habíamos separado de las personas que fuimos.

De pronto, me gustaba salir hasta las tantas. Era popular y me apetecía serlo. Me gustaban las chicas que se me acercaban mendigando atención. Y me gustaba beber. Estaba en una fase extraña, llena de inseguridades, de discusiones incesantes en casa, de dudas, de complejos... Y había descubierto que todo aquello que me dolía se me olvidaba cuando me iba de fiesta con los amigos.

A Oriana no la dejaban salir prácticamente ningún fin de semana, por lo que se perdía los planes que a mí me estaban acercando a otra gente. Seguíamos pasando

tiempo juntos, pero quizá no el suficiente. Empezamos a alejarnos de los que habíamos sido. Y no, para mí nunca dejó de ser especial, no había dejado de sentir ese incómodo tirón en la tripa cuando la veía reírse con algún otro chico o cuando soñaba en voz alta con desaparecer, pero me confundía tanto todo aquello que empecé a echar a un lado todos esos pensamientos y a dejarme engullir por esa vía de escape que había encontrado en las noches de fiesta.

Así habíamos llegado a primero de bachillerato como dos desconocidos a los que solo les une un pupitre pintarrajeado. Acabar con nuestra amistad solo había precisado que yo me emborrachara y tonteara con ella sin pensar para que después me rechazara, hiriendo mi amor propio de un modo que a los dieciséis no sabes gestionar. Después yo había decidido perder mi virginidad con alguien que no significaba para mí ni la milésima parte que Oriana y ella había empezado a salir con Manel el Magnífico. De ahí a la sucesión de situaciones incómodas que vivíamos prácticamente a diario había un paso. Situaciones como la de aquella mañana de noviembre, en la que cuando Oriana volvió del recreo encontró en su sitio a Bea, una compañera de nuestro curso que nunca le había caído bien. Estaba acomodada en su silla, hablando conmigo mientras tonteábamos.

No había que conocerla demasiado para saber que aquella imagen le molestó. Por eso, en cuanto fui consciente de cuánto la irritaba verme con Bea, me incliné sobre su oído para susurrarle algo absurdo que la hizo reír.

—¿Pasa algo? —le pregunté cuando la vi lanzar su libreta a la mesa con brusquedad.

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé... Te veo tensa.

—Habré amanecido con el moño *virao*, ya ves. En vez de preocuparte por mí, quizá deberías preocuparte por otras

cosas. —El acento latino, que se le había ido diluyendo con los años, irrumpía cuando algo la alteraba.

—¿Ah, sí? ¿Como cuáles?

—Como qué pensaría tu novia si se enterase de que vas por ahí sobándote con otras.

Alcé las cejas. Ella nunca mencionaba a *mi novia*. Ni yo tampoco. Ni siquiera me había animado a decirle que hacía más de un mes que habíamos cortado, pero no quise sacarla de su error. Además, ¿qué iba a decirle? ¿Que por mucho que Vanesa hubiera sido la primera chica con la que me había acostado perdí completamente el interés en lo nuestro cuando Manel y ella se besaron delante de mis narices?

Pues no. Pasaba. Pasaba mucho.

No pensaba contestar y entrar al trapo en su provocación, pero entonces observé que extraía una notita de dentro de su libreta. Una de tantas... Cuando vi que leía el contenido con una sonrisa, no pude permanecer callado.

—¿No deberías preocuparte tú de qué pensará tu novio si se entera de que lees las notitas que un admirador secreto te manda desde hace años?

—Pues no, porque no le molestaría lo más mínimo — contestó con suficiencia.

—¿Y cómo estás tan segura?

—Porque es él quien las manda.

—¿Él? ¿Cómo que él? ¿Desde cuándo?

—Desde siempre. —Y al decir aquello su sonrisa se ensanchó y los ojos le brillaron.

Me quedé petrificado, pero me obligué a disimular. Quería romper algo. Disfracé mi expresión con la mejor máscara de indiferencia que logré y no volví a mirarla en lo que quedaba de clase porque sabía que íbamos a acabar discutiendo. Y yo odiaba discutir con ella. Al principio porque era demasiado nuevo; ella se agobiaba enseguida porque nunca le gustó el conflicto y yo acababa con ganas de pedirle de rodillas que me perdonara. Y después...

después porque me repateaba lo rápido que había aprendido a tocarme las pelotas. O es que viniendo de ella todo me picaba especialmente. Qué sé yo.

Pasé aquella tarde de viernes encerrado en mi habitación, obsesionado mirando esa carpeta que escondía debajo del colchón para que nadie la encontrase. Llevaba años guardando en ella los dibujos de los que más orgulloso me sentía, que eran también los que más vergüenza me daba compartir.

Cuando acabé de compadecerme de mí mismo, me decidí a pasar la tarde con Edgar, uno de los pocos amigos que aún conservaba de mi antiguo colegio, de esos que mi padre consideraba «una mala influencia», porque también había sido expulsado.

No regresé a casa hasta la noche, y lo hice empapado y medio borracho. Pensé que me ahorraría el tener que dar explicaciones a mis padres, que habían salido a celebrar su aniversario. Y menos mal. Porque demasiado discutía ya con mi padre, y demasiado me decepcionaba mi madre por no salir en mi defensa, como para añadir más leña al fuego.

Sin embargo, cuando entré en casa me encontré con mi hermana y sus amigas, a las que la lluvia les había estropeado sus planes de viernes noche.

Ella y las otras dos chicas estaban sentadas en el suelo con una baraja de cartas esparcida sobre la mesa que había frente al sofá.

—Teo, ¿has estado bebiendo?

Me interceptó cuando pasé por el salón de camino a la cocina. Maldito sexto sentido de hermana mayor. No quise negar lo evidente. Además, mentir a Sabrina nunca funcionaba.

Me miraba con censura y yo, simplemente, me encogí de hombros mientras permanecía parado delante de sus amigas. Era la primera vez que las veía. Mi hermana había empezado la universidad aquel año y había conocido a gente nueva. Esa noche la acompañaban una chica

superpija con pinta de gastarse en ropa de marca el dinero de papá y mamá y otra con aspecto *hippie* que parecía cualquier cosa menos una estudiante de Empresariales.

—¿Quieres cenar con nosotras?

—No, quiero estar solo. Me voy a mi habitación.

—¿A ver si te baja el pedo? —En la mirada de mi hermana había reprobación.

—No me toques las narices, Sabri.

Pasé de largo y entré en la cocina para comer algo. Cuando regresé al salón, las tres chicas se reían como hienas.

—¿Qué es tan divertido? —pregunté.

—Macarena acaba de tirarme las cartas —respondió Sabrina.

Alcé una ceja con escepticismo.

—¿Tirarte las cartas? ¿Qué es, una especie de adivina?

—Algo parecido —contestó la aludida.

—Yo no creo en esas cosas.

—¿Por qué no?

—Porque no son reales, básicamente.

—Sí lo son, Teo —intervino mi hermana.

—Vamos, Sabri, eres una chica lista. No te habrás creído lo que sea que te ha dicho, ¿verdad?

—Ha acertado en bastantes cosas.

—Habrás sido suerte.

—Maca... —se giró hacia su amiga—, ¿por qué no le echas las cartas a mi hermano?

—Ni de puta broma —contesté.

—Déjalo, Sabri —dijo la tal Macarena—. Esto no es para todo el mundo, hay gente a quien le da miedo.

—Yo no tengo miedo —repliqué.

—¿Entonces por qué no dejas que te las eche? Si no crees en ello, ¿qué más da lo que te salga? —Esa fue la amiga pija.

Por qué acepté es un misterio. Creo que no quería quedar como un cobarde delante de dos chicas que,

además de estar bastante buenas, eran mayores que yo e iban a la universidad, así que puse los ojos en blanco y me senté en el suelo, encima de uno de los cojines que mi hermana había cogido del sofá.

Macarena se puso enfrente de mí y empezó a barajar las cartas con concentración.

—Corta —me pidió tendiéndome la baraja.

Yo la obedecí y observé como dejaba algunas cartas bocabajo, sobre la mesa. Volvió a mezclar el mazo y, de nuevo, me pidió que cortara.

Cuando hubo colocado un total de ocho cartas, empezó a darles la vuelta y a estudiar el resultado con curiosidad.

—¿Y bien? —pregunté yo pasados unos minutos, ávido por saber. Me había puesto nervioso.

—Te llamas Teo, ¿no?

—Sí.

—¿Y cuántos años tienes?

—Dieciséis.

—¿Te gusta dibujar?

—Sí.

—¿Te gusta mirar las estrellas?

Se me heló la garganta.

—Sí.

—Estás enamorado.

—Haces muchas preguntas para ser adivina, ¿no?

—Esto último no era una pregunta. Además, no soy adivina.

—¿Y qué eres?

—Tengo un don —aclaró con intensidad.

Mi hermana y la otra amiga permanecían en silencio, pero yo era demasiado consciente de su presencia. Quise pedirles que se fueran y que me dejaran solo con Macarena, porque, de pronto, lo noté. En sus ojos. Que ella había visto dentro de mí. Que iba a decir algo que iba a dolerme.

—Decía que estás enamorado...

—Yo no estoy enamorado.

—Mmm... Quizá eres demasiado joven para poner nombre a lo que sientes. Pero existe algo, una conexión con otra persona. Una conexión... del alma.

—¿Del alma?

—En algunas culturas se piensa que entre dos seres que se aman existe un lazo que conecta la esencia de cada uno de ellos, lo que vive dentro del cuerpo. Eso que en la cultura occidental llamamos «alma».

Me quedé quieto. Sin hablar, sin pestañear.

—A la conexión que existe entre dos personas se la conoce como *alireza*, y lo que quería decir antes es que tú estás conectado a alguien de esa manera, alguien que está en tu vida. Ya la conoces, a pesar de que eres muy joven y a pesar de que ella no es de aquí. Viene de muy lejos. Una forastera... —añadió estudiando una de las cartas—. Interesante. ¿Sabes de quién te hablo?

No pude contestar. Sentía un frío glacial recorriéndome las venas, aunque estaba sudando.

—Deduzco por tu expresión que sí sabes quién es ella.

Asentí despacio mientras Macarena me sostenía la mirada. Después cambió las cartas de posición, como si quisiera ordenarlas para contar una historia.

—El lazo que os une está dañado. Lo veo en las cartas y lo veo en tus ojos. Estás sufriendo. Hay una especie de niebla que no os permite veros con claridad, pero, tranquilo, sigue ahí.

Tragué saliva. Ni siquiera me planteé cómo sabía tanto de mí, ni de mi vínculo con Oriana, ni de que la distancia entre los dos me rompía cada día. En ese momento, en la atmósfera silenciosa del salón, con las luces tenues y los ojos entrecerrados de Macarena observándome, creí en lo que me decía, porque había sabido reconocer la conexión de la que hablaba. Llevaba tantos años sintiéndola que era parte de mí.

Macarena siguió observándome, esperando a que yo me pronunciara. A mí solo me interesaba saber una cosa:

—¿Se..., se arreglará?

—¿Eres paciente, Teo?

—Eh..., no especialmente.

—Pues creo que vas a pasar mucho tiempo esperando.

—¿Esperando a qué?

—A que llegue vuestro momento.

—¿Eso qué quiere decir?

Fruncí el ceño mientras ella se tomaba su tiempo para contestar. Estudiaba las cartas, buscando las palabras adecuadas.

—Lo vuestro no va a ser fácil. Ella se irá de tu lado, se irá muy lejos —dijo con voz profunda—: Veo bifurcaciones. Distancia. Idas y venidas. Pasos que se separan, se unen, se separan y se unen de nuevo. Lágrimas, dudas, reencuentros... Un camino a veces largo, a veces doloroso, a veces imposible, pero siempre conectado al otro. Las *alireza* nunca se separan del todo. Esperan. Se pasan la vida esperando, sin saberlo, a que llegue su momento. Sin ser conscientes de ello, dirigen sus pasos para acercarse a su *alireza*, aunque no siempre se encuentran. No siempre acaban juntas, por lo que nunca dejan de esperar. Pueden ser muy desgraciadas.

—Pero...

—Ella va a marcharse, Teo. Y no hay nada que puedas hacer, salvo esperar.

La cabeza se me llenó de sombras. Sentí vértigo. Desesperanza por ese futuro que había temido e imaginado mil veces. Ella. Tan lejos. Yo. Tan perdido... Esperando.

Me puse en pie con brusquedad.

—¿Se supone que tengo que creerme todo esto? —escupí con sarcasmo, queriendo, en el fondo, formar un escudo a mi alrededor.

—Solo tú puedes elegir qué creer —contestó Macarena.

Anduve hacia la puerta del salón. Quería huir de allí. Por el camino me tropecé con una silla. Ya se me había pasado el efecto de las cervezas, pero estaba mareado. No sé por qué sentía que algo había cambiado cuando nada lo había hecho.

Estaba a punto de enfilear escaleras arriba hacia mi habitación cuando la voz de Macarena me detuvo. Ojalá no hubiese hablado. Ojalá me hubiera dejado escapar sin darme el toque de gracia.

—Teo, eso que sientes... no se va a ir nunca.

Más sombras. Más vértigo. Más desesperanza.

Fui débil. Me di la vuelta y no pude evitar preguntar:

—Pero ¿ella lo siente también?

—Si realmente ella es *ella*, deberíais sentirlos de la misma manera. Los dos, para toda la vida. La conexión entre las *alireza* es sempiterna.

—¿Eso qué es?

—Es algo que nunca se acaba; que, habiendo tenido principio, no tiene un final. Por eso sus pasos siempre la llevarán a ti, pase lo que pase.

Salí de allí sin darles las buenas noches. Estaba tan enfadado... Me encerré en mi habitación. Me quité la sudadera, que apestaba a tabaco, y la tiré al suelo.

Dos segundos después, mi hermana abrió la puerta. Me encaré con ella.

—¿Ha sido una broma, Sabrina?

—¿Qué dices?

—¿Ha sido un castigo porque he bebido? ¿Lo habíais preparado?

—¡Pues claro que no!

Me senté en la cama. Puto mareo. Enterré la cabeza en mis manos y me tiré del pelo.

Iba a marcharse. Lejos, muy lejos.

Sabrina se agachó frente a mí. Sabía que me sentía vulnerable. Que estaba a un paso de romperme.

—Hablabas de Oriana, ¿verdad? —susurró—. Ella es tu *alireza*.

—Vete, por favor.

—Teo...

—Sabrina. Por favor, vete. Quiero estar solo.

No dormí. Jamás entendí por qué me afectaron tanto las palabras de una desconocida. Era como si de pronto me hubiera caído del cielo la respuesta a la pregunta que me hacía desde los doce años. Me desestabilizó y me equilibró al mismo tiempo. Sabía que lo más probable era que esas cosas de las que me había hablado no existieran. Pero ubicaron todas las piezas perdidas de mi interior. Algo hizo clic. Sin embargo, no me dio paz, todo lo contrario... Me sentí condenado.

Oriana era... como una parte de mí. Una que me aterraba perder porque en realidad no me pertenecía. Una tan libre de desaparecer que hacía que viviera cada día como una eterna cuenta atrás.

Supongo que en el fondo siempre lo había sabido. Que éramos el uno para el otro. Que ella iba a marcharse. Que estaba condenado a esperar.

2007

Oriana

No podía parar de llorar. Quería dejar de hacerlo, pero no sabía cómo. Me ahogaba. Cada lágrima, un recuerdo, un anhelo, un miedo, una frustración.

No quería que nadie me viera así. Odiaba que me vieran llorar, que supieran dónde me dolía. Y cuánto. Sobre todo, cuánto. Así que me arreglé lo mejor que pude y me obligué a fingir que todo estaba bien.

Lo conseguí a medias.

Esa noche de junio, despedíamos oficialmente primero de bachillerato. Empezamos cenando en una pizzería y después continuamos en el chiringuito que había en la playa.

Fue allí, a orillas del mar, entre música, sangría y carcajadas, donde me di cuenta de algo cuya sombra siempre me había perseguido.

Que yo no pertenecía a ese lugar. Que no debía estar allí, viviendo esa vida. Que no encajaba. Que casi nunca me había sentido aceptada tal como era. Que ni uno solo de mis días allí había dejado de añorar a mima, a mi familia, mi tierra.

Ese sentimiento de nostalgia y soledad que siempre me acompañaba pesaba especialmente aquel día en el que Eva y yo nos habíamos peleado después de que me diera la noticia de que mi abuela no estaba bien de salud.

Todo había explotado en mi interior de manera confusa. El dolor del rechazo, la preocupación por mima, la culpa por querer construir mi propio camino y el miedo a regresar a la casa del portal naranja.

Quería escapar, pero ¿adónde?

—Chicas, yo me marcho —les dije a mis amigas.

—Pero ¡¿qué dices?! —exclamó Sheila, a la que se le había ido la mano con la sangría.

—¡Eso! ¿Cómo te vas a ir?

—Es que me encuentro un poco mal... Me ha debido de sentar mal la cena.

—¿Quieres que te acompañemos? No vas a irte tú sola.

—No, no os preocupéis. He llamado a mi madre para que vengan a por mí —mentí.

Ellas asintieron. Si les extrañó que Eva me recogiera por primera vez justo aquella noche, no lo dijeron.

Les di un abrazo y me puse a caminar por el paseo. Tenía ganas de llorar, gritar y marcharme de allí. Estaba harta de fingir que todo estaba bien cuando en realidad nada lo estaba.

—Oriana...

El susurro de mi nombre pronunciado entre las sombras me hizo dar un respingo. Alguien salió de detrás del puesto de salvamento que había a la entrada de la playa. Habría gritado, pero enseguida distinguí la silueta de Teo recortada en la penumbra. Me sorprendió que estuviera solo, sin ninguno de sus moscardones alrededor.

—¡Dios! ¡Qué susto! ¿Qué haces aquí escondido?

—No estoy escondido. Te estaba esperando.

—¿A mí? ¿Por qué?

Dio un paso más hacia donde yo me encontraba.

—¿Qué te pasa? —preguntó. Distinguí la forma de una arruga cruzando sus dos cejas a pesar de la oscuridad.

—¿Qué dices?

—Que qué te pasa. ¿Por qué estás mal?

—Yo no estoy mal. No sé de qué hablas.

—Mira, igual puedes engañar a nuestros compañeros, a Sheila o a Nerea. Pero a mí, no.

Cogí aire. No nos habíamos hablado en toda la noche, aunque, como siempre, nos habíamos observado el uno al otro desde la distancia. Me inquietaba que con un par de miradas furtivas hubiera sabido percibir aquello que para el resto del mundo había permanecido oculto.

—No me pasa nada, Teo. Por favor, déjame en paz.

—Oriana. —Alargó un brazo cuando hice el amago de marcharme. Me estremecí al notar sus dedos sobre la piel desnuda de mi antebrazo. Medio segundo después, me soltó—. ¿Es por Manel? ¿Te ha hecho algo?

—¿Manel? Pues claro que no.

—¿Alonso? —Su mirada se endureció.

Yo tragué saliva cuando ese nombre trajo a mi mente escenas que se repetían cada vez con más frecuencia: cristales rotos por el suelo del salón una noche cualquiera; botellas vacías de lunes a domingo; despertarme en plena madrugada y ver su rostro en la penumbra, observándome desde la puerta entreabierta; las mejillas marcadas de mi madre después de esas discusiones de las que nunca quería hablar...

Sentí el nudo de mi estómago tensarse, aunque nada de aquello fuera mi principal preocupación esa noche. Además, no podía revelárselo a Teo. Por muy mal que estuvieran las cosas entre nosotros, sabía que se volvería loco. Y temía su reacción. Porque la habría. Teo siempre reaccionaba si mi seguridad estaba en juego.

—No, Teo.

—Vale... Entonces es por mima.

El mundo se detuvo.

¿Cómo alguien puede ver dentro de ti? ¿Cómo puedes pasar meses enteros sin mirar a los ojos a una persona y que con un solo pestañeo él aún sea capaz de leer todo aquello que te duele?

Me faltó el aire. Una lágrima se escapó sin avisar. Una lágrima traidora, que contaba la historia de todo lo que callaba.

Teo ni respiraba mientras me miraba. Creo que la única vez que me había visto llorar fue el día que me conoció y la tarde en que tuve mi primera menstruación en su casa y eché tanto de menos a mi abuela que pensé que me moriría de pena.

Limpié la lágrima con cuidado. Yo no lloraba delante de nadie. Y no debía llorar delante de Teo porque no podía permitirme necesitar que me abrazara.

—Oriana, si no me cuentas qué ha pasado, iré a tu casa. Aporrearé la puerta hasta despertar a Eva y Alonso y después exigiré a gritos una explicación.

—No seas tonto, Teo. No puedes hacer eso.

—¿Quieres ponerme a prueba? ¿Crees que no sería capaz?

Sabía que era capaz. Daba igual lo mucho que pareciese haber cambiado Teo en los últimos meses, dentro de él aún existía ese niño de doce años que me regaló una familia cuando yo había perdido la mía. Daba igual que a veces llegara del patio oliendo a marihuana, que hubiera suspendido más exámenes de los que había aprobado y los rumores que había oído acerca de que se pasaba los fines de semana bebiendo en botellones.

Daba igual porque en el fondo sabía que mi Teo seguía ahí. Aunque eso no significaba que no doliese.

—Tu cuarto de hora pasó, como decimos en mi tierra.

—Eres mi mejor amiga.

—Ni siquiera nos hablamos. Tus amigos son ahora esos con los que te emborrachas los fines de semana y que te pasan maría a la hora del recreo.

Apretó la mandíbula, tenso.

—Ellos no son más que sustitutos. Una distracción para no volverme loco por haberte perdido, por haber sido un gilipollas y no haber sabido arreglarlo.

Sentí muchas más ganas de llorar.

—Tú no me perdiste. Tú te deshiciste de mí. Me dejaste tirada como si no te importara. Dejaste de cuidarme, Teo. Y dijiste que nunca lo harías.

—Pensé que ya tenías quien cuidara de ti.

—Vale, tienes razón. Eres un gilipollas. —Me di media vuelta con la intención de dejarlo plantado y escapar de las astillas que esa conversación me estaba clavando en el corazón, pero volvió a tocarme el brazo para retenerme.

—Perdona, perdona. Tienes razón. He sido un mierda. No merezco ni que me mires, Ori, pero... es que no sabía cómo arreglarlo. No sé pedirte perdón.

—No sabía que eras tan orgulloso.

—Yo tampoco. Puede que me parezca a mi padre más de lo que me gustaría.

—Pues lo siento por ti.

Fue un golpe bajo y me arrepentí en cuanto las palabras salieron de mi boca. Pero no me desdije porque en el fondo estaba muy decepcionada. Durante años, nuestra amistad había funcionado porque él siempre pedía perdón y yo perdonaba deprisa. Y esa vez no había sido así.

Teo se frotó la cara. Después suspiró como si cada partícula de aire le sobrara.

—Nunca he dejado de cuidarte, Ori —susurró—. Sé que no lo ha parecido, pero estoy mucho más pendiente de ti de lo que crees. Quiero que me cuentes lo de mima. Déjame demostrarte que, aunque parezca que todo ha cambiado entre nosotros, en realidad nada lo ha hecho. Nunca he dejado de sentir que eres mi mejor amiga y que yo soy tu mejor amigo. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Pues porque nosotros *somos*, Ori. Nosotros siempre *seremos*.

Y así, sin más, con esas palabras que para nosotros lo significaban todo, me tendió la mano para reparar lo que se había roto. Me removió entera. Y me rendí. Nunca fui capaz

de negarle nada y él, con sus ojos verdes llenos de culpa y esa voz rasgada, me suplicaba que nos regalara a ambos aquella tregua que volvería a darle sentido a lo que éramos el uno para el otro.

Nuestra conexión cobró vida como por arte de magia.

Cuando me quise dar cuenta, ambos caminábamos hacia la otra parte de la playa, lejos de la música y del resto de los sonidos que salían del chiringuito.

Fue como si nada hubiera pasado. De pronto, el tiempo había dado marcha atrás y él y yo volvíamos a ser los de siempre.

Teo esperó a que yo hallara las fuerzas para hablar sin venirme abajo. Me costó dar con las palabras. Nos encontrábamos sentados en el espigón que desfilaba mar adentro, envueltos por el sonido de las olas chocando contra las rocas, cuando lo conseguí:

—Esta mañana, Eva aún estaba en casa a la hora del desayuno. Me ha pedido que me sentara en cuanto he puesto un pie en el salón y me ha anunciado que ayer recibió una llamada de mi tío Héctor, que vive en Florida. —Cogí aire para decir por primera vez en voz alta esa noticia que aún me quemaba—: Mima está enferma.

—¿Enferma? ¿Qué le pasa?

—No han sabido explicarme... Es como una infección de la sangre. Está ingresada en el hospital.

—¿Es muy grave?

—Mi madre dice que no, que no tengo que preocuparme, pero yo no la creo, Teo. Creo que no me está diciendo la verdad.

—¿Y qué ha pasado?

—Hemos discutido. Le he dicho que tenemos que ir a verla y... ya te puedes imaginar. Lo mismo de siempre. Que no tenemos dinero, que no va a separarse de Alonso, que no piensa permitirme viajar a mí sola...

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. No puedo contactar con mi tía Clarita. Están en el hospital y no tengo manera de hablar con ella. Le he escrito a mi tío Héctor y me ha contestado que no sabe nada desde ayer. También me ha dicho que les hace falta dinero porque tía lleva varios días sin trabajar para estar con ella y que desde Estados Unidos es muy difícil hacerles llegar un paquete. Cuando mi madre ha vuelto del trabajo, le he dicho que tenemos que ayudarlas. Tampoco necesitan mucho. Con doscientos euros les bastaría para estar bien un par de meses. Pero ella se ha negado, Teo. Me ha gritado, le he gritado y Alonso ha intervenido. —Hice una pausa. Él se tensó—. No ha sido agradable.

—¿No te han...?

—No me han tocado. Pero la violencia no solo es física.

Teo apretó los dientes, pero no quiso indagar. Sabía que no era mi situación con Eva y Alonso lo que me estaba partiendo por dentro. Yo solo tenía cabeza para pensar en mí. En lo que sería de mí si la enfermedad se la llevaba lejos y no estaba cerca para cogerle la mano.

Pasamos muchos minutos sin decir nada, pero no fue un silencio incómodo. Quizá porque no era un silencio real, sino uno lleno de esos pensamientos que flotaban en el espacio entre los dos. Mis dedos estaban aferrados a mi collar, ese pedazo de coral negro que pertenecía a mi abuela y que sentía que me conectaba a ella y a los recuerdos de mi vida en La Habana.

—Me moriré si le pasa algo, Teo.

—No va a pasarle nada, Ori. Seguro que no.

—No podría vivir con la culpa. Siento como si la hubiera abandonado.

—No la has abandonado. No tuviste elección.

Miré al infinito, allá donde la masa oscura del mar se perdía de vista. Como siempre, pensé que las corrientes que allí nacían desembocaban alrededor de mi isla. Que, si una lágrima mía se perdía en el agua, terminaría acariciando la piel de mi familia al otro lado del mundo.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó Teo.

—No lo sé. En qué pasará cuando llegue a casa. En si podré soportarlo...

—Bueno, tienes a Manel, ¿no? Quiero decir, que... tienes una vía de escape.

—Ya, bueno... —Me callé. Aparté la mirada.

—Eh, Ori... ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa de qué?

—No sé. He mencionado a Manel y..., no sé, tu cara... — Se aclaró la garganta—. ¿No os va bien?

—Sí, sí. Nos va muy bien, es solo...

—¿Qué? —insistió.

—Que con él no hablo de estas cosas.

—¿De qué cosas?

—De mimá, por ejemplo. De mi vida en Cuba. De Eva y Alonso.

—¿Por qué no?

—Creo que no está cómodo. Se agobia porque le da pena y dice que le frustra, porque no puede hacer nada por cambiarlo. —Me encogí de hombros.

—Puf. Menudo imbécil.

—No es ningún imbécil.

Y no lo era, aunque con esa actitud hubiera conseguido que yo me sintiera obligada a estar siempre bien; o al menos a parecerlo.

—¿Y Sheila y Nerea? ¿Lo hablas con ellas?

Negué con la cabeza y me mordí el labio.

—Solo hablo de esto contigo, Teo. No puedo hacerlo con nadie más. Es una de las razones por las que te he echado tanto de menos.

Perdí la mirada a lo lejos, más allá de donde acababa el mar, sin esperar una respuesta por su parte. Me sorprendí cuando lo vi ponerse en pie y empezar a caminar en círculos por el espigón, resoplando, con las manos perdidas en el pelo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Soy un mierda.

—¿A qué viene eso?

No abrió la boca. Cuando volvió a tomar asiento a mi lado, su pelo era un sinsentido de rizos castaños y de sus ojos se desbordaban tantas emociones que pensé que no sería capaz de traducirlas.

Volví a preguntarle qué ocurría.

—Pues que tú te has sentido sola y yo me he sentido solo. Los dos estábamos rodeados de gente, pero estábamos solos, Oriana. Han sido demasiados meses. Debí haberlo entendido antes. Soy un gilipollas.

Permanecí con la vista clavada en él. En su lucha consigo mismo. En sus demonios. No supe qué contestar porque, cuando se siente vulnerable, Teo es una bomba de relojería. Quizá otra que supiera menos de él habría intentado discutirle esa declaración o consolarlo, pero yo no. Yo lo veía de verdad.

Teo era esa clase de persona que tenía un éxito indiscutible entre la gente. No destacaba en nada especialmente, pero es que no lo necesitaba. Era franco, transparente, sabía hacerte reír y cuando hablaba contigo te hacía sentir que no existía nadie más en el mundo.

Pero si yo me enganché a él aun solo teniendo doce años no fue por ninguna de esas cosas.

Yo moría por su espíritu gamberro, que convivía con el de un niño al que se le enrojecían las orejas cuando se ponía nervioso. También por su lealtad, su fragilidad y generosidad. Porque luchaba contra su orgullo con tal de no parecerse a su padre. Porque, a veces, solo necesitaba que lo abrazaran y que lo vieran.

Pero, sobre todo, moría por esa capacidad suya de convertir cualquier espacio en hogar solo por ser él quien abría la puerta.

Él fue, es y será siempre mi eterna debilidad, y esa fue la noche en la que lo comprobé, sentada en aquel espigón. Lo comprobé cuando, justo en el momento en que pensaba que

ninguno de los dos sería capaz de continuar hablando, Teo me pidió perdón:

—Lo siento. Siento todo lo que ha pasado estos meses. Siento lo que ocurrió en aquella fiesta y siento lo mal que me porté contigo cuando volví de Irlanda. Siento haberme muerto de celos cada vez que Manel te tocaba y tú le sonreías y siento haberlo pagado contigo y conmigo mismo. Pero, sobre todo, siento no poder explicarte lo que significas para mí, porque no sé ponerle palabras. O quizá es que las palabras se me quedan cortas porque no siento por nadie lo que siento por ti. Eres mi vida, Oriana. Y necesito que me perdones para dejar de ser este gilipollas que los dos odiamos.

Sentí que todo mi interior se encogía. No solo el corazón y el estómago. También las venas, las arterias, los capilares, las vértebras. Cada tejido vivo que respiraba y latía.

Su voz le hablaba a mi cuerpo en un idioma que yo no entendía, pero cuya sintaxis tenía la capacidad de ordenar mis piezas perdidas.

Y entonces di un salto al vacío. No sé por qué. Quizá porque llevaba toda mi vida deseando sentirme tan en casa como me sentía en ese momento y, cuando el impulso me nació en el estómago y trepó hasta cosquillearme en la punta de la lengua, ni siquiera quise detenerlo.

Aquella noche, besé por primera vez a Teo. Por primera vez de verdad. No porque él me lo pidiera, no por tontear con la idea, sino porque su boca era el único sitio en el que yo quería estar. Y él no se apartó.

Empezó como una caricia suave. Dos personas que se reencuentran y se reconocen, aunque se teman demasiado.

Pensé que se quedaría ahí, pero entonces Teo me abrazó. Y recordé que fui yo la que, años atrás, le dio la clave para hacerme perder la cabeza con un beso.

«Abrázame. A las chicas nos gusta que nos abracen cuando nos besan.»

No sé si a las chicas les gusta que las abracen cuando las besan, pero a mí, sí. Yo necesito piel. Por eso me dejé llevar. Por eso dejé la mente en blanco. Por eso olvidé la lista infinita de razones por las que aquello era un error y acabé con la lengua en la boca de mi mejor amigo mientras a él se le escapaba un gemido al perderse en mí.

Besarlo me curó esa herida que se había abierto en nuestro silencio y la convirtió en cicatriz.

El alivio erosionó la distancia y algo hizo clic. Un gigantesco *big bang*.

Ya no era una caricia. Teo me estaba comiendo. Y yo me lo comía a él. Y, aunque sabía que no estaba bien, era incapaz de parar.

—Lo-lo siento —balbuceé, en un intento de detener aquello.

—¿Por qué lo sientes?

—Porque esto está mal.

—Ya lo sé. Fatal.

Sin embargo, no se detuvo. Ni yo tampoco. Cuando me quise dar cuenta, ya no solo nos besábamos, sino que yo me subía a horcajadas sobre su cuerpo.

Había perdido la cabeza.

Jamás me había sentido tan libre, tan enraizada a algo..., a alguien. Un cúmulo de contradicciones se agitaba dentro de mí y explotó cuando Teo coló una mano por debajo de mi falda. Me estremecí, me deshice entera. Tenía que ponerle fin. Era demasiado peligroso. Y lo era porque no quería parar. No quería. Y, para mí, eso lo cambiaba todo porque me asustaba sentirme superada por la intensidad de lo que me despertaba Teo y tener la certeza de que aquello escapaba de mi control.

—Teo... —murmuré contra su boca, aunque solo conseguí que me mordiera—. Teo, por favor...

—Vale, vale.

Lo entendió enseguida. Me soltó, yo me bajé de él y cerré los ojos mientras se ponía en pie. Volvió a caminar en

círculos sobre las rocas, como había hecho apenas un rato antes.

Yo me quedé sentada. Me arreglé el vestido, el pelo, y traté de coger aire despacio.

Unos minutos después, Teo volvió a mi lado. Se puso de cuclillas y, cuando me giré hacia él, vi que sonreía con su bendita mueca gamberra.

—Ori, Ori, Ori...

—No digas nada. Quiero morirme. —Me tapé la cara.

—¿Por qué? No lo haces tan mal.

—Eres idiota. —Me reí. Aunque la risa duró hasta que bajé mis manos y nuestros ojos se encontraron. ¿Existirían palabras para la demoledora conexión que había entre dos personas como nosotros?

—Oye, Ori...

—Tengo novio.

—Lo sé, pero podemos olvidarnos de él...

—Yo no soy así.

—Estoy de coña. Sé que no.

—No puedo hacerle esto a Manel.

—Yo no se lo voy a decir. —Siguió bromeando.

Le sonreí. Después miré hacia otro lado. No era una cuestión de si Manel se enteraba de aquello o no. Se trataba sencillamente del hecho de que había pasado. Y que yo había querido que pasara. Que hubiera vendido mi alma por continuar...

—Ey, mírame. —Teo buscó mis ojos hasta que los fijé en los suyos—. Si te sirve de algo, no creo que esto deba contar como engaño.

—¿Cómo que no?

—Lo que hay entre tú y yo debería estar por encima de todo. De otros amigos, de otras parejas, del bien y del mal... Va más allá de la amistad o del cariño, es... otra cosa. Tú eres parte de mí y yo soy parte de ti. ¿No lo sientes tú así?

—Sí. —Cerré los ojos. ¿Qué podía decir? Él acababa de resumir con unas pocas frases algo que no me podía

explicar, pero que me ocurría desde siempre.

—Pues eso... que no debería contar.

—Pero cuenta.

—Joder. Ya lo sé. —Se frotó la cara—. ¿Lo quieres? A Manel... ¿lo quieres?

—Sí. Lo que tengo con él es... diferente.

—Diferente.

Puso mala cara, pero trató de disimular. Yo aparté la mirada, porque sí, quería a Manel, pero no como quería a Teo, que, como él había dicho, estaba por encima del bien y del mal porque éramos parte el uno del otro.

—Lo siento —susurré.

—No tienes que pedirme perdón. Yo no me arrepiento, pero lo último que quiero es que te hagas daño a ti misma.

—¿Podemos olvidarlo?

—No lo sé, Ori. ¿Podemos? ¿Puedes tú? Porque seguramente yo no lo consiga.

No respondí. Por supuesto que no podría olvidarlo. Recordaría ese beso durante el resto de mi vida.

—Está bien. Tranquila. Tú estás con él y yo... —dijo, asimilando mi silencio—. Yo solo necesito que vuelvas a mi vida. De la forma que sea.

Me sentía incapaz de abrir la boca porque no sabía qué podía salir de ahí. Simplemente asentí y para Teo eso pareció ser suficiente, porque respiró tranquilo. Nunca llegué a comprender que no se ofendiera por aquel silencio después de haberme lanzado a su boca como había hecho un rato atrás. Estaba siendo incoherente e injusta con todos los implicados en mis actos de esa noche.

—Te acompaño a casa —anunció mientras suspiraba.

Cuando crucé el umbral y cerré la puerta, tanto Alonso como Eva dormían. Hice una parada muy breve en el aseo y enseguida me metí en mi habitación.

Allí revisé el móvil. Tenía un mensaje de Nerea preguntándome si me encontraba mejor y otro de Manel, diciéndome que se lo estaba pasando muy bien en su cena de graduación, pero que me echaba de menos.

Un pinchazo agudo me atravesó el estómago. Me sentía mal por lo que había pasado, pero no me arrepentía, y eso alimentaba la culpa.

Apenas conseguí dormir lo que quedaba de noche. Caí en un sueño intranquilo en el que aparecían Teo, Manel, mima y mi madre, cruzando el mar en un barco de vela al que le entraba agua.

Cuando abrí los ojos, lo hice cubierta de sudor y con el ruido de un portazo palpitándome en las orejas. Eran las diez de la mañana. Recordé que Eva y Alonso se iban a una boda en Barcelona y que estaría sola ese día.

Unos minutos después, sonó el timbre.

Me extrañó tanto que fueran ellos que pensé que lo había imaginado. Hasta que llamaron de nuevo.

Cuando abrí la puerta, allí no había nadie. Solo un sobre blanco escrito a mano.

Me agaché, lo cogí y leí mi nombre. Reconocí la letra de Teo. Eché un vistazo por el rellano con la esperanza de encontrarlo y que me explicara qué significaba aquello, aunque algo me decía que él ya no estaba allí.

Abrí el sobre.

Lo primero que vi fue el dinero. Unos cuantos billetes azules recién extraídos del cajero que juntos sumaban más de lo que le dije a Teo que necesitaba.

Lo segundo, una imagen a carboncillo que representaba el abrazo entre dos mujeres de generaciones distintas que me tocó el corazón. Éramos mima y yo dibujadas por los dedos de Teo, vistas desde sus ojos en un reencuentro que aún no había ocurrido.

Por último, encontré la nota. Solo un puñado de palabras escritas con tinta azul y la letra irregular de mi mejor amigo, que desataron un nudo de lágrimas en mi garganta.

Solo para que lo sepas: si tuvieras forma de entrar al país, también te habría traído el billete de avión.

Teo

Caminaba deprisa en dirección al castillo, intrigado y nervioso por el mensaje que acababa de recibir. Mis brazos se movían inquietos a ambos lados del cuerpo mientras cruzaba el pueblo, esquivando a los turistas que paseaban con conos de nata y granizados de limón en sus manos, defendiéndose del calor de julio.

Me detuve al llegar a la ubicación que Oriana me había indicado y la vi sentada en el césped de la pequeña ladera que había en las faldas del castillo. Llevaba pantalón corto, una camiseta varias tallas grande y el pelo en un moño bajo. Las manos hundidas en la hierba.

Caminé hasta ella y me senté a su lado sin esperar a que me invitara. No me miró. Ni siquiera separó la vista del mar, que se intuía a lo lejos.

—Gracias por venir tan rápido —susurró—. Espero no haberte molestado.

—No te preocupes. Justo estaba por la zona...

Era mentira. Su mensaje me había pillado en casa de Francesc, en la otra punta del pueblo, echando una partida a la Play Station.

—¿Qué haces aquí tú sola? —pregunté sin ceremonias.

—Pensar.

—¿En qué?

Por fin dirigió sus ojos a los míos.

—Le he contado a Manel lo que pasó el mes pasado. Ya sabes... que te besé.

—Nos besamos los dos.

—Sí, bueno... —Apartó la mirada unos segundos.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada.

—¿Nada? ¿Cómo que nada?

—Se ha quedado en silencio, mirándome durante... no sé. Mil años. Después se ha ido. Me ha dicho que no le escriba en unos días, que ya me llamará él.

—Qué tío más raro.

Se encogió de hombros.

—El caso es que... se lo debe de haber contado casi al segundo a Nerea, porque me ha llamado corriendo para que nos viéramos cerca de mi casa. Y con ella la conversación no ha sido nada agradable.

—¿Por qué?

—Me ha dicho de todo. Me ha acusado de ser una calientapollas, una desagradecida, mala persona y, para rematar, ha dicho que soy egoísta por contárselo todo a su hermano.

—¿Ser sincera te convierte en una persona egoísta?

Negó con la cabeza, enérgica, con una mueca amarga.

—¿No lo entiendes, Teo? Manel me va a perdonar.

—¿Tú crees?

—Sí. No te haces una idea de cuánto me quiere. Es... ilógico.

—¿Por eso se lo has contado? ¿Para aliviar tu conciencia sabiendo que te perdonará?

—No. Se lo he contado porque no lo han cogido en la Facultad de Farmacia. Sus opciones son irse a Valencia, donde sí ha entrado, o matricularse en otra carrera.

—¿Y eso qué tiene que ver contigo y conmigo?

—Pues que esta tarde me ha dicho que no va a dejar Barcelona, que no quiere alejarse de mí. Que se matriculará en Química o en cualquier otra cosa y yo... Me he agobiado. No me parecía justo que renunciase a entrar este año en la carrera que quiere por mí cuando yo no estaba siendo cien por cien sincera con él.

—¿Tú quieres que se quede?

—Quiero que estudie Farmacia, que es para lo que lleva preparándose dos años. Yo solo quiero lo mejor para él, Teo.

—¿Y quieres que te perdone?

No contestó. Deslizó sus ojos hacia lo que quedaba del antiguo castillo y allí los perdió durante varios minutos. Yo la imité. Y por mi mente desfilaron las últimas semanas; todo lo que había pasado desde aquella noche en la que nos habíamos pedido perdón.

Cuando Oriana recibió el sobre con el dinero en la puerta de su casa, tardó un par de horas en tocar el timbre de la mía. Le abrió mi madre, olvidando al verla sonreír tímidamente que había pasado casi un año desde la última vez que pusiera un pie en nuestro salón.

Con solo tenerla allí, para mi madre, para ella y para mí mismo fue como si todos esos meses se hubieran extinguido. Bajaron juntas al sótano, donde yo me peleaba con unos apuntes, y allí me encontraron. Me había despertado esa mañana con la intención de echar el resto en mi batalla con los exámenes de recuperación, que tendrían lugar en las próximas semanas.

Mi madre enseguida nos dejó solos. La puerta se cerró y en cuanto el clic resonó por la habitación, Oriana corrió a mis brazos para enterrar la cabeza en mi pecho y susurrar un «gracias» contra la tela de mi camiseta que me estremeció hasta los dedos de los pies.

—*Te lo devolveré* —me dijo, refiriéndose al dinero que le había dado para que ayudara a su familia.

—*No hace falta.*

—*Ya lo sé. Pero encontraré la manera.*

Acto seguido, echó un vistazo a las hojas que había esparcidas por la mesa. Me miró y, sin que yo abriera la boca, tomó asiento. Cogió el libro de texto y empezó a pasar páginas. Después, me indicó que me sentara a su lado con un movimiento de cabeza. Yo obedecí. Y así

pasamos el resto del mes: yo dejándome las horas en sus explicaciones y ella ordenando la información que andaba a la deriva dentro de mi cerebro. Hasta que me examiné y recuperé cuatro de las seis asignaturas suspendidas. Si las aprobé fue gracias a ella, que pasó más horas en mi casa en esos días que en ningún otro sitio. Como si no fuera verano, no viviéramos a escasos minutos de la playa o no tuviera que pasar varias horas a la semana ayudando en la oficina de Alonso. Como si no tuviera un novio que quería pasar tiempo a su lado.

No había vuelto a pasar nada entre nosotros desde aquella noche en el espigón. Manel la recogía cada tarde en la esquina de mi casa cuando acabábamos con la jornada de estudio y a mí se me partía el corazón cada vez que la veía marchar para encontrarse con él.

Nunca volvimos a mencionar lo ocurrido. Solo hablábamos de los avances de la salud de mima, de algunos cotilleos y de la habilidad de Oriana para crear reglas mnemotécnicas que me ayudaran a retener las grandes obras de la generación del 98.

Tras mi último examen, no nos habíamos vuelto a ver a solas. Únicamente coincidíamos en grupo. Al día siguiente, yo me marchaba a Irlanda a realizar un curso intensivo de inglés, al igual que había hecho el año anterior. Por eso me había sorprendido tanto su mensaje a las nueve de la noche de un domingo y había corrido a encontrarme con ella. Y por eso no podía respirar, en aquella puesta de sol en las faldas del castillo del pueblo, mientras aguardaba una respuesta que no llegaba.

—¿Ori? —insistí, tratando de camuflar la inquietud que sentía—. ¿Quieres seguir con él?

—Sí —respondió al fin—. Es muy buen chico. Me siento segura a su lado.

—¿Aunque estéis a distancia?

—Supongo que vendría los fines de semana...

Me mordí el labio. Estaba confuso. No sabía qué pintaba allí.

—¿Por qué me has pedido que viniera?

Me miró.

—Porque hoy me he sentido muy sola cuando Nerea me ha dicho todas esas cosas... Horriblemente sola.

—Ya sabes que no estás sola.

—¿Por qué quisiste besarme el año pasado en la fiesta de Teresa? La noche antes de irte a Irlanda. Necesito saberlo.

Lo soltó a bocajarro. Y entonces entendí que ese era el interrogante que había dado vida a los dedos de Oriana mientras me escribía el mensaje que me había llevado a sentarme a su lado en aquel césped perfectamente cortado.

—No lo sé, Ori. Me pudieron las ganas.

Era una mierda de explicación, pero era la pura verdad y la sostuve mirándola a los ojos. Después, vacilé antes de añadir:

—¿Por qué lo preguntas?

—Nerea dice que juegas conmigo y no me doy cuenta. Que estás celoso porque tengo novio y ya no eres el centro de mi vida. Que en realidad no te importo, que solo te interesa tenerme ahí comiendo de la palma de tu mano.

—Nerea es gilipollas. ¿Qué sabrá ella de lo que tú y yo tenemos? No es verdad, Oriana. Y tú lo sabes.

No respondió.

—Ori... —insistí—, ¿en serio piensas que eso puede ser cierto?

—Es que no lo sé. Teo, este último año has cambiado tanto...

Cómo me jodió aquello. Esa duda cubriendo con un disfraz barato la certeza de lo que nosotros éramos. La inseguridad que se reflejaba en su mirada. El dolor que le producía la mínima sospecha de que aquello fuera verdad.

Busqué sus ojos de inmediato y le sostuve la mirada cuando empecé a hablar:

—Lo que siento por ti no lo siento por nadie. Sé que nos volveríamos locos el uno al otro si estuviéramos juntos. Sé que tú eres demasiado responsable y yo estoy demasiado perdido; que tú tienes una media de sobresaliente y yo estoy a un paso de repetir curso; que eres tan increíble que ni siquiera pareces real y yo... yo soy un desastre a tu lado, pero ¿sabes qué, Ori? Que si a ti todo eso te diera igual, a mí también me lo daría. Y si no insisto es porque me dijiste que quieres a Manel y me suplicaste que olvidara lo que se siente cuando me besas. Y, a no ser que ahora me pidas lo contrario, eso es lo que voy a hacer.

Abrió la boca, donde se guarecía, escondida entre un puñado de miedos, la respuesta que yo quería escuchar: «No quiero que lo olvides».

Pero no fue eso lo que dijo. Y, aunque el corazón se me había ido resquebrajando con cada segundo de silencio, volvió a latir en el instante en el que se abrazó a mí como si le faltara el aire y me susurró al oído:

—Te quiero, Teo. Mucho. Muchísimo más de lo que imaginas.

Noté una punzada en el pecho. Aspiré el olor de su pelo y después dejé un beso entre sus rizos desordenados.

—De la forma que sea, Ori. No lo dudes jamás.

Y si de algo me arrepiento fue de no haberle dicho cuando nos despedimos que iba a echarla de menos. No solo esos días que estaríamos sin vernos, sino en todos los recuerdos que no íbamos a crear mientras estuviéramos separados. Aquel verano y todos los que estaban por venir.

2008

Oriana

Las cosas no iban bien. Mi vida llevaba demasiado tiempo siendo un infierno, pero en los últimos meses la situación había alcanzado un punto de no retorno que estaba afectándome a todos los niveles.

Y daba igual adónde quisiera mirar, no podía escapar de esa realidad que parecía estar a un paso de engullirme.

Alonso se emborrachaba de lunes a domingo y ya no medía las consecuencias de sus actos. Pegaba a mi madre sin preocuparse de las marcas e incluso a veces lo hacía en mi presencia, obligándome a mirar.

Por la noche, cuando estaba oscuro, sentía el peligro rondándome junto con la duda de si intentaría cruzar la línea que suponía entrar en mi cuarto.

Temblaba cada minuto que pasaba en esa casa.

Los gritos de Eva, los gritos de él me golpeaban los oídos aun cuando habían cesado. Era incapaz de dormir. Apenas comía.

Me sentía enjaulada, sin opciones, sin fuerzas. Me habría gustado poder volar lejos.

Una única vez me atreví a sugerirle a mi madre que nos fuésemos de allí, pero ella no quiso escucharme.

Sabía que solo a través de mis estudios podría conseguir ser libre, pero las paredes de mi presente se tambaleaban y cada día me decía que no podía más, que iba a desmayarme en cuanto sonara el despertador, que estaba a un paso de

rendirme... Pero no lo hice. Y si lo conseguí, si logré sobrevivir a aquel último curso donde me jugaba todo mi futuro fue porque guardaba un secreto: Teo.

Desde hacía varios meses, mi libertad de salir y entrar de la casa del portal naranja se había visto recortada. A Alonso le gustaba tenernos controladas a Eva y a mí. Por eso cada tarde, después de comer, me escabullía mientras ellos trabajaban. Permanecía en casa de Teo hasta poco antes de las ocho, justo a tiempo para que ellos me encontraran con el pijama puesto al llegar de la oficina.

Allí, él y yo estudiábamos, nos reíamos, me sentía cuidada, protegida e incluso alimentada... y sentía que tenía diecisiete años.

—Entonces, Platón dice que los seres humanos somos esclavos encerrados en una caverna y que conocemos la realidad como si fueran sombras que se proyectan en la pared, ¿no?

—Exacto.

—¿Qué se fumaban en la antigua Roma?

—Platón era griego, Teo.

Me reí. Después le alcancé mi esquema sobre la Teoría de las Ideas de Platón.

Él resopló y me pidió que se lo explicara una vez más, pero en cuanto empecé a hablar vi que en el margen de su libreta había estado esbozando un dibujo.

Era una cueva. Un chico y una chica. En las paredes, se reflejaba el horizonte: una puesta de sol, el *skyline* de una ciudad, un puñado de estrellas.

—Tu dibujo. ¿Qué representa?

—El futuro.

—¿Qué es para ti el futuro?

—Lo que sea que ocurre entre el examen de la Teoría de las Ideas de Platón y la muerte.

Sonreí. Volví a señalar aquel rinconcito de su libreta donde se distinguían los trazos de esas historias que

contaba con un lápiz en la mano. Hablaban de vida, de libertad, de todos sus futuros posibles...

—Esos... ¿somos nosotros?

—Depende.

—¿De qué?

—¿Te irás a Valencia a estudiar Medicina?

Me mordí el labio sin saber qué contestar. Entendí al instante que llevaba toda la tarde esperando sacar el tema. Si nuestra relación actual funcionaba tan bien era porque pasábamos juntos cada segundo posible de lunes a viernes y no hablábamos de a qué dedicábamos el fin de semana. Él no quería saber cómo me iba con Manel y yo no quería saber qué hacía él en esos días.

Me libré de contestar porque, justo en ese momento, Isabel entró con una bandeja llena de bocadillos de mortadela y queso fundido y varias piezas de fruta. Nos sonrió, reprendiéndonos con cariño por no levantar la vista de los libros mientras cogíamos un bocadillo cada uno.

—Tenéis que comer para rendir. Coge otro, Ori, anda. No te quedes con hambre.

Cuando Isabel se aseguró de que daba el primer mordisco al bocadillo, nos dejó solos de nuevo. Casi al instante, Teo quiso retomar la conversación que había quedado en el aire.

—No me has contestado —dijo.

—No sé qué quieres que conteste —respondí mientras masticaba.

—Que si en tus planes entra irte a estudiar a Valencia.

—En mis planes entra matricularme en Medicina. Da igual en qué facultad me cojan.

—No es eso lo que te estoy preguntando, Oriana.

—Ya lo sé. —Me froté los ojos. Me sentía enormemente frustrada. Yo sola me había encerrado dentro de una espiral que había bajado y bajado y bajado, enredándose sobre sí misma hasta hacerme perder de vista lo que de verdad quería.

Muchas veces me preguntaba qué me unía a Manel. Y la respuesta aquellas ocasiones que me atrevía a ser honesta conmigo misma era cariño, gratitud y un espectro de emociones que no me asustaba sentir porque no me hacían creer que estaba a un paso de perder el control.

Sin embargo, eran muchas más las veces que me preguntaba por qué huía de Teo. ¿Por qué le temía de esa manera?

Creo que era la forma en la que me miraba. Sin reservas, lleno de verdad, como si estuviera desnuda, sin ropa ni piel ni sombras. Teo me veía el núcleo del alma. Y era aterrador porque aquello no lo podía controlar. Hasta que un día me di cuenta de que lo único que realmente me separaba de él era Manel. Y creo que eso explicaba que no pudiera sacarlo del mapa. La alternativa era... el resto de mi vida.

—Oriana...

—¿Qué?

—Oriana, mírame.

—¿Por qué? —No lo hice.

—Porque si no me miras no puedo leerte.

—¿Y quién te ha dicho que quiero que me leas?

Tensó la mandíbula.

—A mí no puedes engañarme, ¿sabes?

—No sé de qué hablas.

—Sé que me escondes algo.

—Imaginaciones tuyas.

—¿Imaginaciones mías? No me toques los cojones. Te dormiste en clase hace dos días. Has perdido como cinco kilos desde Navidad. ¿Piensas que solo yo me he dado cuenta? ¿De verdad crees que el plan de buena alimentación de doña Isabel Ros incluye merendar fiambre procesado y queso de alto contenido graso? Estás tan flaca que me asusta que te pase algo.

Apreté los dientes para no gritar. Después lo miré.

—¿Y qué tiene que ver eso con que me vaya a estudiar a Valencia?

Él suspiró, frustrado.

—No sueltas prenda sobre qué es lo que te pasa. He llegado a la conclusión de que no me lo cuentas porque es algo que tiene que ver con Manel, y como nosotros no hablamos de eso... Yo qué sé.

—Tranquilo, Teo. Estoy bien.

—No me mientas, Oriana, te lo pido por favor.

Dudé. Llegué a sopesar la posibilidad de contarle la verdad: que vivía en el infierno. Que hacía ya demasiado que ni comía ni dormía como las personas normales. Que sentía pánico en cuanto cruzaba el umbral de mi casa.

Pero ¿qué hubiera pasado? Teo habría enloquecido. Se lo habría contado a su madre con la única intención de protegerme. Puede que incluso hubieran llamado a la policía, y me aterraba que la falta de respuesta por parte de las autoridades nos dejara descubiertas a Eva y a mí, especialmente cuando no estaba muy segura de cuál era la postura de ella. No podía ni pensar en las consecuencias de algo como aquello.

Así que la posibilidad de ser sincera con Teo no era una posibilidad. Por ello, me limité a ofrecerle solo un pedazo de aquello que atormentaba mi mente.

—Tengo dudas de lo mío con Manel.

—¿Qué tipo de dudas? —Parpadeó, intentando ponerse serio.

—No te sabría explicar... No estamos bien.

—¿Te ha hecho algo?

No contesté hasta pasados unos segundos.

—No, es solo que... me agobia —confesé tras valorar cómo podía resumirlo—. Está a trescientos cincuenta kilómetros, pero se las apaña para que sienta que me falta espacio. Me siento así constantemente, Teo. Me ahogo en el pueblo. Es como si fuera muy pequeño para todo lo que siento por dentro...

—Si necesitas escapar, solo tienes que decírmelo.

—Ya lo sé, pero...

—¿Aún quieres seguir con él?

No sabía cómo exponer mi respuesta.

—No lo sé —susurré—. Necesito distancia. Y perspectiva.

—Puedo conseguírtelas.

—¿Cómo vas a conseguirme distancia? —Sonreí.

—No hay nada que no pueda conseguir si eres tú la que me lo pides. Aprendería a tocar el piano, a caminar por el agua, y bajaría una constelación de estrellas para colarla por tu ventana.

—Teo...

—Jueves de la semana que viene —sentenció, muy seguro.

—¿Qué pasa el jueves?

—Pues que algo bueno debía tener ser de los pocos que no van a Sevilla de viaje de fin de curso, ¿no te parece?

Lo miré a los ojos. ¿Qué tenía Teo que me sacudía, me evadía y me ayudaba a soñar sin necesidad de estar dormida?

—Estás loco —le dije.

Bendita locura la suya. Consiguió que durante los días que duró la cuenta atrás hasta el jueves hubiera algo más que angustia en mi estómago.

Esa mañana, a primera hora, entramos en una clase donde el número total de alumnos ascendía a cuatro. La mayoría de nuestros compañeros estaban de viaje de fin de curso, así que no tuvimos problemas para fugarnos justo cuando se anunciaba el cambio de clase.

Nos dimos la mano y saltamos la valla de la parte trasera del instituto.

No habíamos ni doblado la esquina cuando averigüé adónde nos dirigíamos.

Habían pasado casi tres años de aquella vez, pero pensaba en ella a menudo. Era el lugar al que huía cuando necesitaba dejar de lado el presente. Cerraba los ojos y me transportaba a las calles de Barcelona, aquella primera escapada juntos.

Y esa era la magia de Teo: dos horas más tarde, me encontraba allí de verdad. Un tren, un autobús de línea y unos kilómetros a pie. Eso y su mano eran lo único que había hecho falta para tener la distancia que necesitaba. Y la perspectiva.

Y durante unas horas me olvidé de todo: del mañana, de las consecuencias de las decisiones tomadas por Eva durante mis diecisiete años y de las opciones entre las que yo debía escoger para salir de la espiral que se agitaba dentro de mi estómago.

—¿Cómo te encuentras ahora?

Llevábamos treinta minutos perdidos en el reflejo plomizo de las nubes sobre el lago que brillaba a nuestros pies. Tras comer en una bocatería, nos habíamos internado en el mismo parque que nos había acogido en nuestra anterior visita, en la zona del Poblenou. Y allí estábamos. Callados. Entre nosotros, solo el sonido de las hojas de los árboles y unas voces lejanas.

—Puedo respirar. Gracias, Teo. Aquí es más fácil.

—Lo suponía.

—¿Cómo? ¿Cómo suponías que era precisamente esto lo que necesitaba?

—Porque te escucho.

—No recuerdo haberte dicho nunca que quería volver aquí.

—Es que yo lo escucho todo: lo que dices, lo que no dices y lo que dices a medias. ¿Te acuerdas de la fiesta de Teresa?

—Como para olvidarla...

—Pues eso. Recuerdo todo lo que dijiste aquella noche. Y cómo lo dijiste. Si haces memoria, recordarás que mencionaste nuestra primera visita a Barcelona.

Sonreí.

—Gracias, Teo.

—¿Sabes que esa es una de las primeras cosas que me llamó la atención de ti?

—¿El qué?

—Que siempre das las gracias.

—Me lo enseñó mima. A dar las gracias por todo.

—Mima se llevaría muy bien con mi madre.

—Estoy de acuerdo. Las dos tienen ese aire nostálgico que comparten los amantes del arte... Mima siempre dice que los nostálgicos cobijan su alma en lo que otros crearon, porque encuentran consuelo en su dolor. Mima perdió un gran amor hace años y el arte ha sido su refugio.

—¿Lo dices porque perdió a tu abuelo?

—No, mi abuelo nunca fue el gran amor de mima. El gran amor de mima fue el padre de mi tío Héctor, un abogado de Nueva York que pasó una temporada en La Habana. Conoció a mima porque era camarera en el hotel donde él se hospedaba. Se enamoraron locamente, él volvió a Estados Unidos a informar a su familia de que se iba a casar con mi abuela y nunca regresó a Cuba. Nueve meses más tarde, nació mi tío Héctor. Jamás volvieron a verse.

—Vaya. Entonces ¿tu abuelo...?

—Se conocieron años después. Y él se fue al poco de nacer mi madre. Según mima, se cansó de esperar a que lo quisiera como él la quería a ella. Incluso después de haberle dado dos hijas. —Lancé un suspiro—. Siempre decía que lo que de verdad la hacía sonreír después de todo lo que había perdido era yo. A veces pienso en ella y siento que desde que me fui la ha ido comiendo la pena.

—¿Eso es lo que te tiene así? ¿Mima?

El cambio de tema fue un jarro de agua fría. Quizá había sido demasiado ilusa al pensar que Teo iba a dejarlo pasar, que no iba a insistir en saber.

—Teo...

—No. Teo, no. Sabes que estoy aquí para lo que necesites. También para mirar hacia otro lado cuando no quieres hablar. Pero esto es ridículo, Oriana. Tienes que hablar conmigo.

—No es nada importante.

—Tienes que decírmelo. Estoy preocupado. Mucho. Joder, Ori, mi madre está a un paso de ponerse en contacto con la tuya. O con el director del colegio.

—¿Qué dices? —Me tensé.

—¿Te has mirado en el espejo?

—¿Me has traído hasta aquí para hacerme una encerrona?

—Te he traído hasta aquí porque no puedo dormir pensando que hayas contraído una enfermedad, o que Manel te lo esté haciendo pasar mal, o que mima esté más grave de lo que me cuentas, o que Eva y Alonso te hayan hecho algo... Yo qué sé. No paro de imaginar cosas.

—No imagines. Estoy bien, en serio. Estoy estresada, eso es verdad, pero lo tengo bajo control.

—No tienes una mierda bajo control. Te conozco. Estás desbordada. Pero no eres capaz de pedir ayuda. Eres increíblemente testaruda.

—¿Yo soy testaruda? ¿Y tú que eres? —Mi tono no fue nada amable, pero es que... si alguien podía resquebrajar los cristales de mi coraza y hacer que confesara era él. Y no quería.

—Soy tu puto mejor amigo. Y posiblemente una de las personas a la que más le importas en el mundo entero.

Me froté la cara. Hostil, herida.

—No es nada, ¿de acuerdo? No es nada y es todo. Echo de menos a mima. Manel me pone de los nervios. A Nerea y a Sheila les importo una mierda. Y estoy muy agobiada con la selectividad. Necesito la mención de honor para tener cubierta la matrícula de la universidad, salir del pueblo y empezar de cero en otro sitio. Te agradezco mucho que te preocupes, pero, por favor, deja de preocuparte. Me estás agobiando.

—¿Te estoy agobiando?

—Sí. Me asfixias. Cuando te pones así, me asfixias. Te lo he dicho mil veces, puedo ocuparme de todo sola. Ya sé que estoy sola.

—Me revienta que digas eso. Tú no estás sola. Me tienes a mí, joder. Y a mi madre y a mi hermana. Para todo y para siempre. Y lo que tú llamas asfixia soy yo preocupándome por ti. Quizá no sepas reconocerlo porque no hay mucha gente que lo haga.

—Eres imbécil.

Escoció. Escoció como lo hacen las verdades que ignoramos.

—Oriana, joder, espera.

Me había puesto en pie con intención de echar a andar por el parque, pero apenas avancé tres pasos porque él me siguió antes de que me alejara. Me cogió de la cintura y su tono de voz se derramó como lava sobre mis oídos.

—Oye, oye, oye..., no te escapes. Odio cuando te escapas. ¿Sabes lo que es vivir constantemente con esa sensación? ¿Con la sensación de que aquello que más quieres se te escurre entre los dedos?

—Teo, por favor... —Evité sollozar, romperme, descubrirme.

—Cuando te digo que estoy preocupado creo que no alcanzas a imaginar lo que siento. Me asusta despertarme un día y que te haya pasado algo. O que te hayas marchado lejos.

—¿Adónde me iba yo a marchar?

—No sé. Siempre he tenido esa sensación. Que quieres huir, volver a empezar en otro sitio... Que el tiempo se nos acaba y yo soy incapaz de detenerlo. Y no quiero perderte.

—No vas a perderme —repliqué, tratando de serenarme.

—Te pierdo cada vez que te callas.

—Creía que me escuchabas aunque estuviera en silencio.

—Sí... Por eso creo que lo que me contaste de Manel era una excusa para que dejara de preguntar.

—Lo que te conté sobre Manel es cierto. No sé si quiero seguir con él.

—¿Por qué?

—La lista es demasiado larga.

—Bien. Y Barcelona, muy grande. Tenemos tiempo hasta que salga el tren.

—Hay cosas que no tienen marcha atrás, Teo. Una vez que dices algo en voz alta no puedes deshacerlo. Y me da miedo.

—¿Qué es lo que te da miedo?

Se acercó a mí. Me miró, interrogante. Y justo ahí lo sentí. El vuelco en el estómago. La chispa de una decisión por tomar. Un instante suspendido en el tiempo que hizo que la espiral de mi interior se detuviera y se convirtiera en una flecha con la que decidí apuntar hacia el futuro. Y mil veces me he preguntado qué habría sido de nosotros si hubiera contestado otra cosa. Si la flecha hubiera apuntado en otra dirección...

—Tú, Teo —respondí—. Tú me das miedo.

—¿Yo? ¿Cómo voy a darte yo miedo?

—Eres lo que más me asusta en el mundo.

—¿Qué? ¿Por qué dices eso?

—Pues por todo lo que has dicho. Porque me lees con solo mirarme, porque me escuchas cuando estoy callada, porque haces que me olvide de que mi vida es una mierda, porque me miras y me ves de verdad, porque contigo *soy*...

Tragó saliva en un gesto casi imperceptible.

—¿No..., no dices nada? —pregunté.

—Es que... —Sus ojos brillaban.

—¿Qué?

—Pues que eso que has dicho suena a que estás loca por mí.

Me quedé paralizada. Nunca me había sentido tan expuesta.

Agaché la mirada. Vértigo. Un vértigo espantoso.

—Vuelves a huir...

—No estoy huyendo.

—Si no me miras...

Lo hice. Me armé de valor para clavar mis pupilas en las suyas. Cuando me tuvo, sonrió como el canalla que era.

—Ori, Ori, Ori..., ¿es que estás ciega?

—¿A qué viene eso?

—A que si de verdad no sabes que yo también estoy loco por ti. Y cuando digo loco quiero decir chiflado, majara, demente... Deberían venir a estudiarme de alguna universidad prestigiosa, porque no sé si es normal haber perdido la cabeza por alguien de esta manera.

Me reí, aunque en realidad quería llorar.

—Qué tonto eres, Teo...

—Pues sí. Soy tonto. Soy tonto porque en el fondo llevo meses sabiendo que tú también te mueres por mí.

Volvió a sonreír. Y cuando lo hizo dio un paso más hacia mí. Quería tocarme. Lo sé, lo vi en su mirada. Pero supongo que yo no era la única que estaba asustada.

—Deja a Manel, anda. Como broma ya ha estado bien.

—No es tan fácil, Teo.

—Ya... Supongo que no. Él es un buen tío: listo, estudiante universitario, sabe lo que quiere, es seguro de sí mismo... Y yo pues... no soy así. Te saco de quicio veinte veces al día y he hecho cosas que no te gustan un pelo. Pero, Ori, te aseguro que nadie cuidará de ti como yo. Nadie te querrá nunca tanto.

El tiempo se detuvo.

—Me vas a hacer llorar... —Suspiré.

—Y eso que tú nunca lloras delante de nadie... —Sonrió con socarronería.

Me mordí el labio. Asentí.

—Eso es lo que quiero que entiendas, Oriana, conmigo no necesitas esconderte. Nunca tendrás que esconderte.

¿Cómo había llegado él a entender que era precisamente eso? No tenía ni idea y durante unos instantes me sobrevino la angustia. Era demasiado. Teo era demasiado. Lo que sentía él. Lo que sentía yo.

Me asustaba que viera dentro de mí. Los miedos. Las contradicciones. Las ganas de huir. La amenaza que suponía Alonso día tras día. Lo egoísta que me sentía por

querer construirme un futuro mejor cuando mi familia pasaba por tanto.

Mi interior era gris, humo, sombras... Si Teo veía aquello, se iría de mi lado. Yo no podría sobrevivir a más rechazos. Y él se quedaría destrozado al descubrir que la chica con la que soñaba no existía.

Pensé en darme la vuelta y marcharme, dejarlo libre, pero no pude hacerlo. Sus ojos me miraban hasta el fondo, hasta dentro del alma, y la fuerza de nuestra conexión ganó esa batalla.

Teo era lo único que me mantenía en pie y estaba cansada de luchar contra todo y contra todos, también contra él, así que me rendí y juntos dimos paso a uno de esos momentos a partir de los cuales mides el tiempo, por encima del bien y del mal.

Construimos un recuerdo al que quise volver tantas y tantas veces que no conseguirlo me rompía en dos.

Porque Teo y yo no volvimos a ser quienes éramos en aquel instante.

No volví a tomar la decisión de besarlo para agarrarme a la vida.

No volvimos a mirarnos como si tuviéramos una vida juntos a nuestro alcance.

No volví a sentir la dicha inexplicable de estar por fin en casa.

Teo

«Por encima del bien y del mal, siempre», nos habíamos prometido en aquel parque.

Muchas veces me he preguntado si magnifiqué lo que sentí aquellas semanas. Los seres humanos tendemos a idealizar aquello que no llega a ser, porque deja mucho espacio para imaginar lo que pudo haber sido.

Pero lo cierto era que cada vez que posaba un carboncillo en una hoja en blanco y pensaba en ella, ante mis ojos se proyectaban detalles que ni el tiempo había hecho desaparecer y eso me hacía pensar que quizá sí ocurrió de aquella manera que aún dolía.

Oriana riendo y el sonido de su risa.

Oriana conteniendo las lágrimas y el sabor de su tristeza no derramada.

Oriana decepcionada, decaída, cansada.

Oriana concentrada en los apuntes, sin ser consciente de que mis dedos trataban de encerrar su expresión en un trazo hecho a boli en el margen de una libreta.

Oriana taciturna tras un fin de semana encerrada con Eva y Alonso.

Oriana libre, serena, después de un ataque de cosquillas por mi parte. O por un beso robado en los pasillos, cuando nadie miraba.

Momentos suyos, nuestros, eternos.

Oriana entrando en mi casa una tarde cualquiera de las muchas que venía a estudiar.

Con su mochila llena de parches y un vestido que había sido de mi hermana.

Moviéndose por el que era mi hogar como si fuera el suyo propio.

—¿A qué huele? —preguntó.

—Creo que mi madre está preparando algo de repostería.

Siguió los pasos que aquel aroma dibujaba en dirección a la cocina. Allí encontró a mi madre batiendo yemas, montando claras y pesando un poco de harina en un recipiente opaco.

—Ori, cariño, ¡no deberías haber entrado! Te estaba preparando una sorpresa para merendar...

—¿Qué sorpresa? —quise saber yo.

—Es una tontería... Una tarta. Vi la receta en una revista —señaló el recorte en cuestión, que reposaba en la encimera— y me he animado a hacerla. Ponía que es un postre muy popular en Cuba.

Oriana se acercó a aquel trozo de papel rasgado y leyó con atención.

—Tres leches... —Una sonrisa. Felicidad y melancolía al mismo tiempo curvando sus labios.

—Sí. Tres leches.

—Es el favorito de mima.

Yo me mantuve en silencio. Creo que para decir algo en ese momento uno debía estar a la altura. Yo no lo estaba. Quería hacer una broma para rebajar la carga emotiva o abrazar a Oriana por si lo necesitaba y luego besarla sin importar quién nos mirara.

—¿Quieres ayudarme? —ofreció mi madre con dulzura.

A Oriana le tembló la mandíbula. Un pequeño espasmo que nadie hubiera registrado de no haberla estado observando con la misma atención que yo en ese momento.

Asintió con algo más de energía y, a continuación, dejó la mochila en el suelo.

Salí de la cocina sin que me vieran. Sabía que era algo importante para ella. Le leía los recuerdos en los ojos; también el amor y la gratitud hacia mi madre.

Además, había borrado de su cabeza que teníamos un examen al día siguiente. Nada lo había conseguido en meses. Quizá, ni siquiera en años.

Me aparté para que Oriana tuviera aquel momento. Un momento que la conectara con sus raíces, con su abuela, con lo que siente una hija al pasar una tarde junto a su madre.

Oriana entrando en la piscina de mi casa.

Probando la temperatura del agua con el pie derecho.

Descendiendo por la escalera apoyando el peso en el pie izquierdo.

Y yo acercándome a ella. Por detrás. Como un loco; anhelante. Como un chico de diecisiete años que ve abierta una ventana de oportunidad cuando sus padres cruzan a la casa de los vecinos y se queda solo con la chica que lo hace perder la cabeza.

Cuando hube entrado en el agua, la rodeé con los brazos y la pegué a mí. Se estremeció cuando le acaricié la piel que envolvía sus costillas. Seguía estando demasiado delgada, pero hacía días que no le preguntaba si ocurría algo que no me estaba contando. No quería alejarla con mi insistencia. No quería que se encerrara en su caracol, cosa que ocurría cada vez que se proponía evadir mis preguntas. Y luego estaba lo otro... Que conmigo siempre parecía feliz. Era demasiado fácil mirar hacia otro lado.

Le di un beso en el cuello.

—Puaj, sabes a cloro —bromeé.

Ori se dio la vuelta y salpicó agua en mi dirección con la palma de su mano.

—Nadie te ha pedido que te acerques tanto.

—Eso no es del todo cierto. De hecho, es una mentira. Una gran mentira. Una falacia.

—¿Ah, sí? ¿Qué tipo de falacia?

—Emm... ¿*Ad hominem*?

—Incorrecto. Prueba otra vez.

—Mira, Ori, siento decepcionarte, pero, por mucho que tengamos la selectividad en dos semanas, no vas a conseguir que repase el temario en este momento.

—Bueno, como tú dices, quedan dos semanas... Cualquier momento debería ser bueno.

—Cualquiera menos uno en el que tú estés en bikini, en la piscina, mientras mis padres, milagrosamente, han salido de casa.

Volví a acercarme hacia donde estaba. Su mirada retadora era mi perdición. Y su cuello..., su cuello guardaba el epicentro de esa debilidad que yo sentía por ella. Tenía un lunar diminuto, cerca de la clavícula, que me hacía sentir invencible. Porque pocas personas sabían de su existencia y yo, en cambio, me hubiera empadronado en ese pequeño puntito oscuro cuyo relieve apenas detectaba mi lengua.

Cuando me quise dar cuenta, Ori se había alejado hacia el otro lado de la piscina.

—¿Por qué huyes? —pregunté.

—Porque me estás mirando de una manera...

—¿Y qué?

—Que tus padres pueden llegar en cualquier momento. Es mejor que no sepan...

—¿Sí?

—Ya sabes...

—La verdad es que no. —Compuse esa sonrisa canalla que sabía que la volvía loca, aunque fingiera lo contrario.

Oriana y yo nunca quisimos ponerle una etiqueta a lo nuestro. Creo que todas nos quedaban grandes y, a la vez, no cabíamos en ninguna.

—Tú sabes lo que yo siento —declaró, mirándome a los ojos e indirectamente insistiendo en la idea de que no había que llamarlo de ninguna manera—. Y yo sé lo que tú sientes.

Que me iba a explotar el pecho. Eso era lo que yo sentía.

—Teo... —me advirtió cuando vio que iba de nuevo hacia ella—. Deberías quedarte donde estás.

—Suenas a que si me acerco mucho no te vas a poder controlar.

Sonrió.

Íbamos a estallar por las ganas. Teníamos diecisiete años. Ambos teníamos experiencia en el sexo. Ambos habíamos llegado hasta el final con otras personas. Sin embargo, la falta de oportunidad para estar solos estaba convirtiendo cada segundo que pasábamos cerca en un eterno preliminar.

Y sí, nos habíamos tocado, nos habíamos mordido, gemido al oído... Pero yo quería estar dentro de ella.

Lo habíamos intentado una vez, en un parque algo alejado, pero aún no era noche cerrada y el ladrido de un perro correteando cerca nos hizo detenernos en el acto. El condón quedó a medio poner.

Que a ella no la dejaran estar fuera de casa más allá de las ocho de la tarde nos complicaba aún más las cosas.

—¿Alguna vez te has besado con alguien bajo el agua? —preguntó de pronto.

—Nunca. ¿Es una proposición? —Alcé las cejas de manera socarrona, olvidando antes de tiempo que había juegos a los que siempre estaría destinado a perder si mi contrincante era Oriana.

Se acercó a mí. Despacio. Elegante. Sugerente. Dominando el elemento. El agua era su elemento. Ella era su señora. Una sirena. Las corrientes le abrían el paso y las gotas que se deslizaban por su piel lanzaban un hechizo a cualquier idiota que osara mirarlas de manera directa.

Toda la sangre se me fue a un mismo sitio. Y ni siquiera me había tocado. Cuando lo hizo, cuando se pegó a mí y envolvió mi cintura con sus piernas para después sumergirnos a ambos con las bocas pegadas, pensé que estaba a escasos instantes de correrme.

No hizo falta mucho más para tenerme al límite. Solo un beso bajo el agua que ni siquiera duró demasiado.

Sin embargo, me enloqueció, y antes de reparar en lo que hacía, le estaba apartando las braguitas del bikini. Yo la tenía dura, en la mano, buscándola a ella. Oriana no me detuvo. Clavó sus ojos en los míos, retadora como solo ella podía serlo.

—Uf, no puedo —gruñí, frustrado.

—No deberías jugar contra mí. Sabía que te podría el miedo.

—No, Ori, me puede la biología. Estoy muy... —Cerré los ojos—. Si te la meto, aunque sea un poco, no creo que aguante ni tres segundos. Y aquí dentro no tenemos preservativo.

Volvió a mirarme. Sus iris azabaches fueron como un espejo en aquel momento. Había deseo, respeto, ganas, cariño y hasta compasión por la obligación de alargar indefinidamente aquella agonía.

Quería casarme con sus ojos. Y con el lunar de su cuello.

—Lo mejor va a ser que te espere fuera —dijo con una sonrisa. La Oriana provocadora había desaparecido. Había vuelto la tímida. La que no pisaría mi casa nunca más si mis padres nos pillaban metiéndonos mano en la piscina.

Se sentó en el bordillo y, mientras acariciaba con los dedos su colgante, me atravesaron sus palabras:

—Es lo mismo, ¿sabes? Lo que tú sientes, lo que yo siento. Es lo mismo.

Asentí y me puse una mano en el esternón. Otra vez esa sensación... Iba a explotarme el pecho.

Oriana con el ceño fruncido y los labios arrugados.

Tratando de mantener sus emociones a raya.

Evitando mirarme a los ojos para impedir que yo la leyera.

—¿Qué es lo que pasa? —le pregunté al sentarme a su lado en el pupitre.

—Nada.

No parecía enfadada. Parecía confundida, a punto de encerrarse en su caracol. Y eso siempre me preocupaba mucho más. Sobre todo porque aún no había conseguido averiguar el porqué de sus ojeras, de su pérdida de peso y de su ansiedad. Si le preguntaba, ella se cerraba. Otras veces discutíamos.

Cuanto más se acercaba la selectividad, más tensos estábamos ambos y más difícil me resultaba plantearlo.

—¿Por qué no me miras?

—Te he visto en el pasillo hablando con Bea. He escuchado que te invitaba a tomar unas cervezas mañana en el parque.

—Sí. ¿Y qué pasa? Imagino que también me habrás oído decirle que no.

—Sí, no es eso... No me importa que vayas si te apetece.

—Pero es que no me apetece. No me interesa lo más mínimo.

—Ese es precisamente el problema, que no lo entiendo...

—¿No entiendes que no quiera emborracharme en plenos exámenes finales con un grupo de gente que ni siquiera me cae bien del todo?

—Antes sí te hubiera interesado. No entiendo el cambio.

—Supongo que no te vas a conformar diciéndote lo obvio... Que es por ti.

—Exacto. Eso es lo que me preocupa. Te encantaban las fiestas. Y ser popular. Probar cosas nuevas. Y las chicas. Y...

—No me aporta nada, Ori. Y, si te soy sincero, tiene un precio demasiado alto.

Me miró a los ojos.

—Yo —adivinó.

—Tú —confirmé.

—No quiero que renuncies a nada por mí. Recuerdo esa conversación en la que me dijiste que hay cosas que si no hacemos ahora nunca haremos. ¿Qué pasó con el Teo que quería todo aquello?

—Que estuvo meses sin hablar con su mejor amiga. Que tuvo que verla a diario sonreírle a un tipo que no era él. Que se sentía frustrado, perdido, que estuvo a punto de repetir curso y tenía muchos problemas en casa. No es solo por ti, Oriana. Es por todo lo demás, por esa versión mía que consigues potenciar solo con estar cerca. Me gusta ese Teo. ¿Te sirve como explicación?

—Creo que sí.

Apartó la mirada y lanzó un suspiro a la nada cuando el profesor entró en el aula.

Se quedó taciturna. Como si creyera en mi palabra, pero no confiase en que el tiempo la sostendría.

Antes de que el profesor empezara a hablar, cogí una hoja de papel y tracé unas palabras. No era gran cosa. Pero era lo que yo hubiera querido escuchar.

Da igual cuántas versiones de mí existan:

todas quieren estar contigo.

Tú y yo somos, Ori.

Tú y yo SIEMPRE seremos.

Oriana pisando la arena.

Descalza y firme.

A mi lado.

Sus dedos me rozaban de vez en cuando, pero ninguno de los dos se atrevía a afianzar el agarre.

Oriana y yo habíamos salido a pasear para despejarnos antes de que ella tuviera que volver a su casa. Al día siguiente teníamos el examen final de Catalán, pero no

teníamos ganas de repasar en voz alta. De hecho, nos manteníamos en un cómodo silencio.

—¿Qué piensas cuando te pierdes en el mar? —le pregunté.

Ella me miró como si llevara toda la vida esperando que alguien le formulara esa pregunta. Como si por fin se sintiera preparada para dar una respuesta.

—Pienso en que el mar es el mismo en cualquier parte del mundo. Un único cuerpo de agua salada interconectada que rodea la tierra. Lo que cambia en realidad son las corrientes y el nombre que le damos según dónde nos paremos a contemplarlo, ¿no?

Sinceramente, en ese momento desconocía por completo si su razonamiento carecía o no de base científica. Pero creía intuir el trasfondo emocional al que ella necesitaba agarrarse.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—A veces me imagino que el agua que me roza los pies trae algo de la esencia que ellas han dejado en esa porción de mar que ven desde la otra parte del planeta.

—¿Hablas de tu familia?

—Sí. De mimá y tía.

—Nunca lo había pensado.

—Yo nunca se lo había dicho a nadie. Siempre que miro el mar pienso en eso. Como aquellos que están lejos, pero saben que cada noche observan la misma luna. Yo creo que el mar nos conecta. También me imagino enviándoles un mensaje...

—¿Un mensaje? ¿Como en una botella?

Sonrió.

—Exactamente como en una botella. Sé que la probabilidad de que les llegue es mínima, pero durante una fracción de segundo me permito soñar que lo reciben. Y las siento tan cerca...

Un nudo me apretó el pecho. Nunca he sido capaz de explicar lo que se removía en mi interior cuando detectaba

la erosión que la nostalgia, la melancolía y la añoranza grababan en su voz y en su rostro.

—Ojalá no pase nunca —le dije con un susurro ronco—, pero te prometo que si algún día estamos lejos te mandaré un mensaje en una botella para que me sientas cerca.

Para bien o para mal, siempre supe que cumpliría aquella promesa.

Oriana

Nunca he sido una soñadora, pero me permití una noche de debilidad antes del primer examen de la selectividad e imaginé que el futuro que empezaba al día siguiente era perfecto.

Que Eva me preparaba el desayuno justo como me gustaba y antes de salir de casa me decía: «¡Dale candela!», y que estaba orgullosa de que hubiera acabado bachillerato con una nota media de nueve con cuarenta y cinco.

Que ponía punto final al último examen con la sensación de quitarme un peso de encima.

Que esa misma noche de junio nos graduábamos y me la pasaba bailando con mis compañeros y colgada del cuello de Teo mientras iniciábamos una cuenta atrás que finalizaba el día que cumplíamos dieciocho años. Por fin seríamos libres para escaparnos a esa Barcelona que llevaba tanto esperándonos.

Dicen que los sueños se cumplen. Que si deseas algo con todas tus fuerzas, el universo conspira para que se cumpla. Y yo deseé muy fuerte que todo aquello fuera real... Sin embargo, no funcionó.

Recuerdo que salí mareada del último examen y no hablé con Teo ni con nadie cuando terminamos. Necesitaba agua fría. Y aire. Me dirigí a la zona exterior en busca de ambas cosas. Pero él me encontró. Siempre lo hacía.

—¡Ori! No te veía por ningún sitio. ¿Qué haces aquí?

—Buscaba una máquina de *vending*.

Él me escrutó con su mirada verdosa. A nuestro alrededor, en la puerta de la facultad donde nos habíamos examinado, decenas de alumnos celebraban el comienzo de una nueva vida.

—¿Qué te pasa? —Dio un paso más hacia mí.

—No lo sé. Tantos meses esperando este momento y ahora... Me siento desinflada.

Teo asintió y me dio un abrazo. Uno de esos abrazos que tenían el poder de hacerme olvidar mis grietas más profundas.

—Estoy seguro de que lo has hecho genial —me susurró—. Y si no, dentro de veintiún días podemos ser quienes queramos e ir a donde queramos.

Sonreí contra su camiseta, que olía a su casa, al suavizante que usaba Isabel y un poco a sudor. Dentro de veintiún días, ambos seríamos mayores de edad, con solo veinticuatro horas de diferencia. A Teo le encantaba imaginar las posibilidades que nos esperaban.

Yo lo veía todo oscuro.

—Tengo que marcharme.

—¿Marcharte? Pensaba que podíamos tomar algo con todos. Mi madre no llega hasta dentro de una hora.

—No pasa nada. Puedo volver al pueblo en uno de los autobuses.

—¿Tú sola? No te preocupes. Voy contigo. Le digo a mi madre que no hace falta que venga y...

—Teo... —Me esforcé por sonreírle y que pareciera de verdad—. Quédate. No te preocupes.

—Me quedo si me cuentas por qué tienes esta prisa repentina por volver a tu casa. —Se cruzó de brazos y por su mirada supe que se me acababa la tregua.

Hacía ocho días que las cosas habían cambiado en casa. Todo estaba más tranquilo, pero también más inquietante. Falsa armonía. Silencio. Puertas cerradas. Tensión.

Mis nervios colapsaron y Teo se dio cuenta. Me preguntó, lo esquivé y nos peleamos.

Le prometí que después de la graduación se lo contaría todo.

Los gritos. Los golpes. Las humillaciones. El sentirme observada. La suciedad. El declive de ese piso del portal naranja que nunca fue mi casa.

Se lo contaría. Pero en ese momento necesitaba regresar precisamente porque todo eso había cesado desde hacía ocho días para dar paso a un silencio ensordecedor. Como la calma que precede a la tormenta. Vivía aún más alerta. Caminábamos por un silencioso campo de minas.

Ese día Eva no había ido a trabajar, y no quería que estuviera sola con él cuando llegara de la oficina.

—Mañana, Teo. Por favor.

—Llevo esperando casi un año —reprochó—. Además...

—Además, ¿qué?

—Pues que me da miedo que no vengas a la graduación. Ya sé que no vas a quedarte hasta las tantas, pero me preocupa que no estés ni para graduarte y recoger tu orla.

—Te prometo que estaré.

—Está bien. —Suspiró.

Alonso aún no había vuelto a casa cuando unas horas después salí de mi habitación. Para mi graduación, llevaba un vestido comprado a última hora con los cambios que me guardaba cuando iba a la compra; los zapatos eran de mi madre y el peinado me lo había hecho yo misma. Como complemento, solo llevaba el collar de mima. Eva estaba en el sofá, con la mirada perdida, dando vueltas con la cuchara al contenido de su taza; olía a hierbabuena.

Dio un respingo cuando me oyó entrar en el salón y respiró con alivio cuando vio que era yo.

La tensión. La alerta. Me observó.

—Estás linda, mi reina. ¿Adónde vas?

—Es..., es mi graduación.

—¿Tu graduación? Oriana...

—Voy a ir. Da igual lo que me digas. Sé que las cosas aquí están... —Me detuve. No sabía qué palabra utilizar. No existía ninguna que no implicara ser hiriente con mi madre —. Voy a ir. Le prometí a alguien muy importante que iría y no quiero decepcionarlo.

Eva sonrió despacio. Era la primera vez que la veía tan de cerca en semanas. Estaba muy delgada. Ojos rojos y profundos surcos enmarcando sus párpados. El color canela de su piel estaba apagado.

—Se va a poner como loco si llega y no estás...

—Lo sé. —Tragué saliva. Hacía meses que Alonso reaccionaba mal si alguna de las dos se ausentaba de la casa.

—Pero es tu graduación...

—Es mi graduación —repetí.

Los ojos de mi madre brillaron. Estaban vacíos. Hubo una época, no muy lejana, en la que lloraba todo el tiempo. En ese momento, llevaba varias semanas sin oírla sollozar a través de la pared. Ni rastro de lágrimas ni tristeza. Solo amargura y desidia.

—Voy contigo. Quiero acompañarte.

Me quedé paralizada.

—Pero...

—Con un poco de suerte, cuando volvamos estará tan borracho que ni se enterará de que hemos salido.

Sonó convincente. Y decidida. Mucho más de lo que yo sabía que era. Quizá debería haberme preocupado por las dos y haberla obligado a quedarse, pero me hizo tanta ilusión que quisiera venir que me dejé llevar. Qué estupidez. Y qué frágil es el destino. Una decisión tomada en menos de un minuto puede cambiar tu vida para siempre.

En el día de hoy, pienso en aquella tarde como si la hubiera vivido desde fuera.

El discurso de despedida pronunciado por algunos compañeros del curso. La música que nos acompañaba

cuando subíamos por orden alfabético para recoger la orla. Mi nombre pronunciado a través del micrófono, junto a los otros dos alumnos que obtuvieron la mención de honor en nuestra promoción. La mirada de reojo de Teo y sus dedos buscando los míos a escondidas. Los gritos de júbilo de nuestros amigos cuando dieron por finalizado el curso. Las lágrimas de orgullo de Isabel. El abrazo de Sabrina. La expresión imperturbable de Teodoro padre. Mi madre encogida en un rincón, sin saber su papel ni lo que yo esperaba de ella. Mis dudas cuando llegó el momento de partir hacia el restaurante y quise unirme a la celebración, ignorando esa voz en mi interior que me advertía que volviera al piso del portal naranja.

—Quédate a la cena —dijo Eva.

—Pero...

—Algo se me ocurrirá. Procura llegar antes de las doce y no hagas ruido cuando entres.

Me dio un abrazo torpe y le pidió a Teo, que nos observaba a una distancia prudencial, que cuidara de mí. Él asintió y la mano que me tendió a continuación fue lo que terminó de reafirmar dónde estaba mi lugar aquella noche.

No recuerdo qué cenamos, pero sí que el nudo de mi estómago me dio tregua por primera vez en meses.

No recuerdo qué bebimos, pero sí que el segundo trago de mi copa se me escapó por la nariz porque no podía dejar de reír.

No recuerdo qué música sonaba, pero sí que mis pies bailaban con los de Teo por debajo de la mesa.

Momentos, instantes, una estrella fugaz cuya estela dibujó aquella noche en mi memoria.

—Son casi las doce, Cenicienta —susurró Teo en mi oído justo cuando las burbujas del champán chapoteaban en mi estómago.

—Un poquito más...

—Le he prometido a tu madre que iba a cuidar de ti. Así que, como soy un caballero, voy a acompañarte a casa.

El edificio del portal naranja estaba lejos del restaurante. Tuvo que venir Sabrina a recogernos para que nos diera tiempo a llegar a la hora acordada.

Detuvo el coche a un par de calles de mi edificio y se quedó esperando a Teo para llevarlo al local donde tendría lugar la fiesta.

Él me acompañó hasta el portal.

—No quiero ir, ¿sabes? —dijo cuando nos detuvimos.

—Qué tontería. No puedes perderte la fiesta.

—Es que yo quería bailar con la chica más guapa del instituto esta noche.

—Estás loco... ¿Has visto mi vestido? Comparada con las demás, parezco una vendedora de biblias.

—Tú siempre serás la chica más guapa de cualquier fiesta. —Me miró tan hasta el fondo que supe que lo decía de verdad.

—Qué tonto eres, Teo...

—Me encanta cuando me dices que soy tonto. Suena a que quieres decir otra cosa.

Lo abracé con todas mis fuerzas. Él sabía. Siempre sabía. Y es que detrás de cada: «Qué tonto eres, Teo», en realidad se escondía un: «Cuánto te quiero, Teo».

—Tengo que irme —susurré.

Él asintió y, antes de soltarme, me dio un beso de los que remueven hasta los dedos de los pies. Noté el mundo detenerse a nuestro alrededor. ¿Lo sentiría él? ¿Sentiría que me habría quedado a vivir en uno de nuestros abrazos?

Antes de marcharse, juntó nuestras frentes y me miró a los ojos.

—Ori, la vida empieza hoy.

Después, emprendió el paso hacia el coche de su hermana. Y yo fui a enfrentarme a mi destino.

Cuando puse un pie dentro de la casa, lo supe. Supe que todo había cambiado. Mis cinco sentidos se saturaron procesando aquellos estímulos que anunciaban un final.

La oscuridad.

El olor metalizado mezclado con el del whisky que bebía Alonso.

El temblor de las paredes sacudiendo mis manos.

Y, de pronto, su voz. Su voz emergiendo de las sombras.

—¿Dónde has estado? —De un empujón, me estampó contra la pared, logrando que mi cabeza impactara con más fuerza que el resto del cuerpo. Me retuvo con sus brazos para que no pudiera escapar.

—Alonso, para. Me haces daño

—Eres una mosquita muerta, igual que tu madre. Las dos sois igual. Dos putas sanguijuelas que solo servís para una cosa...

Paladeé el miedo cuando noté su mano agarrándome el cuello, la otra subiéndome el vestido, para enseguida meter sus dedos bajo mis bragas. No tengo palabras para describir el asco y el horror que sentí, el ahogo que me quemaba el pecho, la ira que me sacudía, pero de la que no podía escapar. El miedo me había paralizado. Me arrinconó con su cuerpo contra la pared y empezó a tocarme el pecho, a pasarme los dientes por el cuello.

Mi cabeza se llenó de niebla. Mis músculos no reaccionaban. La voz no me salía. Y él seguía pegado a mí, sin dejarme respirar... Aquello no podía estar pasando.

Y entonces un estruendo me devolvió a la realidad.

Era Eva, que había irrumpido en el salón y se lanzó contra Alonso, forcejeando para separarlo de mí.

El estado de embriaguez de él le daba cierta ventaja a mi madre, pero era más alto y más grande y quiso dominar la situación.

La oscuridad no me permitió entender cómo ocurrió, pero de pronto un ruido seco detuvo la lucha entre los dos. A continuación, oí el ruido de unos cristales cayendo a mi alrededor.

Eva encendió la luz.

Lo primero que vi fue el apósito que le cubría la ceja. No lo llevaba cuando me marché horas atrás. Estaba pálida, se

agarraba el vientre, apenas se tenía en pie.

Lo segundo, a Alonso inconsciente en el suelo. Un hilo de sangre le ensuciaba la nuca.

—¿Estás bien? —preguntó Eva con un quejido.

—Sí —le aseguré, en medio de la terrible conmoción que sentía.

—¿No te ha...?

—No.

Estaba en blanco, disociada de la realidad, sin poder moverme ni casi respirar.

Por más años que pasen, creo que nunca volveré a sentir el terror que sentí. Por lo que había estado a punto de suceder. Por lo que había pasado.

Huir de allí, escapar de aquel monstruo. Mi cerebro martilleaba esa idea sin cesar. Pensé que Alonso no respiraba, pero Eva se aseguró de que fuera así antes de decir:

—Coge tus cosas, Oriana. ¡Rápido!

—¿Qué dices, mamá? ¿Qué cosas?

La miré de nuevo. Vi que empezaba a encogerse de dolor, agarrándose el vientre.

—Aquello sin lo que no te quieras marchar. Nos vamos de aquí. Y no vamos a volver.

Teo

Lo supe. No sé cómo, pero lo supe. Mucho antes de que, al llamar a su móvil, la operadora me indicara que estaba apagado. Mucho antes de que se cumplieran veinticuatro horas sin noticias de Oriana.

Creo que, inconscientemente, llevaba demasiado tiempo esperando algo como aquello.

Que desapareciera.

Que mi miedo se hiciera realidad.

Culpable. Me sentía culpable.

Dicen que nos pasamos más de media vida preocupados por cosas que no llegan a suceder jamás. No puedo describir lo que se siente cuando el peor de tus temores cobra vida y, a pesar de ello, el mundo sigue girando.

—Soy gilipollas. De verdad, Sabrina. No debería haber dejado de insistir. No tendría que haber respetado su silencio si sospechaba que algo malo podía sucederle.

Repasé todas las conversaciones que había tenido con Oriana respecto a aquello que la tenía tan mal. Sabía que era algo que ocurría con Eva y Alonso. Casi no podía pasar tiempo fuera de la casa si no era para ir a clase. Mil veces había intentado que hablara de ello y jamás me había dado una respuesta concisa.

En algunas ocasiones, incluso nos habíamos peleado tras mi insistencia. Porque cada vez que la presionaba para saber, ella se alejaba. Se escondía en su caracol. Y yo no podía alcanzarla allí dentro.

—Seguro que está bien, Teo. Todo esto tendrá una explicación.

—Eso espero. Me voy a volver loco.

Mi hermana tragó saliva.

—¿Se lo has dicho a mamá?

—No quiero preocuparla.

—¿Por qué no vas a su casa? Ya sé que no quieres empeorar las cosas y que te da miedo su padrastro, pero...

—Si dentro de dos horas sigo sin saber nada, eso haré. Me va a dar igual su padrastro. Si tengo que sacarla a rastras, no me lo voy a pensar dos veces.

Me tumbé en la cama. Comprobé mi móvil y, a continuación, volví a llamarla.

Apagado o fuera de cobertura.

Cerré los ojos.

Visualicé mi interior. Lo que sentía por dentro. Si hubiera tenido que dibujarlo, las líneas habrían sido inestables. Un núcleo brillante y viscoso. Tonos grises. Unas garras afiladas apretando hasta hacerlo sangrar.

Y entonces sonó mi móvil.

Estoy bien. Perdóname. Necesito verte.

Después una dirección, una fecha, una hora. Nada más.

Oriana

Se me rompió el corazón cuando lo vi llegar.

Llevaba un pantalón corto de deporte, una camiseta con el dibujo desgastado de una tortuga y sus zapatillas Nike.

Estaba desencajado.

Cuando me vio, pensé que caería de rodillas y se echaría a llorar de puro alivio.

Y yo, que también quería llorar y gritar hasta arañarme la garganta, solo pensaba en consolarlo.

Por un momento, olvidé que había pasado cuarenta y ocho horas con mi madre en el hospital. Incluso olvidé que, tras huir de casa de Alonso, nos dimos cuenta de que Eva perdía sangre entre las piernas. Y que no tenía nada que ver con la herida de la frente.

—Estoy embarazada —me confesó.

Mientras ella se retorció entre espasmos de dolor, la arrastré como pude hasta el centro de salud del pueblo. Allí pidieron una ambulancia y nos llevaron al hospital más cercano.

La conmoción craneoencefálica era leve. Nunca supe con qué la golpeó ni quería saberlo. Eso no era lo peor. Lo peor fue la voz de la doctora cuando dictaminó lo que ya sospechábamos: que el corazón del bebé había dejado de latir.

Un par de días después, salíamos del hospital para quedarnos en casa de una compañera de mi madre, la única persona en la que ella confiaba dentro de su reducido

círculo de conocidos. Un lugar donde Alonso no nos buscaría.

Eva apenas había abierto la boca desde que habíamos llegado. No hablaba ni tampoco comía. Solo navegaba por internet y se comunicaba con mi tío Héctor por Messenger, intentando hallar una vía de escape.

Pero nada de aquello me importaba en ese instante.

Solo tenía ojos para contar los pasos que me separaban de Teo.

—Lo siento —murmuré contra su ropa.

—No vuelvas a desaparecer así. Casi... —Le falló la voz.

—Nunca más. Te lo prometo.

No nos separamos en varios minutos. Le pregunté cómo había llegado hasta allí. El pueblo donde vivía la compañera de mi madre estaba a veinte kilómetros del nuestro.

«Sabrina», murmuró escuetamente.

Yo asentí y seguí abrazada a él, con un miedo horrible a que aquella fuera la última vez y ninguno de los dos lo supiéramos.

—Deja que te mire —me pidió cuando consideró que estaba listo para hacerlo. Tenía la nariz arrugada.

Nunca más pude dudar de la habilidad de sus ojos para leerme por dentro.

No sé qué vio. Qué le contó mi mirada. O el temblor de mi mandíbula. O la fuerza que mis dedos ejercían alrededor de mi camiseta.

No sé cómo lo supo. Pero lo supo.

—Te marchas —adivinó.

—Sí.

—¿Adónde?

—Estados Unidos.

Se lo conté todo. Allí, sentados en un bordillo, a las cuatro de la tarde de un lunes. No solo lo ocurrido tres noches atrás, el intento de violación, la reacción desesperada de mi madre, su embarazo truncado, sino todo

lo que le había ocultado prácticamente desde el principio. Esa violencia que empezó instalándose de manera implícita en la casa donde había vivido durante seis años y que terminó escalando hasta que solo respirar allí se hizo insoportable.

Se puso como loco cuando le confesé que tenía la certeza de que Alonso me miraba a través de la puerta entreabierta de mi habitación y que una vez encontré ropa interior mía en uno de sus cajones. Y frenético cuando le conté toda la violencia que aquel tipo me hizo sentir. El miedo, la impotencia.

Discutimos acerca de las razones por las que lo había mantenido al margen. Él me levantó la voz y yo alcé la mía para que su rabia no me engullera.

No le sirvió ninguna explicación. Ni el miedo, ni la indefensión que sentía, ni el callejón sin salida que se proyectaba en mi mente.

Nunca lo había visto tan enfadado.

—Te habría protegido. Hubiera hecho lo imposible para que estuvieras a salvo. Me duele que eligieras dejarme fuera.

Yo respiré despacio. No podía hablar. No sabía qué decir.

Los minutos que se derretían entre nosotros iban siendo devorados por el silencio.

Cada vez estábamos más lejos.

No sabía si encontraríamos el camino para volver a ser esos niños que se convirtieron en parte del otro solo con un cruce de miradas.

No había ni rastro de mi mejor amigo en los ojos verdes que miraron dentro de los míos instantes después.

Solo decepción. Y la nada. Porque él ya sabía que aquello era el final.

El reloj digital de Teo anunció con un pitido que eran las seis. Habíamos pasado una hora entera en silencio.

Cuando me preguntó cuándo me marchaba, supe que estallaría de verdad. Que lo haría de la peor manera

posible. No iba a gritar. No sería la clásica explosión de Teo, sino que el derrame del dolor que sentía se produciría por dentro. Se filtraría por sus huesos y capilares e inundaría su organismo.

—En pocos días —respondí—. Mientras aún sea menor de edad todo será más fácil. Estamos reuniendo el dinero para los billetes y tramitando la entrada a Estados Unidos como ciudadanas europeas. Una vez allí, pediremos asilo político.

Le hablé de la ley «pies secos, pies mojados», que favorecía a toda persona nacida en Cuba, viniera de donde viniera, una vez que pisaba suelo estadounidense.

Teo no me escuchaba. Hacía un rato que había dejado de hacerlo.

Estaba colocando las piezas en su cabeza, afilando sus argumentos, desenvainando las ideas para arrojarlas contra mí. Ahora sé que buscaba sentirse mejor. Quería que mi dolor fuera compañero del suyo.

Estaba decepcionado, vulnerable, mordía, pero creo que nunca se perdonó por las cosas que dijo. Ninguno pudimos.

No recuerdo la conversación que acabó con nosotros. No con exactitud. Seguro que duró horas, y no solo la medida de tiempo que cabe en las frases más crueles que nunca nos dijimos el uno al otro.

Pero recuerdo la herida. La que él me hizo. La que yo le hice a él.

Si reconstruyéramos el diálogo y desmenuzáramos las palabras que nos dirigimos, en el interior de cada una no encontraríamos letras, sino dolor, inseguridad y miedo.

—¿De verdad crees que la respuesta es huir?

—No tenemos nada aquí. Solo miedo y unos años muy difíciles. Tú no sabes lo que yo he sentido. No lo sabes.

—¿Que no tienes nada? Eso es mentira.

—Yo te tengo a ti, Teo, pero no es suficiente.

—¿No soy suficiente?

—Para mí, sí. Lo sabes. Pero mi madre no tiene recursos: ni familia, ni amigos, ni un trabajo. En Florida está su

hermano y mucha gente que conoce que salió hace años de Cuba. Y ahora mismo yo también necesito poner tierra de por medio con ese hombre. No te puedes ni imaginar lo que sentí el otro día. No puedes.

—¿No puedo? ¿Y qué sabes tú de lo que yo puedo o no puedo sentir? Además, que se vaya tu madre. Que coja un avión ya mismo y tú te quedas aquí, a hacer tu vida. Era el plan, ¿recuerdas? Ibas a seguir tu propio camino.

—Todo ha cambiado.

—No ha cambiado nada. Eva lleva pasando de ti toda la vida. No le debes nada, Oriana.

—Es mi madre. Acaba de sufrir una experiencia traumática. Y yo también. Y no puedo dejarla sola ahora, ¿entiendes? ¿En qué clase de persona me convertiría eso?

—¿Sabes qué creo?

—¿Qué?

—Que nunca tuviste intención de quedarte aquí. Que siempre has querido volar lejos.

—Eso no es así.

—Sí que lo es. Ni siquiera estás pensando en buscar una solución para quedarte. Creo que nunca te he importado de verdad.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Vas a destrozarme. Y te da igual. ¿Sabes por qué? Porque en el fondo estás vacía. Estás muerta por dentro.

—¿Cómo puedes hablarme así? ¿Eres imbécil?

—Yo seré imbécil, pero sé lo que es sentir algo de verdad por alguien.

—Yo siento algo de verdad por ti.

—Si sintieras lo que yo siento, no me habrías mantenido al margen de tu vida. Ni tampoco serías capaz de irte. Yo jamás te dejaría atrás.

—¿Cómo puedes no ver que no tengo elección?

—Lo que veo es que no paras de poner excusas.

—No son excusas.

—Quieres irte de aquí. En el fondo, crees que en otro sitio encontrarás una versión de ti que te guste más. Pero esta eres tú, Oriana. Da igual cuánto huyas. Cuando mires hacia dentro todo va a ser igual de oscuro y vacío. Solo vas a encontrar sombras.

—Para ti es todo tan fácil...

—¿Perdona?

—Tienes a tu madre, que lo da todo por ti. Y una hermana maravillosa, que en el fondo no te gusta porque es un recordatorio de lo que tú no eres. Es cierto que tu padre es frío, pero nunca se ha ido demasiado lejos. Te quejas porque eres un niño mimado y nadie te ha enseñado que la vida se ve diferente desde una casa de lujo y con una cuenta en el banco a tu nombre desde el momento en el que naces. Da igual que no sepas qué hacer con tu futuro. El dinero de tu padre te comprará uno fácil. Quizá así dejes de ser invisible. Como lo soy yo. Como lo he sido desde que nací. Así que no me des lecciones. La vida no es siempre como queremos que sea.

Ambos levantamos, ladrillo a ladrillo, una barrera opaca donde no penetrara la mirada del otro. Dejamos de escucharnos y solo atendimos a la herida que nos habíamos abierto y de cuyo interior sangraba todo lo que no nos gustaba de nosotros mismos.

No nos volvimos a mirar a los ojos.

No volvimos a besarnos.

No nos tocamos.

No nos dijimos aquello de «siempre seremos», aunque muy dentro ambos supiéramos que siempre seríamos.

Solo el vacío. Un silencio asquerosamente lleno que aún me retumba en la cabeza cuando recuerdo el instante en el que lo vi marchar.

Teo se fue.

Yo no lo seguí.

Me quedé en la calle, llorando.

Cuando subí a la casa donde nos quedábamos, mi madre pronunció la primera palabra en horas para anunciar que nos habían aprobado el ESTA y que podíamos viajar en los próximos días.

La mañana que el taxi nos recogió para llevarnos al aeropuerto, no derramé ninguna lágrima.

Estaban todas atascadas, desbordadas por los recuerdos de todas las cosas que no haríamos.

El tren que no cogeríamos para empezar una nueva vida.

La primera vez que consiguiéramos correr juntos.

La primera vez que despertáramos en la misma cama.

Los cientos de planes en esa ciudad que siempre nos esperaba.

La cabeza iba a explotarme porque estaba llena de imposibles, de quizá.

—Necesito hacer una parada en el pueblo —anuncié cuando el taxi arrancó.

—Mi reina, no. Es demasiado arriesgado. Si nos ve Alonso...

—Necesito hacer esa parada. Si no, no voy a poder irme. Y no es una manera de hablar. Si no paramos en el pueblo, me quedo aquí.

Eva suspiró. No le dejé muchas opciones. Quince minutos después, el taxi se detuvo en casa de Teo.

Eran las seis de la mañana. No eran horas de tocar al timbre, aunque, quizá, de haberlo sido no habría encontrado el valor para hacerlo. Así fue más fácil.

Saqué un pedazo de papel, escribí unas palabras para Isabel y Sabrina y lo introduje en el buzón. Fue fácil ponerle nombre a lo que sentía por ellas.

Lo que quería decirle a Teo me costó más.

Lo pensé mucho.

«Te prometo que volveré. Tú y yo siempre seremos.»

Lo escribí y lo rompí. Me pareció injusto y cruel. No podía convertir su vida en un paréntesis sin fecha de caducidad.

Cogí una hoja en blanco:

No puedo vivir sabiendo que abandoné a otra madre. Sé que algún día lo entenderás y podrás perdonarme. Esperaré lo que sea necesario.

2009

Teo

Un botellín de cerveza a medio vaciar, un cigarro consumiéndose en mis dedos y el humo, que ascendía en espirales blanquecinas, invadiendo mi habitación del piso de estudiantes.

En el escritorio, la carta. Perdí la mirada en la tinta que dibujaba las letras salidas de sus dedos. El papel estaba arrugado. Mi primer impulso cuando la recibí setenta y dos horas atrás fue arrugar y romper el sobre, pero entonces Sabrina entró en la habitación. Me lo quitó de las manos y empezó a gritarme cosas que no quería escuchar.

Put a Sabrina. Me hizo llorar.

Y cuando un chico de dieciocho años, cegado por el orgullo, enfadado con el mundo y que se deja la piel tratando de ocultar que su corazón está roto, llora delante de su hermana mayor es que está más jodido de lo que pensaba.

—Lee la carta, Teo. A ver si así dejas de comportarte como un gilipollas.

Sabrina salió de mi habitación con un portazo. Le pegué un puñetazo a mi almohada. Después, la leí.

Cuando volví a Barcelona el domingo por la noche, al piso que compartía con Edgar y una estudiante Erasmus procedente de Bélgica, me enfrenté al ordenador.

Abrí la bandeja de correos no deseados y ahí estaban.

Un montón de mensajes con un mismo emisor.

De: Oriana Valdés Suárez <oriana.vs90@hotmail.com>

Fecha: 22 de junio de 2008 2:05PM

Para: Teo Vives Ros <teotieneunemail@hotmail.com>

Asunto: He llegado

Querido Teo:

No sé si leerás esto. Imagino que no lo harás cuando el correo aterrice en tu bandeja de entrada. Seguramente lo ignores. Te conozco. Pero en algún momento abrirás este mensaje. Solo quiero decirte que estoy bien.

Te prometí que no volvería a desaparecer y no voy a hacerlo, aunque esté a miles de kilómetros.

Hace cuarenta y ocho horas que Eva y yo llegamos a Tallahassee.

Aún no encuentro las palabras para explicar el alivio que sentí al ver a mi tío Héctor en el aeropuerto.

Pocos minutos después de llegar a su casa, caí inconsciente sobre la cama.

Dormí durante catorce horas seguidas. Me sentía segura por fin.

De: Oriana Valdés Suárez <oriana.vs90@hotmail.com>

Fecha: 20 de julio de 2008 8:00AM

Para: Teo Vives Ros <teotieneunemail@hotmail.com>

Asunto: Novedades

Querido Teo:

Ya llevamos un mes aquí. El estado de nuestros papeles avanza rápido. Creo que en pocas semanas ya podré acceder a un empleo. Es increíble lo privilegiados que somos los nacidos en Cuba con respecto a la legalización de nuestra situación en Estados Unidos. Tenemos derecho a clases de inglés, a un permiso exprés de trabajo y a la Greencard si permanecemos trescientos sesenta y cinco días sin salir del territorio americano.

Imagino que tampoco leerás hoy este correo, al igual que los cuatro anteriores, pero mantengo la esperanza de que estas palabras lleguen a ti algún día.

Sigo echándote de menos.

De: Oriana Valdés Suárez <oriana.vs90@hotmail.com>

Fecha: 17 de agosto de 2008 10:15PM

Para: Teo Vives Ros <teotieneunemail@hotmail.com>

Asunto: Asalariada y nostálgica

Querido Teo:

Ayer fue mi primer día de trabajo. Soy camarera en un *pub* del centro de la ciudad.

A mi jefa no parezco gustarle demasiado, pero creo que he hecho una amiga. Es mi compañera de turno y se llama Maddie. Estuvo casada con un puertorriqueño y sabe algo de español.

Cuando me preguntó: «¿De dónde eres?», sentí una oleada de nostalgia. Aunque hablo español con mi familia y con algunos amigos de tío, conocer a alguien nuevo con quien comunicarme en mi idioma me hizo sentir menos forastera.

El caso es que no supe qué contestarle a Maddie.

A veces no sé de dónde soy. Se me olvidan mis raíces. Cuba es mi origen y mi patria, pero ¿qué es para mí el pueblo?

Creo que acabo de darme cuenta de que he dicho adiós a un hogar sin haberlo sentido así nunca. No sé si te lo dije alguna vez, pero jamás sentí ese lugar como el mío. Jamás. Pese a ti. Y lo siento.

De: Oriana Valdés Suárez <oriana.vs90@hotmail.com>

Fecha: 28 de septiembre de 2008 6:13PM

Para: Teo Vives Ros <teotieneunemail@hotmail.com>

Asunto: Caminos

Querido Teo:

Imagino que ya habrás empezado las clases. No sé qué camino habrás elegido al final. Tengo la impresión de que en mis últimos meses en España nos centrábamos demasiado en mis estudios y poco en los tuyos. Ahora veo que no quisimos poner el foco en algo que te dolía. Tu verdadera vocación, pese a los planes de tu padre.

Creo que nuestra amistad, desde el principio, giró demasiado acerca de mí. Y lo siento.

Tienes el corazón más grande que conozco.

P. D.: Por si te lo preguntas, este año no voy a poder entrar en la universidad. Mi certificado académico no va a estar a tiempo. No estoy triste. Mi futuro es una hoja en blanco.

De: Oriana Valdés Suárez <oriana.vs90@hotmail.com>

Fecha: 12 de octubre de 2008 7:46PM

Para: Teo Vives Ros <teotieneunemail@hotmail.com>

Asunto: Dibujos

Querido Teo:

Hoy me he acordado de ti. Me acuerdo siempre, pero hoy, paseando por Jefferson Street, en el centro de la ciudad, he visto a un chico dibujando en un cuaderno.

He sonreído.

A veces pienso que nunca vas a leer todo esto que te escribo. A veces me obligo a creer que llegará el momento.

Esperaré.

De: Oriana Valdés Suárez <oriana.vs90@hotmail.com>

Fecha: 19 de octubre de 2008 10:02AM
Para: Teo Vives Ros <teotieneunemail@hotmail.com>
Asunto: El mar

Querido Teo:

Tallahassee no está mal. Parece el escenario de una película en la que todo el mundo se conoce y organizan reuniones de vecinos con el objetivo de confabular para que los protagonistas acaben juntos.

Hay una pequeña comunidad de latinos y cuando paseo por determinadas calles, escucho la música con la que crecí, en el salón de mi casa de La Habana, y no me siento tan fuera de lugar.

No me disgusta vivir aquí. Creo que es una ciudad con muchas posibilidades.

Pero no tiene mar. Hay que conducir media hora para verlo.

Nunca había vivido lejos del mar.

Y a veces pienso que desde aquí no puedo mandarles un mensaje en una botella a mima y a tía.

No puedo mandarte un mensaje a ti.

De: Oriana Valdés Suárez <oriana.vs90@hotmail.com>
Fecha: 26 de octubre de 2008 11:42AM
Para: Teo Vives Ros <teotieneunemail@hotmail.com>
Asunto: Will

Querido Teo:

Maddie me ha vuelto adicta al cine clásico. Me he dado cuenta de que tenía cero cultura cinematográfica. En casa, en La Habana, no teníamos tele. En el piso de Alonso nunca me dejaron estar demasiado tiempo en el salón. Todo lo que he visto ha sido contigo, en casa de Manel y Nerea o en el instituto.

La otra noche, tío y yo vimos *El indomable Will Hunting*. El personaje de Will me recordó mucho a ti, Teo. No tiene nada que ver contigo, pero vi algo muy tuyo en él. No sé. Quizá su ternura. O su vulnerabilidad. O que él también quiere que lo vean.

De: Oriana Valdés Suárez <oriana.vs90@hotmail.com>
Fecha: 2 de noviembre de 2008 12:07AM
Para: Teo Vives Ros <teotieneunemail@hotmail.com>
Asunto: Mi compañera de piso

Querido Teo:

Hace unas semanas, Eva y yo alquilamos un apartamento. Siento no habértelo dicho antes, creo que estaba asimilando lo que siento al vivir sola con mi madre por primera vez.

Sin mima y tía.

Sin Alonso.

Solo ella y yo, prácticamente dos extrañas.

Tres días después de mudarnos, cogió una baja médica. Había empezado a trabajar en un restaurante, pero su psiquiatra le ha diagnosticado un episodio depresivo mayor. Está con medicación.

Dice que no ha superado haber perdido al bebé.

Al principio creía que no levantaba cabeza porque se avergüenza de que su hermano mayor cuide de ella. A Eva no le gusta necesitar a su familia. Pero ella insiste en que es por el bebé. Y por el duelo de haber perdido a Alonso.

Porque otro hombre le ha fallado.

Primero su padre, que desapareció al poco de que ella llegara al mundo.

Luego mi padre, que la abandonó cuando se quedó embarazada.

Eva dice que nunca quiso ser madre, nunca quiso tenerme, que mima la obligó. ¿Te imaginas escuchar eso de tu madre?

Pero a ese bebé sí lo quería. Quería demostrar que era capaz de amar de manera incondicional.

La posibilidad se ha esfumado.

De: Oriana Valdés Suárez <oriana.vs90@hotmail.com>

Fecha: 16 de noviembre de 2008 4:10AM

Para: Teo Vives Ros <teotieneunemail@hotmail.com>

Asunto: Buenas noticias

Querido Teo:

Hoy he recibido una buena noticia: el hematólogo de mima le ha dicho que su enfermedad casi ha remitido.

Hacía mucho tiempo que no sonreía de verdad.

Y me ha hecho pensar en mi futuro...

Hace unas semanas, le pedí a una persona de confianza (una especie de ángel de la guarda) que tratara de recuperar mi expediente de Bachillerato y selectividad de España.

¿Sabes que habría entrado en Medicina en la UAB? Prefiero no pensarlo.

En cuanto me llegó el expediente por correo certificado, empecé a mover los papeles para matricularme en la Universidad Estatal de Florida el próximo curso. Entonces empezaron las dudas.

Graduarte en Medicina en Estados Unidos es un camino muy largo. Primero debo obtener un *Bachelor's Degree* de cuatro años en un programa con la especialidad de Biología o Pre-medicina.

Después, me tendría que examinar del MCAT, que es el examen de admisión en la Facultad de Medicina. Y eso son otros cuatro años.

Después habría otros tres años de residencia y una media de cuatro años más para la especialización.

¿Has llevado la cuenta? Da vértigo...

Además, la universidad aquí no es precisamente barata.

Llevaba unos días planteándome otras opciones. Ya sabes que no es la primera vez que tengo dudas sobre si ser médico es el futuro que quiero.

Hasta que llamó mima.

Y me he dado cuenta de que algún día quiero ser la persona que traslada las buenas noticias a la nieta de alguien.

¿Tú qué opinas?

P. D.: La persona que me ha ayudado con los papeles es Sabrina. No te enfades, por favor.

De: Oriana Valdés Suárez <oriana.vs90@hotmail.com>

Fecha: 23 de noviembre de 2008 11:57PM

Para: Teo Vives Ros <teotieneunemail@hotmail.com>

Asunto: Quizá

Querido Teo:

Perdona que no te escribiera ayer. No fue un buen día.

Claro que ¿qué más da? No lees lo que te escribo.

Quizá nunca lo hagas.

¿Alguna vez piensas en mí?

De: Oriana Valdés Suárez <oriana.vs90@hotmail.com>

Fecha: 14 de diciembre de 2008 3:05AM

Para: Teo Vives Ros <teotieneunemail@hotmail.com>

Asunto: Lo siento y por favor

Querido Teo:

Llevo muchos meses escribiéndote y acabo de darme cuenta de que no te he pedido perdón.

Siento todo lo que te dije.

No eres un niño mimado.

Sí hay un futuro ahí fuera, esperándote, y será solo tuyo.

No eres invisible.

Siento haberte dado donde te duele. Tú me diste donde me dolía y las sombras me engulleron.

Nunca debí hacerte daño a conciencia.

Pero es que tenías razón.

Eva pasa de mí, aunque haya cambiado de vida dos veces para permanecer a su lado.

Mi interior es vacío y oscuro. Y da igual adónde huya, seguirá vacío y oscuro.

Creo que me da miedo sentir. Creo que si algún día abro las compuertas que contienen lo que siento, me moriré de pena.

Así que prefiero el vacío y las sombras.

Has descubierto mi secreto.

Guárdamelo, por favor.

De: Oriana Valdés Suárez <oriana.vs90@hotmail.com>

Fecha: 11 de enero de 2009 11:12PM

Para: Teo Vives Ros <teotieneunemail@hotmail.com>

Asunto: Las ventajas de ser un marginado

Querido Teo:

Acabo de terminar un libro maravilloso. Es el primer libro que leo en inglés. Recuerdo que los libros de tu casa siempre estaban en catalán y que gracias a ellos pude aprobar primero de la ESO sin ninguna asignatura pendiente.

Pero, bueno, lo generoso que has sido siempre conmigo es otro tema.

Lo que quería contarte es que en este libro encontré una frase a la que no dejo de darle vueltas: «Aceptamos el amor que creemos merecer». Y no sé si yo merecía el tuyo. O el de nadie. Después de todo, mi madre no quería tenerme, y mi padre...

Mi padre se llama Orlando. Vivía una vida paralela con Eva, que acabó en el momento que fui concebida. Él volvió con su esposa y sus hijas y yo solo lo he visto tres o cuatro veces en mi vida. Nuestra relación padre-hija se basa en esos encuentros y en cinco cartas que intercambiamos durante los años en que aún vivía en Cuba.

Eva no quería tenerme, ya lo sabes. Y siento que me culpa de que Orlando la abandonara. De que mi llegada condenara su juventud cuando solo tenía diecinueve años.

Creo que he crecido pensando que soy un problema.

Y creo que me lo he creído de verdad. Siempre acabo siendo un problema. Para Orlando. Para Eva. Para mima, cuando la abandoné. Para Alonso. Para Manel. Hasta para ti, Teo.

Te echo tanto de menos que hay días que no quiero salir de la cama, pero creo que parte de mí se alegra de haberse marchado. Creo que te estaba cortando las alas. Había mil cosas que querías hacer y a las que renunciaste para tenerme a tu lado. Te amarraba.

No merecía que me quisieras tanto.

He dejado de ser un problema. Seguro que ahora eres más feliz, más libre.

Ese era el último que había. Había escrito todos los domingos desde que se había marchado y dos de regalo en fechas señaladas.

Cerré la tapa del portátil y suspiré. Necesitaba hablar con alguien, pero no sabía a quién llamar. No sabía quién era la persona adecuada para ayudarme a sostener lo que se me había desatado en el pecho.

Edgar estaba en su habitación con la última chica de la que se había colgado. Sé que habría acudido a mi llamada si tocaba a su puerta, pero su perspectiva, posiblemente, hubiera reducido la solución a más cerveza e invitar al piso a la mejor amiga de su chica.

Francesc, que vivía en Bilbao, era la mejor opción, pero no estaba preparado para afrontar el tono de reproche con el que acompañaría su «Te lo has buscado tú solo».

Sabrina estaba descartada.

Hasta pensé en mi madre, pero no estábamos en nuestro mejor momento.

Entonces lo entendí: era con Oriana con quien yo quería hablar. La única persona que podía entender cómo me sentía. Me pareció irónico que la solución y el problema convergieran en su persona, pero la idea de llamarla como si nada buscando su consuelo no me pareció tan descabellada.

Solo había un problema, además de los largos meses de silencio por mi parte: la odiaba.

Odiaba que se hubiera marchado.

Odiaba no haber dejado de pensar en ella ni un puto minuto en treinta y tres semanas.

Odiaba sentir que estaba incompleto si ella estaba lejos.

Odiaba que fuera una parte de mí.

Odiaba cuánto la necesitaba y odiaba cada uno de esos treinta y cinco correos electrónicos donde por fin me había entregado lo que llevaba desde los doce años esperando de ella.

Pero, sobre todo, odiaba que pensara que no merecía que la quisiera de la manera en la que aún lo hacía.

Cogí de nuevo la carta. Miré a través de la ventana. Llovía. Era una fría noche de enero, pero mi pecho era lava.

Perdona que me haya atrevido a mandar una carta a tu casa. Quizá me estoy pasando de la raya y a estas alturas

ya debería haber captado el mensaje, pero no quería que pensases que faltó a mi palabra y desaparezco.

Voy a dejar de escribirte, Teo. Esta será la última vez que sepas de mí hasta que decidas lo contrario.

Seguiré esperando a que me perdones, pero no puedo continuar sentándome delante del ordenador cada domingo, contarte cómo ha ido mi semana y fingir que voy a obtener una respuesta.

Me duele. Al principio, sentía que escribirte me acercaba a ti.

Ahora me hace daño.

Se me parte el corazón cada vez que abro el correo y no tengo noticias tuyas. No puedo seguir así.

Estaré al otro lado cuando decidas que estás listo.

Ahora, debo aceptar que la vida continúa.

Oriana

Y entonces cogí mi cuaderno.

Oriana

El primer San Valentín que pasé en Tallahassee, el *pub* estaba lleno como no lo había visto en todos los meses que llevaba trabajando allí. Ni siquiera en la fiesta de Halloween o en la de fin de año.

—Los americanos nos tomamos en serio toda esta mierda —me explicó Maddie—. La gente tiende a pensar que por pedirse una copa en un local decorado con corazones tiene más posibilidades de follar.

Me reí. Ya me había acostumbrado a la forma que tenía de expresarse.

Maddie solo tenía seis años más que yo, pero había vivido en siete estados, se había casado y divorciado de un tío que aseguraba que solo se interesó en ella para obtener la Greencard, tenía una deuda de trece mil dólares con su entidad bancaria que aún no sabía de dónde había salido, era judía y trataba de cumplir con las costumbres de su religión, compaginaba dos trabajos y estaba sacándose la carrera de Psicología a distancia.

Era maravillosa.

Habíamos conectado desde el principio, aunque fuéramos la noche y el día, pero hacía solo unas semanas que había descubierto que había llegado a mi vida para quedarse.

—Pues los rechazo porque no estoy preparada para tener nada con nadie. Solo me he acostado con un chico en mi vida —le había confesado una noche, cuando ella llamó la atención sobre el hecho de que se me insinuaban hombres

con frecuencia y yo ni siquiera aceptaba sus números de teléfono.

—¿Perdona?

—Que solo...

—Te he entendido. —Respiró hondo, armándose de paciencia—. Vamos a ver, niña, no puedes desperdiciar tu juventud de esta manera.

—No lo veo así. A veces conectas con una persona y decides que sea la única.

—Bien, suponiendo que lo que dices tenga sentido, ¿tú quieres que ese único tío con el que has follado sea EL ÚNICO para el resto de tu vida?

—¿Manel? ¡No! Claro que no. De hecho, fui yo la que lo dejé.

—¿Por qué lo dejaste?

—Lo dejé por alguien. Porque... quería estar con otra persona.

—¡Bingo! ¡Por fin llegamos al quid de la cuestión!

—¿Qué quid de la cuestión?

—La verdadera razón por la que no te has tirado a nadie desde que llegaste a la ciudad. Esa otra persona.

Agaché la mirada.

—Se llamaba Teo —murmuré.

—¿Ha muerto?

—¿Qué? ¡No! Claro que no.

—¿Y por qué hablas de él en pasado?

—No ganamos lo suficiente para comprar todo el alcohol que necesitaría para contártelo.

—Buena chica. Me gusta el sarcasmo. Cuando acabemos, tú y yo nos vamos de fiesta.

—Hoy salimos a las tres de la madrugada.

—Ninguna fiesta que se precie empieza antes de esa hora.

En efecto, fuimos a una fiesta que prácticamente acababa de comenzar a las tres y cuarto de la mañana, cuando hicimos nuestra aparición. Ni Maddie ni yo

bailamos, nos limitamos a beber en un rincón, y ella, a coquetear con el chico que nos traía combinados cada diez minutos.

Nunca en mi vida he bebido tanto como lo hice esa noche. Supongo que necesitaba estar muy borracha para purgar de mi interior mi historia con Teo y no morirme en el intento.

Necesitaba sacarlo. Jamás lo había hablado con nadie. No había puesto en palabras nuestra relación, sin etiquetas. No había pronunciado en voz alta el miedo que me daba. Ni que consideraba que lo llevaba dentro de mí. Ni cuánto me dolía su ausencia ni cuánto me aterraba plantearme qué habría pasado si hubiera decidido quedarme.

Lo expulsé todo. Lo que fue, lo que no y lo que ya nunca sería.

Lloré durante horas, incluyendo así a Maddie en la corta lista de personas que alguna vez habían sido testigos de mis lágrimas.

—Tienes que dejar de escribirle, niña —dijo ella a modo de conclusión mientras yo me frotaba la cara.

—Pero...

—Ahora entiendo por qué a veces te conectas al correo desde el ordenador del almacén... Estás en un punto muy tóxico. Tienes que acabarlo.

Lloré durante un rato más y, cuando se me pasó, cogimos un taxi y Maddie me acompañó a casa. No se fue hasta que me hubo arrojado en la cama. Eva ni se enteró de que había llegado tarde. En pocos meses había pasado de vivir en una casa donde se medía cada segundo que pasaba fuera a otra en la que ni se registraba mi presencia.

Dos días después de aquella noche, escribí una carta a Teo y la mandé por correo ordinario. Le pedí a Sabrina que se asegurara de que la leía. Esperé una respuesta en los días siguientes, pero solo hubo silencio.

Aunque resultó duro cortar aquella forma de comunicación unilateral, fue la primera decisión sana conmigo misma que tomé en mi vida. Me quité un peso invisible de la espalda cuya carga disminuía a cada instante un poco más.

Ya no consultaba el correo con ansiedad. En ese momento, había pasado el suficiente tiempo como para que la esperanza se hubiera diluido casi por completo. Llevaba esperando ocho meses.

—Bueno, niña, ¿te has dado cuenta de que el bote de las propinas está lleno de notitas «para la morena»? —preguntó Maddie.

—¿Y tú te has dado cuenta de que la mayoría de los hombres que las dejan me sacan, mínimo, quince años?

—Culpa tuya. Llevas escrito *daddy issues* por toda la cara. Ya sabes: problemas con papá. Eso a los tíos de cierta edad los pone como una moto.

—Yo no tengo problemas con papá. Ni siquiera conozco a mi padre.

Se echó a reír.

—Por eso mismo, niña... Me lo pones demasiado fácil hasta a mí, que ni siquiera he acabado Psicología. Carl Jung desarrolló su teoría del Complejo de Electra gracias a chicas como tú.

Puse los ojos en blanco y guardé unos billetes en la caja registradora.

—Yo no te saco quince años —dijo de pronto alguien.

Maddie y yo nos giramos, atraídas por la voz ronca que había pronunciado aquellas palabras.

Nos encontramos con unos ojos claros y una sonrisa descarada. Su propietario, un chico de veintitantos, estaba apoyado en la barra, deslizando una copa entre sus dedos largos de manicura perfecta.

—Es de mala educación escuchar conversaciones ajenas —expuso mi amiga.

El desconocido se encogió de hombros y ensanchó su sonrisa.

—¿Cómo te llamas? —Me miraba a mí.

—Oriana —contesté sin vacilar—. Ori.

—Ori —repitió él—. ¿Y de dónde eres?

No supe qué contestar. Aún me quedaba en blanco cada vez que me hacían esa pregunta. Hablaba el inglés con bastante fluidez, pero mi acento seguía bailando al ritmo de una cadencia latina imposible de disimular.

—¿De dónde crees que soy? —respondí para ganar tiempo.

—Se me ocurren un par de posibilidades, pero en realidad lo que quiero saber es si tienes planes cuando acabes tu turno.

Me gustó su mirada y que no quisiera indagar en mí. Era liberador.

—No, no tengo —dije—. Hoy acabo a las dos.

Me di la vuelta sin opción a réplica y me centré en mis tareas: poner más copas, mantener la barra limpia y lanzar sonrisas a diestro y siniestro para que el ambiente no decayera. No sabía si esperaría. El *pub* estaba lleno de chicas y posibilidades para alguien como Landon. Pero, para mi sorpresa, sí esperó.

Lo primero que hizo fue decirme su nombre cuando, al salir del almacén con una camiseta limpia, lo encontré de nuevo en la barra.

Me dijo que me invitaba a una copa. Yo acepté y ocupamos una de las mesas que había junto a la puerta.

Landon estudiaba en la Facultad de Derecho de la Universidad Estatal de Florida, era el pequeño de ocho hermanos y no podía dejar de mirarme.

Me gustó de una manera sencilla, porque se quedaba en la superficie. No le interesaba ni lo más mínimo conocer mis orígenes, mis temores ni mis sueños.

Y yo necesitaba justo a alguien así. Alguien con quien sentirme importante durante unas horas siendo conoedora de que el interés mutuo expiraría a corto plazo.

—¿Seguro que estás preparada? —me preguntó Maddie cuando, menos de dos horas después, le anuncié que me marchaba con él—. Ese chico no quiere salir contigo. ¿Lo sabes, no?

—Querida Maddie, me encanta cuando te pones en modo madraza.

—¡Uf! Calla. Tienes razón. ¡Ve y tíratelo tan fuerte que se rompan las patas de la cama!

Me eché a reír y le di un abrazo.

—Te llamo por la mañana.

Ella hizo un ademán restándole importancia a la situación. A continuación, fingió ocuparse de cuadrar la caja para el cierre mientras no perdía ojo de la pose de Landon mientras me esperaba.

Él, fiel al prototipo donde lo había encajado desde el primer cruce de miradas, dedicó aquel breve fin de semana a quedarse en la primera capa de las muchas que protegían las sombras de mi interior.

Hubo varias conversaciones entre los ratos de sexo, pero apenas hablamos. Hablar siempre tiene el propósito de comunicarse con el otro, y Landon y yo solo queríamos intercambiar información superflua, de esa que no roza ni las raíces ni las alas del emisor del mensaje.

Y ahí quedó todo.

Eva no estaba cuando regresé al apartamento que compartíamos. Seguía sin trabajar, pero se había apuntado a un taller de *mindfulness* por recomendación de su terapeuta y acudía puntualmente a la cita cada día laborable a las ocho de la mañana.

Recogí los restos de su desayuno, cambié las sábanas de mi cama y me metí en la ducha con el objetivo de despejarme y dedicar la mañana a preparar mi solicitud para la universidad, que pretendía empezar en septiembre.

Fue justo mientras terminaba de secarme el pelo cuando sonó el timbre.

Recogí mis rizos con una pinza y abrí la puerta. Frente a mí, el cartero me ofrecía un paquete cuadrado, grande y fino.

—¿Oriana Valdés Suárez? —Su marcado acento americano desfiguraba mi nombre y apellidos.

—Sí, soy yo.

—Firme aquí.

Me pilló fuera de juego. Cogí el recibo que me tendía, estampé mi firma y cerré la puerta con el paquete en la mano y el ceño fruncido.

Al darle la vuelta para leer el remitente, el corazón se me detuvo.

Teo Vives Ros.

Lo abrí de inmediato. Me deshice del cartón y de varias capas de papel de cebolla hasta dar con un cuaderno cuyo título me daba tantas pistas como interrogantes dibujaba: *El camino de las estrellas*.

Me entraron tantas ganas de llorar que no fui capaz de abrirlo para ver qué contenía.

Lo estudié con detenimiento. Su color, amarillo envejecido; el cordel que unía las hojas; el trazo irregular de la letra de Teo... Aquel cuaderno había sido tocado por él. Había acariciado sus hojas, sus dedos habían impreso emociones en el lenguaje del carboncillo.

Aquella fue la primera historia que Teo me regaló a través de sus dibujos y unas pocas palabras:

Una Estrella Perdida en una galaxia donde no conseguía brillar se cruzó con otra con una luz diferente.

Ambas se hicieron inseparables. Y la Estrella Perdida se dio cuenta de que la luz de su compañera se reflejaba en sus propias puntas y la ayudaba a iluminar su camino.

A veces, la Estrella Perdida se asustaba porque su compañera sabía moverse de una manera que no entendía.

Rápida. Veloz. Efímera.

Entonces descubrió su secreto: su compañera era una Estrella Fugaz.

Las estrellas fugaces son especiales. Se deslizan a tal velocidad que queman el aire y el halo que desprenden colorea esa estela que el resto de las estrellas solo pueden admirar, nunca tocar. Se mueven demasiado rápido.

Cuando lo entendió, la Estrella Perdida le lloró a la Luna para que le diera el poder de parar el tiempo y así retenerla siempre a su lado. Y la Luna, con una sonrisa muy triste, le contestó:

—Las estrellas fugaces que se quedan mucho tiempo en el mismo lugar se terminan apagando. Es su naturaleza efímera lo que las hace brillar.

—Pero yo quiero tenerla siempre conmigo.

—Si la tienes cerca para siempre se apagará. Y ya no será la estrella que tú conoces. ¿Es eso lo que quieres?

La Estrella Perdida no lo entendió. Solo se quedó contando los días para que su compañera se marchara. No podía controlar el paso del tiempo. Llegaría el momento en que perdiera de vista la estela de su brillo. Y entonces sus puntas se apagarían.

Y el día llegó. La Estrella Fugaz continuó su camino. Y la Estrella Perdida se quedó sola, más perdida que nunca, mirando al infinito, hasta que por fin entendió las palabras de la Luna. Y consiguió sonreír imaginando a su compañera brillando con fuerza, quemando el aire de muchas otras galaxias...

Lloré al acabar. Por él, por cómo me veía, por cuánto me había querido siempre, por ese nosotros que siempre había existido y que no había culminado.

No quedaba nada por decir y, al mismo tiempo, había un universo lleno de palabras pendientes de ser pronunciadas.

Después, encontré la nota:

Si aún llego a tiempo, marca estos números el domingo 22 de febrero. Doce de la mañana, hora de Florida. Serán las seis de la tarde en Barcelona y yo estaré esperando a que suene el teléfono.

No recuerdo nada de lo que aconteció durante los días siguientes. Cada hora que me acercaba a la fecha señalada

fue vivida como una cuenta atrás que hacía que se tambaleara cada parte de mí.

Solo recuerdo perderme en un parque, con mi móvil en la mano, los números de esa tarjeta de llamadas internacionales bailándome en los dedos, y después el sonido de las teclas precediendo el del tono de llamada.

Contuve la respiración, preguntándome qué sentiría cuando respondiera.

—¿Hola? —Su voz. Su voz, tan lejos, tan cerca, tan débil y tan fuerte como el último edificio que se mantiene en pie tras un terremoto que arrasa con la ciudad—. ¿Oriana? ¿Oriana, eres tú?

—Teo...

Entonces suspiró. El alivio llenó la línea y cada kilómetro que nos separaba.

—Gracias. Dios. Gracias, gracias, gracias...

Teo

—¿Y qué más, Teo? ¿Qué más ha ocurrido esta semana? Aparte de la bomba del novio independentista de Sabrina, quiero decir.

Tras aquella primera conversación en febrero, una conversación en la que tratamos de reducir la grieta creada entre nosotros, Oriana y yo nos habíamos puesto al día de nuestras vidas y de nuestros sueños. Bueno, los de ella, porque yo no tenía ninguno. Y el que tenía era imposible.

Esa escasa media hora que compartíamos a la semana desde hacía meses era lo único que me conectaba con el Teo que había sido antes de que ella se marchara.

Necesitaba descolgar el teléfono domingo tras domingo y escucharla al otro lado para no perderme entre fiestas, chicas sin trascendencia alguna, clases en las que no prestaba atención, dibujos escondidos bajo el colchón y peleas cuando visitaba la que había sido siempre mi casa.

Y es que Oriana regresó a mi vida como si no hubiera pasado nada. Tampoco lo bueno. Volvimos atrás en el tiempo. Ella no me había rechazado en una noche estrellada entre vodka y marihuana. Yo no le había regalado mi primera vez a otra. Manel nunca se interpuso entre nosotros. Y jamás habíamos vuelto a besarnos ni nos habíamos tocado ni nos habíamos dicho tanto.

Éramos solo Teo y Ori, mejores amigos, fingiendo que entre ellos no cabía más. Ni siquiera el infinito.

Imagino que aquel fue otro error de los muchos que se nos enredaron a través de los años. Debimos hablar más

claro y no escondernos cosas. Pero yo seguía sintiéndome herido por su abandono y ella no iba a admitir que lo nuestro le había venido grande por miedo a mi reacción.

Aun así, aquellas conversaciones me mantenían con los pies en el suelo. Recuperar en la distancia ese rincón tan nuestro me daba fuerza para continuar sin perder demasiado el norte.

—He comprado un billete para ir a Bilbao antes de Navidad.

—¿Vas a ver a Francesc?

—Sí, aunque ahora se hace llamar Fra.

Ella rio.

—¿Y eso por qué?

—Se ha echado un novio vasco. Es modelo, ¿sabes? Ahora sale con gente muy internacional y glamurosa.

—No le pega nada ese ambiente.

—Se está encontrando a él mismo —declaré.

El resto de la conversación giró en torno a la universidad. Yo ya estaba en segundo de Empresariales y cada día entendía menos qué hacía ahí. Fue la salida fácil tras el verano más confuso de mi vida. Dejé que otros decidieran por mí. Como recompensa, vivía en un piso de la hostia en plena Diagonal. El precio era que había dejado de creer en mí mismo.

Al otro lado del charco, Oriana llevaba dos meses como estudiante en la Universidad Estatal de Florida.

—Tengo que dejarte. Debo ponerme al día con varios trabajos. Hoy mi turno empieza antes.

—De acuerdo. Que vaya bien la semana.

—Gracias, Teo. Un abrazo.

Colgamos y me tumbé en la cama. Eran las seis y media de la tarde y no tenía ganas de hacer nada. Solía pasarme después de nuestras conversaciones.

—¿Ya empieza la hora del melodrama? —Edgar entró a mi habitación como siempre: sin llamar a la puerta.

—¿Qué dices, tío?

—Lo que veo. —Alzó las cejas para señalarme—. ¿Cómo le va?

—Bien. —Suspiré.

—¿Se está follando a alguien?

—¿A qué viene eso?

—Me ha venido a la cabeza. Quiero saber si habláis de esas cosas.

—No. No hablamos de esas cosas.

—No entiendo vuestra relación actual.

—Es mi mejor amiga. —Me encogí de hombros.

—Esa tía te rompió el corazón. Lo machacó sin piedad y luego se subió a un avión.

Puto Edgar. Alguien debió diagnosticarle en su día un déficit en el manejo de las habilidades sociales para poder ser tratado a tiempo. Pero como no ocurrió, no tenía filtro. Había hecho llorar a muchos niños cuando íbamos al colegio. Por eso se sumó a mí como los dos únicos alumnos de nuestra promoción que fueron expulsados del Vallés.

—Joder, Ed. ¿Por qué no te pierdes un rato?

—No me gusta tu cara cuando terminas de hablar con ella.

Me quedé callado. A mí tampoco me gustaba cómo me sentía cuando colgábamos el teléfono. Solo sabía que no podía renunciar a esa pequeña ventana a la que me asomaba cada domingo con la intención de volver a respirar. Supongo que la explicación más sencilla es que Oriana era mi brújula. Si no estaba, los puntos cardinales hacia donde apuntaba la vida se perdían entre la niebla.

Así había sido durante aquellos ocho meses que no supimos nada el uno del otro.

Si algo aprendí es que el desamor no es un proceso lineal, sino un camino plagado de altibajos que te hacen perder el punto de referencia que te ancla a la realidad.

En mi caso, dio comienzo tras un mes y medio de aislamiento en mi habitación tras su marcha, cuando mis dos mejores amigos me arrastraron a un viaje en tren por

Europa en el que no sé cómo no acabé en las profundidades del Danubio. No soportaba a nadie y nadie estaba preparado para soportarme a mí.

Volví al pueblo sin saber qué hacer con mi vida, hasta que mi padre me plantó una vía de escape: la matrícula para empezar Empresariales ese mismo curso en una universidad privada y la fianza pagada en un piso en la Diagonal.

Me cabreó tanto que Oriana hubiera tenido razón cuando vaticinó algo como aquello que ese mismo fin de semana, con las maletas en la que sería mi habitación, empezó una nueva fase a la que no sabía cuándo pondría fin. Y es que el alcohol engancha. La adrenalina de follar con alguien nuevo engancha. No pensar en tu mierda de vida durante lo que dura una fiesta engancha.

La rueda giraba y yo aún no era consciente de que me había convertido en un roedor que avanzaba hacia ninguna parte.

Cuando Edgar salió de mi habitación, dio comienzo otra semana que transcurrió sin pena ni gloria.

Me levantaba, iba en metro a la facultad, a media mañana me perdía en la cafetería, volvía al piso, dormía la siesta, salía a correr y trasnochaba viendo viejos programas en la tele a los que no prestaba atención. Me despertaba a las tres de la madrugada en el sofá y decidía irme a la cama para repetir la rutina horas más tarde, cuando sonara el despertador.

Entonces llegaba el jueves, se levantaba el telón y empezaba la fiesta.

Aquel fin de semana de noviembre no fue diferente al resto en casi ningún aspecto. Hubo botellas, cigarros con sorpresa, faldas cortas, lenguas ajenas y hastío al despertar. Aunque, si hago memoria, posiblemente, hubo más botellas de las habituales, más cigarros y, sobre todo, más hastío cuando, al abrir los ojos, me di cuenta de que era domingo por la tarde y mi teléfono estaba sonando.

Descolgué.

—¿Mmm?

—¿Teo?

—Mññ...

—¿Teo, estás bien? ¿Estabas dormido?

Su voz fue como un jarro de agua fría. De pronto, oí cada uno de los sonidos que emitía mi lado de la línea y que sabía que ella estaba percibiendo.

—¿Podemos hablar luego?

—¿Luego? ¿Luego cuándo? —Parecía confundida.

«Cuando se marche», pensé. No lo dije. Pero tampoco hizo falta para que Oriana intuyera en qué andaba yo metido en ese momento. Una voz susurrante se superpuso a la mía pidiéndome que la tapara: «Hace frío y ni siquiera llevo bragas». Estaba mareado, pero no lo suficiente para no ser consciente de que aquello se había escuchado perfectamente.

—Dame diez minutos —pedí, mortificado.

Oriana respondió con la voz como el hielo.

—No sé si me lo estás diciendo a mí o a ella.

—A ti, joder. Es que... no esperaba tu llamada.

—Vete a la mierda, Teo. —Y colgó.

La propietaria de la falda corta que me había hecho perder la cabeza la noche anterior me miraba herida. Se llamaba Sira y estaba incómoda. En realidad, yo también.

Se marchó siete minutos más tarde. Los conté. Cuando cerró con un portazo, me metí en la ducha; después me encendí un cigarro, cogí una Coca-Cola y marqué los dígitos que indicaba la tarjeta internacional. Después, el número de Oriana.

Me lo cogió al séptimo tono, cuando yo ya pensaba que no descolgaría. Me recibió el silencio.

—No sé qué decir —reconocí.

—Yo tampoco. Quiero mandarte a la mierda y ni siquiera tengo claro por qué.

—Ya me has mandado a la mierda hace un rato. ¿Por qué ha sido?

—Porque no esperaba que cayeras tan bajo.

—¿Qué pensabas, que me quedaba cada fin de semana encerrado, pensando en ti?

—Voy a colgarte, Teo.

—¿Es que tú te mantienes célibe desde que llegaste a Tallahassee?

—No voy a contestarte a eso. Creo que no nos conviene hacernos más daño. —Noté una vulnerabilidad muy honda en su voz que me dejó sin aire.

—Oye, yo... lo siento, Ori. No..., no pensé. No quería hacerte daño. De verdad que no.

—Vale, Teo.

—Perdóname.

—Te perdono. Sé que tienes una nueva vida. Yo también tengo una nueva vida. Pero no hay necesidad de...

—Lo sé. No volverá a pasar.

—Está bien. Hablamos la semana que viene.

Respiré hondo. No sabía qué decir. En Barcelona ya había anochecido. Me asomé por la ventana y vi la luna. Quise pedirle que la mirara ella también, que era la misma, aunque estuviéramos en lugares tan lejanos. Entonces me acordé de que allí aún había luz. No había llegado la noche. El tiempo corría en nuestra contra. Vivíamos dos realidades en las que no podíamos encontrarnos.

2010

Oriana

A veces tomamos decisiones que nos duelen, porque para coger el impulso necesario nos vemos obligados a rebuscar dentro de una herida antigua.

Finalicé el invierno de aquel año abandonando la casa que había compartido con Eva y colocando el contenido de mis maletas en los armarios del apartamento en el que viviría con Maddie.

La primavera se me escurrió entre proyectos de estudios, jornadas eternas en el *pub*, paseos con tío en los que me sentía protegida y la carrera maratoniana que supuso obtener el carnet de conducir.

El verano se resumiría en trabajo, turistas de mirada descarada y una escapada para ver el mar.

Empecé el segundo curso de universidad buscando mi propia perspectiva, dudando si lo conseguiría, si estaba hecha para aquello...

Y, entonces, llegó octubre.

Teo

A veces tomamos decisiones que nos alejan de lo que queremos, y es en ese rechazo de nuestro camino donde acabamos encontrándonos a nosotros mismos.

Finalicé el invierno de aquel año con muchos planes vacíos en el horizonte y con una lista de suspensos en la mochila que no me hizo sentir nada, salvo vergüenza.

La primavera desfiló delante de mis narices, exhibiendo su lado más sórdido y amargo, que culminó conmigo abandonando una discoteca con el ojo morado y sangre en los nudillos.

El verano se resumiría en un intento de ponerme al día con los estudios, que fracasó estrepitosamente cuando mi compañera de piso recibió la visita de sus amigas y surgió un viaje a Tarifa del que hay partes que aún no recuerdo.

Empecé el tercer curso echándome un pulso a mí mismo. Podía hacerlo. Tenía la capacidad. Tenía las herramientas. El problema era que, en realidad, no quería. Necesitaba digerirlo. Aceptarlo. Aún no sabía cómo.

Y, entonces, llegó octubre.

Oriana

En inglés, la palabra reencuentro se traduce como *reunion*. «Una situación en la que dos personas se encuentran de nuevo tras mucho tiempo sin haberse visto.»

Aunque había algo idealista en esa definición, era mi propia lengua la que recogía el significado tal y como a mí me resonaba de manera subjetiva: «Encontrar nuevamente; recuperar algo que se hallaba perdido».

Así me sentía yo al ser consciente de que, después de las veintitrés horas que me esperaban dentro de aquel autobús que me llevaría de Tallahassee a la ciudad de Nueva York, se produciría uno de los dos reencuentros más importantes que jamás viviría.

Recuerdo cerrar los ojos durante la mayor parte del viaje para concentrarme solo en sentir. Quería perderme en mi estómago. En la anticipación que me burbujeaba dentro.

Teo

Todo empezó como un juego. Un viaje loco a Los Ángeles para darle una sorpresa al novio de Francesc. El enlace de nuestro vuelo de vuelta hacía una escala interminable en el JFK y Edgar sugirió parar allí unos días con la intención de quemar el asfalto de la ciudad que nunca duerme.

Se lo comenté a Ori por teléfono, en una de nuestras conversaciones de domingo, como algo casual. Una idea disparatada.

Tonteamos con la posibilidad. Ella miró el calendario, su cuadrante del mes y los precios de las distintas combinaciones. Y ocurrió.

Y allí estaba yo. A horas de aterrizar en la ciudad de las películas. A punto de cruzarme con mi propia historia. Con el puto estómago en la garganta.

Oriana

Canal Street, Manhattan. 7 de octubre. Doce y media de la mañana.

Bajé del autobús temblando. Cuando distinguí su silueta a apenas unos metros de distancia, me invadió la calma. Él ya me estaba mirando, y ver su nariz arrugada, su media sonrisa inquieta y la intensidad de sus ojos clavados en mí fue como cruzar las puertas de un hogar al que creíste que no regresarías y en el que siempre te sentirás a salvo.

Nuestras miradas se engancharon mientras avanzaba y sentí el vértigo en las costillas.

Y así fue como sucedió el reencuentro.

Dentro de un abrazo. Dentro de un mundo que dejó de girar. De un nudo de ganas, de soledad, de asfixia, demasiado apretado.

Nos separamos y nos miramos a los ojos.

Se había detenido el tiempo.

Era él, pero al mismo tiempo no lo era. Había crecido, pero lo vi mucho más niño que yo.

—Estás... Eres muy alto. —Le toqué el pecho con las manos, como si aún me perteneciera.

—Tú estás... Joder, Tallahassee, no tengo palabras. Estás increíble.

Odiaba esa manía que tenía últimamente de llamarme Tallahassee, pero aun así se me escapó una sonrisa. No estaba increíble. Había pasado veintitrés horas en un autobús.

—Me gustas con barba —empecé a decir, pero vi sus cejas alzarse y rectificué—. Quiero decir que... te queda bien.

—Gracias.

Nos quedamos mirando, nuevamente en silencio. Yo solo quería volver a abrazarlo.

—Te miro y no sé si estoy soñando. —Se echó a reír.

—¿Y eso es bueno o malo?

No contestó porque un hombre vestido con una capa y la diadema de la estatua de la Libertad nos arrolló en ese momento y nos pidió diez dólares para entrar al circo, donde su hijo de tres años debutaba esa tarde como domador de leones.

—¿Por qué este país está lleno de locos? La primera noche en Los Ángeles se nos acercaron el heredero al trono persa, una señora que venía del futuro y la hija secreta de Diana de Gales.

Me eché a reír mientras emprendíamos el paso hacia el *hostel* donde nos hospedaríamos aquellos días. Hablar de su viaje a Los Ángeles o de la tasa de pirados que circulaban libremente por las calles de Estados Unidos era mucho más sencillo que poner palabras a lo que suponía vernos de nuevo.

Atravesamos Chinatown en dirección al SoHo. Mis ojos circulaban entre nuestros pasos acompasados y lo que había a mi alrededor. Solo había visto Nueva York en las películas, y debo decir que en aquellos primeros minutos caminando entre sus calles no me gustó. O quizá es que la presencia de Teo lo eclipsaba todo.

—Es el *hostel* más cutre en el que probablemente estés en tu vida —me explicó cuando estábamos cruzando las puertas del que sería nuestro alojamiento—, pero teníamos un presupuesto muy limitado. Gastamos casi todo el dinero que cambiamos en perseguir al ex de Fra por las fiestas más exclusivas de Beverly Hills.

Teo y Edgar habían acompañado a Francesc para darle una sorpresa a Iker, su novio, que estaba en la costa oeste debutando en el panorama internacional como modelo.

La sorpresa, sin embargo, se la llevó el propio Fra cuando se presentó en su hotel sin avisar y le abrió la puerta un ángel de Victoria's Secret, que había pasado la noche desfilando para Iker en un pase privado (palabras textuales).

—¿Están dentro? —pregunté cuando llegamos al piso de arriba. Teo había subido mi maleta por las escaleras porque el ascensor no funcionaba.

—Sí, durmiendo la mona. Anoche salimos y se les fue de las manos. El despecho no es buen compañero de copas cuando los chupitos se venden a un dólar.

Abrimos la habitación con un código de siete dígitos y nos recibió un tenue olor a poliéster y cigarrillos.

Distinguí tres literas. Una de ellas ocupada por nuestros compañeros de viaje, otra con la cama de abajo revuelta y la tercera con un pañuelo de seda cubriendo las almohadas inferior y superior.

—¿Arriba o abajo? —me preguntó Teo sin molestarse en modular su tono de voz por si despertaba a sus amigos.

—Arriba está bien. ¿Quién ocupa la otra litera?

—Un judío ortodoxo —dijo mientras acomodaba mi equipaje en un rincón—. Creemos que solo viene aquí a rezar. No entendemos bien de qué va el tema y da un poco de yuyu, pero al menos tenemos baño privado.

—No necesito más. —Sonreí.

Entré al aseo para lavarme la cara y, cuando salí, Teo había cogido un cortavientos de color gris.

—Duermen como troncos —susurró con complicidad.

Bajamos de nuevo las escaleras enmoquetadas.

En la calle, nos recibieron el sol de mediodía y una brisa de principios de otoño.

Nos miramos de reojo. Regresó el vértigo a las costillas. Aún no me lo podía creer.

—¿Algún plan? —le pregunté.

—Ninguno. Pero me he comprado una guía, algo se nos tiene que ocurrir.

Sacó de su cazadora un librito de bolsillo en cuya portada leí *Nueva York en una semana*. Se lo quité de las manos, pidiéndole permiso con la mirada, y empecé a pasar páginas.

—¿Y si empezamos con un clásico? ¿Pizza de un dólar esquivando gente?

Cuando la respuesta a mi pregunta cobró forma en su sonrisa gamberra, enumeré los santos a los que rezaba mi tío Héctor cada mañana antes de salir por la puerta de su casa y me encomendé a ellos. Necesitaba volver a tocarlo.

Teo

No podía dejar de mirarla. No podía. Y juro que intentaba hacerme el interesante, comentar lo impresionantes que eran los edificios que nos rodeaban y ver a la gente parar taxis amarillos para ganarle la carrera al reloj, pero la verdad era que Nueva York me la sudaba.

Yo solo tenía ojos para catalogar las diferencias y similitudes entre la chiquilla que me abandonó y la veinteañera fascinante que paseaba a mi lado.

La nueva Oriana había ganado unos cuantos kilos que se repartían de manera saludable por su cuerpo, llevaba ropa de la talla que le correspondía y sonreía. Sonreía con calma mientras me hablaba de lo que significaba para ella ser independiente; de los estudios, de la gente que había en su vida y de lo libre que se sentía tras su decisión de no seguir viviendo con Eva.

Oriana había pasado los últimos dos años convirtiéndose en alguien increíble. De nuevo, una estrella en una galaxia donde yo jamás la alcanzaría.

Habíamos recorrido la zona del SoHo y de TriBeCa, para adentrarnos después en el West Village. Pedimos cafés para llevar en una cafetería minúscula donde los turistas hacían cola y ella iba relacionando las calles por las que pasábamos con películas de Woody Allen. «El perfil del neurótico lo borda en todos sus guiones porque se proyecta una y otra vez a sí mismo.» Algo así dijo y yo flipé. Ella analizaba los trabajos de uno de los cineastas más importantes del Hollywood contemporáneo y yo, apenas

tres días atrás, había coqueteado por primera vez con algunas drogas duras.

Oriana había multiplicado sus fortalezas y yo me había perdido en mis debilidades.

Pero, si soy honesto, ese primer día no me importó. Estaba atrapado en la manera en la que me miraba de reojo y se mordía el labio o en la ausencia de reproche que hallé en su mirada por todos esos meses que pasé recluido en mi orgullo.

Estaba entusiasmado. Eufórico. Borracho de verla sonreír.

—Míralo bien, ¿no te parece un pene gigante? —le pregunté cuando estuvimos a la suficiente distancia del edificio Flatiron como para distinguirlo.

—¡Claro que no! —Se detuvo y entornó los ojos—. Bueno, a ver..., en realidad...

Me descojoné y después saqué mi iPhone y disparé unas cuantas instantáneas. Ella se acercó y salimos juntos en varias. Aún guardo las fotografías en alguna nube virtual. Salía demasiado guapa como para que la imagen se perdiera solo en mi mente y en mis carboncillos.

Suele decirse que la mayor parte de los recuerdos que guardamos son mentira porque ya no somos la persona que los vivió, pero nadie podrá jamás quitarme de la cabeza que los primeros instantes de nuestro reencuentro fueron magia porque éramos nosotros. Como si solo hubieran pasado unos días desde la última vez y hubiéramos cumplido la promesa de coger un tren a cualquier lugar.

Oriana jugaba con el tiempo a su antojo. Lo extendía, lo paralizaba, hacía que pareciera mentira, que perdiera el sentido, y tiraba de él hacia atrás.

Y yo era como el cuco de un viejo reloj que gritaba su melodía si coincidíamos en el mismo espacio a la misma hora.

Recuerdo que hacia las seis y media de la tarde nos pilló el atardecer, manchando los rascacielos de luz extinguida

para después desaparecer hasta el día siguiente. La brisa del otoño neoyorquino nos revolvió el pelo y yo contuve el impulso de agarrarle la mano y pedirle que no la soltara. Y quizá sea un puñetero tarado, pero que me maten si ella no sintió algo similar.

Oriana seguía siendo Oriana, yo seguía siendo el Teo que renacía a su lado y nosotros aún *éramos*.

Éramos, joder. Lo sentía por todas partes.

Llegamos a Times Square a última hora de la tarde. Pasaban pocos minutos de las ocho y había oscurecido por completo, pero todo brillaba con tal exceso que resultaba abrumador. Y de pronto sentí eso que había escuchado montones de veces y que me parecía un cliché: Nueva York me atrapó. Creo que fue ver la ciudad iluminando la noche. Las luces de los edificios me hicieron pensar en estrellas que sí podía alcanzar, por mucho que desde abajo el cielo luciera oscuro y opaco.

Nueva York no era especialmente bella, pero cuando pisabas sus calles se producía un *déjà vu* que te daba esa paz que genera lo conocido. Paseamos un rato entre turistas y gente disfrazada de cualquier cosa imaginable. Hicimos las fotos de rigor, entramos en la tienda de M&Ms y después hicimos una cola interminable en el Burger King para pedir un par de menús XXL, que nos comimos en las escaleras rojas de Times Square.

—¿Cansada, eh? —dije cuando bostezó por tercera vez.

—No conseguí pegar ojo en el autobús.

—¿Llevas dos días enteros sin dormir?

—Y unos quince kilómetros caminados desde que puse un pie en la ciudad. Aunque no importa, vale la pena.

Le sonreí como un pirata desvergonzado y ella volvió a bostezar. Intenté convencerla de que cogiéramos un taxi, pero al final pillamos el metro y en pocos minutos llegamos al *hostel*.

Nuestro compañero judío rezaba frente a su litera cuando entramos en la habitación, Fra dormía —

desconocíamos si se había llegado a levantar en algún momento— y Edgar había dejado una nota informándonos de que estaba comiéndose un kebab en la terraza de la última planta.

—¿Quieres conocerlo? —le pregunté a Oriana.

Ella asintió y subimos por las escaleras hasta el último piso.

Fue extraño presentarlos. Oriana lo saludó como a un viejo amigo y él, pese a que desconfiaba de ella y hubiera apostado a que actuaría como un gilipollas, fue tan encantador que pensé que seguía borracho.

—Mañana vamos a la isla de Ellis; la idea es subir a la estatua de la Libertad, aunque no descarto que Fra se tire cuando lleguemos arriba. ¿Os queréis unir?

Rechazamos el plan, porque la excursión nos llevaría todo el día y teníamos otros planes.

—Si no reacciono cuando suene el despertador, te doy permiso para tirarme un vaso de agua por la cabeza —dijo ella tras anunciar que se iba a la cama. Yo tenía la intención de quedarme unos minutos más hablando con Edgar.

Le dimos las buenas noches y, antes de escuchar sus pasos perdiéndose por las escaleras, mi amigo ya me estaba dando codazos como un crío impaciente.

—¿Qué tal ha ido?

No le contesté. Cogí prestado el mechero que había junto a su paquete de tabaco y me encendí un cigarro con parsimonia para que no se notara que seguía exultante. Solté el humo y la euforia de haber pasado el día con ella se mezcló con mi voz.

—Pues... una puta pasada. Ella es..., sigue siendo ella. Y es increíble, puede que más que antes. La he visto feliz. Creo que es feliz por primera vez en su vida. Es libre, ¿sabes? Se lo ha currado mucho y las cosas le van genial. Me alegro por ella.

Consumí medio cigarro después de aquella declaración y Edgar no pronunció palabra. Cuando me giré hacia él, tenía los ojos serios, profundos, y sabía que indagar en el porqué no iba a traer nada bueno. Aun así, no pude evitar hacerlo.

—¿Por qué me miras así? —pregunté.

—Porque eres un pringado.

—¿Qué dices?

—Pues que Ori está en el puto mejor momento de su vida y tú aún lloras por ella si te pasas con la maría. Ni siquiera te necesita ya como su protector y mecenas. Chungo, ¿no?

—Eres un puto imbécil.

—Tío, te digo todo esto porque tienes que pasar página de una vez. Está genial que quieras seguir siendo su amigo y todo ese rollo, en serio, pero ya verás como ahí quedará todo. ¿O qué creías que pasaría? ¿Que dejaría su nueva vida para volver contigo a Barcelona como si aún estuvierais en el instituto? No lo va a hacer, Teo.

Fue como si hubiera caído desde lo alto del edificio. Las palabras de Edgar actuaron como una daga que me abrió en canal, obligándome a verme por dentro, a buscar mi verdad y enfrentarme a aquello que, muy en el fondo, anhelaba.

Lo vi todo desde otra perspectiva y me sentí incómodo, decepcionado y frustrado. De pronto, fui consciente de que prácticamente había paralizado mi vida mientras que Oriana había crecido en todos los sentidos. Además, ¿era justo que yo pretendiera algo más de ella, cuando en Estados Unidos había encontrado la paz que no tuvo en España?

Qué patética me pareció la explosión de euforia de aquellas horas a su lado. Había sentido que el reencuentro era el destino final de un viaje cuando para ella posiblemente solo había sido una parada en el camino.

—Lo que tienes que hacer, *Teddy boy*, es dejar de mirarla como si fuera el amor de tu vida. Acabas de cumplir veinte años y te vas a aburrir de conocer tías mil veces mejores

que ella. Yo de ti me haría a la idea y empezaría a tratarla como si fuera mi hermana.

Creo que la expresión vacía de mi cara hizo que Edgar se sintiera fuera de lugar. Se puso de pie, me revolvió la cabeza como si fuera su mascota y me tendió otro cigarrillo. Después, bajó por las escaleras de vuelta a la habitación.

Yo me quedé allí y le fumé las penas a la Luna. Esa noche, por fin, a Oriana y a mí nos saludaba la misma, pero acababa de entender que cada uno veía una cara distinta.

Oriana

En lo primero que pensé cuando abrí los ojos a la mañana siguiente y Teo me dio los buenos días fue en Maddie. En ella y en su mirada limpia; en sus palabras imprudentemente honestas y en la sabiduría que escondía aquel consejo con el que me despidió antes de subir al autobús en dirección a Manhattan:

—Fóllatelo. Y lo estoy diciendo muy en serio, Oriana. No solo porque lo tenéis pendiente y porque las cosas que no suceden cuando deben se nos enquistan, sino porque debéis definir lo que sois en las primeras horas. De lo contrario, será un desastre.

Tenía razón. Como de costumbre.

Teo me invitó a desayunar en una cafetería del barrio de TriBeCa que vendía los mejores gofres del Lower Manhattan. Me encantó el lugar y empezar el día riendo juntos. Sin embargo, pese a su sonrisa, estaba segura de que faltaba algo en sus ojos cuando me miraba.

Siguiendo al pie de la letra las indicaciones de aquella guía de viaje que nos acompañaba, cogimos un ferri hacia Brooklyn.

Lo mío con Nueva York no fue un flechazo. Mis primeras horas allí la consideré una ciudad vieja que juega a ser moderna, algo sucia y muy sobrevalorada. Pero hubo un momento, al otro lado del río, en el que en mi interior se produjo un cambio. En las calles de Brooklyn hallé historia, vanguardia, melodías y recuerdos de vidas que no viví jamás.

—Pensé que no me gustaría —reconocí en voz alta mientras mirábamos los rascacielos que se dibujaban en el horizonte desde nuestra privilegiada ubicación en Brooklyn Heights Promenade—. Venía convencida de que iba a odiar Nueva York. Quería odiarla, de hecho.

—¿Por qué?

—Estoy en una fase de rebeldía contra el capitalismo, y creo que Nueva York es la ciudad emblema por excelencia. No debería estar gustándome tanto.

Teo me miró con las cejas alzadas, como un chico que intenta acercarse a una chica en un bar y recibe una respuesta que lo saca de contexto. No me gustaba esa mirada. La veía a diario en mi trabajo.

—Pienso bastante en política últimamente —aclaré.

—¿Y eso por qué?

—Todos los lunes voy con mi tío a casa de Sarita, una señora de Centro Habana que ha convertido su salón en un cuartelito que reúne a la pequeña comunidad de cubanos que vivimos en Tallahassee.

»Siempre cocina puerco asado y arroz con frijoles, y cenamos juntos escuchando canciones de José José. Después, ellos hablan de política y yo intento formarme una opinión mientras los escucho criticar el comunismo tal y como lo entiende Fidel. Se abren debates que consiguen que, cuando por fin me acuesto, no me pueda dormir.

—¿Por qué? ¿Porque no estás de acuerdo con ellos? — Esquivó a un ciclista que se cruzó en nuestro camino para seguir mirándome con atención.

—Porque estoy construyendo mi identidad política. Creo que aún guardo un recuerdo muy romántico de la vida en Cuba y no termino de entender por qué en este país hay que pagar por hacerte una radiografía si te has lastimado un dedo.

—Creía que te gustaba vivir aquí.

—Sí, claro. Estoy muy agradecida por las oportunidades que he tenido desde que llegué. Por primera vez en mi vida

me siento libre, Teo. Hasta ahora, creía que en la vida solo puedes tener seguridad afectiva o estabilidad económica. En Cuba tenía una y me faltaba la otra, y en España fue al revés. Aquí he descubierto que puedo tener ambas cosas. Decía Truman Capote que siempre hay paz en la certeza. Supongo que ahora vivo cada día desde la certeza y por eso me siento más en calma.

Teo soltó una risa seca.

—Eres la leche, Tallahassee —masculló.

Aquel apelativo se convirtió en un pellizco incómodo en la boca del estómago. El Teo del Día Dos no era el Teo del Día Uno. Estaba segura.

Cada emoción merece tener su espacio. El día anterior ambos necesitábamos que las horas posteriores a nuestro reencuentro se basaran en explotar el júbilo por volver a vernos. Solo en eso. Teo y Oriana. Sin etiquetas ni expectativas, aunque se nos leyeran las ganas de un beso en los ojos.

Supongo que ese era el problema. El día anterior había ganas, pero no era el momento. Ahora vivíamos en el momento, pero no había ni rastro de sus ganas. O eso me parecía.

—¿Vuelvo a ser Tallahassee? Ayer solo me llamabas Oriana.

—Ya. Pero Tallahassee le pega mucho a la persona que eres ahora. A esa chica fuerte, que no tiene miedo de reinventarse cuando hace falta, que sabe de cine y literatura, que se cuestiona las cosas y se prepara para ser la mejor doctora de la costa este.

La confusión me hizo fruncir el ceño.

—Ha sonado un poco raro eso que has dicho. Casi como si estuvieras reprochándome algo.

—Pues no era mi intención. Creo que eres la hostia, de verdad. Yo... te admiro. Siempre lo he hecho, pero ahora mucho más. Admiro lo que eres y lo que has conseguido.

Parecía sincero, aunque me quedó una sensación de inquietud de la que no logré deshacerme el resto del paseo.

Cuando empezó a acercarse el ocaso, paramos a tomar algo en una cafetería preciosa, conocida como The New.

Antes de salir de nuevo a la calle, Teo consultó el mapa desplegable que escondía nuestra guía de viaje. Yo no pude evitar observarlo mientras lo hacía.

Teo ya no era un niño. Tampoco era un hombre. Su nariz había adquirido algo de notoriedad en su rostro, cuyo rasgo más llamativo siempre habían sido sus ojos verdes. Quizá era por la barba, que, aunque no era muy frondosa, le cubría parte de las mejillas. Su boca no era ni pequeña ni grande, pero tenía una forma bonita y guardaba el mejor sabor del mundo entero.

—¿Vamos? —me preguntó antes de levantarse del sofá.

Fingió no darse cuenta de que mis ojos no se habían despegado de él los últimos minutos. Fue casi un gesto de indiferencia que me atravesó y que acabó convirtiéndose en un ataque de nostalgia que tuve que tragarme. Fue el momento en que más lo eché de menos desde que había dejado el pueblo. Y odié sentir aquello teniéndolo delante.

Apenas hablamos cuando el otoño nos envolvió tras poner un pie en el exterior. Emprendimos el paso en dirección al puente de Brooklyn en silencio. Era nuestra última parada del día. Lo cruzaríamos a pie hasta llegar al distrito financiero, donde habíamos quedado con Fra y Edgar para tomar unas cervezas.

—¿Qué pasa, Teo? —pregunté cuando el silencio empezó a tomar forma sobre nosotros.

Ambos miramos al horizonte. Al principio del puente, Manhattan se intuía pequeño, lejano, haciéndote sentir casi invencible. Conforme nos acercábamos, su inmensidad te engullía. El efecto óptico te hacía sentir insignificante en comparación. Algo así me estaba ocurriendo con Teo.

—Estaba pensando en lo que has dicho antes. En que no te sentías segura viviendo en el pueblo. Me cabrea que eso

sea lo que recuerdas de tu vida allí.

Respiré hondo. Aquella fue la primera y única alusión que hicimos a ese viaje al infierno que viví en la casa del portal naranja.

—España me dio algunas cosas buenas y muchas malas. Guardo recuerdos bonitos, Teo; casi todos contigo. Pero también viví cosas horribles allí. Echar de menos a mima, la indiferencia de Eva, la necesidad de mostrarme indestructible a todas horas para no sentir que soy un problema, el dolor que causa esa gente que finge quererte y a la que en realidad no le importas, el desarraigo...

—Y Alonso —añadió él.

—Y Alonso. El infierno. El miedo.

No sabía qué más añadir. Veía los coches cruzar el puente a toda velocidad, debajo de nosotros, y pensé que así era la vida. Hay veces que si quieres avanzar tienes que pisar el acelerador. De lo contrario, tu camino se desvanece.

—Te odié por marcharte —confesó él—. Pero te odié mucho más por haberme ocultado lo que estabas viviendo.

—Nadie podía protegernos a Eva y a mí, Teo. Ni siquiera tú. Eso era lo que sentía. Me aterraban las consecuencias que pudiera tener tu intento de arreglar la situación. No quería dejarte fuera. O quizá sí, puede que de manera inconsciente. Tú eras... todo lo que estaba bien en mi vida. Contigo olvidaba. Eras mi secreto, mi mejor amigo, donde nadie iría a buscarme. Convertiste la evitación en mi lugar seguro. Lo siento si fui egoísta.

Teo emitió un suspiro que agrietó el aire.

—No te disculpes, Tallahassee. No tiene importancia. Ya no somos esas personas.

Se me paró el corazón. Tenía razón. No éramos esas personas. No lo éramos. ¿Adónde se habían marchado?

Teo

Sabía que no era una buena idea. Quizá nada que tuviera que ver con aquel viaje había sido una buena idea. Tomar la determinación de pasar cinco días con Oriana para después verla marchar había sido un suicidio.

Pero lo de esa noche, sin duda, fue la guinda del pastel de las decisiones de mierda.

—La puta hostia, está buena a morir —masculló Ed.

La vi descender el último tramo de escaleras hasta el recibidor del *hostel*, donde Fra, Edgar y yo la esperábamos. Me quedé tieso. Ni siquiera encuentro palabras que definan lo que sentí al verla.

Una estrella fugaz. Eso era. Llegaba, quemaba el aire y se marchaba.

—Vaya, vaya, Tallahassee —canturreé cuando la tuve delante—. Vestida para la acción.

Putra falda. Corta, negra y descarada, como la sonrisa que me dedicó a continuación.

—Pienso estar a la altura del reto que se me ha lanzado.

Sonreí por fuera, aunque por dentro gritaba. Oriana era una persona prudente y serena. Pero tenía un punto salvaje. ¿No lo tenemos todos? Supongo que sí. El suyo se activaba cuando se la provocaba de la manera adecuada.

La noche anterior, tras nuestro regreso de Brooklyn, tomamos unas pintas con los chicos. Fra y ella se pusieron al día, yo estuve algo cabizbajo y Edgar fue... Edgar.

En algún momento, entre jarras de cerveza y anécdotas de nuestra escapada a Los Ángeles, le dijo a Oriana que,

por mucho son cubano que llevara en la sangre, nunca aguantaría el ritmo de una noche de fiesta con nosotros tres.

Ella aceptó el desafío. Así que allí estábamos. Habíamos pasado la mañana y parte de la tarde haciendo turismo. Habíamos visitado Bryant Park, Grand Central Terminal, el barrio de Chelsea y High Line. Después, nos duchamos por turnos, cenamos unas hamburguesas en la habitación y empezamos una ruta por los garitos más concurridos del Lower Manhattan.

Empezamos bebiendo combinados en una coctelería que tenía un aspecto algo rancio, aunque nos maravilló su carta de precios y ni siquiera nos dimos cuenta de que los zapatos se nos pegaban al suelo.

Edgar y Fra cometieron el error de beber al ritmo habitual mientras Oriana alternaba las copas con agua sin que ellos se dieran cuenta. Yo, antes de salir, había decidido limitar el número de chupitos para no acabar haciendo nada de lo que fuera a arrepentirme, pero cuando ella empezó a soltarse y a dejar que las melodías que sonaban se balancearan en sus caderas pasé de la cerveza al tequila.

Lo que sentía por Oriana se cobijaba en lo más hondo de mi sistema límbico y conectaba con lo que ella escondía muy dentro, bajo muchas capas y la concha de un caracol. Pero en ese momento me hubiera parecido bien quedarme en la superficie. Me cautivaba su exterior, lo de fuera, lo que todo el mundo veía. Y eso me pareció aún más peligroso porque corría el riesgo de pasar a ser uno más.

Bebí más de lo que debía, aunque sin llegar a perder el control de mis actos. Oriana me miraba de reojo, creo que buscaba un resquicio, una grieta en el muro que había impuesto entre los dos. Quería colarse y conquistar desde dentro. Esa maldita falda era su caballo de Troya.

La noche siguió y, a las cuatro de la mañana, aterrizamos en un *pub* de bailes latinos. Oriana lo propuso y Edgar y

Fra, que aún creían que podían derrotarla en aquel desafío, aceptaron sin ser conscientes de que allí ella jugaría en casa.

Sonaba salsa cuando entramos. O bachata. No lo sé. Pero el ritmo la embrujó. No hay otra forma de definirlo. No sé si conocía la canción que acababa de seleccionar el DJ, pero Oriana perseguía los compases como si hubiera pasado su vida entera escuchándola.

La vi bailar con Fra, que defendió con honor los pasos; después con Edgar, que, además de tener el sentido del ritmo más desarrollado que el resto, también tenía la cara muy dura y aprovechó la tesitura para acercarse indecentemente a Oriana. Me vio dedicarle una mirada asesina y se carcajeó en silencio, vocalizando muy despacio tres sílabas matadoras: «her-ma-na».

Cuando me tocó a mí, no supe qué hacer. Oriana olía a alcohol y a las gotas de sudor que le resbalaban por el cuello, donde se guarecía ese lunar que me volvía loco. Nos miramos hasta el fondo. Apoyó la mano en mi pecho y cerré los ojos al sentir que deslizaba su palma cálida por mi abdomen. Por un instante, me pregunté si notaría el martilleo de mi corazón. Maldije a todos sus antepasados por darle una genética como aquella. Quería tirármela contra una ventana mientras la ciudad se movía bajo nuestros pies y también pedirle de rodillas que envejeciera a mi lado.

Oriana me perseguía igual que sus caderas hacían con la melodía que sonaba. Llevaba horas haciéndolo. Desde que habíamos abierto los ojos. El día anterior nos habíamos movido en un registro taciturno y quería arreglarlo. No le gustaba el metacrilato que componía mi muro porque proyectaba la falsa ilusión de estar cerca cuando había un cuerpo sólido que no nos permitía tocarnos. Lo que ella no sabía era que con solo arrastrar las yemas de sus dedos por ahí se resquebrajaría y yo quedaría expuesto.

Bailé con ella. Aunque, para ser fiel a lo que pasó en realidad, debería reconocer que *ella* bailó conmigo. Y fue demasiado.

Recuerdo alejarla porque me cabreaba que pusiera a prueba mi voluntad al contonearse junto a mí. Recuerdo sentirme cada vez más perdido.

Llegamos al *hostel* a las siete de la mañana. Ed y Fra cayeron inconscientes en sus respectivas literas, pero antes le dieron el triunfo de la noche a Oriana con una ovación desenfrenada.

Ambos habían acabado vomitando por la mezcla explosiva del alcohol y la intensidad de la música, dejando claro que hasta en aquellas parcelas en las que me creía experto Oriana podía vencerme si se lo proponía.

Yo estaba cansado, abrumado, cachondo y bastante ebrio.

Me quité la ropa y aterricé directo en la cama. Las luces se apagaron y ella entró en el aseo.

Perdí la consciencia unos minutos, no sé cuántos. Lo siguiente que recuerdo es el sonido de mi colchón hundiéndose, su olor, su cuerpo peligrosamente cerca del mío.

Se coló bajo mis sábanas y me abrazó. Dejé de respirar. Me pregunté una vez más si notaría la vibración de mi garganta al tragar saliva y si sus labios percibirían la piel de gallina de mi cuello cuando dejó un beso ahí, buscándome.

Se me puso tan dura que por un instante olvidé la frustración que me ahogaba. Y es que yo quería satisfacer un deseo. Ella era el deseo. Pero ese deseo no era posible, por mucho que me doliera.

—No —susurré.

—¿Qué?

—Lo siento, Oriana, pero yo ya no...

—Oh. —Un solo fonema rebosante de dudas.

—Aparta, por favor.

—Lo siento.

—No, no lo sientas. Lo intentamos una vez y no funcionó. No rompamos lo que nos queda. No nos hagamos daño con algo que es imposible.

La vi asentir en la penumbra, sin réplica. Subió las escaleras hacia su cama. Encajó el rechazo con elegancia.

Y me encantaría decir que lo hice por ella. Que aquel fue un acto altruista porque sabía que había pasado por mucho para construir la vida que tenía y porque tentarla a convertirme en su elección, cuando no tenía nada que ofrecerle, era demasiado egoísta.

Pero lo hice por mí. Estaba protegiéndome en un momento de mi vida en el que sentía que mi estabilidad pendía de un hilo. No podía besarla y exponerme a que volviera a rechazarme. No habría podido soportar que volviera a decir que no a una vida conmigo.

Cerré los ojos, obsesionado con una idea: si hubiera tenido que dibujarnos tal cual éramos, ella habría tenido sus líneas definidas y yo habría sido una forma borrosa.

Oriana

La luz en Central Park era diferente. Solo podía pensar en eso. Se reflejaba al mismo tiempo en las hojas de los árboles y en las ventanas de los rascacielos que bordeaban el parque. Naturaleza y hormigón rebotando en la retina.

—Creo que nunca te había visto tan callada, Tallahassee —susurró Teo.

—Será que no tengo nada importante que decir. —Lo miré.

—Podemos no hablar del tema, si no quieres.

—De acuerdo. Gracias por tu consideración.

Si no hubiera tenido reservado un billete de avión, comprado a mitad de precio, que aterrizaba sin escalas en Tallahassee, me habría subido al primer autobús que saliera en dirección a Florida.

Veintitrés horas seguidas en carretera me resultaban una opción más tentadora que pasar unos minutos a solas con él.

Nos habíamos despertado a la una de la tarde. Teo había dicho que no existía mejor remedio contra la resaca que tomar perritos calientes tirados en un rincón de Central Park y Fra y Edgar anunciaron que no tenían intención de levantarse en todo el día de la cama.

«Has vencido hasta en la posfiesta, Ori. Otro rollo lo tuyo...», me dijeron tras guiñarme un ojo.

No sé cómo ni por qué, pero diez minutos después me encontraba en el metro, en dirección a la parte sur del parque. Teo y yo solos. Él no habló mucho, y yo, menos.

Solo había una cosa en mi cabeza. Su voz quebrada en la oscuridad mientras sus manos me alejaban de él.

«Yo ya no...», había dicho.

El rechazo fue incómodo. Segundos después, me di cuenta de que era conmigo con quien realmente estaba molesta.

¿Quién me creía que era?

Elegí marcharme. Él no había parado su vida por mí. Y estaba bien.

Fui egoísta por albergar la estúpida esperanza de que lo nuestro permanecería inalterable, que siempre existiría.

¿Tenía motivos para creerlo? Supongo que sí. Él y yo fuimos inexplicables desde el principio.

—¿Qué les dijiste? —Lancé la pregunta sin un preludeo que la acompañara.

—¿A quiénes? —Teo me miró perplejo.

—¿Te acuerdas del primer día de instituto, cuando nos conocimos?

—Nos conocimos el segundo día de instituto —apuntó él.

—Tienes razón. ¿Te acuerdas de cuando me encontraste llorando?

—Pues claro.

—Pere, Jordi y su grupito se habían reído de mí.

—Sí. Te llamaron «Oriana, la sucia gitana».

—Exacto. Y tú me defendiste. ¿Qué les dijiste? — Necesitaba saberlo. Había hecho aquello sin conocerme. Fue la explosión de un pequeño núcleo de energía que se expandió en todas direcciones. Nuestro *big bang*. Así surgimos nosotros. Como el universo. No estaba y, de pronto, era eterno.

—No entiendo por qué me lo estás preguntando.

—Tengo curiosidad. Es algo que siempre he querido saber.

—Les dije que si tú eras «Oriana, la sucia gitana», yo era «Teodoro, el rey del inodoro».

—Eres idiota. No fue eso lo que les dijiste.

Sonrió con tirantez.

—Nop.

—¿No me lo vas a contar?

Me miró. El otoño había llegado a Central Park y las hojas brillaban con tonos ocres, como el bronce oxidado. Su reflejo potenciaba las motas cobrizas de los ojos de Teo, fagocitando aquellas verdosas que eran su seña de identidad. Y no sabía si me angustiaba o me fascinaba.

—¿Por qué dejaste a Carles? —contraatacó.

—¿A Carles? —Fruncí el ceño.

—Sí, a Carles. Tu primer novio, Carles.

—¿A qué viene eso?

—No sé. Tú te has remontado ocho años en el tiempo. Yo, unos cuantos menos. ¿Por qué lo dejaste?

—Yo no lo dejé.

—Vale. ¿Por qué te dejó él?

«Porque me hizo elegir; porque me di cuenta de que no tenías rival, porque no sabía nombrar lo que sentía por ti.»

—Está bien. Captado. —Yo no iba a confesar y él tampoco.

De nuevo el silencio. De nuevo mi mente únicamente centrada en la luz. Pero se iba apagando. El sol se escondía. Y las sombras regresaban.

—¿Hay algo que te apetezca hacer hoy? —me preguntó, volviéndose hacia mí.

—No, no especialmente.

—Es la última noche.

—Ya lo sé, es que... —Sacudí la cabeza.

—¿Qué?

Dejé escapar un suspiro.

—Pues que Edgar y Fra no se han quedado en la cama por la resaca —confesé—. Ayer les pedí que nos dejaran algo de tiempo hoy, a solas. Tenía una reserva en un restaurante de Hoboken, pero no sé si sigue siendo una buena idea.

Teo me observaba con atención.

—¿Ibas a pedirme matrimonio? —Su mirada socarrona me hizo poner los ojos en blanco.

—No. Quería... No sé. Quería darte las gracias, supongo. Tener un detalle contigo.

—¿Las gracias por qué?

—Por todas las cosas que hiciste por mí cuando vivíamos en el pueblo.

—No hice nada *por ti*. Eras mi mejor amiga. Y diría que aún lo eres.

—Ya, pero me gustaría mostrarte mi agradecimiento. Siempre cuidabas de mí. En todos los aspectos. Hasta me diste aquel sobre para enviarles ayuda a mima y tía y...

—No quiero que me des las gracias por eso —me cortó—. Me ofende que lo hagas. Ese dinero era para ayudar a tu familia.

—Lo sé. No te lo estoy devolviendo, Teo. No creo que me dieras limosna ni que hicieras nada por compasión. Es que me apetecía... —Me frustré; conmigo misma y con él—. Da igual. Déjalo. Ya te he dicho que era una mala idea.

Nos quedamos callados. El ambiente empezó a refrescar, incitando a las familias que había a nuestro alrededor a regresar a casa. Creí que nos uniríamos a ellas. Ya casi nos visualizaba en el metro, circulando en silencio sobre los raíles de aquella línea que buscaba el sur de Manhattan, cuando dijo:

—¿A qué hora es la reserva?

Miré el reloj.

—En un par de horas.

—¿Podemos entrar con esta ropa?

Yo llevaba una falda de lunares a juego con un jersey gris desbocado y las Converse blancas.

Él, vaqueros, una sudadera Abercrombie y zapatillas negras.

Podría haber sido peor, así que asentí.

Nos pusimos en pie sin que hiciera falta hablar demasiado.

La reserva la teníamos en un restaurante cubano de Hoboken del que había leído buenas opiniones.

Cuando entramos, el local nos recibió con una de las primeras canciones que Silvio Rodríguez cantó en La Habana. Y fue con el recuerdo de la vida en Cuba y el contexto de esa nueva vida que trataba de construir para que el sacrificio de dejarla atrás mereciera la pena que Teo y yo dejamos el orgullo de lado y volvimos a encontrarnos cara a cara, por encima del bien y del mal, como si nada.

Él y yo teníamos esa capacidad. Nos reinventábamos en cada decepción, desilusión y herida. Lo bueno compensaba siempre. Crecíamos juntos.

Nos sentamos y pedimos varios platos para compartir. Los fueron sacando poco a poco y yo volví a respirar de manera pausada.

—Siento que Eva siga en el mismo plan que siempre —dijo cuando lo puse al día de cómo se desarrollaban las cosas con ella.

—Yo también. Creo que una parte de mí esperaba que, después de todo lo que pasó con Alonso, pudiéramos empezar de cero. Pero solo fue una ilusión. Eva nunca será lo que, en el fondo, siempre he deseado que sea. Es egoísta, inestable y, aunque me duela decirlo, una mala madre.

—Un dechado de virtudes. —Sonrió mientras se llevaba un pedazo de yuca a la boca y yo asentía.

—Me ha costado mucho llegar a pronunciar esas palabras, ¿sabes? Mala madre. Parece casi antinatural. Una madre, por definición, no puede ser mala. Alguien que comparte su cuerpo durante nueve meses para dar vida a otro ser humano y que lo trae al mundo no puede ser incapaz de amar con toda el alma. Pero no siempre es así, está claro. Hay gente que no está capacitada para sentir ese tipo de amor tan visceral e incondicional. Maddie me lo enseñó.

—¿Maddie tampoco se lleva bien con su madre?

Sacudí la cabeza.

—Cuando la conocí, me contó que su madre había muerto cuando ella estaba en el último curso de instituto. Era la persona más importante de su vida. Desde hace años, lleva un tatuaje con unos acordes y, cuando nos hicimos más íntimas, me confesó que son las notas de *Polly*, la canción de Nirvana; era el nombre de su madre.

»Un día, aparecí en el trabajo sin dormir por la última discusión con Eva y Maddie me dijo: “¿Por qué no dejas esa casa? Vivir con ella te hace daño”. Le contesté que no podía, que Eva era muy débil, que caería en un episodio depresivo tan profundo que me mataría la culpa, que era mi madre y tenía que cuidarla. ¿Y sabes qué me confesó?

—¿Qué?

—Que Polly no era su madre biológica. Que se casó con su padre cuando tenía nueve años. Que su madre biológica la abandonó y que en ningún momento había dudado quién era su verdadera madre.

—Guau.

—Entonces lo recordé. Mima es mi madre, Teo. En lo esencial, mima es mi verdadera madre. La que me crio. La que me quiere de manera incondicional. Desde que nací, siempre ha sido así. Eva es mi madre oficial, pero solo eso. Cuando me fui de su casa lo entendí.

—¿Pilló una depresión?

—Cogió una rabieta que le duró tres días. Al cuarto, empezó a mejorar como por arte de magia. Y yo también.

Los ojos de Teo me observaban maravillados. De una manera honesta.

—¿Y soléis quedar o...?

—Sí. De vez en cuando tomamos café juntas, le llevo algo de comida y le cuento qué tal las clases. Pero hago mucha más vida familiar con mi tío Héctor que con ella. Él y Maddie son mi familia real. Él, Maddie, mima y tía. Y tú. Tú también eres mi familia. A pesar de todo.

Mi declaración le hizo sonreír. No añadió nada, aunque no creo que ninguna observación tuviera cabida en el espacio que se había creado entre ambos.

Salimos a la calle un rato después, comentando la variedad de la comida cubana y el encanto de Hoboken, cuyo ritmo era totalmente opuesto al que se intuía en Manhattan, al otro lado del río.

Nuestros pasos nos llevaron al mirador de Pier A Park. El perfil de Manhattan se dibujaba a orillas del río como un desfile de luciérnagas.

—¿Qué no me cuentas, Teo?

—¿Cómo?

Nos miramos de frente.

—Sé que hay algo. Sé que algo te atormenta. Te he dado espacio y no quiero forzarte, pero mañana nos diremos adiós de nuevo y... me gustaría saber si puedo ayudarte.

Dirigiendo la vista de nuevo al río, él contestó:

—Soy un fraude, Oriana.

—¿Por qué dices eso?

—Porque llevo dos años fingiendo ser alguien que no soy. Finjo que soy un universitario viviendo en un piso de puta madre en la Diagonal y solo soy un parásito que vive del dinero de sus padres y que no estudia de verdad, ni trabaja, ni hace nada que merezca la pena.

—¿Ya no dibujas?

Se le oscureció la mirada.

—Apenas. Dibujar es un ejercicio de introspección, de sacar cosas de dentro y plasmarlas en un papel. No lo hago porque creo que no hay nada que sacar. Estoy vacío.

—No digas eso. No estás vacío, Teo.

—Eso es lo que siento cuando miro al futuro. No hay nada que quiera hacer. Pienso en qué estaré haciendo dentro de tres meses y solo me veo borracho, en una fiesta cualquiera, sin nada que me interese ni me llene ni me mueva. Esta es mi vida ahora, un puto desastre.

Me quedé en silencio. Miré al horizonte, el *skyline* de la ciudad iluminada, y recordé los dibujos que Teo escondía en sus libretas y libros de texto. Estaban llenos de futuros posibles, de cosas que anhelaba pero que no sabía nombrar; de estrellas y de un viaje sin fecha ni destino.

Me vino a la cabeza una frase que le dije una vez, durante una época en la que no encontraba su lugar en el entorno académico: «Cuando conectas con algo, sabes dar lo mejor de ti mismo. Tienes que encontrar tu camino; tienes que encontrar ese algo».

Se la recordé y él se quedó pensando.

—Me llamaron Teodoro —respondió—. Como a mi abuelo y a mi padre; creo que también mi bisabuelo se llamaba así. Una declaración de intenciones. A veces creo que estoy tratando de encajar en un molde que no es para mí y... ya no sé si estoy inmerso en una búsqueda de aceptación o de identidad. A veces creo que es lo segundo. En el fondo, no sé quién soy.

—Yo sé quién eres. Eres Teo. Eres generoso, tierno y sensible. Entiendes el mundo de una forma especial. Solo te falta hacer el clic. Encuentra eso que te hace hacer clic.

«Tu *big bang*. Encuentra tu *big bang* y explotará tu universo», quería decirle. Pero no tuve oportunidad porque él dio un giro al guion, reorganizó mi angustia, le puso un nombre y la proyectó ante mis ojos:

—Tú eras mi clic, Ori —dijo.

Sentí culpa. Una culpa helada y retorcida por haberme ido de su lado. Por no haberle hecho partícipe de lo que me hacía daño y haberlo dejado fuera.

Pero aquello ya no iba de mí. Así que me tragué los cristales de aquella culpa y los deslicé por mi garganta.

—Lo sé. Por eso sé de lo que hablo. Me enseñaste exactamente quién eres. Ahora olvídate del resto del mundo y busca dentro de ti.

—No sé por dónde empezar.

—En cualquier lugar menos en la Facultad de Empresariales. Es el único consejo que puedo darte.

Dibujó una sonrisa y la lanzó al río. Engullimos unos segundos de silencio. Después, se giró de nuevo hacia mí y me miró a los ojos para decir:

—Te quiero. —Fue la primera vez que pronunció esas palabras. Y no lo hizo dentro de un contexto romántico, sino en términos absolutos, dándole forma a ese sentimiento visceral e incondicional que nos uniría para siempre.

—Ya lo sé. Y yo a ti. Muchísimo.

—Y..., si no te lo digo, reviento: estoy muy orgulloso de ti. De todo lo que has conseguido. Sé que te dije cosas horribles cuando te fuiste del pueblo. Y lo siento. Tú tenías una situación de mierda y acababas de vivir un infierno, y yo... me dejé cegar por la rabia y el miedo y... Ni siquiera merezco que volvieras a hablarme. No merezco que estés aquí, ayudándome a ver lo mejor de mí.

—No digas eso...

—No lo pienso, Ori. No pienso que estés vacía ni llena de sombras. No pienso nada de lo que te dije.

—Yo tampoco pienso nada de lo que te dije a ti. Ojalá no nos hubiéramos despedido así... —susurré con nostalgia mirando el río.

—Lo importante es que conseguimos encontrar el camino de vuelta, nosotros siempre lo conseguimos...

Yo asentí e imaginé que nos proyectaba a los dos en una de esas láminas que de niño jugaba a pintar a escondidas, como si todo fuera posible.

Despedirnos al día siguiente en el aeropuerto fue duro, triste e inevitable. Volvía a Tallahassee con un peso sobre los hombros con el que no contaba: la certeza de que nunca debí haberme ido del pueblo como lo hice.

Debí haberle pedido que me esperara, que subiéramos juntos a un tren, haber puesto una fecha a nuestro viaje pendiente...

¿Por qué no lo hice? ¿Fue solo por la situación con Alonso? ¿Fue porque, en el fondo, nunca había dejado de asustarme lo que sentía por Teo?

Lo abracé para decirle adiós antes de pasar el control del aeropuerto. El tictac de un reloj invisible me anunció que el tiempo seguía pasando, que no lo había detenido cuando era el momento, que ya era tarde.

—Lo siento —susurré en su pecho—. Siento haber dado por hecho que aún querías algo conmigo.

—Lo intentamos, Ori. No funcionó. No quiero que se rompa lo que nos queda.

—Eso ya lo dijiste. —Suspiré—. No volverá a pasar. Prometo cuidar lo que somos.

Nos separamos y nos miramos a la cara. Teo sonrió.

—Tú y yo siempre seremos. De la forma que sea.

—Siempre —repetí.

A veces, cierro los ojos y viene a mi mente un recuerdo. No sé si fue esa última noche en Nueva York o alguna de las primeras cuando, de regreso al *hostel*, entramos en un local con micrófono abierto. Una chica de origen haitiano, con su voz rasgada y perdida, interpretaba la letra de una canción de Kansas.

Si pudiera volver atrás, justo a ese momento, le pediría que bailara conmigo. Esa canción era para nosotros. Porque desde el día que me fui de su lado sin mirar atrás, Teo y yo nos habíamos convertido en polvo en el viento.

2011

Teo

Como muchos españoles, empecé el 2011 con la intención de dejar de fumar. El Gobierno había reforzado la ley antitabaco y a partir de entonces quedaba prohibido fumar en espacios públicos y cerrados. Lo apunté junto a mis otros propósitos de Año Nuevo: salir a correr cinco días a la semana, aumentar el consumo de frutas y verduras y pensar seriamente qué quería hacer con mi vida.

En abril, aún no había cumplido ninguno de ellos.

Estaba enfadado. Vivía constantemente enfadado. Especialmente con la imagen que me devolvía el espejo y con mi cuaderno de dibujos, que conservaba demasiadas hojas en blanco.

La decisión de ir ese fin de semana al pueblo a ver a mis padres no ayudó.

Esa casa era mi infierno particular, el único lugar donde la necesidad de coger un carboncillo me brotaba del pecho con honestidad. Y era por los recuerdos que guardaba dentro de sus paredes y por la constante sensación de que en algún momento habían saltado por la ventana.

—¿Qué lees?

La voz de mi madre rompiendo la burbuja de silencio en la que me había refugiado me sobresaltó.

Hacía un par de horas que habíamos terminado de cenar. Sabrina había regresado con Andreu a Barcelona y yo había

decidido quedarme. No sé bien por qué. Ni siquiera había traído pijama.

Como no conseguía dormir, cogí un libro de la biblioteca que había en el salón y me senté fuera, en el columpio.

El ejemplar que sostenía en la mano era un viejo poemario de mi madre. Lo giré para enseñárselo. En relieve podía leerse: *És quan dormo que hi veig clar*.

—¿Qué es lo que necesitas ver claro? —preguntó.

—No lo sé. Supongo que todo.

Mi madre se dejó caer en el columpio de al lado. Llevaba unas mallas rosas y un cárdigan blanco con dos pompones. Siempre estaba impecable, hasta en su propia casa a una hora en la que nunca se recibían visitas.

—¿Hay algo de lo que quieras hablar, cariño?

—¿De verdad quieres escucharme o lo preguntas por compromiso? —Dejé escapar un suspiro.

—¿Cuándo no he querido escucharte, Teo?

Miré la cara de mi madre y cacé una expresión sombría.

—No lo sé. No recuerdo la última vez que tuvimos una conversación.

—No siempre estás receptivo.

—En eso tienes razón. Será la crisis de los veinte.

—A los veinte no toca tener crisis, toca disfrutar de la vida. Crecer es un camino hermoso.

Un nuevo silencio se apoderó de nosotros. Yo no estaba creciendo. Crecer es sinónimo de prosperar o de hacerse grande. Era cuestión de más. Y yo sentía que iba a menos.

—Supongo que es más fácil disfrutar de la vida cuando sabes quién eres y qué es lo que te gusta —señalé.

—¿Por qué dices eso, Teo? —preguntó ella con delicadeza—. Me gustaría entenderte.

Fijé la vista en sus ojos verdes, idénticos a los míos, y me vi reflejado en su mirada. Durante muchos años, mi madre había sido un faro entre la niebla de mi hogar. De un tiempo a esa parte, su luz se había debilitado tanto que apenas era visible.

—No me gusta lo que estudio —confesé—. No sé qué hago en la universidad.

—Vale. Y... ¿qué te gustaría estudiar?

—No lo sé. Necesito tiempo para pensar qué quiero hacer.

—Ya estás en tercero.

—No creo que pueda considerarse que estoy en tercero, la verdad. Arrastro muchas asignaturas.

Sonrió.

—Me refiero a que hace casi tres años que acabaste el instituto. Teo, los años pasan. Debes aprovechar cada día y hacer algo que valga la pena con ese tiempo que, por más que queramos, no podemos detener.

—Ese es precisamente el problema. Que no creo que esté haciendo nada que valga la pena.

—Estás yendo a la universidad y estudiando. Más rápido, más lento..., bueno, tienes tu propio ritmo. Pero tienes la oportunidad de estudiar una carrera y acabarás con un título. Así tu tiempo habrá valido de algo.

Volví a mirarla. Ese reflejo mío que me había parecido ver en sus ojos se resquebrajó; sus cristales se astillaron y cayeron contra el suelo.

—Mamá, no me escuchas. —Sacudí la cabeza.

—Sí te escucho. Me estás diciendo que no te gusta lo que estudias, pero que no sabes qué te gustaría estudiar.

—Exacto.

—Y yo te he dicho que el tiempo pasa. Y que tienes que hacer algo con él.

—¿Ves? Oyes lo que digo, pero no absorbes el significado de mis palabras. Te estoy diciendo que estoy perdido. Tú me dices que me quede donde estoy para que mi vida tenga algún sentido.

—No es eso lo que te estaba intentando decir. Te estoy dando un consejo desde mi perspectiva, y es que los años pasan, Teo, estemos listos o no.

—Creo que no estamos hablando el mismo idioma. Quizá ese sea el problema.

—Eso parece. En algún momento dejamos de entendernos.

Ambos callamos de golpe. Creo que ella no quería alertar a mi padre de que estábamos teniendo esa conversación, que había dado forma a todas las tensiones que vivíamos cuando yo pisaba la casa.

Así actuaban ellos. Preferían hacerme invisible antes que poner el foco sobre mí y mirarme por dentro para estudiar qué pieza de mi maquinaria se había dañado.

Les resultaba más fácil pagarme un piso en Barcelona, entregarme una tarjeta de crédito y darme la espalda que pararse a pensar qué vacío necesitaba llenar yo con ese dinero.

Eliminaban transitoriamente el problema, aunque no se deshacían del control.

—¿Te acuerdas de aquella Navidad en la que los abuelos me regalaron la pizarra gigante? —Mi voz se mezcló con el chirrido de la cadena del columpio.

—Claro.

—La pusimos en mi habitación y a los dos días la sacasteis porque me levantaba de noche a dibujar y no descansaba.

—Sí. La llevamos al salón porque había más espacio.

—¿Te acuerdas de cuánto tiempo la usé?

—Supongo que no demasiado. Cuando erais pequeños os cansabais de las cosas nuevas enseguida.

Sonreí, triste.

—Papá se enfadaba porque manchaba la casa de polvo de colores y había trastos por todas partes. Entonces, un día cogiste mis tizas, las metiste en una caja y las guardaste en el armario. Cada vez que quería usarlas, tenía que pedir permiso. —Guardé silencio unos segundos—. Por eso dejé de usar la pizarra, mamá, no me había cansado.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que, en realidad, nunca nos hemos entendido.

—Eso no es verdad, Teo.

Su mirada se nubló. Abrió la boca para decir algo, pero la corté con un gesto brusco. Tratar de comunicarme con ella en algún momento se había convertido en un acto demasiado doloroso. E incómodo. Como el chirrido del columpio, que no cesaba y resultaba un recordatorio de que algo no funcionaba como debería.

—Mamá, la verdad es que me gustaría estar solo. Por favor.

Ella suspiró y detuvo la trayectoria de su propio columpio casi de inmediato. Y dejó de sonar su cadena oxidada.

—Está bien. —Suspiró.

Mi madre se levantó sin insistir. Le agradecí que no lo hiciera y que ambos nos quedáramos con la sensación de que el problema era ese, que no hablábamos el mismo idioma. Porque la alternativa, plantear el hecho de que ella sí me entendía, pero que le resultaba más fácil ignorar lo que necesitaba que enfrentarse a mi padre, era insoportable.

La vi marchar hasta que sus pasos se perdieron dentro de la casa. Sin pensar, recuperé el viejo ejemplar de Foix con el que había salido al jardín y releí el poema.

¿Qué veía yo en claro cuando dormía?

Supongo que a Ella. Y a mí mismo viviendo otra vida. Siempre pasaba lo mismo: justo cuando conseguía abrir los ojos, la imagen se evaporaba. Solo existía en ese espacio entre el sueño y la vigilia. Inaccesible. Como ese nosotros que había desaparecido. Si tuviera que dibujar ese lugar, sería como el jardín de mis padres. Él y Ella estarían en el columpio, coleccionando recuerdos, quizás y promesas. Las meterían en un frasco y lo enterrarían junto al rosal, donde los nosotros que sí fuimos guardaron una lista de cosas pendientes.

En ese lugar inexistente, Ella lo abrazaba a Él y lo miraba. Y repetía aquellas palabras que la Oriana real me dijo hacía unos meses, con el perfil iluminado de Nueva York de fondo: «Encuentra tu clic. Tu lugar está en cualquier sitio salvo en una clase de Empresariales».

Y entonces lo escuché. Clic. Y lo vi claro.

Oriana

El primer recuerdo que renació justo cuando las ruedas del avión tocaron la pista fue que La Habana olía a sal húmeda pegándose en la piel.

La Habana sabía al sol justiciero del Caribe.

La Habana eran los ecos de su historia decadente y las notas de una melodía antigua acariciándote los dedos.

La Habana eran los cinco sentidos explotándote en el pecho, saturados de recibir estímulos que no da tiempo a procesar.

La Habana era frustración, devoción, nostalgia, calma y soledad.

La Habana era esa parte de mí que me dolía tanto que necesitaba mantener oculta. Nunca quise olvidarla porque sabía que era imposible.

Volver a pisarla nueve años después de haberla abandonado fue un terremoto emocional. Pese a que siempre había estado en contacto con mima y tía, había tenido que pasar casi una década para reunir el dinero con el que pagarme un viaje y unos días de descanso en mi tierra.

Por fin allí... me costaba respirar. Culpé al impacto que supuso la densidad del aire, pero en el fondo sabía que no era eso.

Recibí mi maleta mientras trataba de no mirar demasiado a mi alrededor. La misma pobreza. El deterioro de un pueblo rebotante de vida y ganas. Las grietas, por dentro y por fuera.

Cuando recuperé mi equipaje, caminé hacia la salida.

Y entonces las vi. Sentí de manera literal cómo la sangre dejó de moverse por mi sistema circulatorio. Me entró frío dentro de aquella burbuja espesa y húmeda.

Nos miramos desde lejos y, cuando vi a mima sonreír, algo inexplicable me ocurrió por dentro. Creo que fue el amor, rebosando cada capilar, cada neurona y cada tejido.

Alivio, alegría y pena.

Caí al suelo de rodillas.

Un impacto físico acompañando aquel tsunami emocional. Entonces noté el abrazo de mi abuela. Después, las caricias de mi tía. Y lloré en los brazos de ambas, un llanto de años y de una tristeza que solo ellas podían aliviarme.

Las primeras cuarenta y ocho horas no salimos de casa. Teníamos toda una vida que contarnos.

Yo solo quería besarlas, abrazarlas, olerlas, escucharlas y respirar su mismo aire.

Ellas querían saber todo acerca de mi vida. La que dejé en España y la que había construido en Estados Unidos. Querían saber de Eva y de tío. Querían saber si había conseguido ser feliz.

Dicen que no eres consciente del valor de un momento hasta que se convierte en recuerdo. Yo viví aquellos días con los sentidos activados al cien por cien para que ningún detalle permaneciera dormido, agazapado entre conexiones sinápticas, lejos de mi alcance.

Yo quería volver a Tallahassee con la certeza de que no olvidaría la entonación de la gente cuando te hablaba, los sonidos de las bocinas de los coches, la afluencia de las calles entre bicicletas ni el sabor del jugo de guayaba cuando mima y yo tuvimos la conversación más importante de nuestras vidas en aquella terraza escondida en una calle derruida de La Habana Vieja.

—Mi chiquita, lo siento tanto... Me duele el corazón de pensar lo que viviste en esa casa.

—No fue tu culpa.

—Quizá debí haber insistido más en que no te llevara. Quizá debería haber luchado para que te quedaras aquí con nosotras.

—Poco habrías podido hacer. Ella es mi mamá. Al menos a nivel legal.

Le di la mano y le sonreí. Ella me besó la palma. Sabía que para mí nadie estaba a su altura. Siempre la había querido más que a la mujer que me llevó en su vientre.

Mima tenía los ojos de la noche, igual que los míos.

Mima y yo compartíamos el peso de la nostalgia.

Mima tenía una belleza abrumadora que habían heredado sus tres hijos, aunque cuando cruzó su genética con la de mi abuelo, de ascendencia nórdica, la siguiente generación suavizó sus rasgos y la salvaje fisonomía africana fue diluida.

Mima y yo nos parecíamos en algunas cosas y éramos radicalmente opuestas en otras.

Pero lo más importante es que ella y yo siempre nos entendimos, porque vibrábamos en una frecuencia similar.

—Los padres nunca sabemos si hemos tomado la decisión correcta —explicó—. En ese momento, pensé que dejarte ir era lo mejor para ti. Marchándote *pa* Europa podías tener un futuro, una educación, ser libre... Además, tu mamá armó tremendo arroz con mango, ya tú sabes. Pero no conté con todo el sufrimiento que te hubieras ahorrado quedándote aquí.

—Lo hiciste por mí, porque querías lo mejor para mí. Tengo una buena vida, mima. Mi verdadera pena siempre ha sido dejaros aquí a vosotras. Sentir que te había abandonado...

—Mi chiquita, tú no me abandonaste. Olvida eso.

—No creo que deje nunca de sentir que lo hice. —Agaché la mirada, pero ella no quiso que me alejara.

—No lo hiciste —remarcó—. Si algún día tienes hijos, entenderás que no tienen el deber de sostener a los padres. Tu vida es tuya. Quien de verdad te ama desea tu libertad, que seas quien estás destinado a ser. Y te aseguro, Oriana, que nadie te ama como yo.

—Y a ti nadie te ama como yo, mima.

—Lo sé, mi chiquita.

Nos abrazamos y pasamos el resto de la tarde recordando y creando recuerdos en la memoria de la otra a pesar de no haberlos vivido.

Mis días en La Habana fueron solo para mima y tía.

Los dediqué por entero a ellas y a visitar a algunos familiares a los que siempre recordé con cariño. También me reencontré con mi amiga María, que se había mudado a San Miguel del Padrón y ya tenía dos hijos.

El resto del tiempo solo quería caminar junto a ellas. Recorrimos toda la ciudad a pie. La Habana había cambiado. Hacía pocos años que Fidel había delegado el poder en su hermano Raúl y, gracias a una globalización imparable, el pueblo cubano tenía cada vez más acceso a corrientes externas a la isla. Me enseñaron las diferencias que se comenzaban a intuir si sabías dónde mirar. Eran casi imperceptibles, pero marcaban el inicio de una nueva etapa.

Recorrimos las calles de El Vedado en busca del mejor helado, el que se servía en Coppelia.

Fuimos a un concierto en la casa de la música, en Galiano. Callejamos La Habana Vieja, el Malecón, el barrio chino, y nos lo contamos todo.

Todo, todo, todo. Salvo una cosa.

—¿Y cómo es él?

—¿Él, quién?

—Ay, chica, tu abuela no va a preguntarte mucho de amores porque ya sabes que piensa que una mujer se basta y se sobra..., pero a mí no me engañas. Tú estás *cogía*. —La

mirada de tía me atravesó y supe de inmediato que no podía ocultárselo.

—Tía...

—¿Es gringo? ¿O gallego?

—Es catalán.

—¿Y eso qué cosa es?

Seis días. Eso tardé en hablar de Teo. Tía y yo estábamos paseando por el bulevar de San Rafael en dirección al parque del Curita. Habíamos pasado la mañana con algunos contactos de mi tía para conseguir un paquete de Cohibas que me había encargado tío. Hacía un calor del demonio y las nubes del cielo preludiaban la llegada de una tormenta tropical.

De regreso a la casa, donde nos esperaba mima, paramos en un puesto en el que vendían mango maduro. Compramos un pedazo para cada una y tía y yo reanudamos la marcha y la charla.

Le hablé de Teo: de nuestra amistad siendo niños, de nuestras peleas de adolescentes, de los días en el pueblo, de que mi corazón era suyo desde que lo conocí y de que en Nueva York entendí que irme de su lado había sido un error, que lo había dejado escapar.

—A veces me imagino metiendo mis cosas en una maleta y cogiendo un avión para ir a buscarlo. Después recuerdo que él ha pasado página y me siento tan estúpida y tan egoísta...

—Los amores inconclusos son los que más nos duelen. Se quedan atrapados en un eterno quizá.

Miré a tía.

—Supongo que tienes razón.

—Claro que la tengo. Mira a mima. Nunca superó lo de Robert, y han pasado más de cuarenta años.

—Tuvo un hijo suyo, tía. No es lo mismo.

—¿Crees que aunque ella no se hubiera quedado embarazada habría dejado de esperarlo?

Me dio un vuelco el estómago.

—¿Sabes? —desvié el tema—. Pensé mucho en Robert cuando estuve en Nueva York. Él era de allí.

—Así mismo.

—¿Quién sabe si en algún momento me lo crucé? Nunca he visto una foto suya, pero mima siempre dice que es igual que Héctor.

Tía se quedó pensativa. Avanzábamos por la calzada entre bicitaxis y gente caminando con parsimonia.

—En una realidad paralela ellos hubieran sido felices juntos —dijo—. Entonces tú y yo no estaríamos aquí, Oriana. Somos fruto de un destino que quiso que él nunca regresara. De haberlo hecho, mima nunca habría conocido a mi papá, y Eva y yo no hubiéramos nacido. Ni tú tampoco.

—Somos el precio de la felicidad de mima.

—Ay, *m'hija*, no seas melodramática. Lo que quiero decir es que de un amor inconcluso pueden surgir múltiples oportunidades. Hay cosas que no tienen que ser para que otras sí sean. ¿Y si entras en Harvard y encuentras la cura contra la ceguera gracias a tu decisión de no haberte quedado en España?

—Ya. Supongo que tienes razón... Además, somos muy jóvenes, ¿no? No tendríamos nada que ofrecernos el uno al otro...

—No, claro.

—Aun así... Le hice mucho daño. Me fui en un momento en el que él me necesitaba.

Tía se detuvo en medio de la calle y me miró. Era la mujer más fuerte que conocía. Estaba llena de una energía que sabía cómo y con quién emplear. Además, veía dentro de las personas como pocos son capaces.

—Mi amor, no eres responsable de la felicidad de nadie. Ni de la de ese chico, ni de la de mima, ni de la mía. Y menos de la de Eva. Tú tienes que buscar tu camino. Suelta las culpas, ya tú sabes.

—Nueve años sin verme y sabes exactamente qué necesito oír...

—Yo te amo con el alma, Oriana. Nueve años sin verte no son nueve años lejos de ti.

Me estremecí. Después agarré la mano de mi tía y besé sus dedos llenos de anillos.

—¿Sabes qué necesitas? —preguntó, aligerando el tono y retomando el paso.

—No vayas a decirme que un negrito que me dé candela...

—Eso también podríamos arreglarlo —se rio—. Pero antes necesitas una consulta.

Yo asentí.

—¿A Miguelito?

—A Miguelito.

La última vez que había ido a un santero, Alonso ya había aterrizado en nuestras vidas. Me llevaron porque estuve una semana sin comer cuando Eva y él se casaron y ella viajó por primera vez a España antes de reclamar mi salida del país.

Mima y tía eran muy creyentes. Siempre que la vida se complicaba, visitaban a Miguelito con la esperanza de que sus consejos y advertencias les dieran una nueva perspectiva.

Durante mis primeros doce años, había tenido muy integradas determinadas costumbres de la religión yoruba. Sin embargo, desde que salí de Cuba nunca había vuelto a tener contacto con la religión yoruba ni con los orishas, pero aun así no me resultó incómodo entrar en la casa de Miguelito dos días después.

Tenía un altar con velas y estampas de santos colgadas por las paredes. Olía a un licor fuerte mezclado con hierbas. Llevaba ropa de calle y recordé que mima me había dicho que él apenas recibía a nadie. Solo casos muy puntuales de gente verdaderamente devota que lo necesitaba.

—¿Y cómo te trata la vida, Oriana? Tu abuela me dijo que te fuiste *pa'la yuma* y que vives en La Florida cerca de tu tío Héctor.

—Sí, hace tres años que nos fuimos a vivir allí.

—¿Y tu mamá?

—Eva está bien. Intentando, ya sabes..., establecerse.

Miguelito soltó una carcajada.

—Desde que la conozco, esa chama está intentando establecerse. Creo que no te pareces en nada a ella, ¿verdad?

—Me gusta pensar que no.

Miguelito sonrió un segundo y, a continuación, su expresión se volvió seria.

Me hizo un gesto para que me sentara en la silla que quedaba frente a la suya y le tendiera mis manos.

Yo lo obedecí.

Él recitó una oración y después cogió una cascarilla y dibujó espirales de polvo blanco en las palmas de mis manos.

Me hizo unas cuantas preguntas muy generales y yo fui contestando, dejando espacio para que él dejara caer sus observaciones:

«No alimentes rencores, el otro no sabe que lo piensas y toda esa energía se queda dentro de ti hasta pudrirse.»

«Abre bien los ojos. Algunos caminos no están debidamente señalizados.»

Después se levantó, metió la mano en un recipiente de cristal y echó unas hierbas en una garrafa vacía. La llenó de agua del grifo, agregó tres cascarillas y lo agitó todo.

—Divídelo en tres partes y báñate con esto tres noches seguidas. Te ayudará a equilibrarte por dentro. —Dejó la garrafa sobre la mesa.

—Gracias.

—Y escucha, Oriana.

—¿Sí?

—El mundo no deja de girar. La vida sigue. No te quedes pensando en lo que pudo haber sido porque nunca lo sabrás. No debes pedir perdón por hacer elecciones, porque el resultado ideal quizá no se hubiera dado tampoco de haber escogido una opción diferente. ¿Me entiendes?

—Sí.

—Tu vida sigue. La de tu mamá sigue. Las de tu abuela y tu tía siguen. Y la de cualquier persona que tú sientas que has dejado atrás, también. No te amarres a la Oriana que tú crees que debería haber elegido otra cosa, porque no existe. Sigue adelante; el mundo no se detiene, y el tiempo, tampoco.

—Gracias, Miguelito.

—Saludos a Alicia de mi parte. Dile que extraño el arroz con pollo que me traía los domingos. Y su ajiaco, tan rico.

Sonreí al pensar en el plato estrella de mima y salí de nuevo a la calle.

Solo entonces pude respirar. No solo por las palabras del santero, sino porque todas las conversaciones significativas que había mantenido desde que llegué a La Habana giraban alrededor de una misma idea.

Quizá aquel era el enfoque para suturar esas heridas que nunca supe cerrar. Necesitaba lo que en realidad necesitaba siempre: distancia, perspectiva y... algo más.

A mima y a tía. El color del Caribe. Las calles rebosantes de melodías. El olor a yuca frita tal y como la preparaba mi abuela. Y el mar, siempre el mar. El cuerpo de agua salada interconectada que mantenía a la isla en contacto con el mundo y a mí con mi familia cuando estaba lejos.

La última tarde, antes de marcharme, tomé la decisión de visitar una puerta que, aunque nunca se había abierto para mí, yo siempre vigilaba al pasar por delante.

Fue mi manera de decir adiós, de irme con la mente serena. A pesar de su rechazo todos estos años, no dejaba por ello de ser mi padre. Además, sentía que el hecho de estar preparándome para ejercer la medicina me acercaba

a él; que quizá existía la posibilidad de un punto de unión entre los dos.

—Sí, señorita, ¿qué desea? —El hombre al que acababa de interceptar en la puerta del Policlínico Docente Reina me miraba sin comprender quién era yo ni qué hacía allí. No hubo ni un atisbo de reconocimiento en sus ojos. Tampoco instinto ni corazonada alguna.

—Soy Oriana. Oriana... Valdés.

—Vaya... Esto sí no lo esperaba.

Se quedó serio. Esperé unos segundos por si aparecía una sonrisa. Pero debió de haberse quedado atrapada en otra realidad.

—Solo quería saludar. Hoy es mi último día aquí. Mañana me marchó.

—¿Sigues viviendo en España?

—No. Hace tres años que vivo en Florida.

—Mira tú *pa'eso*... Te fuiste *pa'la yuma*. ¿Y qué haces allá? ¿Estudias o trabajas para una de esas empresas que te venden hasta a tu madre si se lo proponen?

Orlando Aguirre venía de una familia de defensores acérrimos de Fidel. Su padre murió a manos de la gente de Batista y, para ellos, no había un héroe mayor que El Comandante.

Por ello, Orlando Aguirre odiaba por encima de todas las cosas el capitalismo y todo lo que llevara su sello, porque traicionaba los ideales por los que luchó su familia.

—Trabajo en un aeropuerto. —No le conté que había empezado allí unos meses antes por una mejor compatibilidad de horarios que la que me ofrecía el *pub*. No le dije que estudiaba sin descanso para poder ingresar en una buena facultad de Medicina. No le dije que, aunque no quería seguir sus pasos, había optado por ese camino.

—Muy bien, chama. Me alegro de que te vayan bien las cosas.

Volví a aguardar unos segundos por si él quería decir algo más. Por si quería buscar un resquicio para acercarse,

conocerme o saber. Pero a Orlando Aguirre no le importaba lo más mínimo nada que tuviera que ver con Oriana Valdés, por mucho que llevaran la misma sangre.

—Bueno, gracias. Ahora tengo que irme. Solo quería saludar.

—Vamos *pa´lante*, pues..

Sentí que me cerraba la puerta para siempre. Reescribí los escasos recuerdos que tenía de él, en los que siempre interpreté los silencios como si me dejase a la espera, y suprimí aquel limbo lacerante.

Dolía, sí. Pero iba a dejar de esperar.

Distancia. Perspectiva. Aceptación.

Ya podía volver a la realidad. Y es que, como me dijo mima antes de subirme de nuevo al avión: «Vemos la vida según somos. Tú eliges si el pasado es escalera o cadena. Tú eliges vivir deseando el mañana o anhelando que el ayer hubiera tenido otro final».

2012

Teo

El aniversario de mis abuelos paternos era el 21 de febrero y todos los años lo celebraban invitándonos a comer a Can Culleretes, el restaurante más antiguo de Barcelona. Siempre acudíamos puntuales, bien vestidos y con una mueca prefabricada esculpida en nuestros rostros.

Los abuelos inspiraban un temor disfrazado de respeto. Nunca entendí qué podían hacernos si aparecíamos en su casa siete minutos más tarde de lo acordado o cuáles podían ser las consecuencias de decir una palabra malsonante en su presencia.

Era culpa de mi padre, que los temía como si aún fuera un niño de diez años que no quiere ganarse una reprimenda, y lograba que ese sentimiento se hiciera extensible a toda la familia.

Por eso, aquel 21 de febrero no me extrañó encontrarme veinte llamadas y doce mensajes cuando la enfermera de Urgencias que me había atendido me devolvió mis efectos personales.

Eran casi las cinco de la tarde y yo no me había presentado a la comida de aniversario de aquel año.

Cuando crucé las puertas del hospital en dirección a la parada de taxis, llamé a mi hermana y me preparé para una conversación difícil.

—¿Sabrina?

—Teo..., ¿dónde estás? —Su tono de voz era tenso.

—Estoy saliendo del hospital. Estoy bien, es una larga historia, pero...

—Teo... —La densidad que le dio a las tres letras de mi nombre me hizo pararme en seco en la calzada.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Creo que deberías venir a casa.

—¿A casa? No, qué va, me voy a dormir a mi piso. Imagino la bronca que me caerá por haberme perdido el aniversario. Mañana ya...

—Teo —me cortó—. Es bastante más grave que lo del aniversario. Deberías venir a casa. Andreu irá a recogerte. Dime en qué hospital estás.

Mi cuñado me recogió quince minutos más tarde. Me sonrió como hacía siempre, pero estaba serio e incómodo. No quise ponerlo en el compromiso de que me adelantara el porqué de la insistencia de Sabrina y él me lo agradeció no preguntándome a mí por qué tenía la nariz vendada y magulladuras en la frente y en el labio superior.

Me gustaba Andreu.

Detuvo el coche en la entrada de la casa de mis padres y me infundió ánimos con una palmada en el hombro antes de que yo tirara de la manivela de su Ford Fiesta.

Caminé por el jardín hacia la entrada. Mi madre había podado su rosal recientemente. La piscina estaba impoluta, esperando un chapuzón. Me hubiera quedado contemplando el agua inmóvil y transparente, pero en vez de eso me decidí a abrir la puerta principal.

Era una tarde húmeda de invierno y habían encendido la chimenea. Nada más poner un pie en el salón, supe que aquella sería la última vez que estaría allí en mucho tiempo. El crepitar del fuego era lo único que se escuchaba. El sol aún no se había escondido del todo, pero la lámpara que reposaba junto al sofá ya estaba encendida. Los tres esperaban sentados.

—Teo, hijo, ¿estás bien? —preguntó mi madre cuando me vio. La voz apenas le salía del cuerpo. Su rostro había

empalidecido y, por una vez, su apariencia no era perfecta.

Yo asentí.

—Es menos grave de lo que parece, mamá.

—¿Cómo...?

—Isabel, cállate. —Dos palabras duras y afiladas que mi padre lanzó sin compasión. Nunca le conocí una mirada como la que me dirigía en aquel momento. Debí haberme acobardado, como le ocurría a él ante la posibilidad de desafiar a sus padres, pero sentía que no tenía nada que perder.

—¿Por qué la mandas callar? Seguro que ha estado muy preocupada.

—No se te ocurra decirme lo que tengo que hacer.

—¿Puedo sentarme? —No mencioné que estaba hasta arriba de calmantes y que aún me duraba la resaca, aunque supongo que no hizo falta.

Mi padre no se opuso y decidí interpretarlo como un «sí». Me dejé caer en uno de los sillones y él se puso en pie.

Mi padre tenía cincuenta y dos años. Su pelo, de un tono castaño como el de Sabrina y el mío, había sido conquistado de manera paulatina por salpicaduras de plata.

Hacía ya un par de años que, al mirarme al espejo, empezaba a encontrar rasgos que me recordaban demasiado a él. Reconocía la huella de sus facciones y la forma de su nariz en la imagen que me devolvía el espejo. Y lo odiaba.

Mi padre y yo nunca nos habíamos llevado bien. Cada vez que él me miraba buscando en mí todas esas cualidades que esperaba ver en su único hijo, lo que encontraba en su lugar lo decepcionaba. Y decidió que era mejor dejar de mirarme. Yo interioricé la idea de que, para él, era invisible.

Eso me frustraba. La frustración, si no consigues gestionarla, se convierte en rabia. Y la rabia, en ira. Y la ira, en odio. En ocasiones, aquella bola nociva que me crecía dentro me sobrepasaba. Y no sabía si dirigirla hacia

él o hacia mí mismo. Supongo que iba a rachas y que llevaba años inmerso en una de las del segundo tipo.

Me llevé las manos a los bolsillos del pantalón y, en el derecho, toqué una bolsita de plástico que contenía el trozo de diente que la noche anterior saltó tras impactar contra un bordillo. Aquel fue el resultado de intentar hacer el pino, borracho como una comadreja, para vacilar a mis colegas.

Mi vida era una mierda. Merecía que mi familia me mirara con desprecio y reproche. Merecía ser invisible. Merecía también la respuesta de mi padre cuando exigí saber los motivos por los que habían reclamado mi presencia en la casa.

«¿Por qué?», había insistido.

—Porque jamás me había avergonzado de que fueras mi hijo tanto como hoy y quería decírtelo mirándote a la cara.

No contesté. Me quedé como si nada. Sabrina y mi madre, también. Eso me jodió más que las palabras de mi padre.

Años más tarde, mi hermana me dijo que todo lo que hizo ese día, incluido no salir en mi defensa, fue por mí. Porque estaba enferma de preocupación por cómo estaba encauzando mi vida y creía que necesitaba que alguien enderezara mi camino a la fuerza.

—¿Cómo es posible que una persona que lo tiene todo se convierta en alguien como tú? —siguió diciendo mi padre—. Te juro que no me lo explico. No te ha faltado nunca nada. Y mírate..., casi veintidós años y no eres más que un vividor. Una decepción constante. ¿Crees que tu madre y yo nos merecemos el bochorno de que el decano de la facultad nos informe de que no pones un pie en las clases desde la primavera pasada?

Ahí acabó la función que llevaba meses representando. Aquel era mi puto secreto. Cada mañana, salía de casa y me colaba en las clases que se impartían en la Facultad de Bellas Artes. Me quedaba al fondo del aula, sin hablar con nadie, sin sacar un cuaderno ni un lápiz, y solo escuchaba.

Me empapaba de los fundamentos del dibujo, de la representación de las formas y de la relación que guardaba el *Hombre de Vitruvio* de Leonardo da Vinci con todo aquello.

Después, volvía andando hasta el piso de la Diagonal y trataba de reproducir los conocimientos adquiridos en las hojas de una libreta. Nadie que me importara mínimamente sabía en realidad a qué dedicaba los días. Ni Edgar ni Fra ni Oriana ni nadie de mi familia.

—¿No vas a decir nada? —La mirada vacía de mi padre me impactó y parpadeé.

—¿Qué puedo decir?

Solo sentía asco. Era lo único que sentía por todo y por todos. Por mí, pero también por mi madre, por mi hermana, por mi padre y porque ninguno de ellos quisiera o pudiera ayudarme.

Llevaba años pidiendo a gritos que alguien me salvara. Pero ¿de qué? ¿De mí? ¿Del vacío? ¿De ella? ¿De no tener nada por lo que quisiera levantarme por las mañanas?

Mi padre empezó a impacientarse. Encontrarse de cara con mi silencio lo enfurecía. Creo que esperaba que gritara en respuesta a su ataque, que me defendiera, que me encarase con él; verme arder, remover las cenizas y, después, reconstruir. Quería la oportunidad de arreglarme con las herramientas que sí poseía: dinero, contactos y control. Pero el silencio era ausencia. Había que trabajar en abstracto, con la idea, con algo que no puedes ver.

Acabó perdiendo los papeles.

Me dijo que me fuese donde no pudiera verme. Que no iba a permitir que siguiera viviendo a su costa. Que le daba igual qué fuera de mí y si vivía bajo un puente. Que me lo pensara dos veces antes de regresar.

Su ira se alimentaba de mi silencio. Me llamó gusano. Lo llenaba todo de agujeros...

—¿Has terminado? —le pregunté, aunque no obtuve respuesta—. Vale. Porque yo sí.

Y tomé la decisión de marcharme. Sin más. Sin mirar a mi madre ni a mi hermana. Sin recoger las pocas cosas que valoraba y escondía en mi habitación. Sin saber cuánto tardaría en regresar o si alguna vez lo haría.

Salí al jardín y miré el columpio, que esperaba al fondo, estático, como si no le afectara el paso del tiempo.

Respiré hondo. Y caminé hacia el mar.

Oriana

Nunca olvidaré aquel 1 de marzo. Ocurrieron dos hechos que marcaron mi camino de ahí en adelante. El primero fue la llamada de la madre de Teo. El segundo, la llegada de Ryan a mi vida.

Eran las seis de la mañana en la costa este cuando mi teléfono empezó a sonar. Cuando miré la pantalla, vi que reflejaba el nombre de Isabel en el centro.

Contesté por instinto y dejé que su voz lo llenara todo. El letargo que sentía se desvaneció de golpe.

—¿Qué? ¿Cómo que Teo ha desaparecido?

—El sábado tuvo una pelea espantosa con su padre. Nadie sabe adónde fue después. Su teléfono no da tono y...

—Isabel se rompía en cada frase. Resultaba tan desgarrador que me obligaba a mantenerme serena, fuerte, entera.

—Pero yo hablé con él el domingo. No mencionó nada de todo esto.

—¿Hablaste con él? ¿Y cómo estaba?

Guardé silencio. No podía decirle que estaba bien, porque hubiera sido mentir. Hacía meses que percibía que algo en la vida de Teo no marchaba como debía y el domingo no supuso una diferencia en ese sentido.

Solía preguntarle: «¿De verdad que no hay nada que quieras contarme?». Y él siempre contestaba alguna sandez destinada a eliminar mis intentos de indagar: «Lo más reseñable de esta semana es que han subido el precio del

ron, así que ahora bebo ginebra. Y ya sabes que no me gusta demasiado la ginebra, da una resaca horrible».

Era como si no se tomara en serio nuestras conversaciones y a mí empezaba a resultarme molesto lidiar con sus tonterías.

Las relaciones suelen complicarse con la distancia. Yo tenía un mundo que me absorbía al otro lado del océano. La facultad era asfixiante y mis turnos maratonianos de jueves noche a la madrugada del domingo en el aeropuerto me impedían bajar el ritmo.

Me quedaba poco espacio para indagar en qué era lo que angustiaba a Teo. Especialmente si él concentraba sus esfuerzos en despistarme.

—¿Oriana? ¿Oriana, sigues ahí? —La voz agrietada de Isabel me devolvió a la conversación.

—Sí, sí, perdona.

—Por favor, solo te pido que intentes hablar con él. A ti siempre te escucha. Ayúdame, tesoro. No duermo ni como desde hace tantos días que... —Un nuevo sollozo distorsionó la línea.

—Tranquila. Te prometo que lo encontraré.

En cuanto colgué me entró una arcada. Con Isabel al teléfono, toda mi atención estaba en ella y su angustia. Sola con mis pensamientos, pude poner el foco en la náusea que me golpeaba el estómago. Me senté en el suelo de mi habitación y traté de respirar hondo.

Probé a escribirle por WhatsApp e iMessage, pero, como me había adelantado Isabel, su teléfono no recibía señal.

Le dejé unas líneas en nuestro chat de Skype, en el de Facebook, y también le mandé un correo electrónico.

Después, revisé mis contactos hasta dar con el número de Edgar. Teo me había llamado desde el móvil de su amigo tras quedarse sin batería en alguna de nuestras conversaciones de domingo.

Marqué el número. Edgar contestó al segundo tono. Recordé coger aire.

—Hola, Ed. Soy Oriana.

—Joder, por fin. Teo dijo que llamarías. —Sonaba nervioso.

—¿Qué ha pasado? No sé nada de él. No tenía ni idea de que había sucedido todo esto...

—¿Cómo te has enterado?

—Su madre me ha llamado.

—Entiendo. —Carraspeó—. Quería contártelo él mismo, pero no quería preocuparte hasta que estuviera todo solucionado. O algo así.

—¿Está bien?

—Pues no, no lo está. O sea, está de una pieza, si es lo que quieres saber. Pero está hundido.

Respiré profundamente, aliviada por un lado, preocupada por el otro. Me explicó lo que había ocurrido. La mentira en la que Teo había vivido los últimos meses. Su disfraz. Las grutas invisibles donde almacenaba sus anhelos. También me habló de la pelea con su padre; la dinamita que había reventado las cadenas que lo mantenían preso, pero que, al mismo tiempo, había hecho saltar por los aires su red de seguridad.

—¿Dónde está? —Me costaba respirar.

—En un vuelo de Ryanair, de camino a Polonia.

—¿A Polonia? ¿Qué se le ha perdido en Polonia?

—Alquileres a un precio asequible. Y, bueno, allí también está Fra de Erasmus.

—Vale. ¿Ha cambiado de teléfono? Necesito localizarlo.

—Sí. Enseguida te envío el número que usa allí.

Llamé en cuanto finalizó mi llamada con Edgar. Yo continuaba sentada en el suelo de mi habitación. Aún no eran las siete de la mañana y aquella era mi tercera llamada internacional. Mi despertador estaba a punto de sonar. El día comenzaba en mi lado del mundo mientras Teo seguía orbitando.

Fra tardó varios tonos en contestar mi llamada.

—¿Sí?

—¿Fra? Fra, soy Oriana.

—Hola, ya era hora. Teo dijo que llamarías.

Sonreí. Sonreí porque él sabía que intentaría encontrarlo.

—¿Ya está contigo?

—No. Su avión se ha retrasado por una tormenta eléctrica. Posiblemente llegue de madrugada.

—Por favor, dile que me llame en cuanto aterrice. Da igual la hora.

—Tranquila.

Pasé el día muy nerviosa. Aquella noche trabajaba en el aeropuerto y había organizado la mañana para acabar un par de trabajos de la facultad que tenía que entregar antes de las vacaciones de primavera. Pero no conseguí adelantar absolutamente nada.

La espiral de mi cabeza daba vueltas y vueltas.

A media mañana, Maddie me preparó una valeriana y dedicó sus horas a refutar ese axioma despiadado que se me había asentado entre la maraña de emociones: «No es tu culpa, Oriana. No eres responsable de los actos y decisiones de nadie. Tú puedes acompañar a la gente que te importa, estar a su lado, pero no meterte dentro de sus cabezas y ser la brújula de sus pensamientos y del camino que quieran tomar».

No-era-mi-culpa. No era mi culpa. Traté de tenerlo presente cuando a las once de la noche, hora local de Tallahassee, recibí la llamada de Teo.

Tenía una cola considerable en el mostrador de facturación. No había parado de llegar gente desde que había empezado mi turno. Pero me dio igual. Atendí la llamada. Necesitaba escuchar su voz. Saber que estaba bien...

—Teo. —Me di la vuelta y dejé al cliente que me tocaba atender con el pasaporte entre los dedos. Me temblaban las manos y las rodillas.

—Ori...

—Dime que estás bien. —Se me escapó un sollozo. Me mordí el labio para contenerme. No podía llorar en el trabajo.

—Ey... No llores, Ori, por favor.

—Estoy muy preocupada por ti. Cuando tu madre me llamó... —Se me quebró nuevamente la voz—. Dime qué puedo hacer.

—Tranquila. Todo se va a arreglar. Mi vida allí no tenía sentido. Ya está. Se ha terminado. —Hizo una pausa—. Siento no habértelo contado antes.

—Eso da igual ahora. Solo me importa que estés bien.

—Estoy con Fra. Me hará sitio en su residencia y ya me apañaré.

—Júrame que te vas a cuidar.

—Claro que me voy a cuidar. Tengo siete vidas, como los gatos. Aún me quedan unas cuantas...

Quise sonreír, pero un escalofrío me atravesó la columna vertebral.

—No es momento de bromas, Teo.

—Ey..., Ori, escúchame. Voy a estar bien. Encontraré un trabajo y me buscaré la vida. Seré fuerte. Como tú. Tú eres mi ejemplo a seguir, ¿vale? Saldré adelante.

Tragué saliva.

—Te quiero —susurré.

—Yo también te quiero, ya lo sabes.

Me estremecí.

—Llámame mañana.

—Aquí ya es mañana. —Lo noté sonreír.

—Pues llámame todos los días. Necesito saber que estás bien.

—Vale.

—Vale. Tengo que colgar, lo siento. Estoy en el trabajo...

—Claro. Solo una cosa más, Ori.

—Lo que quieras.

—No le digas a mi madre dónde estoy. Dile que estoy bien si quieres, pero no le des más información, por favor.

No puedo..., necesito espacio.

—No se lo diré. Te lo prometo.

Colgué la llamada cuando la gente de la cola empezó a impacientarse. Aún temblaba. Tenía una capa de sudor frío en las manos y la nuca.

Inspiré con fuerza, me di la vuelta y me dirigí al cliente que aguardaba frente a mí en el mostrador.

—Disculpe la espera —dije—. Era una llamada importante. Necesitaba cogerla.

—Sin problema. —Me sonrió mientras me tendía su pasaporte.

Introduje sus datos en el sistema para generar la tarjeta de embarque sin ser consciente de que aquel caballero no dejaba de observarme. Algunos clientes lo hacían. Los había que apenas reparaban en mí porque no dejaban de consultar sus teléfonos, pero había otros que disfrutaban los entresijos de la compleja atención al cliente de una aerolínea estatal.

—Ryan Flint —pronuncié su nombre por primera vez mientras le entregaba sus documentos—. Su puerta de embarque se anunciará en quince minutos. Asiento 3D.

No me di cuenta de que había mantenido su mirada fija en mí hasta que lo escuché hablar.

—Gracias, eh..., Oriana Valdés. —Vi que leía en mi placa identificativa—. Si me lo permites, antes de marcharme me gustaría decirte que pareces estar realmente triste y que no creo que lo merezcas.

Agudicé la mirada, sorprendida, y lo observé con detenimiento por primera vez. Mi corazón siguió latiendo con normalidad. Como si nada hubiera cambiado.

Teo

Aquella mañana de diciembre, a segundos de reencontrarme con Oriana, sentía que iba a salirse el corazón del pecho. También me sudaban las manos. Estaba perdido en la incertidumbre, en un laberinto de quizá.

La vi cruzar la terminal de llegadas del aeropuerto Juan Pablo II de Cracovia. Sonreí. Sonreí como hacía meses que no lo hacía. Corrió hacia mí en cuanto me vio, sin importarle el estruendo que hizo la maleta al impactar contra el suelo. La abracé con fuerza hasta fundir todos mis sentidos con los suyos y justo entonces empezó a llorar.

La aparté con suavidad cuando hubieron transcurrido unos segundos para poder mirarla a la cara.

—¿Tan feo estoy que no puedes contener el llanto? —Me faltaba el aire.

—Eres tonto. —Se enjugó las lágrimas—. Es que... estás muy flaco. Y tu barba es un desastre. El pelo mejor no lo mencionamos.

—Tú estás muy guapa —la corté.

—Tienes ojeras, Teo. ¿Has dormido?

—¿Y tú?

Llevaba doce horas de viaje, con dos escalas internacionales, para pasar conmigo solo cuatro días. «He conseguido unos billetes muy baratos. Ventajas de trabajar en un aeropuerto», me había anunciado como versión oficial. La extraoficial, de la que nunca llegamos a hablar, era que no quería que pasara solo las primeras Navidades fuera de casa.

—Lo suficiente. Aunque creo que necesito café. Café de verdad, no el horror que sirven en las aerolíneas de bajo presupuesto.

—Eso está hecho. —Sonreí y tiré de su mano hacia una pequeña cafetería que había en la entrada.

Eran las nueve y media de la mañana. El tiempo transcurría entre decenas de vuelos que acercaban a personas de todas partes del mundo por Navidad. Y allí estábamos nosotros. No podía creerme que estuviera allí conmigo. Que estuviéramos juntos.

Hacía más de dos años que nos habíamos visto por última vez. Oriana tenía el pelo más corto, por los hombros, recogido en dos coletas. Su cuerpo había vuelto a cambiar. Estaba increíble. Había algo en sus ojos. Algo distinto. Sabiduría. No sé.

Se lo dije cuando subimos al tren que nos llevaba del aeropuerto al centro.

—Estás distinta.

—¿Distinta en qué sentido?

—No sé.

—¿No sabes?

—No. No sé explicarlo...

—¿Y si tuvieras que definirlo en una palabra?

—Pues... diría que estás bella. —Sentí que mis orejas empezaban a arder.

—¿Bella? —Se echó a reír.

—Joder, no te rías.

—Perdona. Es que no esperaba que dijeras eso. Explícamelo. Seguro que tiene un porqué.

Lo medité durante unos segundos.

—Leonardo da Vinci decía que la belleza parece en la realidad, pero es inmortal en el arte. Para él, la belleza era el efecto visual de las proporciones armoniosas. Hoy te veo justo así. Armónica. Joven pero sabia. Inocente pero astuta. Niña pero mujer. Todo en un equilibrio tan perfecto que parece irreal, como una obra de arte.

Sonrió.

—Me inquieta que con solo estar conmigo veinte minutos sepas leerme de esta manera.

—¿Te sientes así? —Alcé las cejas.

—Me siento, no sé..., como en un momento de transición. Como si algunas partes de mí hubieran recorrido mucho camino y otras fueran aún demasiado inexpertas. Quizá esté buscando el equilibrio ese del que hablas para no andar demasiado a la deriva. A veces... siento que la vida me vapulea sin previo aviso.

—¿Te refieres a lo tuyo con Ryan?

—Por ponerte un ejemplo.

Yo asentí. Ryan era el hombre con el que llevaba unos meses saliendo. No tenía muchos detalles de su relación, aunque ella jamás se refería a él como «novio» o «pareja». Yo prefería no saber demasiado

Cuando el tren se detuvo en la estación quince minutos más tarde, salimos a la calle. El frío de la ciudad nos golpeó. Quedaban restos de nieve en las aceras. Se esperaba otra tormenta en los próximos días. Oriana lo miraba todo fascinada.

—Es como estar en un cuento de Navidad —decía.

Subimos al autobús que paraba en la puerta de mi residencia. Desde que llegué a Cracovia, a principios de marzo, vivía allí. Los primeros dos meses había estado durmiendo con Fra. Cuando conseguí trabajo en una tienda de *souvenirs* y ahorré un par de mensualidades, alquilé una habitación por mi cuenta en el mismo edificio.

La estancia apenas tenía quince metros cuadrados más el cuarto de baño. La cocina estaba fuera, en una zona común que compartía con cuatro personas más de mi misma planta.

Después de dejar la maleta allí, bajamos de nuevo a la calle. Quería enseñarle la ciudad a Oriana y ella necesitaba cambiar algo de dinero.

Pasear por las calles de Cracovia juntos fue raro. Le enseñé mis rincones favoritos, los tres lugares donde había trabajado hasta la fecha y la clínica odontológica donde me había reconstruido el diente.

Oriana y yo habíamos hablado todos los días desde que vivía en Polonia. La había sentido muy cerca durante aquellos meses. Yo me agarraba a ella, a lo nuestro. Ella me sostenía. Daba igual lo que estuviera haciendo, jamás dejaba un mensaje sin contestar o una llamada perdida esperando.

También hablaba con Ed y Fra bastante a menudo, pero no era lo mismo. Con ella nunca había sido lo mismo que con el resto de la gente.

Pasamos el día callejeando sin un rumbo muy concreto. Comimos algo rápido y luego nos internamos en un Starbucks a tomar café. Cuando salimos, ya estaba empezando a anochecer. Ni siquiera eran las cuatro de la tarde. Era una de las cosas que más me deprimía de mi vida en Cracovia: la falta de luz en los meses de invierno.

Antes de volver a la residencia, hicimos la compra en un supermercado cercano. Oriana había anunciado que íbamos a preparar una cena especial de Nochebuena y yo no encontré fuerzas para negarme.

Pasamos la tarde juntos en la cocina. Nos reímos bastante. También hablamos. Hablamos durante horas. Una sensación de calma quiso colarse por la chimenea de la residencia. Pero, en el fondo, no era más que humo. No tenía textura. No podía agarrarla y hacer que se quedara conmigo.

Cenamos cerca de las ocho. Empezamos animados, con el ambiente cómplice que nos había acompañado durante el día, pero en algún punto me nublé. No quería ni pensar en el hueco que habría en la mesa de casa de mis padres aquella noche. O quizá ni siquiera había hueco. Quizá mi ausencia no tenía un lugar.

Un rato después del postre, nos entregamos los regalos. El paquete rectangular que Oriana me tendió escondía un libro. Era un ejemplar muy gastado de *Teo va a l'escola* que me hizo sonreír.

—Lo encontré en un mercadillo de Tallahassee y me pareció una señal.

Le di las gracias y me aventuré a darle el mío. Estaba nervioso. Aquel era el primer dibujo de verdad que me había atrevido a hacer en años. Fue una tarde de verano, meses atrás, en la que no había conseguido dejar de pensar en Oriana ni un segundo después de pasarme una noche entera soñando con ella.

La lámina reflejaba un caracol que vivía en una concha de colores.

—Es precioso, Teo —expresó mientras la recorría con su dedo índice.

—Eres tú.

—¿Yo?

—Bueno, tu cabeza. Siempre he pensado que una parte de ti se esconde como un caracol en su concha. Es su refugio. Allí nadie lo ve ni lo busca.

—Vaya. No sé qué decir. —Hundió sus pupilas en mi mirada.

—¿Por qué?

—Porque la concha del caracol tiene forma de espiral. Y yo siempre me imagino perdiéndome a mí misma en una espiral infinita. —Tragó saliva—. ¿Cómo lo has sabido?

—Magia. —Me latía muy rápido el corazón.

—Y conexión. —Sonrió.

—Siempre lo hemos dicho, ¿no? Que somos parte el uno del otro.

—Sí. Pero creo que hay algo más. Eres tú, Teo. Tienes un don. Ves el mundo diferente, aunque todavía no te has dado cuenta.

Se me cerró la garganta. Aparté mis ojos de los suyos y me centré en respirar más despacio.

—Ey, ¿qué pasa? —Me tocó el brazo con sus dedos.

—Creo que no sé quién soy porque nunca me han dejado descubrirlo.

Ella asintió. Entendía perfectamente a qué me refería. Y me abrazó. Me abrazó con fuerza para que entre su cuerpo y el mío no hubiera cabida para nada.

—¿Por eso te fuiste de Barcelona? ¿Para descubrirlo por ti mismo?

Asentí despacio y se me escapó un sollozo en su cuello. Sentí las grietas de mi pecho ensancharse. Me rompí. Toda la pena que arrastraba desde hacía meses brotó de repente.

—No está funcionando, Oriana —reconocí con un hilo de voz—. Sigo sin saberlo. Y estoy tan solo...

Ella me besó el pelo.

—No estás solo, Teo. No esta noche.

Me abrazó durante horas, para ahuyentar con su ternura el dolor y la tristeza.

Después me acostó en la cama, se tumbó junto a mí y cuidó de mi sueño toda la noche.

Cuando desperté, ya era Navidad y veía amanecer con su cuerpo junto al mío. Y aunque no había ocurrido nada entre nosotros, viéndola allí, respirar junto a mí, sentía que seguíamos siéndolo todo.

Oriana

Las calles de Cracovia estaban casi vacías. Imaginé a todas las familias de aquella ciudad alargando la sobremesa tras haberse reunido para comer el día de Navidad. Imaginé a otras personas, también. A tío, tía y mima. A Eva. A la familia de Teo. Y supe que no había ningún otro sitio en el que quisiera estar más que junto a él en esa cafetería, tomando ese capuchino, teniendo esa conversación que rebuscaba tan hacia el interior de ambos.

«Quizá nos estemos pasando de intensos», le había dicho yo un rato atrás. Me aterraba estar hurgando demasiado en su herida; remover piezas que obligaban al resto a reubicarse, y que, cuando me marchara, no lograra recordar dónde iba cada cosa.

—Nunca pensé que fuera tan duro —dijo Teo.

—¿Ser inmigrante?

—Sí. Llegas a otro país, con otro idioma, otra gente, otra vida. Pero tú sigues siendo tú. Con tus costumbres, tu carácter, tu manera de pensar... Y tienes que adaptar todo eso a un nuevo contexto sin perderte. —Dio un trago a su chocolate caliente y me miró con atención—. Tú has pasado por ello dos veces.

—Sí.

—Y mírate... Vas a ser médico. Estás sana y eres feliz. —Hizo una breve pausa, perturbadora—. Eres..., eres increíble.

Me mordí el labio. Tenía el estómago revuelto. Algo dentro de mí había despertado desde que había aterrizado.

Una sensación incómoda en la que no quería pensar demasiado. No tenía sentido. Sin embargo, mi duda brillaba en sus ojos.

Esa mañana, me había preguntado:

—*¿Qué le dijiste a Ryan cuando le comentaste que venías a Cracovia?*

—*La verdad. Que venía a pasar la Navidad con mi mejor amigo; que eres mi familia.*

—*No le dirías que soy como el hermano que nunca has tenido, ¿no?*

—*Definiría nuestra relación de muchas maneras, Teo, pero «hermanos» no sería jamás una de ellas.*

—*Menos mal. Entonces no está todo perdido.*

Y me guiñó un ojo, con la misma picardía de cuando era apenas un niño.

—¿Sabes qué otra cosa he aprendido en este tiempo? —preguntó.

—¿Qué?

—Lo importante que es saber vivir con poco. Que tu vida quepa en una maleta da libertad.

—Sí. Así es. —Sonreí.

—Mis padres tiraron todo lo que había en mi habitación. Creo que no te lo había dicho. Me enteré por Ed, que hace unos meses fue allí a buscar algo que le pedí.

—Lo siento.

—Yo no. Me dio igual. Solo lo siento por las carpetas que guardaba bajo el colchón.

—¿Eran importantes esas carpetas?

Asintió sin apartar la vista de mí. Su mirada nublada, insegura, envuelta en la mía.

—Sí. Ahí tenía algunos dibujos que guardaba desde niño.

—Lo siento —repetí—. Dejar cosas atrás es duro. Es como perder acceso a una parte de ti. Yo también dejé abandonadas muchas cosas en casa de Alonso que eran importantes para mí.

—¿Qué cosas?

—Libros, sobre todo. Apuntes. Regalos que me habían hecho. Algunas fotos. Ya sabes que apenas tuvimos tiempo de recoger. Eva guardaba un sobre con toda nuestra documentación y a mí me dijo eso de «coge todo aquello sin lo que no te quieras marchar». Y solo pude pensar en el joyero que me regaló tu madre cuando cumplí los quince. Ahí estaban todos mis recuerdos de la vida en Cuba. Y tus dibujos.

—¿Aún los tienes? —Le bailaba la mirada.

—Claro que sí. Si mañana tuviera que dejar Tallahassee, también sería lo primero que llevaría conmigo. Lo material no tiene valor, Teo. A veces lo olvido y quiero llenar el armario de cosas bonitas. Otras, me recuerdo que con un par de vaqueros es más que suficiente; que en otro momento de mi vida ni siquiera tuve eso.

Asintió y después dijo:

—Como diría mima: «Las personas no somos lo que tenemos, sino lo que hacemos».

—¿Cómo es posible que te acuerdes de eso? —Se me aceleró el corazón al reconocer aquellas palabras que le dije casi al principio de conocernos.

—Si se trata de ti, tengo tendencia a recordarlo todo. Ya sabes: lo que dices, lo que no dices y lo que dices a medias.

Sonreí con nostalgia. A continuación, añadí:

—Mima tiene otra frase que te encantará: «Vemos la vida según somos. Tú eliges si el pasado es escalera o cadena. Tú eliges vivir deseando el mañana o anhelando que el ayer hubiera tenido otro final».

Y entonces ocurrió. Otro de esos momentos que no sabía explicar en el que conectamos con los Teo y Oriana que consiguieron quererse durante una ventana de cinco semanas en su último año de instituto. Y sabía que aquel reencuentro no iba de nosotros. Recordaba que él me había dicho aquello de: «Yo ya no» y yo llevaba años convenciéndome de que *él ya no*. Pero lo veía en los rincones. El fantasma de ese nosotros que existía en un

quizá. Y en ese instante supe que él también lo estaba viendo: el ectoplasma de un recuerdo agazapado que nunca llegó a suceder.

—Tal vez sí nos estemos pasando de intensos —soltó Teo de pronto, para deshacer aquella bruma.

Yo asentí. Necesitábamos cambiar de tercio antes de enredar las cosas.

—¿Y qué sugieres?

Pareció pensárselo, mirando a nuestro alrededor.

—Deberíamos fingir que somos dos personas normales, no tan jodidas como nosotros.

—No sé cómo son las personas normales. —Me reí.

—Yo sí. Hasta hace poco, quería ser una de ellas.

—Ajá. ¿Y de qué hablan?

—De temas superficiales y frívolos. Imagínate que somos dos desconocidos.

La chispa de sus ojos fue un reto para mí.

—¿Y qué hago? ¿Finjo que te acabo de conocer y te pregunto algo, como si esperas a alguien, una amiga, una novia, un novio o...?

Se echó a reír como un pirado.

—Dios. Eres pésima en esto. Venga, salgamos de aquí.

Nos internamos en un *pub* que había dos calles más abajo. Eran solo las siete de la tarde, pero empezaba a haber ambiente. Teo pidió una pinta para cada uno, después un par de chupitos y, de nuevo, cerveza.

Nos dejamos llevar y empezamos un juego absurdo de preguntas y respuestas regido por una única regla: no preguntar nada trascendental.

—¿Cuál es tu color favorito? —me preguntó una de las veces.

—No lo sé. Supongo que el verde. ¿Y el tuyo?

—Mmm. No creo que pueda elegir... El negro, que no es ninguno. O el blanco, que son todos a la vez.

Otras preguntas fueron: «¿Qué querías ser cuando eras pequeño?», «¿qué es para ti perder el tiempo?», «¿qué es lo

más estúpido que has hecho jamás?».

—Cuéntame algo que nunca le hayas dicho a nadie —le pedí un rato después. Empezábamos a estar achispados. Cada vez había más gente en el local. Cada vez estábamos más juntos.

Teo se acercó a mí con aire canalla, y se agachó para susurrarme en el oído:

—A veces, hago pis en la ducha.

—¡Teo! ¡Qué asco! —Le di un manotazo en el pecho y él rompió a reír.

—Venga ya. ¿Es que tú no? No me lo creo.

—No voy a contestarte a eso.

—¡O sea que sí! ¿Quién iba a decirlo?

Dicen que beber alcohol con alguien que te gusta es peligroso. Es fácil dejarse llevar. Pero, si alguien me pregunta, para mí esa noche fueron mucho más peligrosas las risas. La complicidad. La manera de mirarnos. Las promesas que cabían en un quizá.

«¿Nadarías desnudo en el mar si pudieras?», «¿Qué es lo que más te apetece hacer en el mundo?», «¿Con quién querrías pasar tu última noche si el universo fuera a explotar?».

Empezábamos a quemar. Y la prudencia quedó reducida a cenizas sin que apenas nos diéramos cuenta.

—¿Qué opinas de la Navidad? —me preguntó.

—Que es absurda pero tierna. No sabría explicarlo.

—¿Absurda?

—Es un producto comercial.

—¿Tierna?

—Tiene algo que calienta el corazón, supongo. Nostalgia. Unión. No sé.

Me miró. Estábamos en un rincón, bebiendo cerveza. La iluminación era tenue y la música empezaba a sonar muy alta.

—Feliz tierna y absurda Navidad, desconocida. —Me sonrió.

—Feliz Navidad.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Estamos debajo de un ramillete de muérdago.

Ambos miramos hacia arriba. Se me secó la boca.

—¿Y?

—¿No sabes lo que dicen de dos personas que se encuentran bajo el muérdago?

—Pero... no te conozco de nada. —Se me aceleró el pulso.

—¿Y? ¿No te atreves a besar a un desconocido?

—Teo...

—Es broma. Es totalmente comprensible que temas no estar a la altura.

Caminábamos por un precipicio escarpado sobre el que era difícil mantener el equilibrio. Abajo solo había vacío, sombras, un túnel sin final...

Lo miré. Sus ojos verdes nubosos. La barba que cubría sus mejillas.

Estaba mal, pero acepté el desafío. Apenas nos rozamos. Los termorreceptores ubicados en mis labios le lanzaron mensajes al cerebro avisándolo de un exceso de calor. Aquello quemaba y era peligroso.

Solo fueron tres segundos de contacto. Después, me separé. Teo me miró a los ojos.

—Qué rápido huyes, cobarde —susurró.

—Calla y sácame a bailar.

Nos perdimos entre la gente que había empezado a llenar la pista de baile. Pedimos una copa cada uno y tratamos de olvidar lo que acababa de pasar. No quise darle importancia. No había sido más que un juego. Uno de esos retos que Teo me lanzaba y a los que yo no sabía decir que no.

Solo que la forma en la que él me miraba mientras bailábamos no era un juego. Aquello que me vibraba en el vientre no era un juego. Y cuando nos rozábamos, cuando

los quizá se nos enredaban en los ojos no era cuestión de diversión.

—He visto patos moverse con más gracia que tú —le dije entre gritos cuando nos acercamos a la barra un rato después. Allí dentro hacía demasiado calor.

—Normalmente no me hace falta esforzarme demasiado. Es que tú lo pones difícil.

—Esto es música electrónica. No debería ser difícil.

—Ya no estaba hablando de bailar.

Me giré hacia él y fui consciente de que me buscaba. Y me miraba tan hacia dentro... que quise estar aún más cerca de él. Me apreté contra su cuerpo tanto como pude. Ninguno apartó la mirada.

—Joder, Ori...

—Dímelo. —Lo miré profundamente a los ojos.

—¿El qué?

—Dime que no cuenta.

Las pupilas le brillaron y su voz se oscureció.

—Entre nosotros no cuenta, ya lo sabes. Tú y yo, por encima del bien y del mal.

Y lo volví a besar. Esa vez de verdad. Abrimos las bocas, nos rozamos enteros y su lengua buscó mi lengua.

Nos arrastramos a un rincón algo apartado y nos apretamos. No podía respirar. No sabía qué estaba haciendo. Pero necesitaba aquello. A él. Lo necesitaba a él.

—No. Así no. Aquí no —gimió. Lo notaba duro contra mí. Sus manos estaban en todas partes: en mi espalda, en la curva de mi trasero, por encima de mis pechos. Yo no podía dejar de temblar.

—No. Es verdad.

—Vamos a casa.

Cogimos un taxi en la puerta y nos besamos durante todo el camino. Me subí en su regazo y me retorcí contra su entrepierna. Estaba mareada. El deseo, el alcohol... Iba a volverme loca. Nunca me había sentido así. Estaba a un paso de salirme de mi cuerpo y hacer nido en el suyo.

Y Teo me besaba, me mordía, me lamía, me tocaba por encima de la ropa, como si necesitase creer que aquello era real.

Pero cuando el taxi se detuvo y bajamos, sus pasos trastabillaron. Lo vi perder el equilibrio. Se apoyó en un banco que había en la acera y respiró hondo.

Habíamos bebido demasiado.

—Ori —vi el abatimiento en sus ojos—, no me encuentro nada bien.

Y el hechizo saltó por los aires.

Teo

No sabía ponerle palabras a lo que sentía. La miraba, tumbada en mi cama mientras veíamos una película, y se me agolpaba todo lo que quería decirle.

No habíamos mencionado lo ocurrido la noche anterior. Nos habíamos despertado con resaca y habíamos salido a desayunar porque yo me moría de hambre después de haber echado hasta la primera papilla tras bajar del taxi la noche anterior. Recordaba que, cuando subimos a la residencia, Oriana me había arropado y se había acurrucado junto a mí sin decir nada.

En veinticuatro horas volvía a Tallahassee. Tan lejos de mí. Tan inalcanzable... Y yo quería decirle tantas cosas que tenía miedo porque no cabían en el escaso tiempo que nos quedaba.

Después del desayuno, habíamos paseado por un mercadillo navideño antes de que nos pillara la tormenta de nieve. Ella nunca había visto nevar y se había quedado embobada mirando los copos caer y salpicar las aceras. Yo quise meter unos cuantos cristales de hielo en un frasco, juntarlos con un puñado de recuerdos y pedirle que se los llevara con ella cuando volviera a su vida, porque esos días que habíamos pasado juntos no eran la vida real. Pero no lo hice. Volvimos a la residencia para guarecernos del frío y la tormenta y pasamos el resto de la tarde viendo películas.

A mi lado, Oriana prestaba atención a la pantalla del portátil mientras sus dedos jugueteaban con su colgante, ese pedazo de coral negro que perteneció a su abuela y que

llevaba desde que había cumplido los quince. Yo solo podía pensar en las ganas de besarla otra vez, de tocarla de verdad, en que el tiempo se agotaba. No sabía si iba a poder contenerme.

Traté de centrarme en los diálogos que salían de la película que estábamos viendo. Cuando terminó, mi confusión se mezcló con la ambigüedad de la última escena, en la que el protagonista susurraba algo en el oído de la protagonista que el espectador no llegaba a conocer.

—¿Se acaba así? —pregunté.

—Eso parece.

—Pero ¿qué le ha dicho?

—Creo que es un final abierto.

—¿Eing?

—Le dice lo que tú quieras creer que le dice. Que ha cambiado de opinión, que siempre la querrá, que lo espere en algún lugar un día y una hora concreta...

Se me arrugó el estómago.

—¿Eso va a pasar mañana cuando nos despedamos? ¿Dejaremos entre nosotros un final abierto?

—¿A qué viene eso? —Frunció el ceño.

—¿A qué crees que viene?

Oriana dejó la vista suspendida unos segundos en el arco que formaron mis cejas. Luego me miró y yo la miré a ella.

—Teo, habíamos bebido. Estábamos confusos, y yo..., yo no debí haberte seguido el juego.

—No era un juego. ¿Para ti sí?

—Sabes que no. —Le bailó la voz.

Se recolocó sobre el colchón, incorporada, en una postura oblicua a la mía.

El silencio se volvió incómodo.

—¿En qué piensas? —le pregunté.

—En que no lo entiendo.

—¿El qué?

—Si para ti no era un juego, ¿qué era? ¿Una distracción? ¿Un consuelo? ¿Te picaba, yo estaba cerca y decidiste dar

el paso?

—¿Me lo estás preguntando en serio?

—Pues claro. —Parpadeó y sentí un latigazo en la piel. Cómo me jodía que dudara... Me había molestado siempre.

—¿Qué puedo decir que no sepas desde que tenemos doce años? Eres tú, Oriana. Si es contigo, siempre voy a querer dar el paso.

Me miró confusa.

—Pero en Nueva York me rechazaste. Dijiste que tú ya no...

—Joder, te mentí. ¿De verdad pensabas que *yo ya no*? No creo que en algún momento *yo ya no*, si se trata de ti.

—No lo entiendo —repitió—. Me tratabas como si nada. Ni siquiera me llamabas por mi nombre...

—Estaba muy cabreado. Seguía estando furioso contigo. Te habías ido. Tallahassee no era más que una etiqueta para recordarme que ya no estabas a mi alcance.

—¿Y qué ha cambiado? ¿Crees que estoy a tu alcance ahora?

Sonreí, irónico. La respuesta era no. Si alargaba la mano, podía tocarla. Ella estaba ahí, junto a mí, pero pertenecía a otra dimensión. Y yo quería colarme en su presente, irrumpir en su realidad y que nuestros pasos resonaran en un mismo espacio, no ahogados en el limbo de aquello que no fue.

—Lo que creo es que estoy empezando de cero. Y que puedo ser quien quiera. Y lo que quiero ser, quiero serlo contigo. Es lo único que he sabido siempre.

—Pero yo estoy con otra persona ahora. —Sonaba perdida, descolocada.

—Ah, sí. Ryan. Creo que lo has mencionado tres veces desde que llegaste aquí. Quizá cuatro.

—Estás siendo injusto.

—No quiero ser injusto contigo. Es que...

—¿Qué?

—Que no quiero volver a perderte.

—Jamás me has perdido. Estoy aquí, ¿no? He cruzado medio mundo para estar unas horas contigo. Me tienes a una llamada de distancia. Te prometí que no volvería a desaparecer y lo demuestro cada día.

—¿Y si no es suficiente?

—¿Qué quieres decir?

—Que te quiero cerca los siete días de la semana, los doce meses del año. Y no como..., no así. Quiero que seas mía, Oriana. Y quiero ser tuyo. Sigo estando loco por ti. Siempre.

Vi todo su cuerpo tensarse.

Nos sobrevino un silencio espeso y me esforcé en memorizar la expresión de su rostro. Quería dibujarla más tarde. Nunca antes me había preguntado qué tipo de microexpresiones componen el vértigo.

—Teo, por favor..., no me hagas esto —suplicó.

—¿Por qué no?

—Porque no es justo. Porque estoy a meses de entrar en una facultad de Medicina. Me he dejado la piel por forjar mi futuro, por tratar de cumplir aquello que llevo soñando desde hace tiempo. He sacrificado demasiadas cosas, he perdido mucho para llegar hasta aquí. Lo sabes. No quiero renunciar ahora que estoy tan cerca. Ni siquiera por ti.

—Joder...

Me froté la cara. No sabía qué responderle. No podía usar palabras para refutar aquello, porque lo jodido era que tenía razón.

Decidí acercarme un poco. Ella se tensó.

—Podríamos buscar una manera —susurré.

—¿Cuál es tu plan, Teo? Aquí no puedo estudiar. Ya no solo porque no tengo los papeles en regla, sino porque el idioma...

No quería escucharlo. Extendí una mano y le rocé el pelo. Ella se estremeció y dejó de hablar.

—Ori... —murmuré.

—Teo, esto no está bien. ¿Cómo puedes no entenderlo?

—¿Es por lo que sientes por Ryan?

Me separé un poco y la miré a los ojos, esperando.

—Claro que no. Tú..., tú no tienes rival, Teo. No es por eso. Es que creo que no es el momento. No tenemos nada... ninguno de los dos.

—Quiero estar contigo.

Oriana cerró los ojos. Y yo volví a acercarme. La abracé y ella me devolvió el abrazo con fuerza. Le besé los párpados, la nariz y la barbilla. Ni siquiera estaba cachondo. Era otra cosa. Otro sentimiento. Soñar con hacerlo posible...

Ella cogió aire, aún entre mis brazos.

—No me pidas que me quede, porque me quedaré —suplicó—. Me vas a destrozar la vida y yo te la voy a destrozar a ti. Sabes que sería así. En el fondo, lo sabes.

La observé. No había abierto los ojos.

Me sentí cada vez más perdido, miserable y egoísta. Oriana no se lo merecía. Desde que había llegado a mi vida había sentido esa necesidad casi insana de salvarla. Pero la realidad era que ella volaba sola, libre, y yo estaba a un paso de suplicarle que sacrificara todo lo que había logrado por mí, para salvarme a mí.

No podía hacerle algo así. Tenía que dejarla marchar.

Me separé de ella y asentí.

—¿Crees que llegará el momento? —le pregunté. Tenía el estómago en la garganta.

—No lo sé. Quizá...

—Quizá...

Nos quedamos en silencio, mirándonos. No podíamos no mirarnos. Las palabras nos esclavizaban. Pero el mensaje entre sus ojos y los míos era irrealmente perfecto. Porque cada uno elegía qué creer. Y después se desvanecía.

Estaba tan triste que me ahogaba. Salí de la habitación buscando algo de espacio, aire, y ella no me siguió.

Un rato después, fingimos retomar la normalidad. Cenamos unos sándwiches y, cuando nos acostamos en

aquella cama demasiado grande y pequeña a la vez, lo hicimos en completo silencio.

—¿En qué piensas? —preguntó de pronto, fragmentando con su voz la oscuridad. Llevábamos casi una hora sin hablar.

—¿La verdad?

—Claro.

—Pienso en qué estarás pensando tú.

Escuché su sonrisa. Me planteé si podría colorear ese sonido.

—Si pudieras preguntarme cualquier cosa —empezó a decir—, cualquiera que quieras que yo te conteste con sinceridad, ¿qué me preguntarías?

Me di la vuelta. Mi visión se había acostumbrado a la oscuridad lo suficiente para intuir la expresión de sus ojos negros.

—¿Alguna vez me has querido de verdad? Me refiero a... ya sabes. No como amigo, sino como...

—Te he entendido.

—¿Y bien?

—Me sorprende que tengas que preguntármelo.

—Pues si de todas las cosas que puedo preguntarte he elegido esto, imagínate si dudo de la respuesta...

Dejó pasar unos segundos. Fuera, se escuchaba el sonido de la tormenta.

—Pues la respuesta es sí, Teo. Claro que te he querido de verdad. Te lo he dicho, no tienes rival. Lo que siento por ti no lo he sentido nunca por nadie y no sé si llegará el día en que eso cambie.

Asentí despacio. Y una idea acudió a mi mente. *Alireza*. La condena de una espera eterna...

—¿Qué me preguntarías tú a mí si pudieras preguntarme cualquier cosa? —quise saber.

—¿Qué crees que habría pasado si me hubiese quedado en Barcelona después del instituto?

Parpadeé, confundido. Sentí un vacío húmedo abrirse en mi estómago.

—No lo sé, Ori. No lo sé.

Nos dijimos adiós la mañana siguiente en la misma terminal donde la había recogido cuatro días atrás.

Me gustaría relatar que aquella despedida la llevó a cabo una mejor versión de mí mismo. Pero no. Se lo puse difícil hasta el final.

No sé qué esperaba conseguir cuando le acaricié el pelo que le caía sobre la frente y le pedí aquello:

—¿Podemos darnos un beso? Solo uno.

—¿Por qué? —Parecía intrigada, su tono era oscuro y anhelante.

—Porque llevo años atormentado con el último beso que te di. Si hubiera sabido que iba a ser el último, habría memorizado cada detalle para no olvidarlo jamás. Quizá, seguramente, no te habría dejado marchar. No habría dejado que subieras a casa de Alonso de haber sabido lo que iba a pasar a continuación.

La vi asentir muy despacio. Tragó saliva con dificultad.

—Solo uno.

No perdí el tiempo. Me aterraba que se arrepintiera. La miré un segundo a los ojos y al siguiente la besé.

Y no fue como el beso de la noche en el *pub*. No fue como el primero que nos dimos. Ni como aquellos clandestinos que supieron a libertad.

Aquel fue... el beso más triste del mundo.

Había pasado cuatro años creyendo que no hay nada peor que ignorar que estás viviendo una última vez.

Pero estaba equivocado. No existía sensación más desgarradora que estar besando a la persona que quieres siendo plenamente consciente de que quizá ese instante no se repita jamás.

Le acaricié la lengua, apreté su cuerpo contra el mío y después la dejé marchar. Me ahogaba. La tristeza que sentía no me dejaba respirar.

Cuando la vi cruzar el control minutos después, lo hice pensando en ese Teo y esa Oriana con los que me reencontraba cada noche al cerrar los ojos.

No sabía si alguna vez volveríamos a ser ellos.

En el cielo, por cada quizá, brillaba una estrella.

2013

Enero

Oriana

Feliz Año Nuevo, Teo.

Teo

Feliz Año Nuevo.

Oriana

Tú ya llevas unas horas en el 2013.
¿Qué tal es?

Teo

Solitario, gris y borroso.

Oriana

¿Solitario? ¿No ibas a una fiesta con gente del trabajo?

Teo

A veces, estar rodeado de gente que no te entiende es la peor manera de estar solo. ¿Cuál es tu plan?

Oriana

Maddie me ha regalado una cena en el restaurante más pijo de Tallahassee. Quería contarme a la luz de las velas que se ha enamorado de un protestante. Ella es judía, así que esto es un drama. Ahora estamos haciendo una lista de propósitos.

Teo

¿Tú qué has pedido?

Oriana

Nada demasiado ambicioso. Comprarme un

coche que no tenga que llevar al taller cada tres semanas.

Y aprobar el MCAT, claro.

¿Quieres hablar mañana por Skype?

Teo

OK. Ya vemos. Pásalo bien.

Febrero

Teo

Me han cogido, Ori.

Oriana

¿En el puesto de ilustrador junior?

Teo

No.

Oriana

¿En el de la agencia de publicidad?

Teo

Tampoco. En la empresa de fundas de móviles.

Oriana

¿En el puesto de creativo?

Teo

No. Voy a estar de segundo ayudante del adjunto. No estaba cualificado para el de creativo. Inconvenientes de no hablar polaco. Creo que voy a hacer fotocopias y a servir cafés, pero estaré dentro.

Oriana

¡Es genial! ¡Enhorabuena! Te lo has ganado.

Teo

Pues sí. Después de casi un año en el sacrificado mundo de la hostelería... seguiré sirviendo cafés, pero al menos dentro de un contexto donde puedo aprender algo.

Oriana

Lo vas a hacer genial. Estoy muy orgullosa de ti.

Teo
Gracias.

Oriana
¿Por qué no te noto contento? Es una noticia genial.

Teo
Porque hoy he descubierto que la soledad también es que te den una noticia genial y no tener con quién salir a celebrarla.

Marzo

Teo
IMAGEN

Teo

Te lo traduzco: buscan estudiantes de ciencias de la salud procedentes de Estados Unidos, Canadá o Reino Unido. Un intercambio. Gastos pagados.

Oriana

Teo, por favor, me examino en tres meses...

Teo

Tranquila. Ya lo sé. Pero lo he encontrado hoy de camino al trabajo y me ha parecido interesante...

Oriana

¿Todo bien en el trabajo? ¿Te han pagado las horas que has hecho de más?

Teo

He asumido que eso no va a pasar nunca. Por cierto, ¿qué haces hablando conmigo? ¿No deberías estar trabajando?

Oriana

Esta semana libro. Me he cogido unos días. Ryan ha reservado un fin de semana de relax...

Teo

Cómo se nota dónde hay billetes. Yo le compré una bolsa de patatas a la chica que reparte el correo y le apunté mi número de teléfono. Es el concepto de cita de los pobres.

Oriana

Me parece bonito. Yo te hubiera llamado.

Teo

Y ella también. Hemos quedado mañana. Es mi primera cita en siglos.

Oriana

Te desearía suerte, pero estoy segura de que no la necesitas.

Abril

Oriana

¿Has llegado ya?

Teo

Sí. El apartado de correos estaba más lejos de lo que decía Google Maps.

Oriana

¿Y?

Teo

Era un libro y una rosa de papel maché.

Oriana

Claro. Hoy es Sant Jordi...

Teo

¿No sabías lo que me había mandado?

Oriana

No. Te lo prometo. Solo me llamó para pedirme que fueras hoy a por el paquete...

Teo

Teníamos esa tradición, ¿sabes?

Oriana

¿Cuál?

Teo

Todos los años por Sant Jordi nos regalaba a Sabrina y a mí un libro y una rosa. Cogíamos un tren a Barcelona, veíamos las casetas y nos llevaba a una librería para que eligiéramos el que más nos gustaba.

Oriana

Es un recuerdo precioso, Teo.

Teo
Supongo.

Oriana
¿Qué libro es?

Teo
Una biografía de Leonardo da Vinci.

Oriana
Vaya.

Teo
No sé cómo lo ha sabido...

Oriana
Es tu madre, Teo. Quizá te conoce mejor de lo que piensas.

Mayo

Oriana

Buenos días. O buenas tardes casi, para ti.

Oriana

¿Teo? ¿Todo bien?

Teo

Perdona. Mucho lío en el trabajo.

Oriana

¿No son las nueve de la noche allí?

Teo

Sí, pero sigo en el trabajo. Bueno, en la cafetería de la oficina.

Oriana

¿Y eso?

Teo

No sé. Es como que he tenido un momento de inspiración. Me he quedado surfeando la ola creativa.

Oriana

Me encanta oírte decir eso.

Teo

No sé qué va a salir de aquí.

Oriana

Eso es lo de menos. Estoy segura.

Teo

He gastado todas las hojas de la libreta que llevaba encima. He pedido servilletas al camarero. No puedo parar. No quiero parar. Me da miedo levantarme y que se apague.

Oriana

Pues no te levantes. Surfea la ola. Sigue tu instinto. Mañana seguiré aquí.

Junio

Teo

Mucha mierda, Ori. Confío al doscientos por ciento en ti. Ojalá pudiera cogerte la mano cuando salgas...

Teo

IMAGEN

Oriana

Gracias, Teo. Me encanta el dibujo. ¿Las copas tienen champán de verdad? En realidad no importa. Gracias por hacer que te sienta cerca.

Teo

Ori, ¿todo bien?

Oriana

Hola.

Teo

Por fin. ¿Cómo estás?

Oriana

Destrozada. He estado las siete horas y media de examen sin levantarme. Solo quiero dormir...

Teo

Ve a la cama. Ya está. Ya está hecho.

Oriana

Maddie ha reservado en un restaurante para celebrarlo. No quiero ir, Teo. ¿Qué voy a celebrar? Dudo mucho que lo haya conseguido.

Teo

Puedes celebrar que vas a dormir todo lo que quieras durante varios días.

Oriana
O semanas...

Teo
Estoy muy orgulloso de ti.

Oriana
Ojalá estuvieras aquí.

Teo
Ojalá.

Julio

Teo

Feliz cumpleaños, Ori.

Oriana

Aquí aún no es mi cumpleaños. Aquí todavía es el tuyo.

Teo

Ironías del bucle espaciotemporal. Aquí ya tienes veintitrés.

Oriana

Aquí me quedan seis horas de veintidós.

Teo

Interesante. O sea que durante seis horas, para ti es mi cumpleaños y para mí es el tuyo. ¿Qué quieres que hagamos con ellas?

Oriana

Podemos pedir un deseo el uno para el otro. Y, como es el día de nuestro cumpleaños, tenemos la obligación de cumplirlo.

Teo

Creo que no lo entiendo muy bien. Pero vale, acepto.

Deseo... que prepares solicitudes para entrar en todas las universidades del país. Florida es muy pequeña para la futura doctora Oriana Valdés.

Vuélvete loca. Harvard, Yale, Johns Hopkins, Stanford, Columbia...

Oriana

Ni siquiera sé si me va a ir bien cuando me vuelva a examinar en septiembre.

Teo

Ori, ya te fue bien. Pero no te conformaste con un aprobado. Vas a ir a por todas de nuevo, ¿no? Confía en tus posibilidades. Apunta todo lo alto que quieras. Es mi deseo de cumpleaños para ti. Has dicho que teníamos la obligación de cumplirlo...

Oriana

Vale. Tienes razón.

Mi deseo para ti es que mandes «lo que tú ya sabes» a «donde tú ya sabes».

Teo

Ni de puta broma.

Oriana

¿Por qué no?

Teo

Porque no tengo ninguna posibilidad de ganar.

Oriana

Hazlo. Vuélvete loco. Confía en tus posibilidades. Apunta alto. Y recuerda, tienes la obligación de cumplirlo.

Teo

Te odio.

Oriana

No me odias.

Teo

No. La verdad es que no.

Agosto

Oriana

No tengo ni idea de qué ponerme para el Bar Mitzvah de Andy.

Teo

¿No hay un código de vestimenta para estas cosas?

Oriana

Yo qué sé. Además, es medio Bar Mitzvah, medio fiesta de compromiso. Maddie me matará si no estoy a la altura el día que su novio se convierte al judaísmo para poder casarse con ella.

Oriana

IMAGEN

Oriana

¿Cuál de los dos?

Teo

¿Vas a repartir enciclopedias en la entrada de la fiesta?

Oriana

¡Teo! ¡No ayudas en nada!

Teo

Estoy de coña, Ori. ¿No ves que da igual lo que te pongas? Ponte un saco si quieres. Eres tú. Estarás increíble.

Oriana

IMAGEN

Teo

Bueno, bueno... Con ese vas a dar mucho que

hablar en la sinagoga...

Septiembre

Oriana

¿Sigues sin hablarme?

Oriana

Teo, vamos, no puedes enfadarte eternamente conmigo.

Teo

No estoy enfadado.

Oriana

¿Entonces?

Teo

No sé cómo sentirme. Estoy confundido.

Oriana

Tu familia se ha portado siempre muy bien conmigo. Sabes que mantengo el contacto con tu hermana. ¿Cómo no iba a encontrarme con ellos si iban a estar tan cerca?

Teo

Se supone que estás en mi equipo.

Oriana

Estoy en tu equipo. SOY tu equipo. Pero esto no es contigo o contra ti, Teo. Yo quiero a tu madre y a tu hermana. No sabes lo que significó para mí tenerlas en mi vida. No tienes ni idea...

Teo

Sí lo sé.

Oriana

¿Entonces por qué me castigas? Llevaba cinco años sin verlas. Era el cumpleaños de tu madre y me lo suplicó. No podía fallar.

Teo
¿Estaban todos?

Oriana
Tus padres, Sabrina y Andreu (me encantó Andreu, por cierto).

Teo
Mira que regalarle una semana en un hotel de lujo de Key West... Estoy seguro de que mi madre hubiera preferido un viñedo en Francia o algo así.

Oriana
Parecía contenta.

Teo
Supongo que esa es la clave. Parecía.

Octubre

Teo

Ya hablamos, me recogen en breve.

Oriana

De acuerdo. ¡Pásalo bien!

Oriana

¡Tengo buenísimas noticias!

Oriana

¿Hola? ¿Aún duermes?

Oriana

Teo, ¿todo bien?

Teo

Hola-hola.

Oriana

Joder, por fin.

Teo

¿Oriana Valdés diciendo una palabrota?

Oriana

Estaba preocupada.

Teo

Te dije que me iba a la fiesta de Halloween que organizaba el tío ese del trabajo...

Oriana

Eso fue el viernes, Teo. Es domingo por la tarde.

Teo

Vale, quizá el plan se desmadró un poco...

Oriana
¿Estás bien?

Teo
De puta madre, mamá.

Oriana
Eres idiota.

Teo
¿No te pasa que a veces necesitas evadirte de la realidad?

Oriana
No me gusta cómo suena eso.

Además, ¿a qué te refieres con que se desmadró el plan?

Teo
Ya sabes...

Oriana
No. No sé.

Teo
¿Ryan no te lleva a fiestas?

Oriana
No tengo tiempo para fiestas. Yo estudio hasta que me sangran los ojos. Así que vas a tener que explicármelo.

Teo
Está bien. Pero no te va a gustar... La cosa va de sexo, drogas y *rock and roll*.

Oriana
Si lo que pasa es que has pasado el fin de semana con una chica, prefiero que te ahorres los detalles.

Teo
No, Ori. No me he acostado con nadie este fin de semana, al menos que yo recuerde. Esa no es la parte del plan que se desmadró... Supongo que puedes leer entre líneas.

Teo
¿Ori?

Teo
¿Ori?

Teo
Ahora soy yo el que está preocupado. Han pasado dos horas. Háblame. No es para tanto. Además, estoy bien.

Teo
Por favor, dime qué estás pensando.

Oriana

Estoy pensando que no sé qué tienes en la cabeza. Que a veces siento que ya no te conozco y eso me da miedo. Que estoy asustada y preocupada. Que ahora mismo no sé si apagar el móvil y no volver a hablarte o coger un avión e ir a verte mañana mismo.

Teo
Hazlo. Coge un avión.

Oriana

Pero es que no puedo, Teo. Eso es lo que quería decirte cuando te escribí ayer... Ya tengo el resultado del MCAT. He duplicado el resultado del examen anterior. Lo he conseguido. Voy a entrar en la Facultad de Medicina.

Teo
Mi Ori... Sabía que lo conseguirías. Felicidades. Estoy muy orgulloso de ti.

Noviembre

Teo

Ori, llevas días sin contestarme a los mensajes. Sé que discutimos por lo que pasó en la fiesta, pero ya te dije que no lo hago de manera habitual. No tendría que habértelo contado y siento haberte preocupado.

Teo

Lo retiro. Sí que debería habértelo contado. No tengo nada que ocultarte. Es algo que hago muy esporádicamente y en un contexto muy concreto.

Teo

¿Puedes hablar conmigo, por favor?

Oriana

Hola, Teo.

Teo

Joder, Ori. Por fin.

Oriana

No soy Ori. Soy Maddie. La amiga de Ori.

Teo

¿Dónde está Ori?

Oriana

Ori está un poco *depressive*. Ha roto con Ryan.

Teo

¿Qué ha pasado? ¿Está bien?

Oriana

No ahora mismo. Pero lo estará.

Teo
¿Le ha hecho algo?

Oriana
Ryan no es honesto.

Teo
Hijo de puta...
¿Qué puedo hacer?

Oriana
Le diré que estás a su lado. Yo la cuidaré estos días...

Teo
Gracias.

Diciembre

Teo

He hecho algo horrible. No soy una buena persona.

Oriana

Estoy segura de que exageras.

Teo

¿Recuerdas la plaza de promoción interna de mi trabajo?

Oriana

Sí.

Teo

He conseguido el puesto.

Oriana

Dios mío, Teo. ¡Enhorabuena!

Teo

No me des la enhorabuena. He hecho trampas para conseguirlo.

Oriana

¿Qué tipo de trampas?

Teo

Digamos que alguien habló de algo cerca de donde yo estaba y yo escuché para usar esa información en mi beneficio, sin compartirla con nadie... No he jugado limpio.

Oriana

Bueno, a veces estas cosas pasan...

Teo

He dejado sin el ascenso a un padre de familia,

Ori. No me justifiques.

Oriana

No voy a juzgarte. Creo que nadie debería. No lo has tenido fácil desde que llegaste a Cracovia. Hacer una cosa mala, en un contexto complejo, no te convierte en una mala persona. Las circunstancias a veces pesan.

Teo

Gracias por intentar animarme. Pero me siento una basura igualmente.

Oriana

Si te sirve de algo, yo tampoco me siento una gran persona ahora mismo. Estoy vendiendo todos los regalos que me hizo Ryan y pienso quedarme con el dinero. No voy a dárselo a él.

Teo

Me parece justo. Seguro que te da para un móvil nuevo.

Oriana

Para un móvil, un ordenador, una semana de hotel...

Teo

¿Estamos locos? ¿Qué te regalaba ese tío?

Oriana

Lo que podía comprar con dinero.

Teo

¿Y por qué no usas ese dinero para tus préstamos de estudiante?

Oriana

No. Es dinero sucio. Mis estudios son mi legado. No quiero contaminarlos.

Teo

¿Y para ayudar a tu tía y a mima?

Oriana

Gracias, Teo. Es una gran idea.

Teo

Me alegra ser de ayuda para variar...

Oriana

Siempre eres de ayuda.

Teo

Me resulta complicado serlo cuando voy totalmente a ciegas.

Oriana

Teo...

Teo

¿Por qué no confías en mí?

Oriana

Confío en ti más que en ninguna otra persona del mundo.

Teo

¿Entonces? ¿Por qué no me lo cuentas?

Oriana

Es... demasiado difícil para mí, Teo. Lo siento.

Teo

¿Tanto daño te ha hecho?

Oriana

Lo siento, Teo. No quiero hablar del tema. Entiéndeme, por favor.

Teo

Está bien. Descansa. Hablamos mañana.

Oriana

Buenas noches, Teo.

2014

Oriana

Crecer no es algo que ocurre de la noche a la mañana. No se mide a través de una escala dicotómica. Es un continuo. Transitas un sendero de una sola dirección que te aleja de manera evolutiva de etapas que vas dejando atrás.

Eso no quiere decir que no haya hechos diferenciales con el poder de redimensionarte la vida sin que estés preparado para el impacto.

Con solo veinticuatro años, yo ya contaba con algunos.

Cuando la casualidad me puso en el camino un nuevo destino, una nueva etapa, entendí que la vida me había enseñado a reinventarme, a decir adiós a quien había sido, pero que yo había tomado ese aprendizaje como una excusa para huir de mí misma, porque vivía con la expectativa de encontrar en algún lugar una Oriana que acabara gustándome más que la anterior, perseguía una calma que no iba a encontrar...

Teo

El día que me di cuenta de que una buena persona puede llevar a cabo acciones de moral cuestionable en unas circunstancias concretas, aprendí a relativizar.

Aprendí también que nadie es nunca tan malo ni tan bueno. Que una persona es ella con sus circunstancias. Que nadie debería juzgar porque no tiene ni idea de qué hay debajo de la fachada, las capas, las sombras. Normalmente, miedo, inseguridades y ganas de ser querido.

Y empecé a contemplar la posibilidad de que hubiera algo que yo desconocía debajo de la coraza de toda aquella gente que en algún momento me había decepcionado.

Fue entonces cuando abrí la cuenta de correo que llevaba años cerrada y me reencontré con decenas de mensajes de mi hermana. Fui leyendo poco a poco, digiriendo, desenredando, masticando.

Aprendí a respirar más despacio.

Oriana

Veía a la gente a mi alrededor, bailando bajo la luz anaranjada de las bombillas, y no supe identificar cómo me sentía. Quizá perdida, a la deriva. Pero también orgullosa, feliz, un poco nostálgica.

Maddie se había casado.

Y estaba preciosa.

Se lo había dicho horas atrás, cuando terminó de vestirse. Recuerdo que los rayos de aquel sol de junio entraban por los ventanales y se colaban por los rincones de la habitación, aplicando un filtro dorado que hizo resaltar el color marfil que había elegido para la tela de su vestido.

—Estás preciosa. —No podía apartar la vista de ella.

—Lo sé.

—No puedes saberlo —me reí—. Aún no te has mirado en el espejo.

—No me hace falta. Te estoy mirando a ti. Podría caminar hacia la *jupá* sin necesidad de comprobar el resultado y lo haría tranquila. Tus ojos me dicen todo lo que necesito saber.

La ceremonia había sido profundamente bella. Quizá no de una forma objetiva, pero aquellos que sabíamos que Andy se había convertido al judaísmo para casarse con Maddie vivimos el momento en el que los declararon marido y mujer como la culminación de una promesa que iba más allá del matrimonio y de las firmas en un papel.

Quizá era eso lo que me tenía removida.

Pensar en el valor de la palabra de alguien a quien amamos, en los votos, en lo fácil que resulta para las palabras escapar, volverse vaporosas, humo.

Hacia el final de los casamientos judíos, es habitual que los novios se cubran con el Talit, un manto que simboliza que el hombre está consagrado exclusivamente a su mujer. Fue justo en ese momento de la ceremonia cuando mi historia con Ryan resonó en mi cabeza. Como el relámpago que rasga el cielo y lo colma de luz unos míseros segundos.

Recordé el inicio de lo nuestro: cómo me esperó durante semanas en la salida del aeropuerto hasta que le di mi teléfono. La primera cita. Y la segunda, la tercera, la cuarta... Los viajes. Él viajaba mucho por trabajo, pero los lunes, martes y miércoles siempre estaba en su piso de Tallahassee. Yo salía de la facultad y pasaba las tardes con él, en aquella convivencia exprés en la que nos reencontrábamos semana tras semana. Él me devoraba como si yo fuera el centro de sus deseos, hablábamos, volvíamos a la cama, me preparaba la cena y yo estudiaba hasta bien entrada la madrugada, para después dormir unas horas a su lado.

Creo que funcionó durante tanto tiempo porque había química, pasión, lujos, escapadas, promesas que ponían el mundo a mis pies. Pero también espacio, respeto y límites infranqueables dentro de los cuales yo me sentía a salvo.

Pensé que me quería. Que la idea de ser dos podía funcionar. Llegué a pensarlo de verdad. Me sentía segura, cuidada.

Pero era mentira.

El día que Natalie Flint me abordó en la entrada de la facultad y me dijo que era la esposa de Ryan, que tenían dos niños y que necesitaba mi ayuda para recuperar a su familia sentí que me partía por la mitad.

Me suplicó. Me dijo que no tenía ninguna duda de que él me elegiría a mí si se le diera la opción de escoger. Que sería un error. Que lo dejara yo a él, que desapareciera.

Y lo hice. No dudé. Mis cimientos no aguantarían el peso de haber destrozado tres vidas. Me sentía sucia, un problema. Un problema otra vez.

Así que desaparecí, sin explicaciones, y me desmonté. Miles de piezas dentro de mí se perdieron en una espiral infinita que reavivó fantasmas. Los oía aullar cuando cerraba los ojos. Me perdí dentro de mi propia herida. Estaba enfadada. Hasta niveles enfermizos. Y no fue por la mentira. Fue porque bajé la guardia, porque creí merecer lo que viví al lado de Ryan, porque me permití sentir. Y yo no quería sentir. Porque el sentir no filtra entre emociones buenas o malas. Es una cascada imparable que te empapa, te deshace y te inunda.

Recordaba haber hablado mil veces de aquello con Maddie. Cuando la conocí, ella usaba un mecanismo similar para protegerse. Solo que, en su caso, un día, de pronto, todo cambió. Se produjo un clic. Atravesó la cascada. Y el resultado era aquella ceremonia.

Maddie era un alma generosa, enorme, impetuosa y transparente.

A veces, la miraba y me acordaba de Teo.

—Gran discurso, muchacha. —El padre de Maddie se acercó hacia mí y chocó su copa con la mía.

«Por Maddie, que me enseñó que podemos tener tantas casas como personas amemos. Y por Andy, que me recordó que no hay declaración de amor más sincera que dejar que el otro sea y caminar de la mano hacia el futuro...»

—Gracias, Luke.

—¿Todo preparado?

—Me temo que no. —Sonreí.

—El estado de Maryland no tiene nada que ver con Florida. Vas a tener que hacerte con ropa de abrigo de verdad.

—La ropa es lo que menos me preocupa.

—Va a irte bien. Te adaptarás. Arrasarás en la facultad. Eres una superviviente.

Paladeé la palabra. Supongo que así me verían muchos. Puede que, incluso, aquello fuese lo que marcó la diferencia: la carta que hablaba de mí y que acompañaba a las solicitudes que había enviado a una decena de facultades de Medicina del país.

Nada les gusta más a los americanos que una historia de penas, superación y sueños cumplidos en la tierra de las oportunidades.

Me había convertido en un prototipo, en un cliché de mí misma.

—¿A qué edad una deja de sobrevivir para empezar a vivir, Luke? —le pregunté al padre de Maddie, que me miró pensativo antes de responder.

—No tiene edad, supongo. Sucede el día que aprendes a cambiar la perspectiva y entiendes que la vida no va de esperar a que pare la tormenta, sino de aprender a bailar bajo la lluvia.

—Gran frase. —Sonreí.

—Era el lema de vida de mi mujer.

—Una mujer muy sabia. Nadie lo dudaría si crio a alguien como Maddie.

—Me vas a hacer llorar.

Le apreté el brazo con cariño. Luke había perdido mucho. Y no había sobrevivido. Había vivido. Seguía haciéndolo. Se le veía radiante de felicidad contemplando a su hija bailar con su marido. Viviendo el momento.

—¿Sabes? Creo que no he empezado los preparativos porque no quiero hacerlo real. Volver a empezar. Otra gente, otra vida...

—Tu gente estará cerca. Ellos vivirán su vida, y tú, la tuya. Johns Hopkins es una de las facultades de Medicina más prestigiosas del mundo. Eres privilegiada y vas a hacer grandes cosas...

¿Cuántas veces había escuchado frases como aquella?

¿Qué eran esas supuestas grandes cosas que me esperaban?

¿Qué era el éxito?
¿Qué quería de la vida?
¿Quién era yo?

Teo

El teléfono vibró en mis manos. Abrí el mensaje.

Oriana

Estoy muy orgullosa de ti. También del Teo de doce años que me enseñó por primera vez sus dibujos. Y del Teo que pasó mucho tiempo sin coger un lápiz por miedo a que no saliera nada. Y del Teo que siempre he sabido que llegarás a ser, al que te acercas un poco más cada día...

Respiré hondo. Estaba nervioso.

Bloqueé el móvil y lo guardé en el bolsillo sin contestar.

—¿Cuánta gente hay? —le pregunté a mi editora.

—Acabamos de contarlos. Unos doce, lo esperado. No te preocupes por eso. Piensa que no eres un autor nacional y que la presentación va a ser en inglés. Eso resta asistentes.

Tragué saliva. Tenía un torbellino de emociones alterándome de un modo confuso. Eso había dibujado esa mañana de noviembre. La confusión. La alegría, la tristeza, la decepción, la añoranza, la rabia, el orgullo. Todos mezclados, punzantes, bailando con el viento, escanciando sus partículas sobre la ciudad, como las tormentas que no avisan y arrasan sin dudas.

El centro del dibujo era un chico con un paraguas, protegiéndose de todo aquello.

Ese día se cumplían cinco meses desde que había recibido la llamada de la editorial.

El inicio de la conversación fue caótico porque mi interlocutor me hablaba en polaco y yo no entendía nada. Enseguida me pasaron con alguien que hablaba inglés, el

idioma en el que me comunicaba habitualmente, y me anunciaron que había ganado el concurso de novela gráfica al que había mandado un proyecto el año anterior.

El barrendero de estrellas había salido el día anterior a la venta y la presentación sería en una pequeña librería del centro de Cracovia.

Nunca pensé que algo así podía ocurrirme a mí.

Recuerdo que una mañana vi el cartel donde se anunciaba el concurso, en el autobús que cogía para ir a trabajar. Llevaba varias semanas trabajando en algo diferente. Mis dibujos estaban unidos por un hilo conductor que contaba la historia de un niño que barría estrellas en busca de la que llevaba escrito su destino.

«Las estrellas que vemos en lo alto del cielo murieron hace años. Si buceamos entre ellas, encontraremos escrito lo que puede llegar a ser.» Ese era el hilo.

Le hablé de ello a Oriana y ella me animó a que diera el paso: «Envía lo que tú sabes a donde tú sabes».

Traduje la novela gracias a un colega del trabajo y la envié a contrarreloj.

El momento que estaba viviendo se lo debía a ella, pero no estaba a mi lado para verlo.

—Ey, *Teddy boy*, ¿nervioso? —Edgar apareció en la trastienda, donde yo trataba de templar mis nervios. Él y Fra habían llegado la noche anterior desde Barcelona para acompañarme en la presentación.

—Necesito una copa —anuncié.

—Eso está hecho. —Sacó una petaca del bolsillo de su americana y me la tendió.

Me eché a reír y bebí un trago. Ron. Me quemó la garganta.

—Vas a petarlo, ya verás.

—No estoy tan seguro...

—Ya, yo tampoco. Pero, pase lo que pase, esta noche tú, Fra y yo quemaremos la ciudad.

Edgar salió cuando el reloj de la trastienda anunciaba que ya eran las seis de la tarde. Eché un vistazo desde una rendija a la parte de la librería donde se había organizado la presentación y corroboré lo que ya sabía: Oriana no estaba.

El sentimiento de abandono fue tan grande que algo entre los dos se rompió en ese momento.

Había conservado la estúpida esperanza de que aparecería.

Le había dedicado la puñetera novela. Su ejemplar iba de camino a Baltimore, donde vivía desde hacía unos meses.

La edición estaba en polaco, pero si se molestaba en transcribir lo que ponía en el traductor de Google lo sabría. Que era ella. Que siempre sería ella.

Si hubiera podido elegir, la habría borrado. Porque la chica a la que le había dedicado mi primera publicación, en realidad, ya no existía.

Oriana había empezado a desaparecer. No del todo, porque me lo había prometido. Pero se estaba diluyendo. Y eso me parecía peor, porque, a veces, estar es la peor forma de marcharse.

Después de su ruptura con Ryan se había producido un cambio en ella.

Nuestra relación ya se había resentido en cierta manera tras su marcha de Cracovia aquella Navidad que cruzó el mundo para estar conmigo. Existía una brecha. Ese quizá donde ambos podíamos haber sido reales y al que no mirábamos porque dolía demasiado.

Pero aun así nos las apañamos para seguir siendo nosotros unos meses más. Una versión dañada pero cuidada con mimo, que saltó por los aires cuando Ryan y ella dejaron de ser pareja.

Oriana se volvió fría, rota. Un fragmento de hielo rasgado. Yo quería gritarle que el hielo no tenía por qué ser hielo. Que tenía la oportunidad de cambiar su estado. Convertirse en agua, en vida, o evaporarse.

Pero no lo hice. Y en el espacio donde fueron a parar aquellas palabras, me refugié y aprendí una lección.

Hubo un día, no muchos meses atrás, que me vi a mí mismo cogiendo un avión hasta Baltimore. Me había imaginado apareciendo en su piso, diciéndole que quería estar con ella, que entendía que no pudiera dejar la universidad, pero que yo, que podía hacer lo que hacía desde cualquier parte del mundo, cruzaría al otro lado del charco. Yo sabía que vivir en Estados Unidos sin visado era complicado, pero quería intentarlo.

Poco después, recibí la llamada de los organizadores del concurso. Y me pegué una hostia de realidad cuando vi que no me importaría renunciar a aquello y que Oriana jamás había insinuado que le gustaría que fuera allí con ella. Ni una sola vez.

—Teo, ya es la hora... —La voz de mi editora me devolvió al presente.

Respiré hondo. Comencé a andar por la librería y me senté en el lugar que habían preparado para la presentación. Miré a los presentes. Edgar, Fra, algunos compañeros del trabajo y gente que no conocía y que seguramente solo estaba de paso.

Cogí aire despacio y hablé para dar las gracias.

Después contesté a las preguntas de mi editora, firmé unos cuantos ejemplares y dejé que me fotografiaran.

Horas después, Edgar cumplió su promesa de que saliéramos a quemar la ciudad.

Y fue esa misma noche, entre cigarros, bebida y marihuana, cuando apareció Loretta.

2015

Oriana

El estado de Maryland está en la costa este, apuntando al norte del país, y es conocido como The Old Line State en homenaje a su participación en la guerra de la Independencia.

La ciudad de Baltimore es la más poblada del estado y alberga la Universidad Johns Hopkins, fundada en 1876, la primera dedicada a la investigación en Estados Unidos. La Facultad de Medicina está situada en el campus Baltimore, junto al Hospital Johns Hopkins, uno de los más importantes no solo de la costa este, sino del país.

Las clases, impartidas por eminencias de fama mundial, convocaban a los estudiantes más brillantes de su promoción para instruirlos en el ambicioso mundo de la medicina occidental. Esas aulas presumían de haber formado a referentes en su ámbito, grandes clínicos e investigadores, gente sentenciada a morir de éxito.

Solo habían pasado cuatro semanas cuando me di cuenta de que aquel lugar no era para mí.

Competitividad.

Ambiente que rozaba lo nocivo.

Ambición.

Ego.

Prestigio.

Los profesores nos adoctrinaban, vertían en nuestro código genético el axioma irrefutable de que, como

médicos, estábamos destinados a la grandeza, a salvar vidas, a jugar a ser Dios.

Parecían perder de vista el objetivo: que aquellas vidas se correspondían con personas reales, con familias, con sueños que podían quedarse por el camino. No veían al enfermo, solo veían la enfermedad.

Después de las vacaciones de Navidad, tras una ronda de exámenes muy exigente, empecé a cuestionarlo todo.

«A veces no es el qué, sino el dónde», solía decir mima.

Pero yo también empezaba a cuestionar el cuándo. Y, sobre todo, el porqué.

—En ocasiones olvido qué hago aquí —expresé el sentimiento en voz alta. Frente a mí, en aquel *pub* plagado de universitarios, estaban Max y Taylor, los únicos compañeros que, según el día, llegaba a considerar amigos.

—Pues lo mismo que nosotros. Cubrir el cupo de diversidad de nuestra promoción.

Reí entre dientes, aunque si me paraba a pensarlo no me hacía gracia.

Max era un inmigrante guineano que había dejado su país y a Linda, su prometida, para convertirse en médico y sacar a su familia adelante.

Taylor era una de las pocas supervivientes de un accidente de tren muy mediático una década atrás, y a causa del cual caminaría el resto de su vida con el apoyo de unas muletas.

Yo figuraba como exiliada política, residente desde hacía seis años en el «Mundo Libre», que había trabajado, estudiado y peleado para conseguir entrar en la Facultad de Medicina más prestigiosa del país.

¿Quién era realmente la chica que había conseguido todo aquello?

A veces me miraba al espejo y sentía que mi destino no era aquel, que mi vida real estaba ocurriendo en otro lugar, muy lejos de Maryland, de Baltimore y de la Facultad de Medicina Johns Hopkins.

Mi verdadero camino quizá se encontraba atrapado en otra realidad. Quizá en una calle derruida de La Habana Vieja. O en un apartamento del Poblenu, con vistas a la playa de Bogatell.

—Eso lo tengo claro —contesté—. Nos lo recuerdan cada día.

Nuestra clase estaba llena de estudiantes procedentes de largos linajes de cardiólogos, neurocirujanos, traumatólogos. Su única meta desde que nacieron había sido sentarse en las sillas de esa facultad.

La gente como nosotros, como Max, Taylor y yo, solo estábamos ahí gracias al azar.

No nos lo habíamos ganado.

No había sido nuestro camino.

Habíamos cruzado las puertas de la facultad porque la responsabilidad social de esa institución reservaba plazas a gente diferente. A gente que no estaba destinada, pero que desafió a la suerte y ganó.

—Necesito algo más fuerte —anunció Max.

Llevaba toda la noche mirando vuelos para que Linda fuera a visitarlo. Pero los precios estaban altos y él vivía con lo justo.

—Pidamos otra ronda. Me toca pagar a mí. —Me puse de pie y caminé hasta la barra.

Yo tampoco nadaba en la abundancia, aunque gracias a mis ahorros y al préstamo que me habían concedido hacía unos meses podía permitirme cierto margen para gastar en ocio.

Mientras esperaba en la barra, un chico se paró a mi lado a darme conversación.

No era la primera vez. Era habitual que llamara la atención en aquel ambiente lleno de jóvenes de clase alta, ojos claros y piel casi traslúcida.

Allí, al contrario de lo que ocurría en Florida, yo era exótica.

Tampoco era la primera vez que un chico me daba su número, me buscaba en Facebook o me esperaba a la salida de un establecimiento con una sonrisa canalla.

A veces el tonto no pasaba de una copa y otras acababa la noche en unas sábanas que no conocía. O en la parte trasera de un coche.

No significaba nada. Tampoco sabía muy bien por qué lo hacía, pero sospecho que el objetivo era llenar un vacío. Sentir unos instantes y olvidar al minuto siguiente. Quería unas horas al lado de alguien que planeaba sobre mi superficie, buscando algo que no estaba destinado a hallar.

Luego, desaparecía sin ser vista. Algunos reclamaban una segunda vez, otros me ignoraban y yo, en todos los casos, huía, persiguiendo algo. Quizá a mí misma.

Pero esa noche no quería pensar en nada de eso. Esa noche era otro asunto pendiente el que reclamaba mi atención. Lo recordé cuando, al regresar a la mesa con la segunda ronda, Taylor y Max empezaron a hablar del módulo de prácticas que había dado comienzo aquel semestre.

Noté que se me revolvía el estómago. Y es que aún no había digerido lo que sentí en mi primera guardia, unos días atrás, cuando tuvimos que negarle asistencia a un señor cuyo seguro médico había expirado.

Recuerdo que algo dentro se removió.

Recuerdo las palabras del médico adjunto que tutorizaba aquella guardia, que nos ilustró sobre la realidad de la sanidad en el país que nos estaba formando como doctores. Recuerdo un quizá asomándose por donde no debía.

—La sanidad aquí es para el que produce, el que contribuye a fortalecer el sistema, no para el que supone una carga. Si eso es a lo que realmente aspiráis, ya podéis marcharos a un país con un modelo de sanidad pública. Como España, por ejemplo. No perdáis más el tiempo.

Teo

La habitación estaba oscura. Solo eran las cinco de una tarde de enero, pero en Polonia el horario de invierno restringía las horas de luz.

En aquel momento, sin embargo, no la echaba de menos. Cobijado en la penumbra me resultaba mucho más sencillo camuflar lo que estaba sintiendo, aquella calma asfixiante.

—¿Estás dormido, Teddy? —La voz pizpireta de Loretta se deslizó sigilosa, como la luz de las farolas que esquivaba las cortinas de poliéster para iluminar la escena.

—No exactamente.

—¿Eso qué significa? —Se rio.

—Que mi mente se ha quedado atrapada en algún lugar entre el sueño y la vigilia.

Soltó una nueva carcajada. Yo me rasqué la cabeza. Me vino a la mente el viejo libro de Foix que mi madre tenía en casa. Me acordé de ella. De mamá. Habíamos intercambiado algunos correos en los últimos meses, aunque pronto haría tres años que no la veía.

—¿Ese lugar existe? —Loretta reanudó la conversación—. No lo sabía.

—Sí, existe. Solo lo sabemos unos pocos.

—¿Y qué ocurre en él?

—Imposibles, supongo. —Suspiré.

Loretta se subió a horcajadas encima de mí sin avisar. Yo permanecía tumbado, sin ropa. Ella solo llevaba la ropa interior y mi cuerpo reaccionó.

—¿Y en ese lugar lleno de imposibles existe la opción de que me pidas que me quede a dormir contigo? ¿O que me lleves a cenar?

—Loretta... —Me mordí el labio.

—Ya. Ya sé que no quieres que esto vaya de eso... Pero tenía que intentarlo.

Me dio un beso largo y húmedo. Después me mordió el cuello y salió de la cama.

La vi encender la luz del aseo. A continuación, el sonido del grifo derramando agua.

Loretta canturreaba una canción y me sorprendí a mí mismo sonriendo. Me gustaba. Era divertida, descarada, y tenía ese punto frágil que años después descubrí que me atrapaba sin remedio cuando lo detectaba en la gente con la que me relacionaba.

Además, era guapa. El tipo de chica que te llama la atención si te cruzas con ella entre música y copas. De hecho, ocurrió así. El día de la presentación de mi libro, cuando Fra y Edgar decidieron quemar la noche cracoviana para celebrarlo, posé los ojos en ella nada más poner un pie en el primer *pub* al que entramos. Lo gracioso fue que Edgar también lo hizo, se le acercó en primer lugar dispuesto a desplegar sus encantos y Loretta lo atajó diciéndole que quien le había gustado era su amigo.

Nos bebimos una copa juntos, bailamos un par de canciones y vimos amanecer desde la ventana de mi piso compartido.

Ya habían pasado un par de meses desde ese día y habíamos repetido en siete u ocho ocasiones. Empezaba a resultarme confuso, como si los límites de aquello se reescribieran cada vez que nos veíamos.

Loretta salió del baño, con el jersey desbocado con el que había aparecido en mi casa horas atrás, justo cuando yo me ponía un pantalón de chándal. Nos miramos y ella se mordió el labio mientras sus ojos repasaban mi cuerpo. Sentí que me moría por fumarme un cigarrillo. Llevaba un

par de años reduciendo el consumo de tabaco por una cuestión de ahorro, pero justo en ese momento lo necesité desesperadamente.

Loretta me gustaba mucho, aunque no era para mí. O, mejor dicho, yo no era para ella.

—¿Por qué lo haces? —le pregunté cuando la vi sacar una pastilla azul del interior de su bolso. La pegó en la superficie de su lengua sin dejar de mirarme y después tragó.

—Hoy tengo turno de noche en el hotel. Necesito algo que me ayude a motivarme.

—¿Solo se te ocurre esa manera?

—Como si tú no lo hubieras hecho nunca —ironizó.

—Sí, lo he hecho. Pero en otro contexto. No para ir a trabajar. Ni para «motivarme». Es diferente. —Me encogí de hombros.

—Teddy..., si realmente crees que unos motivos justifican el consumo más que otros te estás engañando a ti mismo.

—Bueno, según lo mires. En ocasiones, el contexto define un acto.

Busqué mi sudadera en el suelo, junto a la cama, y me la puse. Ella me miraba con los ojos entornados.

—¿Es por eso que no quieres que nos veamos fuera de tu habitación? ¿Porque te da miedo que el contexto cita nos defina?

Me eché a reír.

—Bien jugado —reconocí.

—Teddy, sé que te gusto. ¿Por qué te resistes?

—¿La verdad?

—Sí.

—Por ti. —Tragué saliva.

—¿Por mí?

—Te estoy protegiendo —aclaré.

—Tengo veintisiete años —contestó con tirantez—. No necesito que me proteja nadie.

—No pretendía ofenderte.

—Si no te gusto lo suficiente como para salir conmigo, puedes decírmelo.

—No es eso.

—¿Entonces? ¿Quieres follar con otras sin sentirte culpable?

—Tampoco.

—Pues me gustaría una explicación. Si voy a salir por esa puerta hoy sin tratar de volver a cruzarla, al menos dime la razón.

—Ay, Loretta...

Abrí las ventanas y dejé que el hielo de la calle se colara dentro. Mis compañeros de piso estarían al caer y toda la casa olía a humedad y a sexo. Además, el frío me despejaba las ideas.

—Teddy... —Loretta se acercó y se pegó a mi pecho. Por sus pupilas empezaba a extenderse un brillo artificial.

—¿Qué?

—¿Es que estás consagrado a algún tipo de secta?

Sonreí.

—No. Pero estoy maldito.

—¿Maldito? Esa excusa no me la habían puesto nunca.

—No es una excusa.

—Pues explícamelo.

—Me da miedo que te pilles de mí porque nunca voy a poder enamorarme de ti.

—Bueno... —se echó a reír, sorprendida—, estás dando muchas cosas por sentadas, Bogart de pacotilla.

—Ya, es posible...

—¿Esa es tu maldición? ¿No puedes enamorarte?

—No. Mi maldición es que ya estoy enamorado de alguien y sé que no voy a dejar de estarlo.

Loretta parpadeó. Y por un segundo creí verla de verdad. Sin esa sonrisa que camuflaba la tristeza. Sin su disfraz de chica desenfadada y frívola.

—Vaya. ¿Por qué no estás con ella?

—Ojalá supiera la respuesta.

—¿No la sabes?

—Supongo que todo se reduce a que lo nuestro es un imposible.

—¿De esos imposibles que visitas entre el sueño y la vigilia?

El estómago me dio un vuelco. No esperaba eso. No esperaba que alguien hubiese leído aquello, que me hubiera visto por dentro...

—Me gustas, Loretta —reconocí.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Pues que precisamente porque me gustas, empiezo a preocuparme por ti. No creo que merezcas lo poco que puedo ofrecerte.

—¿Por qué no dejas que sea yo la que decida eso? Solo quiero que hagamos algo más que follar. No espero que me pidas matrimonio, ¿vale?

—Vale.

Como si aquel intercambio de frases le hubiera servido, se encaminó hacia la cama y se sentó para calzarse. Así era Loretta. Ingovernable a veces. Dependiente otras. Tierna, vulnerable, intrépida e imprevisible.

—Me voy a trabajar —anunció desde la puerta. Sin hacer amago de despedirse, salió de mi casa.

Yo me quedé quieto, sin saber qué hacer.

Al día siguiente, me llegó un ramo de flores con una tarjeta firmada por ella. Me proponía un lugar y una hora. Una cita.

Y un imposible.

Oriana

Fuera, la lluvia caía. Por los cristales de mi estudio resbalaban cientos de gotas perdidas. Era una de esas tardes de primavera que desprendían olor a tierra mojada, a flores despertando y a la huella empañada de viejos recuerdos.

—Pero, niña, ¿cómo saliste de allí sin zapatos?

—No lo sé, Maddie. Me desperté de madrugada, me agobié y quise marcharme. Si me hubiera puesto a buscarlos por la habitación lo habría despertado, así que llamé a un taxi y me fui.

—Podrías haberte cortado, o clavado algo, o lo que sea.
—La voz de mi amiga se escuchaba especialmente chillona a través de la línea de teléfono.

—Lo sé.

—¿Tan grave habría sido que se despertara?

—Sí.

—¿Por qué?

Respiré hondo y observé la superficie de madera que hacía las veces de escritorio, mueble auxiliar y mesa de comedor. Estaba llena de bolígrafos que, desordenados, se escondían entre apuntes y manuales de biomedicina. En una de las esquinas reposaban *El barrendero de estrellas* y un portarretratos que contenía la lámina del caracol de colores que Teo me regaló la Navidad que pasé en Cracovia.

—¿Sabes eso de que todos tenemos un doble en algún sitio? —le pregunté a Maddie.

—Sí.

—Pues ese chico era el doble de Teo.

—¿Y...?

—Pues que me asusté. Al principio de la noche me parecía mono y ya está. Pero después, en su casa, mientras lo veía dormir... No sé. Fue un golpe de realidad. Era una versión nórdica y más madura de Teo. Me entró algo por dentro... una especie de incomodidad que... No sé. Necesité marcharme.

—Descalza. En medio de la noche —apuntó.

—No quería que se despertara. Igual me hubiera pedido que me quedara o habría querido mi número de teléfono, y ya sabes que...

—Vale, vale.

Me cortó. Yo estaba a punto de empezar con mi discurso de «no quiero vínculos, no quiero compromisos, no quiero conversar» y ella contraatacaría con su: «¿Has pensado de quién huyes realmente? ¿Si de ellos o de ti?». Casi agradecí que evitara esa conversación. Hasta que, en su lugar, inició una más punzante.

—¿Qué tal Teo, por cierto? Hace mucho que no me hablas de él.

—Está saliendo con alguien. —El vacío que ocupaba mi pecho se hizo más hondo.

—Ajam...

—Se conocieron en noviembre, el día de la presentación de su libro.

—Ah, sí, esa a la que tú decidiste no ir.

—Maddie, sabes que no podía ir. Sabes que...

—Ya, ya. Es cierto. Acababas de empezar la facultad, los billetes estaban por las nubes, te morías de vergüenza por cómo has hecho las cosas...

Guardé silencio. Quise colgarle el teléfono. A veces, Maddie manejaba su sinceridad de una forma que hería a su interlocutor. Decía que por eso aún no quería ejercer como psicóloga. «Necesito madurar, ganar en sabiduría y

perfilar mi talante. Si los pacientes se sientan delante de la Maddie que soy hoy, saldrán atravesando la pared de mi consulta.»

—¿No dices nada? —insistió.

—No sé qué decir.

—Ya. A eso en psicoanálisis se le llama «resistencia».

Me froté los ojos.

—Maldito Ryan... No entiendo por qué sigo así, Maddie.

—Niña, ¿de verdad crees que es por Ryan?

—¿Qué quieres decir?

—A ver, si me pongo en plan Freud contigo, ¿vas a colgarme el teléfono?

—No lo sé. Prueba a ver...

—Está bien. Voy a arriesgarme, porque si no te has dado cuenta en este tiempo quizá no lo veas nunca. —Se aclaró la garganta—. Oriana, cielo, Ryan te hizo sentir como si fueras tu madre.

Creo que hasta me mareé.

—¿Qué..., qué has dicho?

—Tu madre en la relación que tuvo con tu padre, quiero decir. Él también tenía mujer e hijos cuando estaba con Eva. Cuando descubriste que eras «la otra», te sentiste como Eva. Y si hay algo que no quieres ser en la vida es ella. Por eso estás así, niña. Por eso estás perdida dentro de tu propia herida, huyendo de ti misma. Sintiéndote de nuevo un problema, la eterna segunda opción. Alejándote de la única persona para la que precisamente nunca has sido una segunda opción.

Casi se me paró el corazón. Teo. Él siempre me elegía. Siempre. Por encima del bien y del mal.

—¿Crees que debería haber ido a Cracovia?

—Creo que siempre debes hacer lo que te permita dormir mejor por la noche.

—Ya...

—¿Te quedaste tranquila cuando tomaste la decisión de no ir a verlo a Cracovia, a la presentación de su primer

libro, en un país extranjero sin ningún miembro de su familia a su lado para apoyarlo?

—No. —Encajé el golpe.

—¿Al menos tienes claro por qué no fuiste?

Me tomé unos segundos para meditar la respuesta. Dirigí nuevamente mi mirada al rincón de la mesa donde se situaban la lámina del caracol y el ejemplar del primer libro de Teo.

De su puño y letra solo ponía la fecha, su firma y un «gracias».

No obstante, la edición iba dedicada a mí en un idioma que no era el nuestro. Aún recuerdo lo que sentí el día que pasé las primeras páginas e introduje aquellas palabras extranjeras en un traductor online.

«A la constelación de Orión, porque da nombre a la única estrella que he tocado con mis dedos.»

—Creo que me daba miedo que me pidiera que me quedase —reconocí—. Es verdad que me avergüenzo de que nos hayamos distanciado. No sé por qué ha pasado. No sé si empezó cuando volví de Cracovia, cuando las cosas con Ryan se pusieron serias o cuando terminé con él y fui incapaz de decirle que había pasado un año con un hombre que me ocultó que estaba casado y que aquello me rompió de mil maneras posibles... Lo que sí sé es que si Teo me hubiera pedido que me quedara, creo que esta vez me habría quedado. Hubiera sido la opción fácil, y a la larga habría sido un error porque no estaba preparada. No lo estoy, Maddie. Lo que siento por Teo es...

—¿Qué?

—Demasiado. Demasiado intenso, demasiado real, demasiado difícil de controlar. Me asusta...

—¿La posibilidad de tenerlo y de verlo marchar, como viste marchar a todas esas personas que significaban tanto para ti?

Permanecí unos instantes callada. Maldita Maddie y su don para la clarividencia.

—Sí —reconocí.

—¿Entonces por qué dices que hubiera sido la opción fácil?

—Porque hubiera sido la manera perfecta de dejar la universidad y acabar con todo.

Se produjo un silencio en la línea.

—¿Tanto odias la carrera? —preguntó Maddie, preocupada.

—No odio la carrera. Odio el sistema de salud americano y odio el ambiente de la universidad. Me consume.

Maddie se tomó unos segundos para contestar, para elegir las palabras.

—¿Has pensado en lo que te dije?

—¿En qué?

—En hablar con Eva. En pedirle que te ayude a buscar una solución. Como por ejemplo, ayudarte a tramitar tu tarjeta de residencia.

—No.

—¿No lo has pensado?

—Sí, pero no. Además, no la necesito.

—Ori, es tu madre.

—No lo es.

—No es malo pedirle un favor. Entre vosotras existe un vínculo bidireccional que nunca se extinguirá.

—Me parece increíble que precisamente tú me digas eso.

Maddie y yo éramos opuestas en casi todo, pero teníamos en común algo que nos conectaba: una madre biológica que no estuvo a la altura y una madre *real*, a quien queríamos como tal aunque no nos llevó en su vientre y a la que ambas habíamos perdido de algún modo.

—Te voy a contar algo —dijo al cabo de un rato, tras realizar una exhalación profunda—. Al poco de morir mamá, mi madre biológica contactó conmigo. Estaba desesperada y me pidió un favor. Uno gordo y con muchos ceros. Después de darle muchas vueltas, decidí ayudarla.

—¿Por qué?

—Porque a veces la sangre no entiende de rencor ni de orgullo. No eres débil por necesitarla, Ori. Pídeselo. Abre todas tus opciones.

La saliva pasó con dificultad por mi garganta.

—Querida Maddie, algún día serás una gran madre.

Sé que sonrió. Y yo, de pronto, me moría de ganas de abrazarla.

—Por favor, no vuelvas a salir descalza a la calle —suplicó—. Aunque el tío en cuestión se parezca a Marilyn Manson.

Teo

Llamaron al timbre y lo supe. Era mi hermana. Ella siempre llamaba tres veces.

Además, claro, estaba el hecho de que no era una visita abrupta, fuera de lugar. Hacía meses que había retomado el contacto con mi madre y con Sabrina.

Los correos con la firma de mi hermana comenzaron pocos meses después de marcharme de Barcelona, aunque tardé mucho en verlos. Estuve dos años sin acceder a mi cuenta «teotieneunemail». Me había abierto otra con una dirección más aséptica, que era la que empecé a utilizar de forma habitual.

Pero cuando encontré sus mensajes, los leí todos. Y contesté.

Al poco también empecé a recibir algunos de mi madre y comenzó la rutina de intercambiar correos con ambas un par de veces al mes. Aunque me habían dejado espacio, permitiendo que fuera yo el que marcara el ritmo de nuestra relación, Sabrina había sugerido alguna vez la posibilidad de vernos en persona.

Yo no me sentía preparado para dar el paso.

Pero ese domingo de mayo todo cambió. Lo hizo en el instante en el que oí los tres timbrazos seguidos y cuando abrí la puerta me encontré cara a cara con mi hermana.

Fue como saltar en el tiempo, un bucle directo al pasado.

No nos abrazamos. Yo estaba paralizado y a ella le temblaban la voz y las manos cuando la dejé pasar al interior del piso compartido. Cuando conseguí reaccionar,

la conduje a mi habitación para evitar encuentros con alguno de mis compañeros.

Nos miramos a los ojos y sentí un dolor inexplicable en las costillas.

—Ha sido Oriana, ¿verdad? Ella te ha dado mi dirección.

Sabrina ni confirmó ni desmintió, pero no hacía falta.

—¿Por qué no me la has dado tú?

—Para evitar esto. Porque no quería que te presentaras aquí. —Una cosa era hablar con mi madre y mi hermana, y otra muy distinta estar preparado para enfrentarlas, para tenerlas delante.

—¿Te preocupa que te convenza de volver a casa?

—Supongo que para eso tendría que encontrar una buena razón.

—¿Qué te parece esta? —Sin previo aviso, mi hermana se quitó la chaqueta que llevaba y pude ver su vientre abultado, redondo y hermoso.

Tuve que sentarme en la cama. No tenía ni puta idea de qué podía decir.

—Teo, tienes que volver —suplicó—. Si no lo quieres hacer por mí, por mamá o por papá, hazlo por tu sobrina. Laia ya quiere con locura a su tío Teo.

—Laia... —repetí. Cuatro letras con un significado devastador.

Aquel fue uno de los momentos más impactantes de mi vida. Mi hermana iba a ser madre. Laia iba a llevar nuestra sangre, cargaría con nuestra historia familiar. Nuestra huella pasaría a una nueva generación.

—¿De cuánto estás?

—De veintitrés semanas.

—¿Eing?

—De unos seis meses. Por poco no puedo subirme al avión. —Sonrió—. Nacerá a principios de septiembre.

—Virgo —murmuré pensativo.

—¿Qué?

—Que será Virgo. El signo de la tierra y de la mujer.

Mi hermana curvó de nuevo los labios.

—¿Ves? Te necesita para que le enseñes tantas cosas...

Desvié la mirada bruscamente. De repente, estaba acojonado por lo sencillo que le resultaría a Sabrina convencerme de que regresara, de que formase parte de aquello.

—Tengo una vida aquí. Una vida que me gusta.

—Ya, ya veo. —Mi hermana echó un vistazo descarado a la bata con flores estampadas que había colgada tras la puerta de mi dormitorio.

—Es de Loretta —aclaré.

—¿Tu novia?

—Algo así.

—¿Y Oriana?

Fue como un puñetazo en el estómago.

—Para qué me preguntas si ya lo sabes.

—Sé cómo le va la vida. Hablamos a menudo. Pero no sé si...

—Tenemos menos contacto que antes —atajé—. Supongo que eso es lo que quieres saber.

—Es una chica increíble. —Mi hermana me taladró con la mirada.

—Eso ya lo sé. —Empezaba a sentirme incómodo.

—Mamá se apoya mucho en ella, ¿sabes? Durante estos años la ha llamado con frecuencia. Le pedía que le contara cosas de lo que hacías. No entraba en muchos detalles, supongo que por lealtad a ti, pero para mamá ha sido suficiente.

Jodida Oriana. Me cabreé de manera irracional con ella porque no entendía que su presencia tuviera cabida en el momento que compartía con mi hermana. Siempre estaba en todas partes, aunque realmente no estuviera en ninguna, y eso me molestaba.

—¿Mamá sabe que estás aquí? —Cambié de tema.

Mi hermana negó con la cabeza.

—No quiero decepcionarla si no vuelves conmigo y con Andreu en el avión.

—No voy a volver a vivir en Barcelona, Sabrina. Mi vida está aquí ahora.

—Ve a verla.

—Ella no ha venido nunca.

—Ella... —Su voz se tensó.

—Ya. Papá, ¿verdad?

—Ellos funcionan así, Teo —trató de justificarlos—. Tenemos que aceptarlo.

—No puedo aceptarlo porque no lo respeto. Ni lo que hace él ni lo que se deja hacer ella.

—No sabes cuánto te necesita —insistió.

Pensé en mi madre. En las grietas entre los dos, cuando durante mucho tiempo fuimos uno. Pensé en sus libros, su música, su delicadeza y su amor. Pensé en dibujar eso. Una grieta. Una brecha que rasga la tierra y en cuyo interior entra agua y acaban floreciendo un puñado de margaritas.

Miré de nuevo a mi hermana.

—¿Crees que papá me dejará poner un pie en el pueblo?

—Papá va a ser abuelo. Quiere ver sonreír a mamá. Y a mí.

Suspiré. Sabrina estaba preciosa. Sus facciones se habían perfilado. Era una mujer. Una mujer embarazada que se tocaba el vientre inconscientemente. Ella y yo no nos habíamos parecido nunca demasiado, pero teníamos el mismo color de pelo, el de papá; y los mismos ojos, los de mamá.

Sabrina había crecido siendo un ejemplo para todos, potenciando las cualidades que había heredado de la familia. Yo había señalado las diferencias, había inventado un camino no transitado por ninguno de ellos.

—No sé cómo voy a reaccionar si papá se encara conmigo. —Le susurré a Sabrina mi segundo mayor temor. El primero era la indiferencia.

—No lo hará —me prometió—. Vuelve conmigo. Unos días aunque sea.

—Es domingo, Sabrina. Mañana trabajo.

Mi hermana me observó. Sabía perfectamente que yo ya había cedido, pero que ahora tenía que dejarme espacio. Se puso la chaqueta y se acercó a la puerta.

—Nos quedamos hasta el viernes. Volvemos en el vuelo de las dos de la tarde. Piénsatelo estos días y... llámame si quieres que nos veamos.

La acompañé hasta la salida. Mis compañeros seguían durmiendo y Loretta no llegaría hasta el mediodía, cuando finalizara su turno en el hotel.

—Sabrina... —Retuve a mi hermana antes de que se metiera en el ascensor.

—Dime.

—Me alegro infinito por vosotros. Vais a ser unos padres increíbles.

Y, entonces, por fin nos abrazamos. No lloré. La perdoné en ese instante por haber ido siempre por delante, por ser un recuerdo constante de todo lo que yo no era, por ser más lista, por no haber estado de mi parte, por ser la más generosa de los cuatro y conseguir lo imposible: que volviera a cruzar la puerta de la casa donde crecimos.

—No sabes cuánto me alegro de volver a verte, Teo.

Una semana después, subí a un avión que aterrizaba en Barcelona.

Y cuando vi a mi madre en la zona de llegadas del aeropuerto, rota de emoción, de felicidad y de pena, entendí que ninguno de nosotros éramos perfectos y que teníamos derecho a no serlo.

Oriana

Tres años dan para mucho. Para crecer y para definirse. Para expandirse en otras dimensiones. Para erosionar y endurecer.

El Teo que estaba a mi lado en aquel punto inespecífico de nuestra historia era un desconocido en muchos sentidos, pero sus emociones se cincelaban en sus facciones igual que siempre.

Tenía el pelo más largo y una barba áspera, con algunos pelos rebeldes que me hipnotizaban. Había pasado con él solo seis horas, desde que atravesé la puerta de la casa de sus padres para conocer a la pequeña Laia. Aquel era el primer rato a solas que pasábamos en todo el día, o, mejor dicho, en tres años. Desde que nos dijimos adiós en aquel aeropuerto con un beso triste que parecía de despedida.

—¿Cuándo vuelves a Cracovia? —pregunté.

—Se supone que pasado mañana, aunque no sabría darte una respuesta. Me quedaría aquí por un tiempo indefinido, pero creo que a mi jefe no le gustaría. Ya no le gustó que adelantara mis vacaciones cuando programaron la cesárea de Sabrina una semana antes.

Asentí. Él había volado desde Polonia para no perderse el nacimiento de su sobrina. Yo tuve suerte de que el acontecimiento coincidiera con un viaje que tenía programado a España por otros asuntos.

—6 de septiembre —susurré—. Es una fecha bonita.

Me dio la razón con un movimiento de cabeza. Nuestros pies tocaban unas briznas de césped húmedo mientras nos

balanceábamos en el columpio, abrazados por la luz cálida del atardecer.

—¿Cuándo empiezas las clases?

—La semana que viene. —Arrugué los labios.

—¿Y esa cara? ¿No te apetece?

—Llevo más de un mes fuera de Baltimore. Entre las semanas que pasé en La Habana y el tiempo que estuve en Tallahassee... ha sido como desintoxicarme de todo aquello. La idea de volver... No sé.

—No sabía que no estabas bien allí.

—Supongo que hay muchas cosas que ya no sabemos el uno del otro.

—¿Y de quién es la culpa? —Alzó las cejas.

—No te lo estaba reprochando.

El ruido de la cadena del columpio acarició el silencio que se hizo de pronto. Ninguno lo dijimos, pero estaba claro que, si había un culpable, era yo.

Seguimos el balanceo de nuestros pies sobre la hierba. Se había levantado cierto aire que mecía las hojas de los árboles y traía el olor del mar. El jardín de los padres de Teo estaba exactamente igual que siete años atrás y, sin embargo, todo era diferente. Debería haberme sentido incómoda. Pero es difícil explicar la sensación de familiaridad que se me había asentado en el estómago.

—Lo odio, Teo —confesé de repente.

—¿La medicina?

—Creo que no. Odio a los profesores y a los estudiantes de Medicina, eso seguro. Y a los médicos estadounidenses, los hospitales, los seguros de salud... No entiendo la sanidad como la entienden ellos.

Asintió, mirándome, leyéndome los ojos.

—¿Tienes algún plan?

—Alguno.

No añadí más y él no insistió. Era todo raro. Estábamos tranquilos, en sintonía, pero como lo estás con alguien a quien acabas de conocer. Aún no hay confianza. Existe una

pared que os separa, un código por descubrir, un vínculo enmarañado, confuso, sin forma.

Teo y yo éramos como dos extraños.

—Es increíble —dije mirando al frente, donde la piscina reflejaba los rayos de luz que se iban extinguiendo—. Está todo igual, pero sé que es diferente. Me resulta...

—¿Incómodo? —Me miró.

—No. Precisamente lo contrario.

—Ya. Te entiendo. Me pasa lo mismo.

—¿Por qué crees que es?

Tragué saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta. Él hizo algo parecido mientras su nariz se arrugaba, como si estuviera buscando las palabras, ordenándolas.

—A veces creo que una versión tuya y mía se quedó atrapada en este jardín.

Detuve el movimiento de mi columpio. No esperaba aquello. Quise encajarlo, ubicarlo, darle un sentido.

—No sé por qué he dicho eso —se apresuró a decir, tenso—. No quiero que te sientas incómoda.

—No. No, por favor. Explícamelo.

Él asintió y miró al cielo. Su tonalidad anaranjada era un techo que nos guarecía a ambos.

—¿Te acuerdas de la última noche que estuviste en Cracovia?

—Claro.

—¿Te acuerdas de que me preguntaste qué creía que habría pasado si te hubieras quedado en Barcelona?

—Sí. —Temblé.

—Está claro que nunca lo sabremos, pero a veces yo también me hago esa pregunta y siempre me viene a la cabeza esto. Tú y yo, en el jardín de mis padres, en el columpio, hablando, como hacíamos cuando íbamos al instituto. Me acuerdo de la chica con dos coletas, ropa gigante, que quería pasar desapercibida, que sobrevivía,

que echaba de menos a su familia, que ocultaba su tristeza, pero que conmigo solo sonreía si lo sentía de verdad.

Nuestras miradas se enredaron.

Lancé un suspiro y él hizo algo parecido. Necesitaba una máquina del tiempo que nos llevara de vuelta a un instante como aquel. Tan igual y tan diferente a ese que llegaba siete años tarde.

—Echo de menos a esa chica —reconocí—. A veces me pregunto qué fue de ella.

—Sigue ahí dentro —dijo Teo señalando mi cabeza—. Y aquí. —Se llevó una mano al corazón y la dejó ahí.

Me estremecí.

Le debía una disculpa tan grande que estábamos envueltos en ella sin ser conscientes. Quería explicarle por qué desaparecí. Quería pedirle perdón. Quería cosas que se habían quedado atrapadas en una realidad que no llegó a existir.

Pero el instante que compartíamos se vio fracturado por el sonido de su móvil anunciando un mensaje.

Teo se refugió en su pantalla y, a continuación, esbozó una sonrisa. Una bonita y sincera que me destrozó por dentro.

—¿Loretta? —Mi voz sonó frágil, tan débil que la odí.

—Sí. —Rehuyó mi mirada.

—¿Todo bien?

—Sí. Me pregunta por quinta vez desde que llegué que a qué hora sale mi avión de vuelta.

—¿Tiene mala memoria?

—No. Lo que tiene es miedo de que no quiera cogerlo. Cree que a última hora decidiré quedarme aquí. Con mi familia. Con Laia...

Asentí, abrumada.

—¿Existe esa opción?

—No. Mi vida está allí. Con ella.

—¿La quieres?

No sé por qué lo pregunté. No quería saberlo. No quería saberlo porque, en realidad, ya lo sabía. Y era doloroso y liberador a partes iguales. La confusión se perdía por mi espiral, bajando y bajando, hacia aquella zona decadente donde solo habitaban sombras.

—Sí —confirmó él de forma clara.

—Eso está bien.

Quise pedirle que inmortalizara aquel instante, porque sentí que algo entre los dos acababa de romperse.

Teo

Habíamos estado cómodos los primeros treinta minutos desde que habíamos salido a despejarnos al jardín.

Entonces llegó el mensaje. Y todo cambió.

—Debería marcharme —anunció de golpe—. Tengo que coger el tren de vuelta al hotel.

—Ya te ha dicho mi madre que puedes quedarte aquí a dormir. La habitación de Sabrina está libre. También está el sótano, si te sientes más cómoda.

—Tengo que estar a primera hora en Barcelona.

—Ah, vale.

Me quedé cortado. No tenía ni puta idea de lo que pasaba en su vida. Qué anhelaba, con qué soñaba, quién era... Las preguntas se me atragantaron. Me llené de dudas y de quizá.

—Tenemos cita en el consulado —dijo abriéndome una pequeña ventana, mirándome con sus ojos color noche.

—¿Tenemos?

—He venido con Eva, Teo.

—Pues sí que es verdad que hay muchas cosas que ya no sabemos el uno del otro. —Carraspeé, fuera de juego.

—Quiero renovar mi NIE —explicó—. Eva aún tiene la nacionalidad española porque la adquirió por matrimonio. Hemos estado viendo a un abogado para ver si puedo arreglar mis papeles.

—¿Por eso estás aquí?

—Sí.

—¿Quieres volver a España?

—Quiero tener la opción de volver.

«¿Por qué?», quería gritarle. ¿Por qué dejaste de llamarme todos los días? ¿Por qué dejaste de confiar en mí? ¿Por qué me dejaste tan solo? ¿Qué te rompió tanto que te impidió mirarme de nuevo?

Creo que me leyó las preguntas en los ojos. Apartó la mirada y la vi perderse en el agua cristalina de la piscina. El columpio de Oriana se detuvo y yo hice lo mismo. La vi ponerse de pie, en silencio. Empezó a pasear por el jardín, buscando con su mirada los recuerdos escondidos en los rincones, congelados, eternos.

—¿Qué pasa? —le pregunté cuando vi que se paraba junto al viejo rosal de mi madre.

—Han pasado casi diez años desde que enterramos aquella carta.

—Dijimos que la desenterraríamos al cumplir los treinta, ¿no? —Respiré despacio para mantenerme sereno al comprender a qué se refería.

—Es verdad. ¿Aún querrías cumplir cualquiera de las cosas que apunté?

No supe qué contestar porque allí, mirándola a sus veinticinco años, recordé a la chica de quince que fue y a la que una noche de otoño me aterrorizó perder. Su misma piel canela, sus curvas, su manera de moverse, sus pestañas espesas, su voz, cuyo acento en aquel momento no tenía patria... Tan igual y tan distinta.

—¿Tú aún querrías que las cumpliera? —pregunté para salir del paso.

—Sí.

—Pues si dentro de cinco años seguimos siendo amigos, tenemos una cita.

Sonrió. Estaba triste. Yo lo estaba también. Me ahogaba de nostalgia, de impotencia, de rabia, de deseo...

La vi coger su mochila, que descansaba en el banco, pero no pude ni levantarme para decirle adiós.

—Hasta pronto, Teo.

Observé cómo se perdía dentro de la casa de mis padres, sin saber cuándo volveríamos a vernos.

No la seguí.

La casa estaba demasiado llena. De la emotividad de mi madre, de ese ambiente de falsa armonía, de la distancia entre mi padre y yo, de la alegría por la llegada de Laia, porque mi hermana se hubiera convertido en madre.

Horas atrás, cuando Oriana había llegado a la casa, se me había abierto un vacío.

La vi, por primera vez en tres años, tan suya, temblando por volver a estar en el salón de mis padres, mirando con amor a Laia, poniendo en manos de Sabrina y Andreu una maraca que le había traído a su hija de su último viaje a La Habana...

Ella, Oriana, una explosión, una estrella fugaz.

Por eso, cuando recibí un mensaje suyo horas después de su marcha, mi cabeza se enredó hasta asimilar que el suyo siempre sería ese universo desconocido que jamás conquistaría.

Y que tenía que dejarla marchar de verdad. Que tenía que aferrarme a mí.

Oriana

Sé que te debía una explicación, pero no he sido capaz de dártela mirándote a la cara.

Perdóname. Sigo sin estar preparada. Aún duele demasiado.

Te prometo que algún día...

Jamás contesté a ese mensaje.

2016

Oriana

Hacía varios meses desde que me había despedido de Teo en el jardín de sus padres. Varios meses en los que me había obligado a aceptar la realidad, a reconducir mi vida, a buscar respuestas, a pensar qué quería hacer y dónde quería hacerlo.

A veces, cerraba los ojos y me imaginaba un cajón. Dentro encontraba un pedazo de plastilina. Era mi futuro. Lo cogía en mis manos y exploraba la textura y las posibilidades, todo lo que podía llegar a ser.

También pensaba en los caminos que escogemos. En las bifurcaciones. En las posibilidades que se abren ante ti cuando dejas otras opciones atrás. En lo que pierdes cuando no eres valiente.

Por eso es tan importante conocer qué quieres. Para poder elegir. Para no quedarte eternamente aferrado a aquello que rechazaste. Porque yo sabía que había perdido a Teo y que con él se había quedado una parte de mí misma. Pero no podía aferrarme a eso. Era un error. El problema era que la alternativa consistía en un puñado de sombras.

Teo

El puente Bernatek de Cracovia se alzaba sobre el río Vístula. Sus aguas turbulentas desembocaban en el mar Báltico y yo contemplaba sus corrientes mientras sujetaba un mensaje escondido en una botella.

«Tú y yo siempre seremos», ponía.

Esa noche iba a despedirme de Oriana.

Me estaba eligiendo a mí.

Una parte de mí sabía que siempre estaría enamorado de ella, pero no podía permanecer atrapado eternamente en esa verdad.

Loretta era una buena persona. Era frágil e insegura. Lo descubrí el mismo día que me confesó que se había enamorado de mí. «Déjame marchar si no sientes lo mismo», me había dicho.

Pero no lo hice porque entonces yo ya la quería. Me había enamorado de la idea de salvarla, de ayudarla a que tuviera una vida tranquila y sana, conmigo.

Nuestra relación se intensificó. Se edificó en una dependencia que entonces ambos encontrábamos romántica. Ella buscaba a alguien que la rescatara y yo buscaba rescatar a alguien.

Empecé a necesitarla. Era mi refugio, mi escapatoria, mi excusa.

Y un día, en un paseo nocturno a orillas del río, me encontré diciéndole que sabía que si no era con ella, no sería con nadie. Loretta entendió lo que le estaba queriendo decir, me dio un beso y me dijo: «Puedes tenerla

en tus sueños si quieres, pero yo estaré para siempre entre tus brazos».

Y supe que había encontrado a la persona perfecta.

Por eso, esa noche de primavera lancé un mensaje en una botella. Y se perdió en el mar.

Oriana

Estaba en mi estudio, viendo la luz que emitían las farolas a través de la ventana. En mi escritorio salpicado de vetas de madera oscura se concentraba todo mi presente.

Los apuntes de Medicina a un lado. El ordenador abierto, mostrando en una ventana la página de una aerolínea, y en otra, un correo a medio escribir. Sobre el teclado estaba la invitación. El papel era de un blanco nacarado que nada tenía que ver con él. La fecha estaba en el centro, junto a las letras de sus nombres en relieve, de un color dorado que cegaba.

De fondo, en el televisor, el recuento que auguraba la victoria de Donald Trump gracias a los votos del estado de Florida.

Sentí asco y vergüenza.

Volví a fijarme en la pantalla de mi ordenador.

«Querido Teo: perdona la demora en confirmar, pero...»

No sabía cómo seguir.

«No dudes que allí estaré.»

«Lo siento, me es imposible viajar.»

«Espero de corazón que entiendas mi ausencia.»

Acaricié las teclas y cogí aire.

Teo

Loretta dormía a mi lado. Nos habíamos mudado hacía poco a un pequeño apartamento alejado del centro. Yo seguía trabajando en el sector de las carcasas para móviles, aunque había cambiado de empresa. Ella había comenzado como administrativa en una tienda de decoración.

Pensaba en eso, en los cambios, cuando mi móvil vibró con una notificación del correo electrónico.

Remitente: Oriana Valdés Suárez
Asunto: Confirmación

Necesité desesperadamente un cigarro. Si no me levanté y salí a la calle para comprar fue porque hacía ya varios meses que Loretta y yo habíamos tomado la decisión de ceñirnos a hábitos saludables. Ella había tenido problemas con la comida, el alcohol y algunas drogas, así que yo debía dar ejemplo. Desde que estábamos juntos, no había vuelto a tontear con ninguna sustancia nociva y solo bebía en situaciones concretas.

La noté moverse a mi lado, como si hubiera intuido que todo mi cuerpo se había tensado.

«¿Estás segura de que quieres que la invitemos?», le había preguntado cuando, inevitablemente, salió el tema.

«Sí. Quiero que cuando en el futuro pienses en el día de nuestra boda sonrías por lo que viviste, no que te lamentes pensando en quién estuvo ausente», me contestó.

Y ahora ahí tenía mi respuesta a la invitación que le mandamos semanas atrás.

«Querido Teo: Perdona la demora en confirmar, pero he necesitado varias semanas para preguntarme a mí misma si quiero estar ahí. La respuesta es sí. Te dije que no desaparecería. Quiero formar parte de tu futuro. De la forma que sea.»

Oriana

El *lobby* del hotel tenía una iluminación añeja, similar a la de un refugio de madera oscura. Era una construcción antigua, pero se notaba que había sido reformada hacía pocos años. En el mostrador, dos señores con traje te recibían con el típico inglés vehicular de Europa.

Le entregué el pasaporte a uno de ellos y, mientras cotejaba mis datos, busqué dentro del bolso una pinza con la que recogerme los rizos, enmarañados tras el largo vuelo. Fue entonces cuando oí mi nombre.

—¿Ori?

—Isabel. —Me emocioné al ver a la madre de Teo acercándose a mí, sonriendo, brillando.

—¡Pero qué guapa estás! —Me dio un abrazo maternal, corto pero intenso. Después se alejó un poco para observarme con más detenimiento.

—Ay, no, qué va... —Me reí—. Me ha sentado fatal el vuelo. No he dormido nada. Hemos atravesado una zona de turbulencias. Encima, mi maleta ha tardado como una hora en salir.

—Pobre...

—Tú sí estás increíble —dije, admirándola. Llevaba un vestido color púrpura, de gasa pero tupido, preparado para el frío invierno polaco. Su melena rubia le flotaba sobre los hombros.

—Ya, bueno..., estábamos a punto de salir a cenar.

—¿Teodoro y tú?

—No, verás, en realidad...

El ascensor se abrió de golpe y tras sus puertas de aluminio cromado salió un grupo de cinco personas: Teodoro padre, Teo, Loretta y dos personas de mediana edad que supuse que eran los padres de ella.

Teo llevaba una camisa roja bajo un jersey de lana con figuras abstractas. Seguía llevando barba y el pelo largo. Su mirada transparente reía al mirar a Loretta. Me sentí fuera de lugar. Temblé y quise darme la vuelta para marcharme.

Entonces él dirigió la vista al frente y chocó conmigo. Cuando nuestros ojos conectaron me pareció que era nuestro primer encuentro siendo adultos, nosotros. Él y yo en absoluto. Me quedé paralizada. Había algo primitivo, animal, irrevocable en la forma de mirarnos. Sentí la química de mi cerebro activarse, mi piel encendiéndose, el corazón en la garganta.

—Ori...

—Hola, Teo.

Solo había pasado un año. Habíamos estado temporadas mucho más largas sin vernos, pero ninguna con una distancia tan honda y significativa.

Como en otros reencuentros, sentí que el tiempo se detenía a nuestro alrededor.

Nos abrazamos como si fuera inevitable. Por un segundo, volvimos a ser dos niños perdidos que se aferraban el uno al otro. Me asfixió la intensidad, la presión de sus brazos sobre mi cuerpo. Me aparté, abrumada.

Teo me miró durante varios segundos. Guardaría para siempre esa mirada junto con la eterna duda de qué simbolizaba.

Después suspiró, se aclaró la garganta y se dirigió a su chica.

—Te presento a Loretta —murmuró, y ella dio un paso al frente, llenando la escena con su presencia.

Era preciosa. Rubia, ojos claros, alta y con unas curvas generosas. Casi de un planeta diferente al mío.

La abracé por protocolo y también por la curiosidad de saber a qué olía, qué sentiría Teo al abrazarla.

—Encantada de conocerte —le dije al separarnos—. Enhorabuena por la boda.

—Gracias por haber venido desde tan lejos.

Hice un gesto de cortesía con la cabeza y volví a sentirme fuera de lugar. No solo porque todos iban vestidos para salir a cenar y yo llevaba un chándal, sino porque eran una familia. Y, estando allí Loretta, yo no sentía que tuviera lugar en la imagen.

El señor de la recepción eligió ese preciso instante para llamar mi atención y entregarme la llave de la habitación. Cuando me giré para despedirme con la excusa de dejar las maletas, las puertas del ascensor volvieron a abrirse y de él salieron Sabrina y Andreu, empujando el carrito de Laia.

Los abracé a ambos y me agaché para ver a la pequeña, que acababa de cumplir quince meses.

—Qué bien que ya estés aquí —dijo Sabrina—. Justo a tiempo para cambiarte y venir a cenar. Llamaré al restaurante para avisar de que seremos uno más.

Me quedé parada, no conseguí negarme.

Media hora más tarde, estaba en una mesa en la que se hablaba indistintamente polaco, inglés y castellano mientras servían una especie de sopa de remolacha.

—¿Cómo se está viviendo la victoria de Trump en Estados Unidos? —preguntó Teodoro padre mientras cenábamos. Nunca me había parecido un hombre especialmente comunicativo, pero aquella noche me dio conversación. Creo que él también se sentía incómodo en aquella escena, acompañando la noche antes de su boda a un hijo con el que jamás había conectado.

—Bueno, según la zona.

—¿Eso del muro es cierto?

—Me espero cualquier cosa, la verdad. —Me encogí de hombros.

—¿Y cómo afecta a tu sector? Me refiero, sigues estudiando Medicina, ¿no?

—Sí.

—Dicen que Trump quiere abolir todas las mejoras que ha implantado Obama.

—Sí. El Obamacare, por ejemplo. Dicen que será lo primero en caer.

Hablamos brevemente de lo que podía suponer aquello.

—¿Cuánto te queda de carrera?

—Bueno, teóricamente en la Facultad de Medicina me quedaría acabar este curso y un año más.

—¿Por qué teóricamente?

Dejé la cuchara suspendida en el aire. Miré de reojo a Teo, que apenas había abierto la boca en toda la cena.

—Voy a pedir el traslado de expediente a una universidad española —anuncié.

Isabel ahogó un grito y sus ojos verdes me escudriñaron.

—Cariño..., ¿estás segura?

—Sí. No me gusta el país. No va a cambiar. Seguramente vaya a peor con el nuevo gobierno.

El silencio se hizo en la mesa. Vi que Loretta trataba de interpretar la situación y a Teo, impassible, toqueteando el cuello de su camisa.

—¿Tú lo sabías? —Isabel miró a su hija.

—Sí —respondí yo en su lugar—. Sabri lo sabe desde hace un par de meses. Ella y Andreu están ayudándome con los papeles.

—Tengo un familiar que trabaja en el Ministerio de Educación —explicó él.

Teodoro padre llamó con un gesto al camarero para que sirviera más vino. Loretta les hizo un comentario a sus padres para desviar sus miradas ceñudas de mi persona y la cena continuó como si nada.

Comentaron varios detalles de la boda, que tendría lugar la mañana siguiente en el hotel donde nos hospedábamos.

Era una «boda de invierno», en pleno diciembre, la ilusión de Loretta.

Pensé que Teo nunca había sido amigo de los colores fríos. La decoración sería toda blanca, color plata y de cristal. Me costaba integrarlo en un ambiente como aquel.

—Voy al aseo —anunció él de pronto.

Se levantó, arrastrando con aquel movimiento las miradas de todos los integrantes de la mesa. Mis piernas hormiguearon de puras ganas de ir tras él.

Quería mirarlo de cerca, tocarlo una vez más por si esa noche perdía para siempre la oportunidad de hacerlo.

La idea se esfumó en cuanto capté por el rabillo del ojo la mirada celeste de Loretta posada en mí, como una piedra de hielo que atrae la luz para encerrarla en su interior y no dejarla salir.

Y entendí que estaba mal lo que se arrebuja en mi estómago. Y que había perdido el derecho a mirar sin reservas a Teo, por mucho que dentro de mí vibrara con fuerza la certeza de que lo que sentía por él nunca se apagaría.

Regresó cuando estaban sirviendo el postre y los padres de Loretta comentaban lo tarde que se estaba haciendo.

Comimos aquella tarta con sabor a whisky entre anécdotas de los invitados, de la organización y de la luna de miel.

Llegamos al hotel cuarenta minutos después en taxis separados, aunque volvimos a coincidir en el *lobby*.

—Me quedo aquí —anuncié, despidiéndome indirectamente de todos ellos—. Voy a pedir que me llamen a las siete. Temo no poder levantarme mañana por culpa del *jet lag*.

Quería evitar a toda costa despedir a Teo y a Loretta en el ascensor y verlos caminar hacia su última noche como solteros.

Me dirigí hacia la recepción y esperé a que me atendieran.

—¿Todo bien? —La voz de Isabel me sobresaltó. No sé en qué momento se había desvinculado del grupo, pero ahí estaba, junto a mí.

—Sí.

En los últimos minutos me había deshecho del antifaz que enmascaraba la pena que tenía en el pecho, así que ella no tuvo problemas para identificarla.

—Has sido muy generosa tomando la decisión de venir. — Me sonrió con dulzura y comprensión.

—No lo sé. No sé si ha sido un error.

—Creo que no. Creo que precisamente que estés aquí ayuda a dar perspectiva a la situación.

Isabel y yo jamás habíamos hablado claramente de lo que había entre Teo y yo, aunque suponía que lo había sabido desde siempre.

—No sé si entiendo lo que quieres decir. —Suspiré.

—Mi niña, todo tiende al equilibrio. A veces necesitamos tiempo para verlo.

—Me siento muy perdida, Isabel. Estar aquí, con lo de mañana...

No pude continuar. Sentía una tristeza inmensa. Acababa de entender que volver a España no implicaba encontrar mi camino. Que quien abandona un hogar no siempre tiene su lugar cuando decide regresar.

Isabel me dio un abrazo y un beso en la frente. Después susurró en mi oído:

—Recuerda esto, Oriana: un día mirarás atrás y entenderás que todo tuvo su porqué.

Después se marchó hacia el ascensor y yo me quedé mirando sus tacones impactar contra el suelo de mármol mientras me preguntaba si de verdad llegaría el día en el que entendiese qué había querido decir.

Teo

Observaba mi reflejo mientras repetía los votos que, una hora más tarde, recitaría mirando a los ojos de Loretta.

Mamá y Sabrina me habían dejado hacía poco, tras ayudarme a guardar la cajita con las alianzas en el bolsillo interior del traje.

A continuación, mi padre había entrado en la habitación con una corbata en la mano.

—Es la que llevé el día que me casé con tu madre. Pensé que igual querías ponértela hoy.

Sin añadir nada más, salió al pasillo.

Así llevaba quince minutos, solo, repasando el orden de las palabras que quería dedicarle a mi futura esposa, cuando llamaron a la puerta.

Era Sunny, la prima de Loretta.

—La novia quiere verte —anunció.

—¿La novia? ¿Eso no da mala suerte?

Alcé las cejas divertido hasta que vi su mirada circunspecta y una sensación incómoda se me pegó a las tripas.

—La novia quiere verte —repitió—. Ven conmigo.

La habitación de Loretta estaba en la misma planta que la mía, pero en el ala contraria. Cinco pisos más arriba, nos esperaba la *suite* que ocuparíamos en nuestra noche de bodas.

Sunny abrió la pesada puerta de madera cuando llegamos, sin tocar antes. Me condujo dentro con un movimiento tenso sobre mis escápulas.

Loretta estaba en el centro de la habitación, vestida de blanco, mirándome con sus iris celestes. Los rizos rubios enmarcaban su rostro y su cuello, aparentemente kilométrico gracias al efecto de la gargantilla de circonitas que había escogido. Parecía una princesa de nieve, casi etérea.

—Estás increíble —declaré, sonriendo con cautela.

Loretta empezó a temblar.

—Ey, cariño, ¿qué ocurre?

Me acerqué a ella y, de manera instintiva, dio un paso atrás.

—Lo siento, Teddy.

—¿Qué es lo que sientes? ¿Qué pasa?

—Creí que podría. De verdad. Pero de pronto siento demasiado... Demasiado. No puedo...

Pensé que me pediría una copa. O un porro, yo qué sé. Que me diría que estaba demasiado nerviosa como para pasar por aquello sin algo que la ayudara a rebajar la intensidad. Loretta no se manejaba bien cuando una emoción la desbordaba.

Alargué el brazo y agarré con delicadeza su mano.

—Loretta... Respira, cariño. ¿Qué pasa? ¿Qué es lo que no puedes?

—No podemos casarnos. No puedo pasar el resto de mi vida contigo.

—No te entiendo.

—Lo nuestro no es real, Teddy. Me he estado engañando a mí misma. Y te he estado engañando a ti.

Me quedé muy quieto con su mano entre las mías. Sentí una sensación amarga que no esperaba sentir la mañana de mi boda.

—¿Engañando? ¿Hay otra persona?

—Sí, Teddy. Hay otra persona. —Las lágrimas empezaron a caer sobre sus mejillas.

—Pero... ¿desde cuándo?

—Desde que tenías doce años.

Asimilé sus palabras, una por una, despacio.

Lo que sentí entonces fue vértigo. Como caer al vacío de golpe.

—Loretta..., ¿a qué viene eso ahora? Sabes que...

—Lo sé. Sé que me lo dijiste desde el principio. No me siento engañada por ti, porque tú me hayas mentido. Me siento engañada por mí misma. Porque me dije que podría soportarlo... Pero no puedo.

Me senté en la cama y el que necesitó entonces una copa o un porro fui yo.

—No sé qué decir —musité—. Pero lo que sí sé es que quiero que olvidemos este tema y que te cases conmigo. Te lo dije, si no es contigo...

—Sé que me quieres como nunca vas a querer a nadie que no sea ella. Pero es que ella existe, Teddy. Ella es real. Ahora lo sé. Ahora la he visto.

Me llevé las manos a la cabeza. No podía estar pasando aquello. No-po-dí-a. Miré a Loretta y sentí que todo parecía estar mal en aquella escena. Porque aunque lloraba en silencio y le temblaban las manos, estaba serena, entera. Yo podía razonar con la Loretta desquiciada. La abrazaba, la calmaba y le ayudaba a dar el siguiente paso. Pero la Loretta que estaba junto a mí en aquel momento, diciéndome minutos antes de nuestra boda que no podíamos casarnos, era una desconocida. Demasiado fuerte. Tanto que conseguía que, por una vez, yo fuera el débil de los dos.

—Me habría gustado que anoche hubieras podido verte a ti mismo —susurró—. Te quedaste sin respiración cuando te la encontraste en el *lobby*. Y cuando os abrazasteis...

—Es mi mejor amiga —atajé, tenso.

—Es una parte de ti.

No podía respirar. Me desabroché el cuello de la camisa. Justo algo así había hecho la noche anterior cuando Oriana anunció que volvía a España. «¿A Barcelona?», quise

gritarle. «¿Qué esperas encontrar en el lugar que abandonaste? Nada de lo que imaginas existe ya.»

En lugar de eso, me había marchado al baño.

No había podido dormir en toda la noche.

—Teddy... —Loretta se acercó a mí y me acarició la mejilla—, lo que quiero es alguien que me mire como tú miras a Oriana.

Alcé mis ojos hacia ella.

—Pero es que yo no quiero estar con Oriana. Quiero estar contigo. Quiero *casarme* contigo. Te lo he pedido a ti, no a ella.

—No puedo vivir pensando que una palabra suya puede llevarte lejos de mí.

—Eso no va a ser así.

—No puedo vivir con la duda, Teddy. ¿Puedes jurarme que lo nuestro está acabado para siempre?

—Loretta... —No pude contestarle. No pude y, en el día de hoy, no sé por qué. Posiblemente porque lo mío con Oriana no estaba acabado. Esa parecía ser nuestra condena. No culminar, consumir, concluir, finalizar, cerrar. No llegar a ser. Estábamos atrapados en un quizá.

Me froté la cara. Iba a vomitar.

—Teddy..., ¿no lo ves? Me matas.

—Dijiste que podía tenerla en sueños, pero que tú estarías para siempre entre mis brazos.

—Ella no vive en tus sueños. Ella está en cuanto abres los ojos.

El silencio nos envolvió durante unos instantes.

Me odié tan fuerte a mí mismo..., porque llevaba toda la vida esperando que alguien me viera, me comprendiera, y lo había encontrado. Loretta me entendía. Lo había hecho desde el principio. Había respetado mis agujeros, dejándolos simplemente ser, sin intención de rellenarlos.

Había querido eso que teníamos, había querido conservarla a mi lado, aunque no a cualquier precio.

—Pero yo te quiero... —Me puse de pie y la abracé con toda mi alma.

—Yo también te quiero, Teddy. Pero no tengo amor suficiente para vivir así. Me quedaría sin nada para mí misma.

Una lágrima me aflojó el nudo de la garganta. Ella la limpió con cuidado.

—¿Qué puedo hacer? —pregunté.

—No insistas. Deja que me vaya. Bajaré a dar la cara, pero...

Pensé en toda la gente que nos esperaba abajo. Su familia. Sus padres, sus tíos, sus primos, sus amigos de la infancia, del trabajo, de las juergas...

De mi parte, solo los más allegados habían podido viajar a Cracovia. Mi familia inmediata, algunos parientes, Edgar, Fra, Oriana.

—Lo haré yo —le prometí.

Loretta no intentó disuadirme de aquello. Solo me dio un beso en los labios y después me acompañó a la puerta.

—Adiós, Teddy.

Me vi a mí mismo, con mi traje de novio, en el pasillo del hotel y solo podía pensar en gritar, fumar y dormir.

Pero se lo había prometido, así que bajé por el ascensor sin ser consciente de nada, ni del ruido, ni de la gente, ni de mis pasos. Llegué a la sala anexa al salón donde tendría lugar la ceremonia. Allí me esperaban Sabrina y mi madre, que me acompañaría al altar.

—Cariño, por fin llegas. —La sonrisa de mamá se desdibujó en cuanto vio mi expresión.

—La boda se cancela. Loretta me ha dejado.

Sin esperar a que ellas consiguieran articular palabra, entré en el salón y pronuncié las mismas frases que le había dicho a mi familia. «La boda se cancela. Loretta me ha dejado.»

Acto seguido, me dirigí al ascensor y subí a la *suite* nupcial. Había memorizado el código la noche anterior para

no perder el tiempo cuando tuviera a mi esposa en brazos. Entré con las manos vacías, el corazón apagado, el estómago encogido.

La cama estaba llena de pétalos blancos. Había muchos detalles preparados para recibir a una pareja de recién casados.

Los ignoré todos menos la botella de champán, que abrí como pude para bebérmela en el suelo, mirando, a través de la ventana del balcón, cómo fuera caía la nieve.

Perdí la noción del tiempo hasta que llamaron a la puerta. Tres golpes seguidos. Era Sabrina. Le abrí sin mediar palabra y acabó sentada junto a mí, compartiendo la botella.

—Soy patético —murmuré.

—No eres patético, Teo.

—Ni siquiera podíamos permitirnos una boda como esta. Pero a ella le hacía tanta ilusión... Hubiera dado mi vida por verla sonreír.

—Papá y mamá se encargarán de los gastos si hace falta. No te preocupes por eso.

—Genial... Patético, fracasado y debiendo pasta a mis padres.

Reí. Empezaba a estar borracho. Sabrina me miró a los ojos.

—¿Qué ha pasado?

—Que estoy maldito —respondí—. Me doy hostias contra la misma pared una y otra vez, viva donde viva, esté con quien esté. Es una puta pesadilla.

Sabrina asintió como si comprendiera exactamente mi situación.

—Supongo que ponerle cara a un fantasma puede cambiar la perspectiva de la gente.

—Debería haberla sacado de mi vida cuando tuve la oportunidad.

Ambos guardamos silencio. Mi hermana me quitó la botella y dio un trago largo. Sospeché que solo bebía para

restringir la cantidad de alcohol que pasaría a formar parte de mi sistema.

—¿No dices nada? —le pregunté.

—No creo que haya nada que pueda decir. Solo quiero escucharte y acompañarte.

—Te lo agradezco, Sabri. Pero quiero estar solo.

Mi hermana me miró unos segundos y después asintió. Me dio un beso en la cabeza y dejó frente a mí un paquete de galletas saladas que supuse que había cogido de ese banquete que nunca se serviría.

Me comí un par y después me quedé dormido en el suelo, sobre la moqueta color crema.

Cuando me desperté, seguí bebiendo y comiendo por inercia. Las horas pasaron y, cuando ya era noche cerrada, busqué mi móvil en la chaqueta del traje, que había tirado en algún momento al suelo.

Estaba lleno de notificaciones que ignoré. Localicé el contacto que quería. Un sonido llenó la línea.

—¿*Teddy boy*?

—Ed, necesito un favor.

Mi amigo suspiró. Chasqueó la lengua y dijo:

—Su número de habitación es el 305. Hace un rato que Fra ha hecho los deberes.

—Gracias. —Dejé escapar el aire.

—Oye, no hagas más tonterías y fóllatela de una vez. Te lo digo en serio. Acabad con esto o terminaremos visitándote en un monasterio perdido entre las montañas de la Hungría rural.

Colgué sin mediar palabra y me puse en pie. Me lavé la cara, me mojé el pelo y respiré hondo.

Salí al pasillo en busca del ascensor y, pocos minutos después, toqué a su puerta.

No esperaba que me abriera tan pronto como lo hizo. Tampoco esperaba que aún llevara aquel vestido azul pálido que había escogido para lucir en mi boda. Estaba descalza. Tan guapa e irreal, tan inalcanzable...

—Teo, ¿estás bien?

—Estoy de puta madre. ¿Y tú?

Entré en su habitación sin esperar a que me invitase a hacerlo. Me paré en el centro de la estancia. Su maleta estaba apoyada en un rincón, con la cremallera a medio abrir, como un recordatorio de que solo estaba allí de paso.

—¿Yo? —repitió, perpleja.

—No tendrías que haber venido.

—Me invitaste tú.

Me acerqué más a ella.

—¿Querías que pasara esto? ¿Querías que mi boda se fuera a la mierda? ¿Que hiciera el ridículo? ¿Que me dejasen plantado en el puto altar?

La vi tragar saliva. Respiró despacio y se encaró conmigo, sus ojos noche y los míos mirándose desde un mismo plano, en el aquí y el ahora, por encima del bien y del mal.

—No voy a dejar que me hables así —me advirtió—. Vine porque entendí que si me lo pedías era porque querías que estuviera. ¿Crees que yo quería cruzar medio mundo para ver cómo te casabas?

—Me has jodido la vida.

—¿Cómo puedes decirme eso? Yo no tengo la culpa de todo lo malo que te pasa.

—Sí. Sí la tienes. Ojalá no te hubiera conocido, Oriana. Si pudiera cambiarlo, lo haría. Desde el principio has sido un problema.

—Eres un gilipollas —espetó—. Sal de mi habitación. Ya.

Le temblaba la mandíbula. Parecía que tenía miedo. Pero ¿de qué? ¿De mí o de ella? ¿De esa corriente eléctrica que creábamos y que no éramos capaces de controlar?

Entonces lo entendí. Hacía años que Oriana no se encontraba con esa versión de mí. El Teo que utilizaba sus secretos, sus sombras y el dolor que me había mostrado para hacerle daño a conciencia, como una daga de criptonita, un jaque mate, una jugada maestra para verla

retorcerse porque su dolor me aliviaba, hacía que no me sintiera tan en desventaja.

Y entendí también que quería que me marchara para que no la viera romperse, porque a ella no le gustaba que la viesen llorar y estaba a un paso de hacerlo.

Me sentí mal. Repugnante. Un gusano.

Caí al suelo de rodillas, frente a ella. Como el devoto que peregrina descalzo hacia el santo al que reza todas las noches y le hace una ofrenda a cambio de que cumpla su ruego.

—¿Qué quieres de mí? —Me abracé a su cintura.

—Suéltame, Teo.

—¿Qué quieres de mí?

—No quiero nada de ti. Jamás te he pedido nada. Nunca.

—Lo sé. Ya lo sé, joder.

La abracé más fuerte. Eso era lo peor. Que Oriana nunca me había necesitado y yo necesitaba desesperadamente que lo hiciera. Me posicionaba como su protector porque no sabía ser otra cosa, porque temía no poder ser otra cosa para ella.

Nunca me he sentido tan roto como en ese instante, cuando lo entendí.

Froté la mejilla contra su vientre. Después dejé un beso triste allí, a través de la tela de su vestido, y sentí sus manos perderse entre los mechones de mi pelo.

Sollocé.

Oriana se arrodilló frente a mí, para quedar a mi altura y volver a mirarme a los ojos en ese nuevo plano, en ese aquí y ese ahora.

—No quiero sentir esto. —Me quemaba todo.

—Ya lo sé —respondió—. Yo tampoco.

Nos miramos a los ojos y no pudimos evitarlo. La besé. O me besó ella, no lo sé. Nos besamos, los dos. Y sentí. Lo sentí todo explotándome dentro. El deseo, el amor, el odio, la frustración, el desengaño, el dolor y la nostalgia.

Nos comimos como locos, rodando por el suelo de la habitación, yo abajo, ella encima. Durante minutos. Horas, quizá.

La besé con todas mis ganas y mi amor y mi angustia.

Metí las manos por debajo de su vestido, le toqué la piel y le rasgué las bragas sin pensar en lo que hacía. Ni en quiénes éramos. Ni en que ese día yo debería haberme casado con otra persona. En nada. Solo quería abrazar esa sensación, bebérmela, guardarla conmigo. Guardármela a ella.

Oriana gimió mientras me desabrochaba los pantalones y descubría lo duro que estaba, el deseo intenso y profundo que sentía por ella, que me palpitaba por todas partes.

Pensé que ocurriría. Pensé que nada podía romper aquel instante.

Pero entonces la realidad se precipitó desde uno de mis bolsillos e impactó contra el suelo.

El ruido seco del objeto que guardaba fragmentó el silencio que nos había acompañado hasta entonces y llenó la habitación de Oriana.

La burbuja se rompió.

Recobré el sentido común y la adrenalina del momento se redujo.

Continuamos besándonos, pero mucho más despacio.

Ya no había hambre. Solo la cadencia de lo inevitable.

—Haz que pare, por favor —le supliqué, hablándole a su boca—. No puedo seguir así.

«Así. Cargando más errores. Así. Elevándote a ti. Relegándome a mí.»

Oriana se detuvo en el acto porque entendió.

Entendió perfectamente. Entendió que tenía que ser ella.

Descendió de mi cuerpo y se tumbó a mi lado sin hablar. Nos dimos la mano. Y nos escuchamos el uno al otro respirar. Solo eso. Respirar...

—Necesito que desaparezcas —dije. No quería mirarla.

—Pero te prometí...

—Cambia de promesa. Prométeme que me dejarás marchar.

—Pero... ¿para siempre?

¿Para siempre? Sentí pavor solo de pensarlo. ¿Ese para siempre incluiría los sueños? No sabía si podría soportarlo.

—No lo sé, Ori. Dame tiempo.

Ella asintió y soltó un suspiro hondo, denso.

Me incorporé antes de cambiar de opinión. Busqué con los ojos la caja de madera que se había escapado de mi bolsillo, la que contenía las alianzas de un matrimonio que no ocurrió.

Después me puse de pie, sintiéndola a mi espalda.

Le dediqué una mirada llena antes de cruzar la puerta y Oriana solo volvió a asentir.

Salí de su habitación. Salí de su vida.

2017

Oriana

En enero lloré todos los días. Los que marcaba el calendario y alguno más.

En febrero llegaron las cartas con las convalidaciones de las universidades. Solo me habían contestado la de Valencia, la de Salamanca y la Complutense de Madrid. Si aprobaba todo ese semestre, podría empezar en septiembre matriculándome en, aproximadamente, ocho asignaturas de sexto y cinco que quedarían pendientes de otros cursos. Era asumible.

Maddie vino a verme y me dijo que me prestaría el dinero que me hiciera falta. Que si lo hizo por una madre que no ejerció como tal, lo haría por la hermana que le había regalado la vida. Sonreí. Sonreí de verdad.

Me pasé el mes de abril en la biblioteca, memorizando sin cesar. El estudio fue mi único compañero.

Una mañana de mayo, recibí una invitación que no esperaba. Andreu y Sabrina se casaban después de ocho años de relación y una hija. Se querían tanto que querían gritarlo en una finca a las afueras de Barcelona, rodeados de su gente.

Eché la preinscripción en las tres universidades españolas en cuanto abrieron el plazo. Llamé a mima y a tía. Les pedí que fueran a ver a Miguelito. Necesitaba a los santos de mi lado.

En julio llegaron dos cartas. Me habían aceptado en la Complutense y en la Universidad de Salamanca. Debía personarme en el plazo de dos semanas para formalizar la prematrícula. Viajé a Tallahassee en agosto para despedirme de Maddie, Eva y tío.

Sentí calma, la calma que me producía el ser capaz de elegir.

Era la tercera vez que cambiaba de país, pero la primera que lo hacía con la seguridad de que era lo que quería.

Los tres me abrazaron. Me desearon suerte.

La vida en Salamanca era diferente. Transcurría a otro ritmo. Las clases eran más auténticas, y la gente, más cercana. No extrañé Baltimore ni la Facultad de Medicina más importante de Estados Unidos. Cambiaba todo aquello por la vida real.

Una tarde de octubre, el móvil me tembló en las manos cuando decidí escribir el mensaje.

«En unas semanas coincidiremos en la boda de Sabrina. Quizá deberíamos vernos antes para evitar tensiones ese día. El próximo viernes iré a Barcelona por un congreso. Mi coche compartido de regreso sale a las 19.30. Te esperaré en la estación de Sants desde las 18.30, en el puesto de flores de la entrada.»

Le di a enviar y aguardé una respuesta que sabía que no llegaría.

Teo

Aquel invierno los recuerdos resbalaban por las paredes de la casa en la que había vivido con Loretta. Sus cosas ya no estaban. Las sacó el mismo fin de semana de nuestra boda.

No me cogía el teléfono. El presente era negro. Necesitaba una brújula que brillara en la oscuridad y que marcara la dirección que tocaba seguir. No lo sabía. De nuevo, no me encontraba.

En marzo, promocionaron a *team leader* a un compañero mucho menos preparado que yo. El cabreo me sirvió de excusa para tomar la decisión. Supongo que ya no tenía razones que sostuvieran mi vida en Cracovia, pero necesitaba eso, un pretexto, un salvoconducto.

Cogí aire y llamé a mi hermana.

El primer fin de semana que comimos en casa de mis padres tras mi vuelta oficial, Andreu y Sabrina anunciaron que se casaban. Me alegré infinitamente por ellos.

Después salí al jardín a coger aire. Unos pasos me siguieron.

—Por favor, no me pidas que no la invite a la boda.

—Nunca te haría eso, Sabrina. Ni a ella tampoco.

Estando aún en Cracovia, había empezado un proceso de selección a través de una consultora.

La primera entrevista fue online, y la segunda, en la oficina que tenían en la Diagonal. Cuando en mayo me comunicaron que pasaba a la fase final con el cliente, me dijeron el nombre de la compañía: era la empresa que dirigía mi padre desde hacía más de quince años. Una multinacional con sede en Barcelona que fabrica y distribuye al por mayor paneles de corcho.

Debí haberlo imaginado.

Respiré hondo y rechacé el puesto. Después, llamé a mi padre para explicarle por qué iba a dejar a su equipo de recursos humanos plantado en una entrevista. La casualidad me sirvió como excusa para tener una charla con él acerca de mi currículum profesional por primera vez en mi vida. Incluso pareció interesado en lo que le contaba.

A mediados de junio, mis abuelos nos citaron a mí y a Sabrina para comer en su casa, en Sarrià. Nos comunicaron que nuestro padre había renunciado a su herencia en vida para que automáticamente pasase a nosotros. La acepté, pero no sabía cuándo estaría preparado para hacer uso de ella. A pesar de que seguía cobrando el desempleo polaco, llevaba un par de meses viviendo en el cuarto de invitados de mi hermana y Andreu.

Esa tarde, en el metro, pensé en comenzar a mirar pisos de alquiler.

En agosto empecé a colaborar como externo con una *start-up*. Me pagaba la cuota de autónomo porque en mi plan entraba coger más proyectos de diseño gráfico. Era un camino duro, pero me gustaba la idea de ser libre.

Laia cumplió dos años aquel 6 de septiembre. Lo celebramos con una fiesta en el jardín de mis padres.

Por la noche, miré las estrellas. La constelación de Orión brillaba en lo alto mientras yo me balanceaba en el

columpio, rozando la hierba con los dedos de mis pies.

Era octubre y faltaba poco para la boda de mi hermana. Vi a Ori donde me dijo que esperaría. A la hora exacta, entre flores. Con vaqueros, americana y unas zapatillas blancas.

La contemplé durante un buen rato.

Seguía doliendo.

Pasé de largo.

Oriana

Sabrina y Andreu se casaron en pleno mes de noviembre en unos jardines donde podías escuchar el sonido del mar de fondo.

La ceremonia la ofició el hermano de Andreu y fue íntima y bella, narrada por alguien que había acompañado a los novios en cada etapa de su camino y que, con la huella de sus pasos, había compuesto oraciones para relatar su historia en el día de su boda.

Aparte de él, de los cien invitados solo intervino Teo.

Habló de lo mucho que admiraba a Andreu como persona, compañero de vida y padre. Y habló de cuánto quería a su hermana: «Sabrina es. Siempre ha sido, desde que llegué al mundo. Y, por más años que pasen, sé que siempre será. Esa es la suerte de mi vida, porque no quiero recuerdos en los que no esté ella ni me interesa un futuro del que no forme parte».

Fueron esos minutos, mientras tomó la palabra en la ceremonia, los únicos que tuve para mirarlo sin sentirme culpable por faltar a mi promesa de dejarlo marchar. Vestía un traje azul marino, camisa blanca y una pajarita roja. Seguía llevando el pelo y la barba largos, pero más arreglados, en armonía. Su voz tenía una cadencia irregular, como si la emoción tirara de sus cuerdas vocales y transformase su frecuencia, su tono, su intensidad.

Vibré solo con observarlo. Todo él seguía agitándome. Y a mí, que estaba a punto de convertirme en médico, me seguía fascinando el hecho de que una persona que ni te

mira ni te toca consiga alterar los movimientos de sístole y diástole de tu ciclo cardiaco. En consecuencia, el oxígeno se distribuye diferente.

Las reacciones químicas de mi cerebro también habían cambiado. Estar cerca de Teo desencadenaba un efecto dominó en todo mi organismo y la ciencia por sí sola no tiene forma de explicarlo. Por eso me asustaba tanto sentir aquello, porque si no podía entenderlo, tampoco podía controlarlo.

Aunque luego miraba a los novios darse el sí quiero y pensaba que ellos parecían estar en paz, que habían abrazado aquel conjunto de sensaciones que ninguna disciplina científica puede medir.

Y asomaba la esperanza.

El cóctel tuvo lugar tras la finalización de la ceremonia y la firma del acta matrimonial, en una de las dos carpas que había preparadas.

Recuerdo que Laia corría por el lugar, custodiada por Teodoro padre, mientras Sabrina y Andreu abrazaban a toda esa gente que estaba acompañándolos en su gran día. Una banda de *jazz* formada por dos chicos versionaba canciones en directo.

En un momento muy concreto, Teo y yo cruzamos una mirada fugaz. Mis labios se curvaron, a modo de sonrisa, y él lanzó una chispa de reconocimiento. Ese breve instante fue suficiente para mí y pude seguir con la celebración, bebiendo vino, probando la comida y sonriendo.

Cuando conseguí acercarme a los novios, Sabrina ya se había deshecho de una pieza del vestido. Iba cómoda y ligera, a la altura. Así era ella. Sabía qué tipo de persona quería llegar a ser y lo había conseguido. Lo había hecho todo a su manera, sin saberse decepción porque sabía que la decepción ocurre en la cabeza de los otros y habla de ellos, no tiene que ver con uno mismo.

Y yo la admiraba. Con total honestidad.

—Enhorabuena a los dos —les dije en medio de un abrazo sentido—. Me alegro de poder compartir vuestra felicidad.

—Gracias por estar —respondió Sabrina.

—No. Gracias a ti por ser —dije yo, y enseguida fui consciente de que estaba parafraseando a Teo.

Sabrina también se dio cuenta y sonrió.

—¿Habéis hablado?

No contesté porque no había respuesta. No habíamos hablado, pero sí lo habíamos hecho. En un idioma de código difuso, sin palabras.

Así que solo sonreí y me deslicé nuevamente entre los invitados, permitiendo a la pareja que había detrás de mí que tuviera su momento con los novios. Conversé con algunas personas que había visto alguna vez en el pasado; también con Isabel y Teodoro, que me presentaron a la familia de Andreu y me hicieron sentir integrada.

Con Teo no crucé palabra, pero en ese universo imaginario donde lograba comunicarme con él le conté muchas cosas...

«Vivo con dos estudiantes más jóvenes que yo. A ellos les pagan el piso sus padres, yo tiro de préstamos.»

«He dejado de castigarme acostándome con hombres a los que nunca dejaré que me quieran.»

«Arrastro muchas heridas. A veces creo que alejándome de lo que conozco las olvidaré, pero vienen a mí cada noche cuando cierro los ojos.»

«Vivo reinventándome porque siempre tengo la sensación de no ser suficiente, de que falta algo.»

«Echo de menos tenerte, que suene mi móvil y que seas tú, que me escuches. Pero te echo mucho más de menos a ti, que estés.»

«Me das miedo. La forma en que me miras, también que me quieras y lo que esperas de mí.»

También había muchas preguntas que quería hacerle.

¿Cómo te sientes al haber vuelto? ¿Has perdonado a tu madre? ¿De qué habláis tu padre y tú cuando os quedáis a solas? ¿Existe alguien en el mundo que te haga temblar? ¿Sigues dibujando esas historias que quieres contar? ¿Te gusta tu trabajo? ¿Sabes cuánto amor me costó dejarte ir en aquella habitación de hotel? ¿Sabes el alivio que sentí cuando cerraste la puerta?

Teo

La distancia, a veces, se mide en palabras y no en las unidades que marca el sistema de longitud internacional. La distancia entre Barcelona y Salamanca es de ochocientos cuarenta y dos kilómetros. Es un espacio factible de recorrer en un periodo razonable de tiempo. Mucho más que el que existe entre Barcelona y Tallahassee. O Cracovia y Tallahassee. O Cracovia y Baltimore.

Si lo comparas con la distancia entre dos personas que han acudido a la misma celebración y a las que solo separan unos metros, tardas poco en darte cuenta del peso que tienen las excusas, el rencor, el daño y el orgullo, cuyo poder refuerza esa distancia que solo existe en tu cabeza.

Oriana había acudido a la boda de mi hermana como siempre supe que haría, y me parecía bien. Me alegraba que estuviera allí, pero eso no significaba que estuviera preparado para verla.

No lo estaba. O no quería estarlo. No sabía bien la diferencia.

Su presencia me resultaba confusa, sobre todo porque llevaba casi un año tratando de olvidar que habitaba el mismo mundo que yo.

No se había acercado a mí en lo que llevábamos de boda, se había limitado a observarme de lejos, pero lo entendía. Me había mandado dos mensajes desde la última vez que nos vimos: uno por mi cumpleaños y otro para aquella

especie de encuentro que propuso en la estación de Sants, solo unas semanas atrás.

No había contestado a ninguno de los dos. Sin embargo, desde que habíamos coincidido en los jardines horas atrás, no podía dejar de mirarla. Intentaba hacerlo a escondidas, sin que nadie se diera cuenta, especialmente ella. Sospecho que no lo conseguí.

—¿Con quién estás enfadado, cariño? ¿Con Oriana? ¿Con el mundo? ¿O contigo?

Mi madre se había acercado a donde yo estaba sentado, en una silla algo apartada, con Laia, que empezaba a estar cansada.

—¿A qué viene eso?

—No voy a entrar en el juego, hijo, ambos sabemos de qué estoy hablando.

Se sentó a mi lado y acarició la cabeza de su nieta.

—Te quiero mucho, Teo —dijo de pronto—, y no me gusta verte cargar con ese dolor que se refleja en tus ojos. Pero, precisamente porque te quiero tanto, me gusta menos aún que, en vez de aprender a manejarlo y digerirlo, lo lances contra quien no toca.

—Mamá...

—No es justo para ella. No hace falta que le pidas un baile o que os toméis una copa como si nada. Pero de ahí a no dirigirle la palabra en todo el día como si no fuera nadie... hay un mundo.

Me quedé clavado en el sitio, con las manos algo temblorosas y el resto del cuerpo en tensión.

Laia se movió, como si hubiera percibido mi incomodidad.

—*Quero* mamá —susurró con su lengüita de trapo.

—Claro. Vamos, mi vida.

Mi madre cogió a mi sobrina y las vi dirigirse hacia el otro lado del jardín, donde Sabrina y Andreu bailaban abrazados.

La gente seguía la fiesta. En ese momento, la banda interpretaba una canción de Barry White. De nuevo, me encontré buscando a Oriana con la mirada.

Bailaba en la pista con un par de amigas de mi hermana. Me gustaba el vestido color coral que llevaba. Me gustaba cómo se movía. Me gustaba lo que fuera que se hubiera hecho en el pelo para que de aquel moño cayeran sus rizos traviosos. Me gustaban su sonrisa y esa forma de sostener la copa. Me gustaba que, pese a todo, no me hubiera mandado a la mierda.

Me levanté después de lo que debió de ser más de media hora mirándola, cuando reparé en que se retiraba a consultar su teléfono.

La encontré en un banco algo apartado. El respaldo estaba plagado de leds blancos y enredaderas.

—Hola —susurré, tratando de no asustarla, cuando estuve lo bastante cerca.

Ella alzó la vista y tragó saliva. No sé si la pillé desprevenida o si llevaba un rato esperando que me acercara.

—Hola.

Vi cómo guardaba el móvil en su bolso mientras yo tomaba asiento a su lado. Me taladró con sus bonitos ojos perfilados.

—Se ha quedado buena noche, ¿no? —dije—. Daban lluvia... Han tenido suerte.

—Bueno, me gustaría pensar que he tenido algo que ver. Clavé un cuchillo en una maceta.

—¿Cómo?

—Dicen que si clavas un cuchillo en la tierra pospones la llegada de la lluvia. Podría ser casualidad, aunque nunca lo sabremos con seguridad.

Sonreí sin poder evitarlo y después retiré la mirada de la suya. Eché un vistazo al frente, donde quedaba la carpa y la fiesta continuaba sin nosotros.

—Siento no haberme acercado —dijo—. No sabía si...

—Soy yo el que te debe una disculpa. —Volví a mirarla.

—Vale.

Tomé una bocanada de aire y comencé a hablar.

—Siento mucho lo que te dije la última vez que nos vimos. No me arrepiento de haberte conocido. Lo dije porque, a veces, me da rabia que existas. Es jodido seguir adelante sabiendo que hay alguien ahí fuera que es todo lo que deseas. Y no es justo para mí, ni para ti, ni para esas personas que aparecen en mi vida y que de antemano sé que han perdido la batalla, que no tienen nada que hacer.

Me detuve. Oriana parecía evitar pestañear, como si por nada del mundo quisiera perderse los gestos que cruzaban mi rostro, el recorrido del aire que se me atascaba en la garganta. En el cielo brillaban las estrellas. La brisa marina hacía bailar las hojas de los árboles.

Me aflojé la pajarita. Después añadí:

—Estoy intentando aceptar que no es culpa tuya, sino mía. Y no sé qué voy a hacer cuando por fin lo consiga. No sé si querré tener algo de contacto contigo, si querré ir a por todas o si no querré volver a verte. No lo sé, Ori. Y lo siento.

Oriana asintió. Solo asintió. Y pensé que la conversación quedaría así. Sus zapatos de tacón se hundían en la hierba. Deslicé la mirada por sus piernas, por la tobillera dorada de la que colgaba un reloj de arena. Sentí un tirón en el estómago.

—¿Puedo decir algo? —preguntó.

—Claro.

—Yo también te debo una disculpa. Siento tener tanto miedo de ti. Siento haberte alejado todas las veces que lo he hecho por esta necesidad de poner distancia cada vez que nos acercamos. Siento lo mucho que me aterra que me quieras, Teo, porque no puedo ni pensar en la posibilidad de destrozarte cuando descubras que soy todo humo. Y también siento que, si algún día quieres volver a buscarme, quizá siga sin estar preparada.

Algo se agitó dentro de mí. Empezó en la cabeza y explotó en los dedos de mis pies. Algo instantáneo, fulminante. Como una estrella fugaz, de esas cuyas puntas pinchan y queman.

—Bueno..., como historia de amor imposible, la nuestra no está nada mal —dije despacio, y la noté sonreír.

—Es la mejor de todas, ¿sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque tú y yo siempre seremos, Teo. De la forma que sea.

Sonreí para mí. No asentí, no confirmé. Solo exhalé y miré al cielo. Perdí allí la vista unos minutos. Después me levanté.

—Adiós, Ori.

Nunca supe si respondió a mi despedida. Tampoco me giré para volver a mirarla.

2018

Oriana

Eva y yo caminábamos por la plaza Mayor de Salamanca. Era una noche de final de primavera en la que la temperatura había refrescado considerablemente desde la puesta de sol.

—Gracias por haber venido —le dije mientras avanzábamos entre terrazas, buscando alguna libre en la que poder cenar.

—¿Cómo no iba a venir, mi reina? Eres mi única hija y acabas de graduarte como médico.

—Bueno, todavía me queda un examen de recuperación.

—Eso lo tienes hecho. ¡Anda *pa'lante*, chama!

Sonreí por esa confianza que mostraba en mí, cuando jamás se había preocupado demasiado por mis estudios.

—De verdad te agradezco que hayas venido —insistí.

—Enrico es un buen compañero de viaje. Quería conocer España y luego enseñarme su tierra. Él nació en Florencia, te lo había dicho, ¿no?

Enrico era su novio del momento, un abogado italiano afincado en Florida desde hacía diez años. Era algo más joven que Eva y estaba tan prendado de ella que le había regalado aquel viaje para asistir a la graduación de su hija, a la que aún no había conocido.

Eva nos había presentado esa misma tarde, minutos antes de la ceremonia. Enrico había querido acompañar a

mi madre y, al finalizar, se había retirado al hotel para dejarnos algo de intimidad.

Después de una década de relaciones sin sentido y trabajos en los que apenas duraba unos meses, Eva parecía haberse asentado a su manera.

—¿Eres feliz? —le pregunté.

—Él me hace feliz —respondió sonriendo—. ¿A ti hay alguien que te haga feliz?

—¿La vida no va de saber hacerse feliz a una misma? —repliqué.

—Esa frase parece de mima. —Sonrió—. Pero seguro que me has entendido, mi reina.

Hice un asentimiento y miré a mi alrededor, como si entre la gente que se resguardaba de la rutina en la plaza, frente a una cerveza, se encontraran las palabras adecuadas.

—He empezado a salir con alguien —anuncié—. Solo nos hemos visto dos veces fuera de la facultad.

—¿Fuera de la facultad?

—Es catedrático de Histología, dirige el departamento —expliqué—. Ha sido mi profesor hasta hace poco.

Le hablé brevemente del doctor Gonzalo Megías. De que el interés mutuo se hizo evidente durante las tutorías, pero que ambos entendimos que no era el momento ni el lugar. De que contactó conmigo veinticuatro horas después del cierre de acta de su asignatura y me invitó a salir. De que, hasta la fecha, solo habíamos ido a ver una exposición de fotografía y a la inauguración de la bodega de un conocido suyo. Pero había algo.

Algo. Así se lo resumí a Eva.

Para cuando finalicé con los detalles, ya nos habíamos sentado en una terraza donde servían la tapa recientemente declarada como «la mejor de la ciudad».

—Tengo algo para ti. De parte de Maddie. —Eva sacó un sobre de su bolso cuando el camarero nos dejó dos copas de vino blanco.

Era una carta escrita del puño y letra de mi amiga en la que me felicitaba por haberme licenciado en Medicina y me recordaba que la vida era el camino, no una meta.

Adjuntaba un billete de avión en blanco: «Para que yo vaya a verte, para que tú vengas de visita, lo que sea, pero nos debemos un reencuentro».

—La echo mucho de menos. —Tragué un nudo mientras guardaba la hoja que contenía las palabras de mi amiga.

—Es una buena chica. Tuviste suerte de encontrarla, mi reina. Tú nunca has tenido grandes amigos. Solo aquel chico con el que ibas al instituto... ¿Qué fue de él? ¿Lo has vuelto a ver? ¿Cómo se llamaba?

—Teo. —Se me contrajo el estómago, no solo por la mención de su nombre, sino porque las palabras de Eva me incomodaron.

Era cierto que siempre había tenido dificultades para mantener los vínculos que me unían a las personas. Pensé en Sheila y Nerea, las amigas que hice durante mis años de instituto. En algunos compañeros de la Universidad Estatal de Florida. En Max y Taylor, mis compañeros de Johns Hopkins, de los que me había despedido un año atrás sin mucha explicación por mi parte. La excepción que confirmaba la regla, en mi caso, era Maddie. Y Teo, aunque no era lo mismo.

—Ah, sí, Teo... —dijo Eva—. Recuerdo que te organizó aquella fiesta de quince... Siempre pensé que estaba bien *cogió* por ti. ¿No se han vuelto a ver?

Asentí.

—Hemos mantenido el contacto todos estos años. Él vivió un tiempo en Polonia. Regresó a Barcelona hace poco.

—Vaya. Y tú ahora estás de nuevo en España, mira tú *pa'eso*. La de vueltas que da la vida... —Desvió unos segundos la mirada, pensativa—. Aunque me alegro de que eligieras como ciudad Salamanca, y no aquella zona...

—Te comenté que Alonso ya no vive allí, ¿no? Escuché que se había mudado a Huelva o alguna ciudad del sur.

Eva se estremeció solo con escuchar el nombre del que fue su marido.

—Puede ser. Tenía familia por allá. Pero aun así... Mejor evitar sorpresas.

Asentí y di un trago a mi bebida.

—Te agradezco mucho lo que hiciste, mamá. Venir conmigo al consulado para renovar mi permiso de residencia y todo eso. Sin ti posiblemente seguiría en esa universidad horrible...

—Te lo debía, ¿no?

—Supongo —respondí, porque no tenía sentido negarlo para sostener esa culpa agazapada al fondo de su mirada. Mi madre había fallado en muchas cosas, pero no dudó cuando le pedí que me acompañara para arreglar mis papeles.

—¿Sabes? Ahora que ya pasó el tiempo y tengo otra visión de las cosas, me doy cuenta de que fue una decisión terrible llevarte conmigo a España. Tú eras feliz en Cuba, con mima, con Clarita, y yo te saqué de allá y te arrastré conmigo a aquel infierno.

Recuerdo que aquellas palabras, que no esperaba escuchar produjeron un nudo denso en mi garganta que se fue escurriendo por mi pecho y mis costillas.

—¿Puedo..., puedo preguntarte por qué lo hiciste entonces? Lo tenías muy fácil para dejarme allí con ellas.

Eva asintió, como si llevara muchos años preparada para darme una respuesta.

—La culpa y el ego, Oriana. La culpa por no haber sido buena madre para ti y el ego por llegar a hacerlo mejor que mima. Ambas sabemos que nunca fui una madre ejemplar. Mima era la que lo sabía todo. Sabía cómo alimentarte, quererte y consolarte. Yo pensé que si te llevaba a España podría darte algo que ella no: comodidades, lujos, libertad. Allí llegaría a ser buena madre. Fui egoísta. Las alejé a las dos y traje desgracia a tu vida.

El aire me abandonó mientras integraba la declaración de Eva. Sus palabras llenaron huecos, vacíos.

Después imaginé una realidad en la que nunca abandonaba Cuba. Una realidad sin aterrizar en esa vida en el pueblo. Sin Teo, nuestras estrellas, nuestras fisuras. También sin Isabel, Sabrina, Maddie...

—No todo han sido desgracias, mamá. Las mejores cosas que me han pasado en la vida también fueron resultado de esa decisión. Hay cosas que no tienen que ser para que otras sí sean.

Eva me miró a los ojos, muy dentro, muy hondo, y, como si hubiera sabido reconocer esa frase como una de las muchas enseñanzas de mima, a continuación, con una sonrisa, dijo:

—Te has convertido en una persona increíble, mi reina. Ojalá pudiera decir que el mérito es mío..., pero no lo es.

—Gracias, mamá. Y gracias por estar aquí hoy.

—Bueno... Hablemos de cosas más alegres. Cuéntame cuáles son tus planes ahora.

Sonreí y le resumí mis siguientes pasos: una academia para prepararme el MIR, un examen en el mes de enero, elegir especialidad y hospital y aproximadamente cinco años de residencia.

Aún debía dedicar muchos años para llegar a ser médico especialista. Pero, como había dicho Maddie, la vida es el camino, no la meta.

Teo

Cuando recibí la llamada de mi agente me sentí extraño. Estaba contento, pero había un vacío. Llamé a mi hermana para darle la noticia y ella enseguida insistió en que teníamos que celebrarlo.

—Mañana Andreu está fuera, pero podemos merendar cuando salgas de la oficina y luego pasear cerca de la playa.

Y allí estábamos, con un granizado frente a nosotros mientras Laia pintarrajeaba un cuento infantil con lápices de colores.

—¿Entonces qué fue lo que te dijo exactamente?

—Que la editorial quiere publicar *Almacén de luciérnagas* en otoño. Y que van a mover hilos para adquirir los derechos de traducción de *El barrendero de estrellas* y poder proponerlo para el calendario editorial del año que viene.

Sabrina sonrió ampliamente.

—Estamos muy orgullosas de ti. —Miró a Laia—. ¿Verdad que estamos muy orgullosas del tío Teo?

Laia empezó a aplaudir y el cascabeleo de su risa se reflejó en los colores con los que aprendía a dibujar.

—Este es el azul, Laia —le empecé a explicar, trayendo a mi memoria conceptos como tono, saturación o luminosidad, que aprendí en esas clases de Bellas Artes en las que me colaba de manera clandestina—. Azul como el cielo, que brilla tanto que se refleja en el mar.

Le dibujé un sol y jugamos a plasmarle rasgos humanos. Ojos, orejas, boca y nariz.

Justo entonces una chica se paró a nuestro lado, pronunciando el nombre de mi hermana.

—¿Sabrina?

Ella se puso en pie y ambas se abrazaron. La chica me sonaba, pero hasta que la miré de frente no recordé de quién se trataba.

—Macarena, ¿te acuerdas de mi hermano?

Sentí un golpe. El recuerdo de esa noche en la que me echó las cartas. El frío helado calándome los huesos.

—Por supuesto. Hola, Teo.

—Hola.

—¿Cómo te va la vida?

—Bueno... —Me taraste el cerebro a los dieciséis hablándome de *alirezas*, esperas eternas y otras mierdas y, aunque mi vida por fin empieza a tener algo de sentido, me siento como si anduviera por ahí sin un jodido brazo. O sin una pierna.

Me rasqué la cabeza y Sabrina pareció detectar mi incomodidad.

—Voy a llevar a Laia al baño. Perdonadme.

Mi hermana cogió a su hija con la excusa de que llevaba poco tiempo sin pañal y que tenían que hacer visitas frecuentes al aseo.

Me quedé solo frente a Macarena. Tenía el pelo rojo largo, casi por la cintura, y sus ojos azules me miraban con tal intensidad que quise darme la vuelta y dejarla allí plantada. Me molestaba que alguien a quien solo había visto una vez, una década atrás, se sintiera con el derecho de observarme con ese descaro perturbador.

—Sigues esperándola, ¿no? —comentó sin tapujos.

Carraspeé. Como ocurrió la otra vez, algo me obligó a permanecer frente a ella y darle respuestas.

—Bueno, digamos que he decidido dejar de esperar.

—No caigas en la trampa. Estoy segura de que, inconscientemente, sigues buscándola.

—Vive en otra ciudad. Ya ni siquiera hablamos.

—¿Qué pasó?

—Ella. Yo. La vida. —Tragué saliva.

—Pero os seguís encontrando. ¿A que sí?

Me encogí de hombros.

—Me he cansado de verla marchar una y otra vez.

—Entonces encuentra la manera de que quiera quedarse.

Me quedé clavado en el sitio. Un huracán cerrado se instaló en mi estómago.

Sabrina y Laia aparecieron como por arte de magia.

—¿Todo bien? —preguntó mi hermana.

Macarena se agachó para darle un beso a la pequeña y luego dijo:

—Sí. Me voy ya. Me están esperando.

—¿Ya? Bueno, a ver si quedamos y nos ponemos al día...

—Sí. Tienes que contarme todo sobre la boda. Sentí mucho no poder asistir.

—No te preocupes. Y gracias, por cierto, nos encantó tu regalo.

Hablaron brevemente de cuándo podían cuadrar sus agendas para tomarse algo. Después se dieron un abrazo y Macarena se giró hacia mí.

—Hasta la vista, Teo.

—Adiós.

Un rato después, Sabrina, Laia y yo salimos a la calle. Caminamos buscando zonas de sombra en dirección a la playa.

—Estás muy callado —comentó mi hermana.

—Perdona.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Te ha dicho algo Macarena?

—No me gusta esa mujer.

—Es una buena persona. ¿Qué te ha dicho? ¿Otra vez el tema ese de las almas gemelas? ¿Cómo era la palabra?

—Sabri, déjalo.

—Es una buena persona —repitió—. Si te ha dicho algo, habrá sido con intención de ayudarte.

A unas cuantas calles de la playa, nos detuvimos en un portal para que Laia bebiera agua.

—Mira, se vende —dijo mi hermana alzando la vista hacia el edificio que teníamos enfrente—. ¿No has buscado por esta zona?

—Aún no he decidido si quiero comprar.

—Deberías, Teo, dicen que los precios están a punto de volver a subir. Además, ¿quién no querría comprar una casa aquí? Parece un buen sitio en el que quedarse para siempre...

Miré hacia arriba, hacia donde señalaba mi hermana, y sentí un calambrazo en la espalda.

Mi cabeza empezó a girar. Como una espiral. Una maldita espiral.

Y lo escuché. El clic.

Agosto

Teo

Imagino que te sorprenderá este mensaje, pero el día 1 de octubre se publica mi novela. Otra. Es una larga historia. Me gustaría que vinieras a la presentación. Si quieres, claro.

Oriana

Me examino del MIR en enero y tengo todos los días de la semana programados con temas que estudiar. No sé si podré.

Teo

Vale. Lo entiendo.

Teo

Ayer fui gilipollas. Perdóname. Más de nueve meses sin dar señales de vida y expongo mis deseos esperando que te amoldes a mi agenda.

Teo

¿Cómo estás?

Oriana

Estoy bien. ¿Y tú?

Teo

Bien también. ¿De qué va eso del MIR? No estoy muy puesto.

Oriana

Me examino del contenido de toda la carrera para poder escoger plaza en un hospital en el que pasar los próximos cinco años haciendo la especialidad que quiero, que es Medicina Intensiva.

Teo

Hostia.
¿Entonces ya eres médico?

Oriana

Bueno, soy licenciada en Medicina.

Oriana

¿De qué va eso de tu novela?

Teo

Desde hace unos meses, tengo una agente. Movi6 una historia que acab6 el invierno pasado y hay una editorial interesada en publicarme. Tambi6n quieren adquirir los derechos de traducci6n de *El barrendero de estrellas*.

Oriana

Enhorabuena, Teo. Me alegro much6simo.

Teo

Gracias, Ori. S6 que despu6s de todo lo que ha pasado puede parecerle extra6o que quiera que est6s en la presentaci6n, pero quiero.

Oriana

¿Seguro?

Teo

Seguro. Sin dramas. Sin intensidades.

Oriana

¿Puedo preguntarte por qu6 quieres que vaya?

Teo

Porque en la anterior presentaci6n apenas vino gente que me importase. Esta vez quiero que sea al rev6s: que est6n todos los que me importan. Y t6 me importas, Ori, a nuestra extra6a manera.

Teo

Tambi6n me he cansado de echar de menos a mi mejor amiga. S6 que mis razones pueden parecerle ego6stas, pero quiero ser sincero contigo.

Teo

Te echo de menos. Mucho.

Teo

Di algo, por favor.

Oriana

Yo también echo de menos a mi mejor amigo.
Mucho.

Oriana

Salí de la parada de Clot sintiéndome muy nerviosa. No recordaba haberlo estado tanto jamás. Quizá aquella vez en Nueva York, pero seguramente ni siquiera entonces. Aunque, como me ocurrió esa mañana en la que bajé del autobús en Canal Street, al divisar a Teo entre la multitud me invadió la calma.

Llevaba vaqueros, camisa de cuadros, zapatillas blancas y, en la mano, el móvil a través del cual me había escrito mensajes casi todas las semanas desde que me propuso aquel reencuentro, en octubre.

Me paré delante de él y nos miramos. Solo eso. Nos miramos mientras la gente a nuestro alrededor continuaba su camino.

—Bienvenida a Barna, doctora Valdés —dijo con su gesto travieso, como si no hubieran pasado los años ni nos hubiéramos roto tantas veces.

—No sé ni qué decir. —Miré a todas partes, inquieta, antes de clavar los ojos en él—. ¿Puedo...?

Lo entendió.

—Puedes. —Extendió los brazos y di un paso adelante para dejarme estrechar contra su cuerpo.

Me encantó estar allí, así, entre sus brazos, como si no hubiese pasado el tiempo. O como si el tiempo no nos hubiera distanciado.

Teo olía a un paseo por Barcelona. O quizá era Barcelona la que olía a él.

Nos separamos después de esos segundos en los que sentí que, de alguna forma, la vida volvía a ordenarse.

—Gracias por venir.

—Gracias a ti por pedirme que viniera.

—¿Qué te apetece hacer? —preguntó con cautela.

—Pensaba que lo tendrías todo superorganizado, con esto de que vas a ser un autor de éxito...

Se echó a reír.

—Quizá sea el momento de decirte que te he mentado. No tengo éxito. Solo te he invitado para hacer bulto.

Yo también me reí. Seguía estando muy nerviosa. Como quien desconoce cuál es la forma correcta de comportarse.

—En serio, ¿qué te apetece hacer? —insistió.

—¿Cuánto tenemos antes de la presentación?

Miró su reloj.

—Unas cinco horas. Podemos improvisar.

—Bien. ¿Comemos?

—Vale —accedió, aunque no se movió. Yo tampoco.

—¿Qué? —Sonreí.

—Nada. Te miro.

—Estoy horrible, ya lo sé. —Me toqueteé la maraña de rizos que escapaba de mi moño.

—Tanto como horrible...

Sus ojos me repasaron entera. Había olvidado esa habilidad que tenía la versión canalla de Teo de hacerme sentir desarmada. ¿Cuántos años hacía que no la tenía delante? ¿Diez? ¿Cinco?

La última vez que nos habíamos visto, en la boda de su hermana, él me dijo que, cuando aceptara su parte de responsabilidad en nuestra historia, no sabía si querría volver a verme ni en qué términos. Y yo le dije que no sabía si estaría preparada para acercarme de nuevo.

Y allí estábamos. ¿Qué había cambiado?

Estaba tan nerviosa que casi agradecí que su móvil empezara a sonar.

Lo sacó del bolsillo de su pantalón.

—¿Te importa? —preguntó. Cuando vio que asentía con la cabeza, descolgó la llamada—. Claudia, hola. Sí, puedo hablar. No estoy nervioso, aunque si hablas con los de la librería para que me preparen un vasito de coñac no me opondré. —Se echó a reír—. No, no soy un señor de sesenta años. Está bien, un chupito de *jagger* entonces.

Me hizo un gesto para que lo siguiera mientras él atendía la llamada. Dejamos atrás el centro comercial Les Glòries y la zona de oficinas. Habíamos quedado allí porque Teo y un compañero tenían alquilado un *coworking* cerca. Estaba lejos de su casa, pero los precios eran más asequibles, según me había explicado en alguno de esos mensajes que habíamos intercambiado en las últimas semanas.

Nos detuvimos al llegar a un restaurante con la fachada llena de enredaderas. Teo colgó la llamada, guardó nuevamente el móvil en el bolsillo y, cuando estuvimos dentro, se dirigió a un camarero con pinta de hípster.

—Tengo una reserva para dos, a nombre de Teo Vives.

El chico hizo un asentimiento mientras iba a comprobar algo a la barra.

—Así que improvisando... —Alcé las cejas con ironía mientras me giraba hacia Teo.

—Estoy demasiado nervioso para improvisar. —Sonrió—. Paga ella, por cierto.

Vi que señalaba el bolsillo donde había guardado su teléfono.

—¿Ella?

—Era mi agente.

—Así que no solo me engañas a mí, también mientes a tu agente...

—¿Cómo?

—Acabas de reconocer que estás nervioso y a ella le has dicho que no lo estabas.

—Y no lo estoy. No por la presentación.

Me miró de golpe con tanta intensidad que deseé hacerme muy pequeñita para esconderme en el bolsillo de

su camisa. Desde allí, escucharía latir su corazón y descubriría si estaba tan alterado como el mío.

El camarero apareció de nuevo antes de que pudiera darle una respuesta a la altura. Nos ubicaron en un lugar algo apartado, junto a la ventana, y pasamos las dos horas siguientes hablando de esa vida que ya no compartíamos.

De su trabajo como *freelance* y su reciente asociación con un realizador audiovisual para trabajar en proyectos de mayor envergadura.

De que, a través de contactos de una empresa con la que colaboró, conoció a la que se había convertido en su agente.

De su madre, con la que se había reconciliado después de muchas conversaciones difíciles, y de su padre, con quien se había acostumbrado a compartir espacio.

De Eva y lo cómodas que por fin estábamos ambas con ese papel secundario que ocupaba en mi vida.

De mis últimos años de universidad, de las convalidaciones y del logro que suponía haber obtenido la titulación en Medicina, por fin, después de nueve años.

De lo duro que me estaba resultando preparar el MIR porque seguía confundiendo algunos términos entre el inglés y el castellano.

—Quedan tres meses y ya tengo pesadillas todas las noches —le confesé—. Sueño que me quedaré en blanco. O que me presento en pijama. O que no me funciona ningún bolígrafo...

—Es normal que estés nerviosa.

—Me da miedo volver a empezar —reconocí—. Quiero hacer la especialidad de Medicina Intensiva. Lo tengo claro y me aterra no coger plaza en ningún hospital. O que me toque irme, no sé, a Cádiz...

—¿Tu idea es seguir en Salamanca?

—Bueno. Sí. Estoy cómoda allí. Me gusta mi vida.

Teo hizo una pausa para coger con el tenedor un trozo de *brownie*.

—¿Sales con alguien? —preguntó, como quien no quiere la cosa.

—Sí... Más o menos.

—¿Más o menos? —Arqueó las cejas.

—Más más que menos.

—A ver, cuéntame bien eso —pidió, aunque enseguida se apresuró a añadir—: Si quieres, me refiero.

Yo hice un asentimiento. Me sentía cómoda con él, con lo que estábamos compartiendo.

—Es una relación atípica —expliqué—. De hecho, no sé si es una relación. Se llama Gonzalo. Acaba de divorciarse. Tiene un hijo.

—¿Edad?

—Es mayor que yo.

—¿Cómo de mayor?

—Tiene cuarenta y cinco.

—Ajam. ¿Lleváis mucho?

—No, no mucho. Cuatro meses.

—¿Te gusta?

—Me calma. No es... —Me mordí el labio.

—No hace falta que sigas si no te apetece.

—Me apetece, pero se me hace... raro.

—Ya, claro. Entiendo.

—No nos hemos acostado todavía —confesé sin más.

La respuesta de Teo fue atragantarse con el trozo de *brownie*. Tosió de manera escandalosa durante unos segundos, mientras con una servilleta trataba de mantener la comida en la boca.

—Perdón —dije, mientras él le daba un trago al vaso de agua.

—No, no, perdona tú. No sé por qué me ha sorprendido que dijeras eso.

—Nos estamos conociendo —puntualicé—. Hacemos planes juntos, pero me respeta mucho. Respeta que yo esté centrada en la academia y yo respeto su proceso de duelo por la separación. Me parece bien que no quiera ir deprisa,

¿sabes? Ya he estado con demasiados hombres que solo me quitaban la ropa y que...

—Vale, vale —me cortó con una sonrisa—. Suficiente.

Capté el mensaje y di un sorbo a mi café.

—¿Tú... sales con alguien?

—No. Nada serio.

Asentí y desviamos el tema.

Sin dramas. Sin intensidades.

Me gustaba esa versión de nosotros.

Me gustaba el Teo que había regresado a Barcelona, el que había pasado los suficientes años fuera como para poner en perspectiva la importancia de tener un hogar al que volver, el que estaba estableciéndose profesionalmente por su cuenta, el que detenía tu mundo con una sonrisa, el que dibujaba recuerdos que aún no habían ocurrido, el que dimensionaba el alcance de un quizá en la ciudad donde hubiera sido posible.

El chico del *big bang*.

Éramos eso. Un disparo. De los que dejan correr la pólvora, de los que temes que te exploten por dentro...

Teo

Me acojonaba lo fácil que había sido. No había tenido ni que explicárselo. «Quiero conocer a la persona que eres ahora. Quiero que me conozcas a mí. Quiero saber si es suficiente.»

Oriana lo había captado. O igual estaba más cómoda así, sin necesidad de saber...

—¿Qué pasa? —preguntó cuando abandonamos el establecimiento y me quedé parado en la puerta.

—Me debato entre dos opciones —confesé, mientras me giraba para observarla con cautela.

—¿Qué opciones?

—Seguir con nuestro pacto de no intensidades... o enseñarte mi casa.

—Vaya. Prometedor. —Sonrió—. Pero ¿nos daría tiempo? Creía que habías dicho que vivías cerca de Sants.

—Ese es el piso donde estoy de alquiler. Tengo una casa en propiedad no muy lejos de aquí.

—¿En propiedad? No lo sabía.

—La compré hace poco. El año pasado, mis abuelos nos dieron nuestra herencia en vida a mi hermana y a mí, liquidé algunas propiedades y tomé la decisión de comprar un piso.

—¿Dónde?

—Aquí. En el Poblenou.

Los ojos de Oriana se abrieron de manera perceptible. Al fondo de ellos pude leer lo que estaba pensando: nuestra promesa pendiente. Nuestro quizá.

—¿Línea roja de intensidad? —Incliné la cabeza para sonreírle de frente.

—Quiero verlo —dijo sin dudar.

—¿Sí?

—Si tú me lo quieres enseñar.

—Será un honor que seas la primera en poner un pie dentro.

Caminamos diez minutos hasta llegar a mi portal. No hablamos mucho durante el trayecto. Oriana iba pensativa, quizá dándole vueltas a todas esas preguntas que no se atrevía a hacer, pero que flotaban entre nosotros.

Yo iba sumido en el recuerdo del primer día que puse un pie en la casa, apenas tres meses atrás.

Solo con entrar lo sentí, el cosquilleo, la certeza de que era para mí.

Esa misma tarde empecé a mover los papeles, como por impulso. Aún no sabía por qué lo había hecho.

A veces, antes de quedarme dormido, escuchaba en mi interior las palabras que había empleado Macarena: «Encuentra la manera de que quiera quedarse».

—¿Qué piensas? —le pregunté a Oriana mientras el ascensor de mi edificio nos subía a la sexta planta.

—En mima. En que siempre decía que cuando visitas la casa de alguien tienes que respetar tres normas: no aparecer con las manos vacías, retirar tu plato de la mesa y no criticar el hogar de alguien que ha decidido compartirlo contigo.

Sonreí. Siempre me habían fascinado las enseñanzas de mima.

—Pasa —le pedí cuando las puertas de aluminio se abrieron.

Dos minutos después, entramos en la casa.

Estaba vacía. Solo había tenido la oportunidad de reformar cosas básicas, como la instalación eléctrica, la centralización del aire acondicionado y el suelo.

Oriana se quedó parada en medio del salón, en silencio, obnubilada por la amplitud de la estancia y la luz natural que entraba por los ventanales.

No dijo nada. Solo sonrió y dejó que la condujera por el resto de la casa.

La construcción era muy antigua, pero disponía de más de ciento cincuenta metros útiles en dos alturas que se distribuían en un salón con cocina americana, cinco habitaciones, tres baños y una terraza en cada planta.

—Aquí va la sala divergente. —Nos detuvimos en la habitación que había junto a las escaleras.

—¿La qué? —Se rio.

—Un espacio en el que dejarme llevar. Quiero poner césped artificial para tumbarme a pensar, una pared hecha de pizarra para apuntar las ideas según vengán y otra de corcho en la que ir colgando bocetos.

—Me encanta, Teo. Es muy tú. —Me miró con una sonrisa que se me agarró a las tripas.

Subimos a la planta superior y fui explicándole la distribución que tenía más o menos pensada. Una habitación para cuando me quedara con Laia, otra de invitados, otra para trastos... Dejé el que sería mi cuarto para el final.

—Aquí el dormitorio principal —anuncié cuando nos encontrábamos en la puerta—. El..., bueno, el mío. Se ve el mar.

Entramos y, como le había ocurrido en el salón, se quedó paralizada en el centro de la estancia.

Solo que, en esa ocasión, a mí me ocurrió algo similar. Un calambrazo me sacudió de la cabeza a los pies al observarla allí, frente a mí, porque me dio la sensación de que su imaginación llenaba el espacio según asimilaba los rincones. Que veía la cama donde dormiría. O un armario gigante donde guardaría la ropa. Que su mente proyectaba cuatro paredes llenas de láminas, detalles, fotografías, recuerdos...

Salió a la terraza y miró al horizonte. Como le había dicho, se podía ver el mar.

—¿Y bien? —le pregunté, algo inquieto.

Se giró para verme de frente.

—Me gusta mucho, Teo, de verdad. Muchísimo.

«A mí también. Es muy tú.»

El pensamiento aterrizó en mi cabeza de la nada y me hizo tambalear.

—Me alegro de que te guste —respondí.

Antes de salir de la casa, me dio las gracias por haberla compartido con ella. Después se agachó y se desabrochó la tobillera que llevaba, la del reloj de arena. La colgó del picaporte sin pedir permiso mientras aclaraba que cumplía las normas de mima.

Yo solo sonreí y la miré y la miré...

Y algo se me movió dentro, porque esos minutos que pasamos en mi casa refractaron todo lo que vino después, como cuando la luz blanca atraviesa el vidrio que la obliga a dividirse en múltiples colores.

Así recuerdo el resto del día: en fragmentos, destellos, retazos que se escapan de la memoria.

La manera en la que nuestras manos se rozaron sin querer en el trayecto de metro hasta la librería.

El movimiento de la tela de su falda cuando le resbalaba por las piernas durante mi presentación.

El sabor afrutado del champán tras la firma de ejemplares.

Las sonrisas que cabían en la distancia que guardábamos.

Su conversación silenciosa en una esquina, con mi madre, mientras se despedían.

El humo del cigarrillo que compartimos a escondidas, aunque yo lo estuviera dejando y ella odiara fumar.

Sus carcajadas cuando entramos por error en un karaoke con mi hermana, Andreu, Ed y Fra.

El sonido de nuestros pasos por una calle empedrada de Barcelona, de noche, mientras ella miraba de reojo los tatuajes de mis antebrazos, que asomaban bajo las mangas de mi camisa.

La entonación que dimos al adiós susurrado en la puerta de su hostel, mientras la abrazaba sin dobleces y pensaba que allí estaba. Y que aún era.

Y la vuelta a mi piso de alquiler gritándome a mí mismo en voz alta: «¿A quién cojones quiero engañar?».

Me gustaba. Oriana me gustaba. Como alguien nuevo a quien acabas de conocer y de quien quieres saberlo todo. Pero también como esa persona que no has podido sacarte de dentro y en quien piensas un día cualquiera, a las dos de la mañana, cuando no puedes dormir. Y te obsesionas recreando detalles como ese lunar que te vuelve loco o la manera en la que juega con el colgante que lleva desde los quince años y que sabes con certeza que jamás se quitará.

Un día, sin más, me había hartado de echarla de menos. Echaba de menos a mi mejor amiga y también a la chica que me había roto el corazón.

Y, quizá, por fin había aceptado que ella no era la mala de nuestra historia.

2019

Oriana

Di un sorbo al champán y dejé que las burbujas me rascaran la faringe. Tenía un nudo incómodo bloqueando la entrada de aire, pero nadie debía saberlo.

El reservado de aquel restaurante era precioso, aunque lo mejor eran las personas que me acompañaban: el grupo de amigos de Gonzalo, que desde hacía meses me habían acogido con cariño en sus planes de fin de semana, un par de amigas que había hecho en la universidad y esa gente a la que consideraba familia: Isabel, Teodoro padre, Andreu, Sabrina, Laia, Teo y Maddie, recién llegada de Tallahassee.

Aquella pequeña fiesta era para mí. Gonzalo la había organizado para celebrar que había conseguido la plaza como médico residente en Medicina Intensiva en el Hospital General de Salamanca.

—Buen partido, chata —había bromeado Sabrina al principio de la noche refiriéndose a mi «pareja». El nudo de mi estómago se había apretado un poco más.

Llevábamos casi un año conociéndonos, desde que dejé de ser su alumna. Hasta ese momento, nos lo habíamos tomado con calma.

Él arrastraba un divorcio tormentoso, un hijo adolescente con problemas emocionales, y yo agradecía ese espacio que él demandaba porque me dejaba margen para estudiar y permanecer serena después de muchos años de heridas mal curadas.

Luego, claro, estaba la cuestión de que Teo había vuelto a mi vida en aquel rol exploratorio. Como si también nos estuviéramos conociendo, pero de otra manera.

Intercambiábamos mensajes de vez en cuando y también habíamos retomado la costumbre de hablar por teléfono los domingos por la tarde, tal y como hicimos en otra época.

Antes del examen, solía tomarme el último día de la semana de desconexión. Pasaba la mañana viendo series, durmiendo y haciendo cosas no productivas con mi tiempo y, antes de que se pusiera el sol, recorría el centro de Salamanca con Teo al otro lado de la línea.

Lo que más me gustaba de nuestras conversaciones era que siempre me hacía reír.

Lo segundo, que mientras hablábamos solía acompañarnos la sensación de que no había pasado el tiempo y que nuestra relación no había pasado por tantos altibajos.

A veces me preguntaba en qué punto estábamos realmente en ese momento.

Lo miré beber una cerveza a morro al otro lado de la sala, intentando hallar una respuesta, mientras bromeaba con su madre y le arrancaba unas carcajadas.

Teo había recuperado ese superpoder que cultivó durante su adolescencia de hacer sentir bien a la gente. Me acordé del niño gamberro que fue, ese que te desarmaba con su ternura.

El Teo adulto tenía un humor algo más ácido, más capas que deshacer, un poco más de mala leche, y hablaba de una forma quizá demasiado directa, pero a los casi veintinueve estaba bastante cerca de ser su mejor versión. Se parecía más al chico que conocí de lo que lo había hecho el Teo de dieciocho, el de veinte o el de veinticinco.

Alzó la vista desde el otro lado del reservado, como si me hubiera oído llamarlo con la mente, y se dio cuenta de que lo estaba mirando. Me sonrió. Y sentí que el nudo del estómago me apretaba un poquito más.

—¿Sabes que va a dar un discurso en tu honor?

Di un respingo al escuchar la voz de Maddie.

—¿Qué? ¿Quién?

—Teo, el amor de tu vida. Me lo ha dicho Gonzalo. Quizá deberías empezar a ensayar tu mejor cara de póker.

—¿En qué momento ha pensado Teo que eso podría ser una buena idea? —Me tensé. Lo imaginé hablando y yo mirándolo, teniendo que dar explicaciones después.

—Fue Gonzalo el que se lo pidió. Quería que hablara alguien que te conociera desde pequeña, y puesto que no hay nadie de tu familia y yo no tengo el nivel de español requerido para la tarea, él ha sido la opción más obvia.

Asentí.

—Gonzalo no está al tanto de mi... historia con Teo.

—Me lo imaginaba.

Bebí un trago de champán. Casi me terminé la copa. Necesitaba aire.

—Relájate, niña. Imagínate que está desnudo mientras habla. —Maddie me palmeó el brazo.

—Dudo mucho que eso vaya a relajarme, Maddie. —Me reí.

—Ya. Yo también lo dudo. Casi me caigo de culo cuando lo he visto en persona. No es guapo en el sentido clásico de la palabra, pero tiene un *je ne sais quoi*...

—Lo sé. —Tragué saliva.

—No me puedo creer que no te lo hayas follado.

—Sinceramente, yo tampoco.

Lo observó con descaro. Yo hice lo mismo. Llevaba un *look* desenfadado. Pantalones oscuros estrechos, zapatillas, camiseta, americana. Se había cortado el pelo y recortado la barba.

Pero lo peor era que sabía cómo, cuándo y cuánto sonreír. Cómo, cuándo y cuánto mirar.

El nudo de mi estómago llevaba su nombre y no tenía sentido negarlo.

Volví a dirigir la mirada hacia él y vi que se acercaba a Gonzalo.

Verlos uno al lado del otro era extraño. Un mundo entero de contrastes en el que no quería pensar demasiado.

Unos minutos después, Gonzalo pidió silencio y alguien bajó la música. Vi que Teo se sacaba un papel del bolsillo y sonreía, y no pude evitar contener la respiración.

—Buenas noches a todos, soy Teo. Quiero pedir disculpas de antemano por las expectativas. Sé que Gonzalo os habrá comentado que he publicado un par de libros, pero para aquellos que no lo sepáis, ambos son novelas gráficas. — Hizo una pausa en la que se escucharon algunas risas, la mía incluida—. Lo mío son los dibujos, no las palabras, pero, bueno, no todos los días la mejor amiga de uno consigue plaza para hacer la residencia después de diez años, tres universidades y un par de continentes, así que haré un esfuerzo...

»El día que conocí a Oriana, en nuestro segundo día de instituto, ella aún no tenía el libro de Naturales, así que pensé que dejándole el mío le echaría una mano. Mi sorpresa fue cuando, a la mañana siguiente, ella me explicó a mí cómo se hacían los ejercicios. También le presté los libros que había en catalán en mi casa para que aprendiera la lengua, aunque al final siempre acababa contándome de qué iban las tramas. Recuerdo que en una ocasión le regalé una calculadora, y ella me enseñó a mí a hacer integrales, derivadas y ecuaciones de segundo grado. También me echó una mano en Historia de España, aunque viniera de Cuba y yo proceda de una familia catalana de más de cinco generaciones, y me enseñó lo que es el perdón, las raíces, el hogar y el amor cuando era ella la que había sido arrancada de su casa y yo el que quería darle una nueva familia. Podría contar muchas historias de nuestra vida juntos, pero lo que quiero decir con esto es que siempre, desde que la conocí, con su ropa demasiado grande, su acento diferente y sus ojos tristes, pensé que era mi deber

cuidarla, aunque en realidad desde el principio ha sido ella la que me ha salvado a mí. Hoy está aquí porque a partir del mes que viene por fin va a empezar a salvar a otros, algo que ha sido siempre su sueño. Me siento infinitamente afortunado de estar a tu lado hoy, Ori, porque, como diría mima: la vida no va de los sueños que cumples, sino de quién tenemos al lado cuando los hacemos realidad. Así que gracias por elegirme para acompañarte estos años, a pesar de todo. Esta noche, brindo por lo orgullosos que estamos de ti la gente que te queremos. Enhorabuena por tu plaza.

Me sonrió al terminar como si no hubiera nadie más en la sala y en ese instante fui consciente de que tenía las mejillas húmedas, me ardían los párpados y temblaba.

Los invitados aplaudían.

Yo solo podía mirar a Teo.

Se acercó hacia mí y me abrazó muy fuerte.

—No voy a perdonarte jamás que me hayas hecho llorar delante de tanta gente —susurré, pegada a su pecho.

—Ay, doctora, no me sea susceptible.

Me enjugó las lágrimas con cuidado. Después me dejó un beso en la frente. Ya no había nudo. O quizá lo ocupaba todo y prestarle atención había perdido sentido.

—Por cierto —inquirí—, esa frase que has dicho no es de mima.

—No, es mía. ¿A que mola?

Me sonrió como un pirata desvergonzado y juro que sentí que teníamos de nuevo doce años. Y que no había nadie más allí.

Sin poder evitarlo, también sonreí.

—Qué tonto eres, Teo. —Suspiré.

Y, como siempre desde que tengo uso de razón, detrás de ese «qué tonto eres, Teo» se escondía en realidad un: «Cuánto te quiero, Teo».

Teo

El vino estaba frío y bailaba en la copa de cristal. La dejé apoyada en la barra mientras observaba al camarero. Sonaba una canción de Diego Torres cuando un leve chirrido anunció que el taburete que había a mi lado estaba siendo ocupado.

—Hola, Teo.

Me volví hacia la voz que se dirigía a mí en inglés, y no pude evitar sonreír.

—Maddie...

—Un discurso precioso.

—Gracias.

Me miró sin tapujos con sus ojos almendrados. Me gustó la sensación de familiaridad, de estar en confianza.

Aunque aquel fue el primer día que nos vimos en persona, ella y yo ya nos conocíamos a través de ese espacio común llamado Oriana.

—¿Qué te cuentas?

—¿Te manda la homenajeadora en calidad de espía? —Alcé una ceja con socarronería y Maddie se echó a reír.

—Sabes que no haría eso. No le interesa que le diga que aún te mueres por ella.

—Ya. —Recuperé la copa y le di un trago sin añadir nada, como si no hiciera falta.

—No lo niegas.

—Claro que no. Sería absurdo. Lo que me sorprende es que su novio no esté aquí pidiéndome explicaciones.

—Otro al que no le interesa hacer las preguntas adecuadas.

—Ya —repetí.

Permanecimos en un cómodo silencio mientras yo terminaba mi copa de vino y Maddie pedía una como la mía.

Por el rabillo del ojo vi a Oriana bailar con Laia y con mi madre.

En otra realidad, me hubiera levantado y le habría pedido que bailara también conmigo.

En otra realidad, al dar mi discurso habría añadido alguna estupidez. Como que pensaba en ella cada minuto que pasaba despierto y todos los que estaba dormido.

Me masajee las sienes y suspiré, frustrado por esperar en ese quizá que nunca llegaba a materializarse.

—¿Cuánto hace que no duermes? —preguntó Maddie de pronto.

—¿Cómo sabes...? —La miré, sorprendido.

—Soy psicóloga. Contesta.

—Pues... llevo un par de meses sin descansar bien —reconocí.

—¿Vas a terapia?

—¿Debería?

—Todos deberíamos.

Guardé silencio. No era que no se me hubiera pasado la posibilidad por la cabeza. Al principio, las noches que me desvelaba eran anecdóticas. Después, fueron en aumento. Solía dormir de doce a cuatro, más o menos, y ya no conseguía conciliar el sueño el resto de la noche.

Mi cabeza siempre estaba llena.

Quería hablarlo con alguien. Pero no con mi madre, ni con Sabrina, ni tampoco con Edgar o Fra.

No sabía cómo enfocar el tema.

—Me quitaba el sueño la posibilidad de que eligiera un hospital de Barcelona para hacer la residencia —le expliqué a Maddie—. Me quitaba el sueño en el buen sentido. Me

imaginaba que me llamaba para decirme que volvía a casa, por fin. Y la cabeza se me llenaba de planes, posibilidades... Me alegro de que vaya a hacer la especialidad que quería, pero en ese espacio entre el sueño y la vigilia imaginaba un escenario en el que las cosas eran más fáciles. Creo que por eso me cuesta dormir. No sé.

Me callé. Me callé y no porque no confiara en Maddie. Si guardé silencio fue porque aún me abrumaba la densidad de los últimos meses.

Retomar la relación con Oriana había sido sencillo y también lo más complicado que había hecho en la vida. A veces, olvidaba dónde estaban los límites.

—¿Puedo decirte algo, Teo? —preguntó Maddie

—Claro.

—Vais a acabar juntos.

Me reí.

—¿Tú crees? —La miré, escéptico.

—Sí. Aún la quieres, ¿no?

Asentí.

—Da igual lo que haga, el tiempo que pase... Es una puñetera condena.

—Confía en mí. Ella siente lo mismo, solo que es la persona más testaruda que he conocido en mi vida. Un caso digno de estudio. La aterra que la quieras.

—Lo sé. Me lo dijo. —Noté una presión incómoda en el pecho.

—Cree que le destrozó la vida a la única persona que la ha querido de verdad y que acabará destrozándotela a ti si estáis juntos. No fue así, claro, Oriana no le destrozó la vida a su abuela, pero a nivel subjetivo ella lo ha sentido así. Lo que sí que es verdad es que no la han querido bien, Teo. Su padre se desentendió de ella y su madre fue negligente en muchos sentidos. Tiene un miedo atroz al abandono, a la pérdida. También está vuestra historia tormentosa y su manía de moverse entre la culpa cuando se aleja de ti y la necesidad de poner distancia cuando estáis

muy cerca. Además, vuestra dinámica ha reforzado sus creencias sobre sí misma.

Maddie hizo una pausa para darle un trago a su copa y aprovechó que me había quedado sin habla para consultar su teléfono. La vi sonreír e imaginé que tenía un mensaje de su marido, así que aparté la vista para darle espacio. O igual ella era mucho más lista de lo que yo jamás sería y sabía que al que le hacía falta ese espacio era a mí.

Me aclaré la garganta.

—Me siento fatal si yo... —No pude acabar aquella frase que desbordaba en cada fonema todas esas situaciones en las que le había reprochado su ausencia, sus vacíos, sus huidas, sus silencios.

—No te estaba juzgando, Teo. No es tu culpa que ella sea así. Y tú también cargarás tus mierdas. Además, esto es una visión muy reduccionista. Está todo el tema del desarraigo, su miedo a ser un problema para los demás, la culpa por sentirse bien lejos de lo que conocía, y luego el papel de gente que apareció en su vida, como el gilipollas de Ryan o el cabrón de Alonso.

—Nunca supe qué pasó con Ryan.

—Algún día te lo contaré.

—¿Gonzalo...?

—Parece de fiar y la trata bien, pero ella no está enamorada de él ni lo va a estar nunca.

No sabía qué hacer con esa información. No sabía qué hacer con nada que tuviera que ver con Oriana. Me movía por impulsos y era consciente de que, si ella un día decidía analizar mis actos, detectaría las incoherencias y quizá se daría la vuelta.

Había querido volver a su vida. Un día, sin más, cansado de no tenerla en la mía. «De la forma que sea.» Nos lo prometimos a los dieciséis y allí estábamos, casi con veintinueve, tratando de encajar. Casi por instinto. No quería dar ningún paso en falso. Quería estar cerca y ser su amigo, pero no quería decirle, por ejemplo, que seguía loco

por ella. Que estaba amueblando la casa donde me veía haciéndome viejo a su lado. Que si tenía que coger una maleta y mudarme a un piso de alquiler en Salamanca los próximos cinco años, lo haría.

Las palabras de Maddie me daban algo de esperanza, pero me aterraba ver que los días pasaban y que Oriana se me seguía escurriendo entre los dedos...

Volví a frotarme los ojos, frustrado. Maddie me palmeó el hombro con ternura.

—¿Puedo darte un consejo? —me preguntó.

—Por favor.

—Sigue ahí. Que cuando te abra esa ventana de oportunidad para que te acerques, vea que nunca te fuiste.

—¿Y cómo sabré que ha abierto la ventana?

—Te avisará. ¿No lo hace siempre?

Lo pensé unos segundos. Y sonreí despacio.

—¿Y hasta entonces?

—Nada. Solo tienes que ser tú y dejarla ser ella. Con eso es suficiente. En realidad, si lo piensas... siempre lo ha sido.

Le cogí la mano y se la apreté con cariño.

—Gracias, Maddie. Me gustas. Y... entiendo que seas su mejor amiga.

Se echó a reír.

—A mí también me gustas, Teo. Y también entiendo que seas lo que eres para ella.

Oriana

—Medicina Intensiva es la especialidad médica que se encarga de atender a los pacientes en estado crítico, normalmente desde la unidad de cuidados intensivos, lo que en España llamamos UCI. —Esa era la explicación que le daba a Maddie, tío, Eva, y también a mima, tía e Isabel cuando les trataba de resumir a qué iba a dedicar los próximos cinco años de mi vida—. Como los motivos que llevan a un paciente a ingresar en una UCI pueden ser muchos, los dos primeros años de residencia estaré rotando por los servicios de Medicina Interna y del resto de las especialidades médicas, como Cardiología, Neumología, Neurología, Neurofisiología, Nefrología, Hematología o Anestesiología. Además de hacer guardias en Urgencias, claro.

—Entonces, ¿no vas a estar en la UCI?

Todos se extrañaban al enterarse de que iba a pasar dos años preparándome para poder pisar una UCI y tener algo que decir dentro de ella.

Pero a mí era algo que me calmaba.

Medicina Intensiva es una especialidad muy reflexiva. Manejar a un paciente en estado crítico, con la presión de saber que cualquier decisión que tomes puede afectar de manera drástica su evolución, hace locuras con tu cabeza si no tienes todas las piezas bien ubicadas.

Necesitaba controlar lo máximo posible las diferentes áreas médicas para enfrentarme a algo así. Y parar a coger aire para no perderme a mí misma en el camino.

El hospital, saber, conocer y mis pacientes se convirtieron en mi vida.

Pasaban las semanas y me iba obsesionando cada vez más, en especial aquellas guardias particularmente difíciles.

La puerta de Urgencias de un hospital es un lugar donde el tiempo transcurre de forma distinta. Quizá porque muchos saben que, una vez que la cruzan, les puede cambiar la vida para siempre. Que entran siendo dos, pero que saldrán siendo uno más. O que tal vez lo hagan con el peso de una noticia que no esperaban. O que no logren salir de nuevo al exterior.

A los médicos nos llegaba la información de los pacientes una vez que los enfermeros del triaje nos pasaban la clasificación de la escala de Manchester, que era la que nos indicaba la prioridad con la que debíamos atender cada caso. En ocasiones, el volumen de trabajo me permitía asomarme a la sala de espera a observar a todos esos pacientes que aguardaban su turno.

Algunos estaban solos y no dejaban de temblar.

Otros consultaban compulsivamente su móvil.

Otros se agarraban a su acompañante. Otros ni miraban a quien estaba a su lado y otros se dejaban sostener.

Eso hacía que resurgieran en mí algunas preguntas.

¿Quién querría que me acompañara si iba a Urgencias por cualquier motivo? ¿Al lado de quién querría estar yo?

Las guardias en Urgencias siempre me removían. Nunca sabía qué podía esperar y estaba permanentemente alerta.

Muchas de ellas, si el tiempo entre pacientes me dejaba el espacio suficiente, sentía la necesidad de echar mano de mi móvil y buscar el nombre de Teo entre mis contactos. A veces, releía nuestras conversaciones. Otras, si había vivido algo que me había impactado especialmente, traspasaba la línea y le escribía.

Oriana
Hola.

Teo
¿Estás bien?

Oriana
Sí. Perdona si interrumpo algo.

Teo
¿Qué vas a interrumpir? Son las cuatro de la mañana de un martes.

Oriana
¿Y por qué estás despierto?

Teo
Me he desvelado.
¿Por qué estás despierta tú?

Oriana
Estoy de guardia.

Teo
Pero ¿está todo bien?

Oriana
Sí.

Teo
¿Seguro?

En él siempre encontraba un refugio, un lugar donde colocar y dar forma a mis inquietudes.

Con Gonzalo todo era distinto. Se definía a sí mismo como un académico. Había conseguido la cátedra de Histología a los cuarenta después de una vida consagrado a la universidad, que se había llevado los mejores momentos de su matrimonio y de su familia.

Se divorció de una mujer con la que había estado veinte años y con la que tenía un hijo que amaba la música electrónica y con el que no terminaba de entenderse.

Después, me conoció a mí. Nos gustamos porque hubo una conexión intelectual. Recuerdo que me atrajo porque era atractivo, inteligente, magnético.

A veces, me preguntaba si eso no había sido todo.

—¿No te ha gustado el tartar? —preguntó una noche de julio que salimos a cenar a un restaurante peruano del centro.

—Sí. Está rico, pero no tengo más hambre.

Me preguntó si me pasaba algo. Yo alcé la vista y encontré preocupación en su mirada.

Sabía que había perdido algo de peso las últimas semanas. Los vestidos me quedaban más holgados que de costumbre. Siempre que me exigía demasiado a mí misma me pasaba algo parecido.

Pero es que quería ser mejor. No por mí, sino por mis pacientes. Quería saber más y más y más. Llevaba muy mal cuando perdíamos a alguien, siempre se me quedaba la sensación de que había quedado algo por intentar, algo que no sabíamos.

Se lo expliqué así a Gonzalo, le trasladé esa carga invisible.

—Me está resultando muy duro gestionarlo.

—Pequeña, eres médico. ¿Qué esperabas?

—No sé. Llevarlo mejor, supongo.

—Harás callo, ya verás. Y seguro que será pronto. No te agobies. Eres fuerte. Una superviviente.

—Ya. —Tragué un nudo. *Superviviente*. Pensé en la espiral. La espiral donde me perdía bajando, imaginando...

Gonzalo alargó la mano sobre la mesa para agarrar mis dedos, que estaban fríos a causa del aire acondicionado.

—¿No vas a cogerte unos días en todo el verano? Igual lo que necesitas es descansar. Podríamos escaparnos juntos. Mis padres tienen esa casita en la sierra de la que te he hablado alguna vez.

—Quiero guardar los días que me corresponden de vacaciones para Navidad —le confesé—. He estado mirando billetes para ir a ver a mi abuela.

Percibí una sombra en su mirada que no supe cómo interpretar. Quizá esperaba que hubiera comentado mis

planes con él, aunque tampoco lo había expresado como tal. Teníamos una relación bastante informal. Él vivía en su casa y yo seguía compartiendo piso por una cuestión económica. Pasaba con él algunos fines de semana, pero con el ritmo de guardias que yo llevaba, esas situaciones se daban de forma anecdótica.

Creo que él esperaba más y no sabía cómo pedirlo.

Yo sentía que cada vez quería menos, pero me aterraba materializar el pensamiento.

Mi vida estaba centrada en mejorar como médico y en realizar más guardias de las que debía por contrato para poder saldar en plazo algunas deudas que aún tenía pendientes en Estados Unidos.

Y luego estaba la otra cuestión: que, cada vez que mi móvil sonaba, el nombre que yo quería encontrar no era el suyo.

—Navidades en Cuba —dijo finalmente a modo de respuesta—. Suena muy bien.

Teo

No suelo comunicarme habitualmente en catalán. Mamá lo hablaba con los abuelos cuando aún vivía con ellos, por eso los libros que atesora son, en su mayoría, ediciones catalanas. Pero mientras Sabrina y yo crecíamos, en casa siempre se habló castellano porque así lo dispuso mi padre.

Por eso me llamó la atención que cuando se abrió la puerta del quinto izquierda de aquel edificio de la calle Pau Claris, la palabra que resonaba en mi cabeza lo hiciera en la lengua de mi madre: «*desubicat*».

Y es que así estaba yo esa tarde de primavera: desubicado.

—Soy Teo. —Le ofrecí mi mano al caballero de pelo cano y gafas de montura metálica que esperaba al otro lado de la puerta.

—Bruno —contestó mientras la estrechaba.

Me hizo pasar al interior de aquel piso reformado que olía a caoba y cítricos. Recuerdo que me condujo por un pasillo hasta el que supuse que era su despacho, decorado en tonos arena, mientras yo no podía de dejar de mirar a todas partes.

Bruno tomó asiento en la silla que presidía su escritorio. Yo me quedé quieto, sin saber cómo actuar, hasta que pasados unos segundos me indicó que me sentara frente a él, al otro lado de la mesa.

—Perdón —dije cuando ocupé aquel lugar—. Estoy nervioso. Pensaba que esto sería diferente.

—¿Sí? ¿Qué pensabas?

—No sé. Me imaginaba que igual llevabas una bata. O que me sentaba en eso de ahí.

—¿En el diván?

—Sí.

—Ya veremos. Quizá más adelante.

Bruno sonrió discretamente. A mí me sudaban las manos.

—Bueno, cuéntame. ¿Qué te ha traído aquí, Teo?

—Estoy teniendo problemas para dormir —le expliqué—. He llegado a un punto en el que no consigo concentrarme en el trabajo y me gustaría encontrar una solución.

—¿A qué te dedicas?

—Soy ilustrador. Trabajo como *freelance* para marcas que externalizan el servicio de diseño. También tengo algunos proyectos personales. He publicado dos novelas gráficas.

—Qué interesante. ¿Siempre has dibujado?

—Sí. Desde pequeño.

Bruno asentía. Solo eso. Me observaba y asentía. De vez en cuando sonreía con educación, pero nada más. Traté de cambiar de postura. Me sentía incómodo. No sabía cómo manejar los silencios.

—¿Cuánto hace que te pasa esto del insomnio?

—Pues... empecé a dormir mal a principios de año y ha ido..., no sé..., empeorando, ¿sabes? Antes dormía cuatro o cinco horas y luego me despertaba de pronto. Y ya me quedaba despierto el resto de la noche. —Me froté la cara. Me estaba expresando de manera atropellada—. Pero desde hace un par de semanas no consigo dormir más de dos horas. Pego alguna cabezada en la oficina después de comer y poco más... No puedo hacer vida normal. No me atrevo a coger el coche. Me da miedo dormirme al volante.

—¿Cuánto hace que no conduces?

—Dos semanas, desde que empeoré.

—Entiendo. Dime, Teo, ¿ha pasado algo que creas que pueda haberte hecho empeorar?

Sentí un sudor helado descender por mi espina dorsal.

Vi niebla a mi alrededor. Como un bloqueo. No pude abrir la boca para contestar.

Me pregunté qué hacía ahí. ¿Cuándo me di cuenta de que estaba tan jodido? ¿Realmente había habido un detonante, era algo que arrastraba desde hacía años o siempre había estado ahí?

—¿Teo? —La voz de Bruno atravesó aquella niebla espesa.

—Perdón. Estoy nervioso.

—No tienes que disculparte. Todo lo que sientas aquí dentro está bien.

Asentí. Me pasé las manos por la tela de los vaqueros. Intenté respirar más despacio.

—¿Ha habido alguna novedad importante en tu vida durante las últimas semanas? —tanteó nuevamente Bruno.

—Bueno, mi padre fue a recoger los resultados de unas pruebas médicas —expuse—. Le han dicho que tiene un problema renal. Como un inicio de insuficiencia. Los médicos dicen que tiene que comenzar el tratamiento cuanto antes y que va a estar bien, pero que es probable que en unos años acabe necesitando diálisis.

—Ya veo. ¿Te ha generado mucha angustia conocer esta noticia?

—Sí. No me la esperaba. Mi padre es como... Parece invencible, ¿sabes?

—¿Él lo ha tomado mal? —Se inclinó levemente hacia delante, en una postura conciliadora.

—Sí, aunque no tanto como mi madre.

Bruno hizo un gesto comprensivo.

—Y más allá del *shock* inicial..., ¿cómo te sientes? ¿Asustado?

—Supongo. —Me encogí de hombros.

—¿Estás muy unido a tu padre?

—No. Para nada.

Hubo un silencio tras mi tajante respuesta. No hallé juicio en la mirada que me dedicó Bruno, pero no me gustó

lo que sentí al decir algo así en voz alta. Notaba los músculos de mi abdomen tensos. Seguían sudándome las palmas de las manos.

—De acuerdo. ¿Cómo describirías vuestra relación actual?

—Distante. Ahora mismo no nos llevamos mal. No nos llevamos, de hecho. Somos cordiales el uno con el otro y ya está.

—¿Por qué crees que estáis en ese punto?

—Porque no soy el hijo que quería tener y no me lo perdona. Y yo no puedo perdonarle que me haya hecho sentir invisible durante toda mi vida.

Le conté cómo era nuestra familia. Fui expresándome poco a poco, hasta que empezó a picar. Mamá dolía más que papá, pero por distintas razones. Y luego estaba el otro tema soterrado que emergió a la superficie cuando bajé la guardia.

Me revolví en mi asiento, buscando las palabras.

—Mi madre es especial. Hay muchas cosas que me gustan de ella, pero no entiendo el tipo de relación que tiene con mi padre.

—Bueno, no creo que sea tarea de los hijos entender la relación que mantienen sus padres entre ellos en el plano romántico.

—¿Ni siquiera cuando ese tipo de relación anula a los propios hijos? Sinceramente, me cuesta mucho respetar ese modelo de pareja.

—¿Tú tienes pareja?

—No.

—¿Y te has enamorado alguna vez, Teo?

Entonces ocurrió de nuevo. El sudor helado, el bloqueo, la niebla a mi alrededor cuando Bruno, con sus preguntas, conectaba con un punto que inervaba una emoción dormida.

—Muchas, solo que... todas de la misma persona — respondí.

- Qué curioso.
—¿El qué?
—Que no hayas mencionado a esa persona en una hora de sesión.
Tragué saliva. Se me había acelerado el corazón.
—Se llama Oriana.
—¿Y qué pasa con Oriana?
—Que es la otra razón por la que no puedo dormir.

Dos meses en terapia dan para mucho. Tenía mi mundo interno lleno de puertas abiertas e interrogantes, pero había comenzado a dejar de lado las reticencias.

Bruno me había causado buena impresión, aunque me había advertido que quizá tardaría un tiempo en experimentar una mejora.

«Yo no voy a explicarte técnicas de relajación, Teo. Pienso que pueden ser muy útiles en algunos casos, pero no es mi forma de trabajar y quiero que te traces expectativas realistas de lo que haremos aquí dentro. El proceso de análisis puede ser lento, te vas a enfrentar a fantasmas y resistencias, va a ser incómodo y vas a trabajar duro, pero lo que consigas lo habrás hecho por ti mismo.»

Eso me gustó. La idea de conseguir algo por mí mismo. De conseguir ser suficiente.

«*Si cou, cura*», me había dicho Fra, que llevaba yendo a terapia desde los dieciséis. Él fue quien me dio el teléfono de Bruno.

«Si escuece, cura.»

Seguía durmiendo bastante mal, pero había subido la media de sueño nocturno a cuatro horas, lo cual me permitía funcionar algo mejor durante el día.

Había cosas que aún me jodía escuchar, aunque ya no me asustaba tanto nombrar algunas otras:

—¿Por qué te fuiste a Polonia? —preguntó un día Bruno.

—Llevaba tiempo deseando romper con todo y aquella discusión que tuve con mi padre me dio la excusa.

—¿Porque te llamó gusano?

—Sí, y también porque mi madre jamás fue capaz de hacerle frente y decirle que era suficiente tal cual era.

Bruno asintió y sus ojos profundos me analizaron mientras tamborileaba con los dedos sobre su escritorio.

—¿Por qué querías romper con todo?

—No lo sé. —Volví a llenarme de niebla.

—Vale. Déjame reformularlo. ¿Para qué querías romper con todo?

—Quería empezar de cero. Como una hoja en blanco.

—¿Para qué? —repetió.

—Para ser quien quisiera. Para descubrir qué había dentro.

—¿Eso sientes cuando dibujas?

La pregunta me descolocó.

—¿Qué quieres decir?

—También utilizas una hoja en blanco, ¿no?

No supe qué contestar.

—Háblame de la primera vez que viste a Oriana —me pidió Bruno una tarde de finales de julio sin venir a cuento, cuando la nombré, por pura casualidad, mientras hablábamos de otra cosa.

Le conté que nos tocó como compañeros de pupitre en ese instituto que era nuevo para ambos.

Que la encontré llorando en el recreo y algo cambió dentro de mí.

Que la defendí y nos hicimos amigos.

Que quise cuidar de ella porque no tenía a nadie que lo hiciera.

—Creo que algo de ella conectó contigo —comentó Bruno cuando finalicé mi relato.

—¿El qué?

—Su sufrimiento. Tú también sufrías y esa tarea autoimpuesta de cuidar de ella fue una manera de gestionar tu propia angustia.

—No estoy siguiéndote.

—Salvarla a ella era una forma de salvarte a ti. Desplazabas tu angustia de una manera en la que sentías que podías aliviarla.

—Eso es... demasiado rebuscado.

—La mente es un zigzag, Teo.

—No me gusta esa explicación.

Una sensación densa y pegajosa se instaló en mi estómago.

—¿Por qué? —inquirió Bruno, reclamando mi atención.

—Porque suena a que me importaba yo mismo, no ella.

—Eso no devalúa tu amor por Oriana, si es lo que te preocupa. Solo intento hacerte ver el porqué de esa conexión. Os necesitabais. Ella necesitaba ser cuidada. Tú necesitabas alguien a quien cuidar para olvidarte de cuánto sufrías.

—No sé si estoy de acuerdo.

—Creo que habría que reflexionar sobre desde dónde te relacionas con aquellas personas con las que estableces vínculos estrechos —señaló Bruno—. Románticos, en este caso. No lo digo solo por Oriana, también por Loretta. Veo una conexión en tu forma de relacionarte con ambas.

—No se parecen en nada.

—¿Estás seguro? —Bruno alzó las cejas.

—Sí.

—Yo veo un patrón. ¿Tú no?

—Estoy en blanco.

Estaba a la defensiva. Por mucha «inmersión en mí y en mis mierdas» que quisiera hacer, había insinuaciones ante las que alzaba mis barreras.

Todo lo que implicara a Oriana, para empezar. Lo que sentía que ponía en duda el origen de lo nuestro. Me removía los cimientos.

—En ambas relaciones, las sostenías a ellas como una forma de sostenerte a ti. Te relacionabas con ambas desde la codependencia. Era tu manera de sentirte válido, suficiente.

Recuerdo que aquello me cayó como una losa.

Dolió porque era verdad.

Aparté la mirada.

—Esto es lo que tienes que trabajar, Teo. Aquí hay que poner el foco. Porque ese tipo de vinculación no es sana. Ni para la persona con la que lo estableces, ni tampoco para ti. No puedes anteponer las necesidades de otro a las tuyas. Poner límites a alguien no significa que lo quieras menos. Ni tampoco hará que te quiera menos.

Intenté coger aire.

Respirar. Respirar. Respirar.

Oriana

Era octubre y se cumplía el sesenta cumpleaños de Teodoro padre. Mi idea inicial no había sido acudir a la celebración, pero la pérdida especialmente dolorosa de una paciente me hizo dar un cambio de rumbo.

Una semana después, me encontraba en el jardín de los padres de Teo, en la pequeña fiesta que Isabel le había organizado a su marido.

Cerca de las diez de la noche, la mayoría de los invitados se habían marchado, pero todo seguía salpicado de melodías, recuerdos y farolillos.

Teo y yo nos quedamos organizando el jardín, mientras Sabrina, Isabel y Teodoro padre recogían el interior de la casa. Andreu estaba en el sótano intentando dormir a Laia.

Cuando regresamos de tirar las bolsas de basura, nos sentamos en los columpios y nos sumimos en un cómodo silencio.

Recordé el extraño momento que habíamos vivido, horas atrás, cuando habíamos ido junto con Laia al supermercado a comprar hielo y nos habíamos cruzado con Manel. Fue incómodo porque hacía más de diez años que no veía a mi exnovio. Lo fue todavía más cuando dio por hecho que Teo y yo éramos pareja y que Laia era nuestra hija.

—Es mi sobrina —había aclarado él en tono desenfadado—. Oriana y yo no estamos juntos. Por desgracia, no espabilé a tiempo.

Desde ese instante, no había podido dejar de mirar a Teo de reojo.

Y de preguntarme si no era yo la que no había estado queriendo ver las cosas de frente.

Porque ¿qué quería Teo de mí? ¿Qué esperaba de nosotros?

Hablábamos casi a diario, sin necesidad de excusas, solo por saber qué tal el día. Teníamos líneas rojas, temas que no tocábamos jamás. ¿Por incomodidad? ¿Por hacerlo más fácil? ¿Por no obligarnos a tomar una decisión en consecuencia?

¿Qué sentiría él? ¿Qué sentía yo?

Con nuestros pies balanceándose sobre la hierba, traté de desviar la conversación de esas dudas que tenía en la cabeza. Le pregunté por su padre, por cómo llevaba la enfermedad.

—Parece otro —respondió—. A veces, se acerca y me pregunta cosas de mi trabajo. También me llama a veces por teléfono. Es raro.

—¿Cómo lo llevas tú?

—Estoy yendo a terapia.

—Ah. Vaya. Y... ¿te está ayudando? —Fingí no estar tan sorprendida como lo estaba.

—Sí. No es... no es un proceso rápido ni cómodo, pero me está ayudando. Creo que lo necesitaba.

—Me alegro.

Asintió despacio. El sonido del agua de la piscina deshacía el silencio, pero quedaba integrado de manera armónica en la escena.

—¿Tú estás bien, Ori?

—Sí.

—¿Sí? —Me miró con las cejas en alto, como si no me creyera.

—Estoy cansada.

—Estás muy delgada.

—Ya. Hago muchas guardias...

—¿Por?

—Me viene bien el extra. Tengo que liquidar uno de los préstamos de estudios que pedí en Estados Unidos para que no me suban los intereses el año que viene. Y también le debo dinero a Maddie.

Teo carraspeó. Y supe lo que iba a decir antes de que lo hiciera.

—Si necesitas...

—Teo... —Le sonreí.

—¿Qué?

—Que no. Debértelo a ti es como debérselo a Maddie.

—Ya. Sí. Claro.

—Puedo hacerle frente, solo necesito tiempo.

—Sí, tienes razón.

—Gracias.

Nos mantuvimos en silencio. Dentro de la casa empezaron a apagarse algunas luces y el sistema de iluminación del jardín se activó para encender las lámparas del porche.

Miré a Teo. Estando con él algo inexplicablemente tierno me explotaba dentro. Últimamente tenía la sensación de que, a pesar de que ya éramos adultos y de que habíamos pasado por situaciones que nos habían moldeado como personas, los Teo y Oriana que estaban sentados ese día en el jardín de los Vives Ros no eran tan diferentes de los adolescentes que habían hecho lo mismo una década atrás. Su esencia permanecía intacta. Y estando allí juntos era imposible no recordar que esos adolescentes que un día fuimos se querían con locura.

—¿De qué te ríes? —preguntó Teo de pronto. Yo no era consciente siquiera de estar sonriendo.

—De que siempre me pasa una cosa contigo...

—¿Que me encuentras irresistible y no sabes cómo evitarlo?

Me reí.

—Qué tonto eres, Teo...

—Es broma. ¿Qué te pasa?

—Siento..., he sentido... mucho en lo referente a ti —dije —, pero hay algo que nunca ha cambiado, y es que siempre consigues que me sienta muy agradecida contigo.

Teo movió la cabeza en medio de una carcajada sarcástica.

—Dios, me acabas de hacer polvo...

—¿Por qué?

—Bruno piensa que tiendo a posicionarme así con los demás, como «por encima», para sentir que soy suficiente. Estoy..., bueno, trabajando en ello.

—¿Bruno es...?

—Mi terapeuta, sí.

Me quedé mirándolo, intentando ver más allá, queriendo, además, saber qué era exactamente lo que le angustiaba.

—No soy psicóloga, y no pongo en duda que si él lo ha dicho habrá tenido sus razones, pero pienso que, aunque en ocasiones utilices un rasgo de tu personalidad para sentirte mejor, no creo que eso cambie la esencia de lo que eres y de lo que sientes. —Hice una pausa—. Yo te conozco, Teo, y creo que eres una persona genuinamente generosa. Lo pienso desde que te conocí.

Lo vi contener el aliento.

Después sus ojos verdes se llenaron de luz. Y brillaron. Me brillaron a mí. Su luz se me coló dentro como si quisiera destruirme las sombras.

—Ay, Oriana Valdés..., no sé qué voy a hacer contigo.

Teo

Tenía ganas de reír y de llorar. Todo a la vez. Con solo una frase, Oriana había calmado esa duda que me martilleaba la cabeza.

«Aunque en ocasiones utilices un rasgo para sentirte mejor, no creo que eso cambie la esencia de lo que eres y de lo que sientes.»

Una vez más, me había visto. Oriana siempre me veía.

No añadí nada porque estaba a punto de hacer alguna tontería. Nos miramos a los ojos y creo que pudo leer las ganas que tenía de decirle más, de mostrar más.

De pronto, quiso poner distancia. Detuvo el movimiento de su columpio. Después, posó los pies en la hierba.

—Bueno..., creo que voy a acostarme.

—Puedo acercarte a la estación si quieres dormir esta noche en Barcelona. Si nos damos prisa, aún llegas al último tren.

—¿Me estás echando de casa de tus padres?

—Pues... —Me rasqué la cabeza.

—¿Quieres que me vaya?

Oriana se había vuelto hacia mí tras percibir en mi tono que no estaba bromeando. Y la verdad era que no estaba de broma. De pronto, no me veía capaz de dormir pared con pared con ella. Ese día me gustaba más que de costumbre, después de tantos meses intercambiando mensajes como si tuviéramos quince años, después de tantos meses soñando con ella y tantos años viviendo en un quizá que no existía.

Tenía unas ganas locas de tocarla y no era el maldito momento. Nunca lo era.

Cuando me atreví a mirarla a los ojos y vi su expresión confundida, flaqueé. ¿Cómo iba a mandarla a un hotel estando en casa de mis padres, que era un poco suya?

—Vale. Olvídalo. Puedes dormir en la habitación de Sabrina. Yo dormiré en el sofá.

—¿Por qué en el sofá? Sabrina y Andreu duermen en el sótano, ¿no? ¿Por qué no puedes dormir tú en tu habitación?

—Ori..., déjalo.

Me miró unos segundos. Después, se puso los zapatos. Parpadeó, confundida.

—Vale. Iré a la estación. Puedo ir andando, no te preocupes.

—Ori...

—Da igual, Teo. Así mañana no tengo que madrugar tanto para volver a Salamanca.

La seguí por el jardín. Yo seguía estando descalzo.

—Quédate. —La alcancé junto al rosal.

—No.

—Quédate, por favor. Lo siento.

—Que no.

Respiré hondo.

En otras circunstancias, me habría dado la vuelta. Sabía que poco iba a ganar siendo claro en aquel momento. Pero me destrozó lo que vi en sus ojos. Era mi Ori. Y nunca volvería a dejar que pensara que para mí era un problema.

—¿Cambiaría algo si te dijera que no quiero que te vayas, sino que lo que intento es evitar pedirte que te quedes toda la vida?

Oriana se tragó un suspiro. En mi cabeza coloreé el instante exacto en el que inhaló el aire que llegaba al jardín de mis padres y lo llevó a sus pulmones, junto con el eco sordo de mis palabras.

—Está bien —susurró aturdida—. Duerme en el sofá.

—Eso pensaba yo.

Le di un beso en la frente y después la dejé marchar hacia el interior de la casa. Yo me quedé en el jardín, recordando una de mis últimas sesiones con Bruno, en la que hablamos de la importancia de encontrar un equilibrio entre amarla a ella y respetarme a mí mismo...

—*Teo, las almas gemelas no existen.*

—*Yo creo que sí.*

—*Existen si tú eliges creer que existen.*

—*No te sigo.*

—*Lo que estoy diciendo es que no existe solo una pareja perfecta para cada persona. Hay miles de personas con las que podemos conectar, gente que nunca conocerás o con la que no has coincidido en el momento adecuado.*

—*Llevo toda la vida diciéndome eso, pero estoy muy cerca de los treinta y no he encontrado a nadie para mí aparte de ella. Estoy maldito.*

—*No, Teo. Tú has elegido estar maldito.*

—*No te sigo —repetí.*

—*Teo..., Oriana no es tu alma gemela porque una noche una universitaria con aires de pitonisa te dijera que sí lo es. Si Oriana es tu alma gemela es porque tú has elegido que lo sea. Has elegido no dejar de amarla ni un solo día desde que tenías doce años.*

—*Es parte de mí y no puedo cambiarlo.*

—*Ni tampoco quieres.*

—*¿Crees que el amor se controla?*

—*No, hay una parte que es incontrolable. Que está o no está. Como el talento artístico. Lo tienes o no lo tienes. No hay más. Igual que por mucho que quieras cantar eso no te convierte en cantante si no tienes talento para ello, no puedes amar de manera romántica a una persona de la que no estás enamorado.*

—*Exacto, eso es lo que he dicho.*

—*Lo que quiero que entiendas es que tampoco eres cantante por el simple hecho de tener una voz bonita.*

Tienes que elegir cantar.

—¿Tú cantas, Bruno?

—¿Perdona?

—¿Cantas, dibujas, bailas, actúas, escribes...?

—No, soy una persona sin ningún talento artístico.

—Entonces no puedes entender lo que es sentir un deseo de ese tipo. Los dedos hormigueando por coger un pincel, las palabras queriendo escapar de tu mente al papel cuando se cruza en tu camino una idea o los pies moviéndose solos cuando suena una melodía. Así es lo que siento por Oriana. Como una pulsión artística que sientes, aunque no llegues a ejecutarla jamás.

—Eso lo entiendo, Teo. Y te doy la razón. Pero lo que quiero que entiendas es que todos elegimos. Elegimos el papel que damos en nuestra vida a las cosas que nos importan. A un trabajo, a una afición, a nuestros padres, a nuestros hijos, amigos, parejas... Si tu decisión es ponerle a Oriana la etiqueta de alma gemela y darle ese lugar, ten por seguro que nadie estará a la altura de lo que sientes por ella. Ella es tu alma gemela porque la has señalado como tal.

—¿Y eso es malo?

—Puede serlo si no te deja avanzar. No permites que nadie te llegue ni te llene, y si eso es algo que te hace desgraciado, sí, será malo a la larga.

—Pero es que la quiero. No puedo explicarlo. Y no puedo dejar de quererla.

—¿Pero quieres?

—No —admití—. No quiero.

—¿Entiendes ahora? Más allá de la pulsión esa de la que me hablas, existe un deseo por tu parte. Y tu deseo no es dejar de quererla. Es hacerlo para siempre. Estás eligiendo no olvidarla.

—Está bien. Tienes razón. Estoy eligiendo no olvidarla. No quiero olvidarla.

—Lo sé. Yo no estoy aquí para convencerte de que lo hagas.

—¿Estoy fracasando en la terapia porque no quiero dejar de esperar nunca?

—Claro que no. Es tu decisión y yo no soy quién para juzgarla. Mi trabajo es que aprendas a vivir sanamente con esa elección.

—Vale. ¿Y eso cómo se hace?

—Tienes que poner límites. Y priorizarte si debes hacerlo. No pasa nada por ser egoísta de vez en cuando, tienes que ser responsable contigo mismo. Respeta lo que sientes, pero respeta lo que ella siente también. No cargues con frustraciones que no te corresponden. Si algún día llega el momento y se dan las condiciones para que estéis juntos... siente que estás eligiéndola y que ella te elige a ti. No es aconsejable que construyáis nada desde la necesidad. No suele ser un buen punto de partida.

—Ojalá lleguemos ahí en algún momento...

—¿Tienes algún plan para que así sea?

—Bueno, digamos que estoy explorando el terreno, esperando una oportunidad para decirle que quiero que lo intentemos en serio. Solo necesito el momento perfecto. Y algo me dice que está muy cerca.

2020

Oriana

Hay algo curioso en los aeropuertos. En ellos, el tiempo transcurre a una velocidad diferente. Quizá porque son espacios que existen casi al margen de la realidad.

En un aeropuerto se me quebró la vida a los doce años, y la fui reinventando con dieciocho, con veintitrés, con veintisiete... Y en un aeropuerto, dentro del *finger* que me conectaba al avión que me llevaría a La Habana, empecé a notarlo de nuevo, la falta de aire, el temblor...

Recuerdo que saqué el móvil del interior de mi abrigo y abrí el WhatsApp. Busqué nuestro chat. El nido donde cobijábamos hilos de palabras, la huella de la rutina, algún secreto, las inseguridades... Podíamos pasar días sin hablar y luego no desengancharnos de las notificaciones durante veinticuatro horas seguidas si alguno de los dos lo necesitaba.

Teo y yo siempre estábamos. Y siempre éramos.

Deslicé el dedo por la pantalla y me detuve en una conversación que mantuvimos durante una guardia terrible en la que perdimos a un paciente y me fui a casa con la incómoda sensación de no haber hecho suficiente, de que realmente podría haber hecho más...

Mi espiral se inundó de culpa y no conseguí parar el descenso. Perdí la perspectiva y Teo señaló que, tal vez, lo que necesitaba era tomarme un descanso.

La conversación terminaba con una sugerencia detrás de la que, quizá, me esperaba el resto de mi vida: «Si necesitas escapar, solo tienes que decírmelo».

El corazón aún me latía a toda velocidad cuando la releía.

—Bienvenida a bordo —me dijo la azafata que esperaba en la puerta del avión—. Identificación y tarjeta de embarque, por favor.

Le tendí mi pasaporte cubano y el móvil, donde llevaba descargada la tarjeta de embarque.

Cuando ubiqué mi maleta de mano en el compartimento superior y tomé asiento, volví a coger el teléfono.

Observé la pantalla bloqueada mientras el temblor regresaba a mi pecho.

Intenté descifrar su significado. Había escuchado a la jefa del servicio de Medicina Interna recomendarle algo así a una paciente que acudía de manera ocasional con sintomatología somática. «Descifra esos dolores de estómago. ¿Crees que quieren decir algo? A veces, el cuerpo nos habla con su propio código para trasladarnos una necesidad que no estamos sabiendo atender.»

Me esforcé por traducir aquella sensación que me sacudía el pecho mientras el resto de los pasajeros subían al avión.

¿Era la tensión acumulada por esos meses de residencia? ¿Estaba nerviosa? ¿Era por Gonzalo y su propuesta, aparentemente informal, de que me trasladara a su piso para ahorrarme el pago del alquiler? ¿Las sombras de siempre? ¿O el temblor era, en realidad, un conjunto de cosquillas producido por esa idea en la que no dejaba de pensar? ¿Era un impulso, esperando?

Marqué antes de arrepentirme y él respondió al segundo tono.

—Ey..., Ori. —Su voz sonaba espesa.

—Feliz año, Teo.

—Feliz año. ¿Dónde estás?

—En el avión. A punto de despegar.

—Ah, es cierto, te marchas... —Hizo una pausa, como si de golpe hubiera caído en que, tal vez, el hecho de que lo llamara cuando estaba a punto de viajar a otro país se debiera a algo concreto—. Está todo bien, ¿no?

—¿Estabas durmiendo? —Sonreí para mí.

—Sí. Celebrar en una misma fiesta los treinta y la Nochevieja fue demasiado incluso para Ed.

—Ya me lo imagino...

No dije nada. Él tampoco. Y en el silencio de la línea se coló la voz de la sobrecarga informando de que el embarque estaba finalizando y que en breve cerrarían las puertas del avión.

—Bueno... —Teo se aclaró la garganta—, tienes que colgar, ¿no?

—¿Vendrías conmigo? —Lo solté antes de que se me escapara la oportunidad.

—¿Ir contigo? ¿Adónde?

—A Cuba.

—¿Cómo?

—Que si quieres venir conmigo a Cuba.

—¿Cuándo?

—Ahora. Estos días. Podrías mirar billetes para, no sé, ¿mañana?

Hubo un silencio denso. Se me instaló un nudo en la garganta que casi me asfixió.

—¿Teo? Tengo..., tengo que colgar.

—¿Quieres que me vaya unos días contigo a Cuba, así, de repente?

Me di un golpe a mí misma en la frente.

—Lo sé. Igual piensas que está fuera de lugar que te pida algo así. Puedes decirme que no. Ya sé que tienes una vida y que probablemente...

—No, solo estaba asegurándome de estar entendiéndote antes de comprar el primer billete que salga para allá.

Mi corazón enloqueció. Y regresó el temblor...

—¿Eso... es un sí?

—Ori..., ¿en qué universo paralelo piensas que te hubiera dicho que no?

Teo

Lo primero que me sorprendió al bajar del avión fue el golpe de calor. Fue como una bofetada húmeda en pleno mes de enero que no esperaba, especialmente después de que Oriana me informase de que un frente frío estaba atravesando La Habana esos primeros días del año.

Lo segundo, el estallido que se produjo en todos mis sentidos cuando aterricé en una realidad que no había pisado nunca, pero que sentía que ya había conocido una vez en un sueño...

Luego vi a Oriana esperándome al otro lado de la zona de llegadas, retorciéndose las manos, nerviosa.

Aquella era la ventana de oportunidad que llevaba meses esperando. Lo confirmé cuando vi su mirada radiante, limpia, honesta y también un poco asustada cuando nos encontramos a medio camino y nos abrazamos.

Oriana se quedó un rato en mi pecho, solo allí, respirándome mientras yo paseaba la punta de la nariz por sus rizos oscuros.

—Parece que te alegras de verme... —susurré.

—Es que... no me puedo creer que estés aquí. En mi tierra, después de tantos años... —Me apretó más fuerte.

—Yo tampoco. Pero me alegro de haber llegado por fin.

Alzó la mirada hacia mí. Le brillaba de manera titilante, como una estrella, y yo sentí la frustración que todo artista experimenta alguna vez cuando es consciente de que jamás plasmará la realidad tal cual se presenta ante sus ojos.

—¿Qué plan tenemos? —quise saber.

—De momento, sobrevivir a la primera tormenta tropical del año en un Chevrolet del 92.

Minutos después descubrí que Oriana no había exagerado con el uso del verbo «sobrevivir». El coche que había conseguido estaba en un estado tan deplorable que no pudimos hacer uso del maletero y realizamos el trayecto con mi equipaje sobre nuestras rodillas.

El conductor y propietario del automóvil era un amigo de su tía Clarita que tomaba las curvas sin demasiada delicadeza y esquivaba los socavones de la carretera de la misma forma.

Yo iba en tensión hasta que Oriana anunció que mima llevaba todo el día cocinando para recibirme, y entonces la tensión se transformó en una sensación diferente.

Iba a conocer a mima.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Voy a conocer a mima. No había pensado que iba a verla.

—Venías aquí. ¿Qué habías pensado?

—Que venía a verte a ti. —Me encogí de hombros—. Tampoco es que me haya quedado mucho tiempo entre hacer la maleta, conseguir la tarjeta de turista y el billete de avión en cuatro días.

Fuera no dejaba de llover. Los rizos de Oriana se habían convertido en caracoles.

—A mima le vas a gustar —afirmó, mirándome a los ojos—. Y a tía también.

—No puedo aparecer con las manos vacías, Ori...

—Estoy segura de que algo se te ocurrirá.

Oriana tuvo razón.

Antes de bajar las maletas y resguardarnos en el portal de mima y tía Clarita, saqué el cuaderno con el que había viajado y arranqué el dibujo en el que había estado trabajando en el avión: un reloj de arena suspendido entre las estrellas.

El edificio donde Oriana vivió los primeros doce años de su vida era antiguo, aunque, por el vistazo que pude echar a aquella calle de Centro Habana donde estaba, no creo que fuera de los más longevos del barrio.

La pintura blanca de las paredes estaba algo sucia y desconchada. Las baldosas de las escaleras bailoteaban cuando ponías un pie en ellas y el pasamanos tampoco parecía muy seguro.

Pero eran detalles a los que apenas presté atención. En lo alto de la escalera, en el umbral de la entrada a la casa, esperaba mima, tal y como Oriana me había relatado cientos de veces.

Mima siempre aguardaba en la puerta para verla llegar.

Era como la había imaginado, pero, al mismo tiempo, totalmente distinta.

Tenía la piel mucho más oscura que la de Oriana, los ojos más suaves, la sonrisa más serena. Su mirada era inteligente y me traspasó como uno de esos huracanes que lo desordenan todo para después crear la oportunidad de ubicarlo donde corresponde.

—Bienvenido a casa, Teo. Soy Alicia, la abuela de Oriana.

—Me apretó las manos con fuerza y ternura y nos hizo un gesto para que nos deshiciéramos de los zapatos empapados por la lluvia.

—Gracias, estoy encantado de conocerla. Aunque tengo que confesarle que es la primera vez en dieciocho años que me entero de que usted tiene nombre propio; me decepciona no poder llamarla mima.

Mima se echó a reír. Tenía una risa sonora y bonita.

—¿Y quién te dijo que no puedes llamarme mima, chama? Si tú quieres, te concedo el derecho.

—Tremendo descarado. Me gusta —dijo una voz sonriente que se unió a escena—. Yo soy Clara. O Clarita. Como tú prefieras.

La tía de Oriana no se parecía en nada a ella. Era exuberante y escandalosa. Me encantó su energía cuando

me dio un abrazo sentido antes de conducirnos al interior de la casa.

El salón era humilde. Toda la vivienda lo era. Se notaba que cuidaban el estado de las cosas y que algunas eran de reciente adquisición. Sabía que eso era gracias a Oriana.

La miré de reojo. Estaba en una esquina del salón, observándome, tratando de encajarme allí.

Sentí que estaba exactamente donde debía estar. Oriana y yo habíamos tomado direcciones opuestas a lo largo de los años. Nuestros caminos se habían separado, rozado, colisionado, pero ahora estábamos en el lugar de donde venía, buscando un sentido a aquello.

Reinventando el significado de un reencuentro.

Oriana

Mima lo supo enseguida. Que Teo era alguien. Mi alguien.

La primera cena en casa, los cuatro juntos, entre risas y anécdotas, le fue suficiente para entender. El salón olía a especias y arroz recién hecho. De fondo sonaba un disco de José Feliciano mientras él relataba «la mayor injusticia de su trayectoria académica»: un suspenso en el examen final de Sociales en segundo de la ESO, en el que cayó una pregunta sobre la escritura en el antiguo Egipto.

—Juro que me la había preparado a conciencia —les explicaba a mima y tía—, solo que, bueno, lo había hecho a mi manera y respondí..., pues eso, a mi manera también. ¿Te acuerdas, Ori?

Me miró. Yo le sonreí.

—Sí. Reprodujiste los jeroglíficos que venían en el libro. Y te suspendieron.

—Y se montó un buen circo. La tutora llamó a mis padres e insinuó que yo tenía un problema para seguir las normas. Me cayó tal bronca al llegar a casa que me amenazaron con castigarme todas las vacaciones de Navidad.

—Ay, *m'hijo*. Se enredó la pita, ya veo. ¿Y qué pasó? —preguntó mima, preocupada.

Teo sonrió.

—Ori pasó. Buscó en el libro el significado de esos jeroglíficos y se dio cuenta de que yo había respondido correctamente a la pregunta del examen, solo que, en efecto, lo había hecho a mi manera. Y así se lo explicó a mi madre.

—¿Qué le dijiste? —Todos me miraron.

—Le dije que Teo veía el mundo de una forma diferente al resto de nosotros, y que eso no lo hacía peor que los demás, lo hacía especial.

No hizo falta que añadiera más.

Por la noche, mi abuela me había mirado a los ojos y me había dicho que acababa de entender que la pena que me había leído en el alma todos esos años llevaba el nombre de Teo.

Ni Eva, ni La Habana, ni el mar. Solo él.

—¿Qué les ha pasado, mi niña?

—Nosotros mismos, mima. Y la vida.

—Oriana..., lo que está *pa'ti*, está *pa'ti*. Y él ahora está aquí. Y tú también.

Yo estaba allí. Y él estaba porque yo lo había llamado. Y ambos sabíamos lo que significaba.

Él se había acercado todo lo posible hasta orbitar en mi misma galaxia, pero se había detenido para que fuese yo la que diera el siguiente paso.

Estaba esperando, esperándome a mí.

Y yo sabía que quería hacerlo. Pero necesitaba encontrar la manera de vencer el miedo a sentir todo aquello que Teo me despertaba solo con mirarme a los ojos.

Los siguientes cuatro días los pasamos recorriendo La Habana.

Quise sumergir a Teo en la magia decadente en la que me había criado. Él parecía fascinado por todo. De repente, se paraba en seco y me decía: «Necesito plasmar todo esto, Ori. No quiero que se me escape. ¿Te importa que nos sentemos en algún sitio?».

Después, reanudábamos la marcha mientras hablábamos de todo y nada.

De su día a día y del mío.

Compartía con él la carga que me habían supuesto el estrés y la angustia de aquellos meses de residencia, y luego él me compensaba haciéndome preguntas sobre política, santería cubana o soltándome algún chascarrillo:

—Ori, la próxima vez que invites a alguien a Cuba en pleno «frente frío», quizá debas especificar que aquí los frentes fríos se caracterizan por temperaturas mínimas de veintitrés grados. Qué puta locura de calor.

Yo me echaba a reír y después respiraba mejor.

Teo me conocía tan bien que asustaba.

Esos días cogimos la rutina de levantarnos temprano, desayunar jugo de guayaba en uno de los puestos de la esquina, patear calles escondidas, coger un bicitaxi para ver atardecer desde el Malecón y cenar mientras paseábamos juntos antes de volver a casa de mima.

—¿Qué regalan ahí? —preguntó Teo una de esas noches, la tercera que pasábamos en La Habana.

—Es El Floridita. La cuna del daiquiri. Siempre está lleno.

Mientras seguíamos caminando, le expliqué que el local se hizo famoso porque Hemingway fue en su día cliente habitual. También le hablé de otras cosas. De que una de mis citas favoritas era de ese autor: «No puedes alejarte de ti moviéndote de un lugar a otro».

Le confesé, sin poder mirarlo a los ojos, que me había cansado de huir de mí misma.

En ese momento, uno de los muchos músicos que tocan por las calles de La Habana cantaba acerca de esperar, de enseñar a soñar, de aprender a mirar la luna del mismo color...

Empezaba a sentirme enmarañada por dentro. Teo me enmarañaba. Quería tocarlo, pero aún no me atrevía.

—¿En qué piensas? —preguntó cuando llegamos a una placita algo retirada a la que solía ir con frecuencia cuando aún vivía en la ciudad.

—Aquí me dieron mi primer beso —confesé.

Él permaneció callado, tratando de camuflar una sonrisa.

—¿Qué? —pregunté.

—No, nada. Que a mí mi primer beso me lo diste tú.

—Ya... Fui tu entrenadora. Qué triste.

—¿Triste por qué?

—Porque no significó lo mismo para ti que para mí.

Me miró con expresión sarcástica.

—Ori, sabes perfectamente que eso no es verdad.

Sentí que perdía el equilibrio.

Me sentía como si estuviéramos solos, aunque no lo estuviéramos. Como si se hubiera detenido el tiempo, cuando en realidad cada vez pasaba más deprisa y los días se nos escapaban uno detrás de otro.

Me paralizó la intensidad de todo aquello que flotaba alrededor. De aquel lugar, de él, de mí. Sentía mi pecho empezando a desbordarse y me asustaba no poder controlarlo.

—Deberíamos volver a casa —dije de pronto.

—Claro.

Regresamos andando, a pesar de que mima y tía vivían bastante lejos.

Teo destensó el ambiente hablándome de las novedades que había en las vidas de Edgar y Fra, como si supiera que yo necesitaba centrar la atención en cualquier cosa que no estuviera relacionada con nosotros.

Funcionó a medias.

Cruzamos el umbral de la casa bastante acalorados, era una noche especialmente húmeda. Yo entré al aseo a refrescarme y, cuando salí, Teo y mima reían en el salón.

Él le estaba explicando el significado de sus tatuajes.

La constelación de Cáncer, porque «fue un día, mirando las estrellas, cuando entendí que cada uno tenemos nuestro camino y no siempre es el que otros esperaron que siguiéramos».

Una crisálida repleta de grietas, porque «existe violencia en el despertar de una mariposa».

La silueta de una botella «porque a veces te equivocas si te pasas con la ginebra».

Mima reía con él.

Creo que nunca la había visto reír de la manera en la que lo hacía con Teo. Yo ni siquiera hablaba. Solo los acompañaba y los observaba interactuar, sintiéndome privilegiada de poder hacerlo.

Tía apareció en el salón al mismo tiempo que yo con una jarra con agua fría para Teo, que aún no había podido cambiarse. Él la aceptó y sirvió un vaso para mí y otro para él.

—Frente frío mis cojones —me dijo riendo entre dientes.

—Oigan, ¿por qué no se marchan unos días a la playa? —sugirió tía como quien no quiere la cosa—. Ahora no hay demasiado lío en Varadero, pueden descansar, a este hombre no le da un mal con la subida de las temperaturas que se espera a partir de mañana y así desconectan de verdad.

Me quedé paralizada con el vaso en la mano.

—Pero ¿y vosotras?

—Niña, yo tengo una pila de trabajo y mima tiene lo del club de literatura feminista. Nos hacen un favor si desaparecen unos días. Mi amigo de las guagüitas les consigue unos billetes para mañana mismo y asunto arreglado.

El pulso se me aceleró.

—¿Mima? —Localicé la mirada de mi abuela, que ya me estaba sonriendo con su dulzura infinita.

—Mi amor, váyanse. Mira a Teo, tiene la presión por los suelos, mañana se esperan treinta y tres grados...

—¿Teo?

Busqué sus ojos, que ya estaban fijos en mí, esperando junto a una sonrisa tan inocente que no me la creí.

—¿Playa paradisiaca y mi chica favorita? ¿Dónde tengo que firmar?

Teo

Miré las aguas turquesas y aspiré el aire salino. Hablábamos frente al mar de sensaciones enredadas, de nudos, del ángulo adecuado para mirar el presente.

Desde que habíamos dejado La Habana, Oriana estaba más cerca, más ella.

Llevábamos solo unas horas en Varadero, pero su sonrisa se había transformado en una infinita, dorada. Yo tenía los sentidos aglutinados desde que había llegado a Cuba, vivía en una constante sinestesia. Veía colores en las emociones y melodías en los tonos más intensos.

La miré, tumbada en la hamaca de al lado.

Ella me miró. Sus ojos vibraban.

—¿Qué? —me preguntó.

—Nada. Estás diferente.

—El mar me relaja, lo sabes.

—Lo sé.

Nos quedamos en silencio. Mirándonos. Solo eso. Mirándonos.

—¿Por qué me miras así?

—Pues... me preguntaba si, ya que estás tan relajada, este sería un buen momento...

—¿Un buen momento para qué?

—Para que te animes a contarme por fin qué estamos haciendo aquí.

—Teo... —Trató de sonar desenfadada, pero a esas alturas creo que ambos teníamos claro que no podíamos seguir posponiendo esa conversación.

—Ori —la corté—, mira, podemos dar todas las vueltas que quieras y seguir fingiendo que es perfectamente normal que me hayas pedido que venga contigo a Cuba, de la noche a la mañana, y que no hayamos mencionado a Gonzalo en cinco días, pero quizá no me venga mal algo de contexto. Al menos para saber hasta qué punto está mal que no pueda dejar de mirarte las tetas.

—Eres un idiota...

Soltó una carcajada, que se extinguió enseguida en la brisa marina y el sol justiciero de aquella playa.

Sus ojos se perdieron en las olas y después me buscaron.

Estaban llenos de inquietudes que necesitaba ordenar.

—Quiere que nos comprometamos —expuso finalmente—. Nos vemos poco porque desde que salimos juntos yo siempre he estado ocupada. Ya sabes..., estudiando, o trabajando, o con cursos o guardias... Solemos quedar para cenar, para ir a exposiciones, lo acompaño a las catas de vino que organizan sus amigos y, bueno, tenemos poco tiempo para nosotros. No tenemos..., ya sabes, mucha intimidad.

—Folláis poco, quieres decir.

—Sí. Eso quiero decir. Es como... No es una prioridad, ¿entiendes?

—No, no lo entiendo. Pero sigue.

Tragó saliva, incómoda.

—Bueno..., el caso es que he estado a gusto en este tipo de relación porque no me exigía demasiado. Ya sabes que me cuesta implicarme...

—Ajam.

—Pero ahora algo ha cambiado, no sé bien el qué. Quiere más. Quiere que conozca a su hijo, que viva con él, que hagamos un crucero por Asia, que coma los domingos con sus padres y yo..., yo...

—Tú has venido a pasar el Año Nuevo a Cuba con tu familia y antes de que despegara tu avión me llamaste para que viniera contigo. A mí, no a él.

—Dios. Suena peor si lo dices tú. —Se tapó la cara y no dijo ni una palabra más.

Estuvimos callados tanto tiempo que el silencio entre ambos adquirió entidad y complejidad. De fondo, en un chiringuito cercano, uno de los animadores del hotel encendió el sistema de sonido y empezó a sonar una bachata.

—¿Quieres mi opinión? —le pregunté.

—Te mereces dármele, desde luego. —Me miró de reojo.

—Vale. Allá va: Gonzalo y tú no sois pareja, sois compañeros de vermú. Si ese tío quisiera ser tu novio, buscaría el modo de que tuvierais «intimidad». Iría a recogerte al hospital y te lo haría en el coche si hiciera falta, ¿entiendes?

—Tiene cuarenta y seis años, Teo, no veintidós —respondió a la defensiva.

—Me da igual. Lo que quiero que entiendas es que eso de ir «superliado» o «que no te dé la vida» es la gran excusa que pone la gente en el siglo XXI cuando no tiene los cojones de decirte que, por la razón que sea, no te está priorizando. Y Gonzalo y tú no os priorizáis. Y siento decirte que si una pareja que está empezando no se prioriza ni para follar en su primer año de relación... la cosa no pinta bien.

Oriana no contestó, pero encajó el golpe. Perdió la vista en la arena, pensativa.

—Es posible que sea mi culpa —admitió.

—¿El qué?

—Que sea yo la que pone las excusas. Creo que si por él fuera... en fin. Que follaríamos en el coche.

—Ya. No puedo creerme que vaya a preguntarte esto, pero ¿puede saberse por qué no quieres follar con tu novio en el coche?

Sus ojos me atravesaron y yo me sentí superado por la magnitud de esa mirada.

—Porque ya he follado en demasiados coches sin que significara nada. No quiero seguir haciéndome eso a mí misma.

Dejé escapar un suspiro.

—No sé si soy la persona adecuada para que tengas esta conversación, Oriana. Quizá deberíamos parar aquí.

Agachó la cabeza. Vi que se mordía el labio, como si se contuviera para no gritar.

—Lo siento.

—¿Por qué pides perdón?

—No lo sé.

—Yo sí lo sé. —Dibujé una sonrisa pequeña.

—¿Por qué?

—Te lo digo luego, en la cena. —Me incorporé en la hamaca, imponiendo distancia entre ambos.

—¿Te vas? —Me miró, descolocada.

—Sí. Necesito... espacio.

—¿Te molesto?

Negué con la cabeza.

—No, no me molestas, Ori. Me abrumas.

Intenté resumirlo así. El instinto me pedía una cosa y la razón, la contraria. Así que me puse en pie, cogí la toalla y le di un beso en la cabeza.

—¿Teo? —Oriana me miraba como se miran las cosas que no quieres que se te escapen.

—Voy a mandar unos e-mails, ¿vale? Nos vemos luego.

La arena templada me hormigueó en los pies de camino a nuestro hotel.

Oriana

Teo me esperaba en la terraza de uno de los restaurantes ubicados en la planta baja de nuestro hotel. Tenía vistas al mar.

Lo saludé con un gesto de la mano cuando me senté frente a él y me sonrió. Fue un gesto sincero, transparente. A Teo le gustaba verme. Se reflejaba en su rostro y en sus reacciones fisiológicas: sus pupilas se dilataban, su respiración cambiaba, las aletas de su nariz se ensanchaban.

Mi cuerpo sentía lo mismo por él. Yo sentía lo mismo por él.

—Me gusta tu camisa —le dije—. Aunque estás rojo. Te has quemado.

—Tú estás... negra. —Me miró el cuello, los brazos, la piel del escote.

—¿Es un cumplido?

—Lo es.

Un camarero se acercó y tomó nota de lo que íbamos a beber.

Teo seguía mirándome. Me hacía sentir desnuda.

—¿Has mandado los e-mails? —le pregunté.

—Los he mandado. ¿Tú qué has hecho?

—Siesta —resumí.

—Mmm... Hace siglos que no duermo una buena siesta.

—¿Y eso por qué?

—Bruno me dijo que quizá fuera preferible que las evitara mientras mejoraba mi rutina nocturna de sueño.

—Dijiste que estabas durmiendo mejor, ¿no?

—Sí, pero poco a poco. Ha sido un año duro.

—¿Llevas durmiendo mal un año? —Abrí mucho los ojos.

—Sí. Un año justo. Desde enero de 2019.

—Vaya. ¿Sabes la fecha exacta?

—Sí.

Nos trajeron las bebidas. El camarero nos recomendó algunos platos. Nosotros nos dejamos aconsejar y después nos volvimos a quedar solos.

Teo y yo brindamos. Hicimos chocar nuestras copas y deslizamos la sangría por la garganta sin retirarnos la mirada. Me armé de valor para hacerle la pregunta que él estaba esperando, la que yo llevaba meses deseando hacerle.

—¿Sabes por qué fue, por qué empezó el insomnio?

—Sí. —Me observó con cautela.

—Y... ¿me lo quieres contar?

—¿Tú lo quieres saber? —Su sonrisa socarrona me desarmó.

—Pues...

—Vale —se rio—, puedo filtrártelo. En una escala del uno al diez, ¿cuánta verdad crees que puedes asimilar con solo dos sorbos de sangría?

Lo pensé durante unos instantes.

—Cinco.

—Bien, pues... me desvelaba imaginando que pasaba algo. Un quizá...

—Muy poca información. Seis.

—Bien. Ese quizá me gustaba. Me gustaba tanto... que me quitaba el sueño.

—Siete. —Se me tensó el estómago.

—Tenía que ver contigo y con tu futuro.

—Ocho.

—Tenía que ver contigo, con tu futuro y cómo podía encajar yo en él.

—Nueve.

—En ese quizá... volvíamos a estar muy cerca.

—Vale. Me rindo. Diez. —Cerré los ojos.

—En ese quizá... elegías un hospital de Barcelona para hacer la residencia.

Sentí un salto en el estómago cuando dijo aquello. Lo que tantas veces había imaginado, lo que yo misma había soñado, aunque hubiera querido olvidarlo cuando despertaba, lo que quise en silencio que ocurriera...

Me sentí como si acabara de tirarme al vacío desde un acantilado.

Perdí la vista en el mar. En la bruma, en las olas, en las corrientes invisibles...

Teo me agarró las manos, buscó mis ojos hasta que los encontró.

—Ori, mírame. No te lo calles, por favor. Lo que sea que estés pensando... no te lo calles.

—Es que no me vas a creer...

—¿Qué? ¿El qué?

—El Hospital de Salamanca fue mi opción número doce en la elección de plaza. Puse todos los hospitales de Barcelona en primer lugar. No sé por qué. Pensé que si me daban alguno sería una señal, aunque sabía que era casi imposible. No planteé opciones intermedias, como Girona o, yo qué sé... Pensé: si no es Barcelona es porque no tiene que ser, entonces que sea Salamanca. Fue una decisión del momento. No lo sabe nadie. Ni siquiera Maddie. No sé por qué lo hice.

Teo se había quedado clavado en su sitio. Sus ojos, cuyo color verde se había difuminado en un bonito tono tropical desde que había aterrizado en La Habana, me analizaban entre sorprendidos y aliviados. Con la tranquilidad de no estar luchando por un imposible.

Empecé a respirar mejor. Y Teo empezó a sonreír. Una sonrisa insolente, amplia, honesta.

—Si quieres alguien que te lo explique, te puedo pasar el teléfono de Bruno...

—No es gracioso, Teo.

—Ya sé que no. Pero acabas de darle algo de sentido a mis meses de insomnio.

Le di un trago a mi copa mientras él me observaba con aquella sonrisa gigante que erizaba cada una de mis terminaciones nerviosas.

—No sé por qué te ríes —susurré.

—Tú también te estás riendo.

Cuando fui consciente de que era verdad, de que el peso de haberle confesado aquello había tirado de la comisura de mis labios hasta dibujarme una sonrisa, ambos explotamos en carcajadas.

—Acabaremos muriendo de intensidad —declaré.

—Y eso que no has abierto la botella...

—¿Cuál botella?

—Esa. No es decoración. La he traído yo. —Señaló una pequeña botella de vidrio que había en el centro de la mesa.

Extendí las manos para cogerla. No había reparado en ella. Parecía una botella de whisky extraída del minibar de la habitación. Me di cuenta de que, en su interior, entre un puñadito de arena de la playa, había un papel.

Miré a Teo, que se encogió de hombros al decir:

—Siempre quisiste que te enviaran un mensaje en una botella...

Me las apañé como pude para sacar el diminuto papel sin derramar toda la arena sobre el mantel de lino blanco.

Antes me has pedido perdón porque aún no has conseguido explicarme por qué me pediste que hiciera este viaje contigo. Posiblemente ni siquiera tú lo sepas todavía.

Se me aceleró la respiración.

—Siempre quise que me enviaran un mensaje en una botella —repetí sus palabras mientras volvía a mirarlo. Tenía el corazón en la boca.

—¿Sabes? No es el primero que te mando.

—¿Ah, no?

—Te mandé otro la noche que le pedí a Loretta que se casara conmigo. Tiré la botella al Vístula desde el puente Bernatek de Cracovia.

—Qué dramático —ironicé—. ¿Qué ponía en el mensaje?

—«Tú y yo siempre seremos.» —Se frotó los ojos entre risas—. Dios. No me extraña que me dejara en el altar.

El camarero apareció en ese momento con una bandeja con yuca, chicharrones y tamales.

Aprovechamos la situación para rebajar la carga del ambiente bromeando sobre qué opinaría su madre sobre las calorías de cada plato, pero al cabo de unos minutos yo no pude evitar volver al tema que él había mencionado de pasada.

—¿Por qué fue en realidad?

—¿El qué?

—¿Por qué te dejó Loretta?

—Ya lo sabes.

—Bueno..., no con exactitud.

Teo me observó mientras se llevaba un chicharrón a la boca.

—Ori..., esto no te lo puedo filtrar.

—Lo sé. Y quizá te parezca incoherente, pero quiero saberlo

Teo asintió despacio y se acomodó en su asiento. Sin hacer preguntas, solo habló.

—No pudo soportar conocerte. Ver cómo te miraba. Cómo eras. Ver que existías.

—Pero ¿ella sabía...?

—Lo sabía todo. Fui sincero desde el principio. Loretta decía: «Puedes tenerla en tus sueños si quieres, yo estaré para siempre en tus brazos», pero creo que entender que eras real, de carne y hueso, la superó.

Me esforcé por respirar lento. Entender lo que había dicho, asimilarlo, digerirlo.

—Lo siento —dije.

—¿Por qué?

—Porque podrías haber sido feliz con ella. Y una parte de mí no quería que lo fueras.

Nos aguantamos la mirada. El mar se escuchaba de fondo.

—Podría haber sido feliz con ella, pero siempre me hubiera preguntado si quizá contigo lo habría sido más. Y no era justo.

El peso de todo aquello, de todo lo que éramos, se quedó con nosotros, flotando en el aire.

Teo me miraba sin reservas. Creo que llevaba meses haciéndolo, esperando en silencio a que fuera yo la que diera un paso adelante.

¿Por qué no lo hacía? ¿Qué me lo impedía realmente?

Nos acabamos la cena y el camarero nos trajo el postre. Una porción de tres leches para compartir. Me acordé de su madre, de Isabel, de aquella tarde en nuestro último año de instituto que pasé junto a ella en la cocina preparando esa misma receta.

También nos recordé a ambas en la recepción del hotel donde Teo y Loretta iban a casarse. La recordé diciéndome que el hecho de que yo estuviera en Cracovia esa noche daba perspectiva a la situación, y que un día miraría atrás y vería que todo tuvo su porqué.

—¿No ha habido nadie más desde Loretta? —le pregunté de pronto a Teo.

—No ha habido nadie más desde Loretta —confirmó él.

—¿No? —Lo miré sorprendida.

—No me mantengo célibe, si es lo que me estás preguntando. No es que esté traumatizado ni tengo ninguna enfermedad que evite que todo funcione como debería... De vez en cuando me pica, como a todos.

—Te pica... ¿y cómo te las apañas? —Necesitaba destensar el ambiente, todo estaba demasiado enredado...

—¿Por qué estamos hablando de esto? Me parece mucho más peligroso que ahondar en mi no-matrimonio o en tus

problemas con el tío del vermú.

Me reí.

—¿Y eso por qué?

—¿Cómo que por qué? Porque tú follas poco y yo también.

—¿Esa es la única razón? —Le eché una mirada de reojo y él sonrió.

—Oriana..., no me toques las palmas que te bailo.

Volví a reírme, nerviosa por estar tonteando con él.

—Así que mis líneas rojas son todo lo que conlleve hablar de emociones complejas, y las tuyas, de necesidades primarias, como el sexo. —Me llevé la cuchara a la boca. Él clavó ahí su mirada. Y me di cuenta de cuántas ganas tenía de que me besara.

—Oriana..., pide la cuenta, anda. Vamos a despejarnos un poco.

Teo

Caminar junto al mar para despejarnos había sonado como una idea de puta madre en mi cabeza. Pero mi plan tenía lagunas.

Estábamos solos, sin nadie alrededor. Nuestros brazos se rozaban. La brisa le agitaba la falda y yo quería quitársela de una puñetera vez. Pero no sabía si era el momento o si iba a salir corriendo.

La mirada de Oriana se perdía en el horizonte, en la masa oscura salpicada de bruma y plata. Estaba melancólica, como siempre que miraba el mar. O me estaba evitando, porque ella tampoco podía dejar de mirarme la boca. No lo sé.

Yo no estaba nada despejado. Estaba enmarañado por todo lo que nos habíamos dicho desde que habíamos dejado La Habana. El puto Varadero era como la fuente de la verdad. Y me iba a volver loco porque llegados a ese punto quería hablarle claro, tocarle la piel y perderme dentro de ella. Pero tenía miedo de que se me escurriera entre los dedos. No podía verla marchar otra vez.

Para llamar su atención, hice lo que llevaba haciendo los últimos días. Le hablé de temas absurdos que la hicieran sentir relajada. Le conté la historia de cuando me detuvieron por error en una fiesta clandestina, cuando aún vivía en Cracovia, y cómo lloriqué toda la noche encerrado en el calabozo hasta que vinieron a determinar que aquello había sido un fallo de la policía. Ella después me habló de alguna noche loca que había tenido y entre risas fuimos

compartiendo anécdotas de las que jamás habíamos hablado entre nosotros.

Después, caminamos en silencio, dejando que el mar nos mojara los pies.

—¿Cuántas cosas nos habremos perdido de la vida del otro? —medité en voz alta, y justo mientras lo decía nuestras manos se encontraron y se enlazaron, los dedos se agarraron con fuerza. Sentí electricidad en el estómago.

—Igual por eso hemos pasado tanto tiempo separados. Para tener muchas cosas que contarnos.

Ambos nos detuvimos en la orilla, con los pies enterrados en la arena húmeda y las olas estrellándose en nuestros tobillos.

Nos miramos a los ojos. Le brillaban las estrellas en las pupilas. Quise besarla. A la mierda todo. Iba a besarla.

—¿De qué te ríes ahora? —le pregunté, riendo yo también.

—Va a llover.

—¿Cómo que va a llover?

Vi la primera gota impactarle en la punta de la nariz, la segunda, en la frente, y la tercera, en la mejilla. Después, fue imposible llevarles la cuenta. Se escuchó un trueno y un relámpago iluminó el cielo.

—No entiendo el clima de este país —mascullé.

Llegamos al hotel en pocos minutos. En la recepción nos dejaron unas toallas para limpiarnos la arena de los pies y también nos prestaron unas chanclas para que tuviéramos un calzado seco con el que llegar a nuestra habitación.

Fueron muy atentos y cordiales. A nosotros nos dio la risa cuando nos vimos dentro del ascensor con aquellas pintas.

Había sido una noche cómplice y hermosa. Estábamos borrachos de confesiones, de miradas furtivas y de las ganas que nos teníamos.

Cuando llegamos a la puerta de su habitación, Oriana volatilizó el último hilo que sostenía el quizá.

—¿Quieres... pasar? —Sostuvo la puerta entreabierta sin dejar de mirarme a los ojos. Y mi cuerpo entero empezó a temblar.

—Ori..., ¿tú qué crees? He cruzado el charco para estar contigo, claro que quiero pasar. Pero soy humano. Me estoy portando como un puto caballero porque no quiero cagarla, pero soy humano y... ahora mismo soy demasiado humano.

—Vale, eres humano. Me ha quedado claro. ¿Pasas?

—Sí. Paso. —Respiré hondo cuando entré en su habitación y cerré la puerta detrás de mí.

Nunca he estado tan nervioso, tan impaciente. Sabía lo que iba a pasar. No había nada que pudiera hacerme cambiar de opinión. Solo si Oriana me pedía que me marchara daría media vuelta, pero por la manera en la que me miraba, por cómo se movía... sabía que no iba a hacerlo.

La observé mientras corría las cortinas. Me volvía loco solo con mirarla, no sabía qué sería de mí cuando pudiera tocarla por fin. Debería ser incompatible que alguien a quien amas de una forma tan profunda te guste también tanto a nivel físico. No deja apenas espacio para la cordura.

Casi colapsé cuando vi que Oriana se sentaba en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero, y me miraba con sus ojos noche, pidiéndome sin necesidad de palabras que fuera con ella.

—Así me gusta —ironicé, mientras me dejaba caer a su lado—. Que me lo pongas fácil.

—No estás leyendo entre líneas —dijo con timidez—. Me lo estoy poniendo fácil a mí.

—O sea, que pretendes cargarme a mí con la responsabilidad.

Soltó una carcajada.

—Creo que sí deberías darme el teléfono de Bruno. Para ir a la par. Me llevas demasiada ventaja.

—¿Yo?

—Vas como dos o tres pasos por delante de mí.

Habíamos ido dejándonos caer poco a poco en los últimos segundos, como por instinto, para quedar tumbados el uno frente al otro.

Nuestras bocas casi se rozaban y pensé que el vértigo era ese instante, lo que sentía en el estómago y el reflejo de la mirada de Oriana durante el momento más importante de mi vida.

—Iré dos pasos por delante de ti, pero ahora mismo siento que me va a reventar el pecho —susurré despacio, y Oriana miró tan dentro de mí que supe que podía verlo absolutamente todo.

Puso una mano a la altura de mi corazón, sobre la tela de mi camisa húmeda por la lluvia, y palpó mis latidos enloquecidos por estar así, tan cerca de ella, con ella, por ella.

—¿Es grave, doctora?

—Espero que no... —Y entonces buscó mi mano y la acercó a su propio corazón para que fuera testigo de cómo se comportaba, cómo yo le afectaba de la misma manera.

Cerré los ojos. Si ha habido algún instante que me ha superado de verdad en la vida, posiblemente haya sido ese. Cuando experimenté bajo la yema de mis dedos que nuestra conexión era recíproca, sin principio, sin final, sin explicación.

—¿Tú también tienes miedo? —me preguntó en un susurro, como si temiera que las palabras fueran a diluir la intimidad de aquel momento.

—Cuando estoy a tu lado no tengo miedo.

—¿Y eso por qué?

—Porque tú me ves de verdad. Y toda mi vida he temido que nadie lo hiciera.

—Es curioso. A mí siempre me ha pasado lo contrario.

—¿Crees que yo a ti no te veo?

—Sí. Antes lo hacías. Me hacías sentir vulnerable. Creo que por eso empecé a escapar de ti, no quería que supieras

lo fea que era en realidad. Ahora... ya no sé si sabes quién soy.

La miré intensamente a los ojos.

—Sé quién eres. Eres Oriana, mi Ori. Y eres hermosa.

—No seas tonto, Teo.

—No hablo de cómo eres por fuera, sino por dentro. Porque tú eres un todo, no la suma de varias partes. Toda tú eres hermosa y naciste para que alguien te ame y te venere por dentro y por fuera. Ya sabes..., cuidar tus sueños de día y follarte muy duro por la noche.

—¿Y ese alguien... puede ser la misma persona?

Me faltaba el puto aire cuando le pregunté:

—¿Quién quieres tú que sea?

Teníamos las miradas unidas en el momento exacto en que tomó la decisión de contestar a mi pregunta.

Lo hizo con un salto al vacío.

Con un beso por encima del bien y del mal.

Nuestros labios chocaron y deshicieron años de incertidumbre. Nuestro quizá saltó por los aires cuando el beso cobró vida y el nosotros empezó a latir de verdad. Oriana y yo éramos. Siempre habíamos sido. Y supe que siempre seríamos cuando nuestra conexión empezó a vibrarnos en la piel, después de una vida entera esperándonos.

Oriana y yo nos volvimos locos el uno por el otro en la cama de aquel hotel de Varadero.

La ropa desapareció enseguida. Nos perseguíamos la piel. Temblábamos de ganas, de anhelo, de delirio y de algo mucho más primitivo... Nos mordíamos, nos tocábamos, ella se subía encima, luego yo, rodábamos. Nos volvíamos a morder. Una puta locura.

Aún no puedo explicar lo que sentí cuando la toqué de verdad, cuando Oriana me tocó a mí.

Entré dentro de ella enseguida, no pude contenerme. No podía esperar más. Ella me gimió al oído que nunca se había sentido así, tan fuera de control.

Ver su cuerpo desnudo moviéndose encima de mí fue demasiado.

Ella también lo decía. «Demasiado. Es demasiado, Teo.» Se estremecía de deseo, me apretaba contra su cuerpo hasta que entre los dos solo cabía ese éxtasis etéreo que se escapa cuando crees que estás a punto de alcanzarlo.

No había sentido nunca nada igual.

Creí que iba a volverme loco, que me iba a explotar alguna arteria.

No podía parar de besarla. Ella no paraba de moverse. Le clavé los dedos en la carne de las caderas.

Ambos gritamos.

Sentí que me salía de mi propio cuerpo, como en un viaje astral, y nos vi como a esos Teo y Oriana que vivían entre el sueño y la vigilia, aquellos en los que me había refugiado toda la vida. Eran Él y Ella amándose con todo el cuerpo, todo piel y todo instinto, persiguiendo el placer y la conexión, dejando atrás un quizá, llegando a ser, culminando por fin, comprendiendo que el amor, cuando lo encuentras y lo miras a los ojos, tiende al infinito.

Oriana

Me gustaba mirar a Teo. Siempre me había gustado. Pero esa tarde, en el bar de la piscina del hotel, tomando una piña colada después de haber ingerido un plato de arroz con frijoles que no sabíamos si había hecho el papel de desayuno, comida o merienda, no era capaz de apartar mis ojos de él.

—¿Qué? —Sonrió de medio lado, con los codos apoyados en la barra flotante.

—Eres guapo. Nunca te lo había dicho.

Soltó una carcajada que hizo poso en mi estómago.

—No me considero un tío guapo. Tampoco es que me haga falta. Tengo otras virtudes que lo compensan.

—Como la modestia...

—Me refería a otras virtudes que has podido comprobar recientemente.

—Ya...

Me mordí el labio y me aproximé un poco más hacia donde él estaba. Quería eso. Estar más cerca. Tocarlo. No sabía qué me pasaba, pero me inquietaba. Me inquietaba que no me inquietara la absoluta certeza de que no quería dejar de tocarlo jamás.

—No te acerques tanto, anda. Se me va a caer —se quejó entre risas cuando mis dedos empezaron a pasearse sin permiso por el tatuaje de su brazo, el de la crisálida.

Cuando nos acabamos las bebidas, nos desplazamos hacia otra zona más tranquila de la piscina. Nos cobijamos a la sombra, bajo un grupo de palmeras.

—Solo para que tengas expectativas realistas sobre mi ejecución habitual: lo normal no es lo que ha pasado las últimas doce horas. No recargo cada quince minutos ni soy capaz de correrme cuatro veces en una noche y una extra por la mañana. Te lo digo para que no esperes eso de aquí en adelante. Igual no se me levanta hasta que volvamos a España.

—Vale. —Lo observé con escepticismo, especialmente cuando reparé en que me estaba mirando los pezones, que se marcaban bajo la tela del bikini.

—Estás muy segura de ti misma, ¿no?

—Creo que podría conseguir que se te levantara. Pero tienes razón. Vamos a relajarnos. Yo también tengo agujetas.

—Dieciocho años de espera para follarnos es lo que tiene.

Me eché a reír. Permanecimos un rato en silencio. Las hojas de las palmeras se movían despacio, al ritmo de una melodía suave. En menos de una hora empezaría a oscurecer.

Miré a Teo, que chapoteaba con los pies a mi lado, en la piscina. Había entrelazado sus dedos con los míos, como si hubiera sabido que lo necesitaba, que había descubierto que no quería dejar de hacerlo.

Teo me leía, siempre lo había hecho. Pero el Teo en el que se había convertido, el que estaba delante de mí, sabía cómo manejar aquella situación en la que nos habíamos involucrado para que fuera fácil para los dos, sobre todo para mí.

Y le agradecí tanto que me ayudara a atravesar aquel «nosotros» que, a pesar de que llevaba enamorada de él desde antes de lo que podía recordar, en ese instante lo quise más que nunca.

—Nunca lo había hecho así —confesé de pronto.

—¿Así cómo? —Me miró.

—Brutal. Pero tierno de pronto. Tan intenso que me daban ganas de llorar.

Sus iris verdes me atravesaron.

—Yo tampoco lo había hecho así. Tan... abrumador.

Nos miramos a los ojos mientras empezaba a sonar una canción de Leoni Torres que hablaba de cumplir un idilio. Me pareció el momento indicado para hacer frente a un tema que siempre habíamos tenido pendiente, sobrevolándonos en silencio.

—Nunca te conté lo que pasó con Ryan... ¿Lo quieres saber?

Su gesto se volvió taciturno.

—Sé que tengo que saberlo. Pero una parte de mí no quiere.

—¿Por qué?

—No sé si voy a saber manejarlo. No quiero que me afecte y enrarecer el ambiente. Ryan me hace sentir inseguro.

—Ryan es gilipollas.

—Pero estabas enamorada de él y a raíz de vuestra ruptura tú y yo nos alejamos. Estuvimos a punto de perdernos para siempre por su culpa.

—¿Eso piensas?

—Así pasó.

—¿Por qué crees que estaba enamorada de Ryan? ¿Estabas tú enamorado de Loretta?

—¿A qué viene eso ahora?

—¿Qué es estar enamorado para ti?

—Nos estamos desviando del tema.

Perdí la mirada en el fondo azul de la piscina.

Me sentí de nuevo como cuando teníamos dieciséis años. Estúpida y egoísta.

Había hecho las cosas tan mal con Teo en el pasado que pensaba que Ryan había sido un problema entre los dos, cuando lo único que había sido para mí era una excusa.

—Vale. Vamos a hacer una cosa. Te lo cuento y después nos ponemos guapos y te llevo a bailar. ¿Te parece bien?

—Bien. Te lo compro. —Sonrió.

Salimos de la piscina para tener aquella conversación fuera del agua. El bar cerraría en breve y no quedaba mucho para la puesta de sol.

Nos situamos en el césped, sobre nuestras toallas. Nos pusimos algo de ropa y allí, mirándonos a los ojos, le conté esa parte de mi vida que nunca me había atrevido a compartir con él:

—Ryan estaba casado y tenía dos hijos. Nunca me lo dijo. Me enteré porque su mujer, que descubrió que yo existía, vino un día a buscarme y me rogó que desapareciera, que sabía que él me elegiría si se le daba la opción, que iba a destrozar tres vidas... Se puso de rodillas delante de mí. —Sacudí la cabeza para deshacerme del recuerdo—. Maddie decía que mi vida se había convertido en la canción de *Jolene*.

Teo rio, sin rastro de humor en el gesto.

—¿Qué hiciste?

—Lo dejé. Le dije que me había cansado de él.

—¿No le dijiste que sabías que estaba casado?

—No. Le di la oportunidad de que se curara las heridas junto a su familia. Él no me quería, Teo. Él estaba encaprichado conmigo. Se habría cansado de mí tarde o temprano. No iba a funcionar. No iba a dejarlo entrar. Y aunque hubiera acabado dejándolo... seguramente no le habría gustado lo que había dentro. Pero dolió. Despertó fantasmas. Me sentía sucia, culpable, avergonzada... Un problema. Me llevó a un lugar muy oscuro.

Asintió. Estaba muy serio.

—¿No te buscó después?

—Sí. Varias veces. Pero al poco tiempo yo me marché a Baltimore, puse tierra de por medio, fue lo mejor. Y eso fue todo.

Tragó saliva, incómodo.

—Gracias por contármelo.

Después, se quedó callado durante tanto rato que me asusté.

Lo vi arrancar briznas de césped y esparcirlas sobre la toalla blanca que nos había proporcionado la recepción del hotel. Las fue ordenando por tamaño, como si dentro de su cabeza estuviera haciendo eso mismo con sus pensamientos.

Empezó a oscurecer y casi todos los huéspedes que había en el recinto de la piscina se marcharon. Me limité a observar a Teo, hasta que no pude soportarlo más y me acerqué a él.

Le besé el hombro. A continuación, la clavícula. Y las vértebras del cuello. Y la nuca. Su piel se erizó por el contacto de mis labios. Le mordí el lóbulo de la oreja y después susurré en su oído:

—Ryan ensanchó mi herida. Y me perdí dentro. Eso fue lo que me separó de ti. Pero no estaba enamorada de él. Te lo dije una vez y lo repetiré toda mi vida si es necesario: tú no tienes rival, Teo. Nunca lo tendrás.

Por fin se giró hacia mí. Se volvió para mirarme a los ojos y suspiró. Después, respiró mi aliento y me buscó la boca.

Nos dimos un beso lento, precioso, lleno de todo lo que éramos juntos.

Permanecemos un rato con las cabezas unidas en una caricia.

—Siento que no te hayan querido bien.

—«Aceptamos el amor que creemos merecer» —susurré, y me pregunté si se acordaría de que le transcribí esa misma cita en uno de los correos que le mandé en mis primeros meses en Tallahassee, cuando él aún no quería saber nada de mí.

—Mereces mucho, Ori. Lo mereces todo. Y yo quiero dártelo.

Teo

Durante años, la historia que Oriana había compartido con Ryan había sido como un muro invisible entre los dos.

No me importaban los tíos sin nombre que la habían tocado, aunque había deducido que habían sido más de los que posiblemente ella recordaba. Esos me eran indiferentes. Pero la figura de Ryan me infectaba hacia dentro, hacia la raíz.

Ese día en la piscina del hotel, escuchando a Oriana hablando de lo que ocurrió entre ellos, me di cuenta de dos cosas: de que ese muro había sido mi propio orgullo, mi inseguridad, y de que solo había existido en mi cabeza.

Y dejé ir al Teo frustrado y me reconcilié con esa Oriana que durante tantos años me pareció inalcanzable.

Después de aquella conversación en la piscina, tuvo lugar nuestra primera cita oficial. Si es que algo así entre nosotros tenía sentido.

Cenamos en un restaurante que nos recomendaron en la recepción del hotel y después fuimos a un *pub* que había un par de calles más abajo.

Dentro había más gente de la que yo esperaba. La música sonaba a todo volumen.

Empezamos tomando chupitos de ron blanco. Uno detrás de otro. Oriana se reía de mí porque no esperaba que estuviera tan fuerte y me dio un ataque de tos con el tercero.

—Estás perdiendo facultades.

—Calla, es tu culpa. Me traes a este país de sopetón, donde estamos a treinta grados con un ochenta por ciento de humedad en pleno enero, me hinchas a comida grasienta, me llevas a quemarme al sol, pretendes que rinda en la cama como un tío de veinte años y ahora quieres que lo dé todo de fiesta..., ¡dame un respiro, mujer!

—Vaya, discúlpeme, caballero. No era mi intención abrumarlo. Si lo prefiere, la próxima vez lo llevo a un balneario a que le sirvan patata hervida, zumo de naranja y le pongan un horario decente para que eche una partida de petanca.

Acabamos riéndonos como niños hasta que me acerqué a ella, enterré las manos en su pelo y la miré intensamente a los ojos.

—¿Tú eres consciente de que estoy totalmente chalado por ti? —le pregunté.

—Bueno... —Veía brillar una sonrisa en sus ojos a pesar de la penumbra.

—¿De que sería capaz de follarte aquí mismo si tú quisieras?

—Y... ¿quién ha dicho que no quiero?

Sentí un latigazo en la entrepierna y nos enredamos en un beso.

Uno bandido, oscuro, irreverente.

De esos que sabes que si no detienes a tiempo acabarán transformándose en mucho más, que carbonizarán la cordura.

—Ori..., joder. —Nos detuvimos—. Venga, vamos a bailar.

Así lo hicimos. Bailamos durante horas.

Bueno, ella bailaba. Yo me movía como podía intentando no sentirme demasiado ridículo en aquel lugar donde todo el mundo seguía el ritmo como si hubiera nacido para ello.

Fue una velada increíble.

Había pasado noches de fiesta en muchos lugares, pero hubo algo especial en aquella, una magia arrebatadora.

—¿Te acuerdas de esta canción? —Oriana se pegó más a mí cuando los acordes de una melodía comenzaron a llenar el espacio y la letra pedía permiso para darles forma a unos recuerdos enterrados en el fondo de mi memoria.

—Nuestra fiesta de cumpleaños... —susurré cuando las piezas encajaron y todo vino a mí.

Dijo que quien cantaba era un grupo cubano que versionaba canciones antiguas. Me pareció una casualidad casi divina que sonara justo entonces.

Oriana me abrazó para que bailáramos como aquella vez, cuando cumplimos los quince.

Había pasado toda una vida desde esa tarde, en el jardín de mis padres, y allí estábamos, como si hubiéramos dado una vuelta entera al mundo, cada uno por su lado, para volver al mismo momento, igual pero distinto.

Y me pregunté si no habíamos necesitado perdernos y reencontrarnos tantas veces, durante tantas versiones de quienes habíamos sido, para poder encajar tal cual éramos en ese instante.

La apreté, como si una parte de mí temiera que se fuera a desvanecer, y ella me acarició el pecho.

Nos miramos a los ojos y nos besamos. Y la chispa prendió. Ardimos. Y volvimos a perder el control.

—Vámonos —le supliqué.

Quince minutos después, habíamos llegado a los alrededores del hotel. Nos detuvimos junto al caminito que conducía al mar.

No pudimos llegar a la habitación. Nos internamos en la playa desierta y acabamos rodando por la arena comiéndonos a besos.

Recuerdo que le subí la falda por las caderas, y que hundí la lengua entre sus piernas hasta emborracharme de sus gemidos, de su forma de tirarme del pelo, de la manera en que se retorció contra mi boca. Recuerdo que ella me hizo sentir un placer con la suya que yo no sabía ni que existía. Nunca nadie me había llevado tan al límite, nunca

me había corrido con tanta fuerza, nunca había sentido que me iba a salir de mi propio cuerpo.

Acabamos llenos de arena y con parte de nuestra ropa mojada por el romper de las olas. No nos importó. Jamás me había sentido tan vivo como aquella noche, a pesar del cansancio, el alcohol, el letargo.

Teníamos que encontrar la manera de trasladar aquello que sentíamos fuera de la isla, a la vida real.

—¿En qué piensas? —Oriana apoyó la cabeza en mi hombro. Teníamos los pies hundidos en la orilla y la mirada clavada en el mar.

—No te lo voy a decir...

—Mmm, ¿algo profundo y significativo?

—No. Todo lo contrario.

—Qué misterioso.

Sonreí. Después la miré. Vi el inicio del amanecer reflejarse en sus pupilas.

—Está bien. Estaba pensando que nunca me la habían comido así.

Se echó a reír.

—O sea que sí, estabas pensando en algo profundo y significativo.

—Vale. Sí. En parte.

—¿En parte? ¿Qué más pensabas? —Se le filtraba la necesidad de saber, de que ella también quería hacerlo real.

Respiré hondo.

—Pensaba en que quiero follar contigo toda mi vida. Solo contigo, me refiero, por si no estaba claro. Y que solo me la comas tú.

—Me encanta cuando te pones tierno. —Se acurrucó más junto a mí.

—Sabes que no se me dan muy bien las palabras, pero igual si te hubiera dibujado esta declaración habría quedado demasiado pornográfica.

—Seguro que te las hubieras arreglado.

—Seguro. —Le besé el pelo—. ¿Qué estás pensando tú?

—Que estos días contigo están siendo los mejores de mi vida. Y me siento privilegiada por darme cuenta justo ahora, que aún no han terminado. Normalmente la gente valora esas cosas con perspectiva, cuando el momento ha pasado y ya es un recuerdo. Gracias por haber venido a mí, Teo. Gracias por habernos regalado esto.

—Nos lo has regalado tú. ¿No te has dado cuenta todavía?

Oriana me miró a los ojos. Después sonrió. Y yo supe que me hubiera quedado a vivir en aquella noche.

Oriana

La última noche que pasamos en Varadero, yo no quería salir de la habitación del hotel.

Mi espiral estaba llena de una sensación que no conocía y que me desbordaba al pensar que Teo y yo recuperaríamos la normalidad en cuestión de dos días. Que yo estaba atada durante cinco años a un hospital de Salamanca y me aterraba pedirle que dejara su vida por mí. Me daba pánico no estar a la altura, decepcionarlo, que no encontrara en mí a esa chica que llevaba esperando toda su vida.

Pero cuando él preguntaba qué me pasaba no sabía cómo explicárselo. Me quedaba en blanco. Solo me salía abrazarlo, tocarlo, tumbarme a su lado.

Así que cedí y pasamos la última noche fuera.

Cenamos cerca del hotel, en una paladar que encontramos recomendada en un folleto que había en la recepción. Nos tocó compartir mesa con una pareja chilena de mediana edad bastante dicharachera. Daniel y Miranda, se llamaban.

Al principio intercambiamos datos básicos, como que ella era dentista y él, maestro, o que nosotros regresábamos al día siguiente a La Habana, a la casa de mi abuela. Pero con la segunda botella de vino compartida, se sintieron con la confianza de hacernos partícipes de datos más personales, como su particular historia de amor:

—Nos conocimos en un crucero hace un año. Yo me acababa de divorciar y Daniel también. Nos sentaron en la

mesa de los solteros la noche de la cena del capitán y surgió la chispa... Nos volvimos locos el uno por el otro, pero nos dio miedo por si era demasiado pronto, así que nos prometimos que si dentro de un año seguíamos queriendo estar juntos nos reuniríamos aquí... y aquí estamos.

—Qué historia más bonita. —Sonreí.

—¿Y la vuestra? Tenéis un amor precioso escrito en los ojos.

Teo y yo nos miramos de reojo y él dibujó una de esas sonrisas gamberras que me hacían perder la noción del tiempo y el espacio.

—Nos conocimos con doce años —explicó él—. Llevamos enamorados desde entonces.

—¡Qué romántico!

—No te creas —se carcajeó—. Hemos pasado todo este tiempo separados. El nuestro ha sido un amor de esos tortuosos e imposibles. Ahora vivimos en ciudades distintas y ella sale con un tío al que no quiere. Y yo he viajado hasta aquí para recuperarla y decirle que haré lo que sea con tal de que acabemos juntos, porque la única persona con la que me interesa tener una vida es ella. Y también para prometerle que si elige creer en nosotros..., no se arrepentirá jamás.

—Teo... —Sentí la falta de oxígeno, la asfixia llenándome el pecho.

—¿Es una broma o...? —Nuestros compañeros de mesa nos miraban descolocados, alternando la vista entre los dos.

Teo hizo un movimiento desenfadado con la mano y después compuso una sonrisa.

—Pues claro que es una broma —dijo—. Nos casamos hace un par de semanas y estamos de luna de miel. Solo quería contar una historia a la altura de la vuestra.

Daniel y Miranda se echaron a reír aliviados.

—¡Vaya, nos lo habíamos creído!

—Teo tiene un extraño sentido del humor... —dije yo, tratando de ignorar la presión que aún sentía en las costillas.

—Relájate, mi amor. Solo quería que nos echáramos unas risas. —Teo me dio un beso en el pelo.

—Elegiste bien, muchacha. —La tal Miranda me guiñó un ojo—. Mi madre siempre decía que el secreto para que una relación funcione es que la pareja nunca pierda la capacidad de hacerse reír.

El resto de la cena transcurrió con normalidad y con la promesa de que Daniel y Miranda buscarían a Teo en las redes sociales para comprar alguno de sus libros.

Nos despedimos un rato después y emprendimos el camino de vuelta al hotel, que quedaba a veinte minutos de la zona en la que nos encontrábamos. La temperatura era algo más baja que la noche anterior, pero, aun así, el aire húmedo se pegaba a la piel.

Teo y yo caminábamos juntos, aunque sin tocarnos.

—¿Qué te pasa? —me preguntó él, sin rodeos.

—Ya lo sabes. Te has pasado.

—Vuelvo a Barcelona pasado mañana. Me ha parecido el momento de ponerse drástico.

Se me cerró la garganta. Nunca he sentido tanto pánico como en aquel instante.

—Oriana... —insistió.

—¿Qué?

—Necesito que me mires.

—¿Por qué?

—Porque si no me miras no puedo leerte.

—No tenemos diecisiete años, Teo.

—Lo sé.

Me detuve porque no quería huir de él. No se merecía que lo hiciera. Ni tampoco era eso lo que yo quería.

Sentí un remolino en mi estómago. Uno que intensificó su fuerza cuando estuvimos uno frente al otro y los dedos de Teo acunaron mi rostro con ternura.

—Dime de qué tienes miedo —me rogó.

—Ya lo sabes. De ti. —Apenas me salía la voz.

—No voy a hacerte daño, Ori. No me voy a marchar. Te prometo que voy a quererte bien. Siempre te he querido, lo sabes.

—¿Y si la chica que crees querer no existe, Teo?

—¿Por qué dices eso?

—Me tienes en un pedestal. Nadie puede estar a la altura de la Oriana de la que estás enamorado. Ni siquiera yo.

—Eso es una tontería. ¿Crees que te tengo idealizada?

—Sí.

Negó con la cabeza.

—Eres testaruda. Y melancólica. Si puedes elegir, prefieres estar sola que con gente, incluso con esa que se esfuerza en agradarte. Eres egoísta, maniática y bastante taciturna y oscura. Te contradices constantemente con miles de temas. Jamás perdonarás a tus padres por no haberte querido, aunque hayas aprendido a vivir con ello. Sé que, aunque no lo reconocerás, una parte de ti llegó a alegrarse de que tu madre perdiera el bebé que esperaba, porque no habrías podido soportar que hubiera querido a un hijo suyo y de Alonso más que a ti. También te sientes culpable por haber dejado Cuba, a mima y a tu tía, pero jamás volverías a vivir esta vida de pobreza. Nunca te has atrevido a estar conmigo, pero sientes alivio en lo más profundo porque nunca he tenido una vida plena, porque en el fondo sabes que si no es contigo jamás seré feliz con nadie. Te encanta saber cuánto te quiero, aunque no hayas hecho nada coherente al respecto, aunque sientas exactamente lo mismo, aunque nos condenes a ambos a ser desgraciados para siempre.

Sus palabras me resquebrajaron por dentro.

Casi escuché los pedazos flotar dentro de mi estómago.

Porque siempre me había dicho a mí misma que el día que Teo descubriera todo lo malo que había dentro de mí aquello lo destrozaría, pero estaba equivocada.

Él me quería por encima de eso.

Cerré los ojos. Se me escaparon dos lágrimas.

Teo las secó y después besó mis mejillas húmedas.

—Sé lo peor y lo mejor de ti —susurró—. Conozco tus sombras y las amo tanto como amo tus luces. Yo te amo a ti, Oriana, el todo que resultas, la persona que fuiste en el pasado y la que eres hoy, y es que, además, tengo la certeza de que, si no te conociera y nos encontráramos mañana por casualidad, caería a tus pies en menos de un segundo.

—Teo... —Lo abracé fuerte, casi con ansiedad, con miedo a que se me escapara.

—Déjame que te lo diga. Por favor.

—S-sí.

—Me he enamorado de todas tus versiones, durante todos estos años. De la niña recién llegada de otro país que conocí en mi segundo día de instituto y me robó el corazón cuando solo era un crío; de la chica de veinte años con la que me reencontré en Nueva York; de la de veintidós que vino a pasar conmigo mi primera Navidad fuera de casa; de la de veintitrés que me mandaba mensajes para que no me sintiera tan solo, a la que estuve años sin ver y que volví a tener delante cuando el silencio nos había separado demasiado; de la que arruinó mi boda y aun así necesité besar porque lo que sentía por ella me dolía más que la ruptura con la que iba a ser mi mujer...

Mi llanto lo detuvo. Estaba abrumada por la intensidad de lo que sentía él, de lo que sentía yo...

—Para, por favor. Para. No puedo... —Me ahogaba. Sencillamente, me ahogaba.

Teo me besaba las lágrimas. Pero cuanto más cerca lo tenía, más aire sentía que me faltaba.

También a él le falló la voz cuando dijo:

—Yo tampoco puedo, Ori. No puedo. ¿Sabes qué pasa? Que tú y yo nos hemos despedido demasiadas veces. No

quiero decirte adiós nunca más. Quiero que esta sea la última.

—¿Qué quieres decir? —Lo miré con los ojos llenos de miedo.

—Que tenemos que encontrar la manera de hacerlo posible. Yo puedo trabajar desde cualquier parte. Si lo organizamos bien...

—Para, para... Vas demasiado rápido.

—¿Demasiado rápido? Ori..., lo que va rápido es la vida. Ya hemos perdido mucho tiempo. Creo que pensar que tenemos suficiente con migajas de lo nuestro ha contribuido a no darnos cuenta de que merecemos luchar por el todo que en realidad deseamos.

El mundo dejó de girar unos instantes.

—¿Qué quieres decir? —repetí.

—Siempre hemos dicho eso de «de la forma que sea», ¿no?

—Sí.

—Pues me he dado cuenta de que ya no me vale, Ori. Si no es todo..., tendrá que ser nada. ¿Entiendes lo que estoy queriendo decir?

Asentí despacio y sentí que me hundía más y más en un miedo que empecé a definir en mi cabeza.

Y es que vivir en una posibilidad te da seguridad.

No puedes fallar en aquello que no intentas.

El quizá se convierte para siempre en el lugar al que siempre puedes volver y, si pones un pie en él, inicias un camino de no retorno.

A eso le tenía yo miedo. A que ya no existiera un nosotros, ni siquiera ahí, en nuestro eterno quizá.

Teo

Me despertó la sensación de vacío. La que colmaba mi estómago y la que percibía a mi lado, como esas ausencias hondas que lo llenan todo.

Oriana no estaba en la cama.

Me levanté sobresaltado, buscándola por la habitación.

—¿Ori? —empecé a llamarla.

La encontré en la terraza, sentada en una de las sillas de mimbre. Lloraba en silencio, encogida sobre sí misma.

En el exterior, durante algún punto inespecífico de la madrugada, había empezado a llover y el ruido de las gotas mezclado con la humedad tropical iba colándose sigilosamente por nuestra ventana.

—Oriana. Ey, cariño. ¿Qué pasa?

Me arrodillé delante de ella y le acaricié las mejillas salpicadas de humedad. Sus ojos estaban llenos de tantas cosas que me acojoné.

—¿Es por Gonzalo?

Negó.

—¿Es por mima?

Repitió el gesto.

—¿Es por mí?

Esa vez asintió despacio.

—¿Es por lo que sientes por mí?

Volvió a asentir y después se colgó de mi cuello y lo llenó de lágrimas y susurros.

Me sentí como una mierda.

La abracé como pude y, de un solo movimiento, me puse en pie con ella en los brazos y la llevé de nuevo a la cama.

La tumbé a mi lado y la cubrí con las sábanas mientras escuchábamos la lluvia caer. Le acaricié los rizos desordenados hasta que hallé el orden adecuado con el que trasladarle mis ideas:

—Perdóname si antes he sido demasiado brusco, sé que lo que te he dicho ha sonado a ultimátum y no era mi intención. Es solo que he aprendido que, a veces, para construir una relación sana con otra persona, uno debe defender con honestidad lo que quiere y necesita. —Hice una pausa, tratando de serenarme—. No puedo recibir un mensaje tuyo más solo como amigo, me hace daño. No es suficiente. Lo que yo quiero es poder darte el beso de buenas noches desde hoy hasta que seamos tan viejitos que ni siquiera llevemos dientes de verdad cuando nos metamos en la cama.

—Puaj.

Ambos nos echamos a reír y yo sentí algo de alivio.

—¿Lo entiendes? —La miré a los ojos con cautela.

—Claro que lo entiendo, Teo. Y tienes razón. Lo último que quiero es hacerte daño. Ya nos hemos hecho demasiado daño.

—Lo hemos hecho lo mejor que hemos sabido.

Me acarició las cejas con ternura.

—Aun así... Perdóname. Perdóname por todas las veces que te he alejado, que te he obligado a estar lejos, que no te he dejado estar cerca, que te he herido. No quería herirte, Teo, no a conciencia. Perdóname, por favor.

—Hace mucho que te perdoné. Si no, no estaría aquí. Yo también siento cómo te he tratado en ocasiones. La inseguridad y el orgullo sacaban lo peor de mí y lo pagaba contigo, buscaba sentirme por encima. Y no era tu culpa. Te castigaba porque me aterraba afrontar que si no podía ser tu salvador, quizá no podría ser otra cosa. Y no lo merecías.

Perdóname también por haber tardado tanto en aceptar que, en el fondo, siempre fui yo el que te necesitaba a ti.

Oriana asintió despacio y después cerró los ojos, como si después de pedirnos perdón hubiera alcanzado un estado de serenidad.

Se acurrucó contra mi pecho y, antes de dormirse, susurró:

—Eres la mejor persona que he conocido jamás.

Se sumió en un sueño profundo casi de inmediato y yo aproveché para mirarla, olerla, escucharla respirar, acariciarle la piel, llenar mis sentidos de ella, fundir la fase onírica con la vigilia y creer, creer, creer...

Cuando despertamos a la mañana siguiente, lo hicimos con la nostalgia de tener que decir adiós a aquel lugar donde habíamos encontrado lo que llevábamos esperando toda la vida, y con el vértigo de llevarlo para siempre con nosotros, de hallar la manera de hacerlo posible...

No hablamos demasiado en el trayecto de autobús que nos llevaba de vuelta a La Habana. Nos limitamos a jugar con nuestros dedos entrelazados. Pensé que no retomábamos la conversación hasta el día siguiente, cuando tuviera que decirle adiós en el aeropuerto, pero entonces el conductor anunció que haríamos una parada en el camino antes de llegar a la capital.

El puente de Bacunayagua es el más alto de Cuba. Separa la provincia de Matanzas, donde está ubicado Varadero, de la provincia de La Habana. No puedo explicar por qué me impresionó tanto, por qué sentí que una parte de mí se quedaba allí para siempre.

Solo recuerdo que mientras que el resto de los viajeros se dispersaban para comprar *souvenirs* y probar la piña colada, yo me quedé clavado en la zona del mirador, con Oriana entre mis brazos, ambos perdiendo la vista entre el paisaje tropical más increíble que hubiera podido imaginar jamás.

Me frustró saber que nunca podría recrear con mis manos algo como aquello.

—Es curioso —expresé en voz alta—. Creo que la gente piensa que el color del Caribe es el azul, pero en realidad es el verde. Si tuviera que pintarlo, utilizaría el verde, desde luego.

—El verde es el color de mi hogar —declaró ella, mirándome con intensidad.

Traté de disimular la sonrisa cálida que se empezó a formar en mi rostro.

—¿Qué? —preguntó Oriana, sonriendo a su vez.

—¿Qué de qué?

—¿Por qué te ríes?

—Porque sé lo que acabas de pensar.

—¿Ahora me lees la mente?

—Sí. Has dicho: «El verde es el color de mi hogar» y, automáticamente, me has mirado a los ojos y te has dado cuenta de que son más verdes que el propio Caribe. Y has pensado: «Vaya, es el destino. Teo es el hombre de mi vida».

—Eres idiota. —Se carcajeó.

—Pero ¿tengo razón?

—Tienes razón.

Le di un beso en la frente, uno pequeñito, después respiré hondo.

—Así que por fin has entendido qué hago aquí.

—Y ¿qué haces aquí?

—He venido para llevarte a casa —declaré.

—Yo no tengo casa.

—Yo soy tu casa, Oriana.

Ella respiró hondo. Después, solo asintió.

La abracé por detrás con más fuerza y apoyé mi barbilla sobre su cabeza. Continuamos admirando aquel paisaje increíble. No sabía cuánto nos quedaba antes de que el autobús reanudara el camino a La Habana. Yo no quería marcharme nunca de allí, de aquel momento perfecto.

—¿Has oído hablar alguna vez de las *alireza*? —le pregunté.

—No. ¿Qué es?

Le resumí la leyenda que me habían contado una tarde en el salón de mi casa y a la que llevaba tantos años agarrado como explicación de lo que nos unía. Aunque, como Bruno me decía siempre que tenía la oportunidad, lo que Oriana significaba para mí lo elegía yo cada día al abrir los ojos.

—La condena de una espera eterna... —repitió ella cuando terminó mi explicación—. Un poco trágico, ¿no?

—Bastante. —Me reí—. ¿Te cuento un secreto?

—¿Aún nos quedan secretos? —ironizó.

—Solo alguno más...

—Bueno, pues adelante.

—Cuando teníamos dieciséis años, una amiga de Sabrina me echó las cartas. Me dijo que, a pesar de ser tan joven, yo ya estaba unido a mi *alireza*. A una forastera, que venía de muy lejos, que se iba a marchar de mi lado y a la que iba a pasar muchos años esperando.

La expresión de Oriana se congeló.

—¿Te lo estás inventando?

—No. Me acojoné. En ese momento tú y yo no nos hablábamos. Estabas con Manel. Imagina la maldita gracia que me hizo... Desde los dieciséis, supe que iba a pasar toda la vida esperando para estar a tu lado.

—Joder.

—También dijo que las *alireza* siempre se buscan, que, aunque no lo saben, dan pasos durante toda su vida queriendo acercarse la una a la otra.

Se quedó pensativa. El aire tropical le agitó el pelo y ella se apartó los rizos antes de hacerme la siguiente pregunta:

—¿Tú crees que alguna fuerza superior medió para que volviera a España? Nunca entendí del todo qué me movió a tomar esa decisión.

—No lo sé —reconocí—. Lo que sí sé es que volví a ver a la chica que me leyó las cartas un día, cuando más perdido estaba con respecto a nosotros. Yo le dije que me había cansado de verte marchar y ella me contestó: «Entonces encuentra la manera de que quiera quedarse». Dos horas después, vi el cartel de «Se vende» en el piso del Poblenuo que acabé comprando con la esperanza de que algún día vivamos allí los dos.

—Vaya. No sé qué decir...

—Podemos llamarlo destino, *alireza* o casualidad. Pero, después de darle muchas vueltas, lo que creo es que en algún punto nos hartamos de no tenernos... y empezamos a movernos. Y aquí estamos.

Oriana no contestó. Solo me dio un beso precioso y se quedó el resto de la mañana con su mano entrelazada con la mía.

Regresamos a La Habana un par de horas más tarde.

Mima y Clarita nos recibieron con amor, felices de vernos y con esa sabiduría que dan los años, como si supieran exactamente el punto en el que nos encontrábamos Oriana y yo, tal y como habría ocurrido si hubiesen sido testigos de lo que habíamos vivido aquellos días en Varadero.

Pasamos la tarde juntos. Mima preparó una excepcional cena de despedida mientras de fondo sonaban boleros antiguos. Ella y la tía Clarita se retiraron pronto a descansar. Querían darnos espacio, aunque no lo dijeron.

Oriana y yo pasamos la noche en la misma habitación, pero no conseguimos dormir, solo podíamos besarnos, besarnos y besarnos.

Cuando al día siguiente tuve que decir adiós a su familia y a la casa donde nació y creció, algo se me partió dentro, algo que no sabía si algún día podría recomponer.

—Volveremos a vernos, *m'hijo*.

—Eso espero, mima...

—Mírame. —Lo hice. Miré a los ojos a la abuela de Oriana, a la única madre que ella consideraba como tal, y

supe que debía creer su palabra—. Te juro por la vida de mi nieta que tú y yo nos vamos a volver a ver.

—Ha significado mucho para mí conocerte.

Nos abrazamos como se abrazan dos personas que se quieren con honestidad, sin dobleces de ningún tipo.

Después, cerré la puerta de aquel hogar con el corazón arrugado como pocas veces en mi vida.

Oriana y yo llegamos rotos al aeropuerto. Ninguno de los dos lo ocultamos porque no tenía sentido.

Hacía solo nueve días que había aterrizado en la terminal Internacional José Martí de La Habana, pero era un hombre completamente distinto.

Hicimos la cola para el *check-in* cogidos de la mano. Faturé la maleta, me dieron la tarjeta de embarque y después tratamos de estirar el tiempo lo máximo posible, pero ambos sabíamos que me tenía que marchar.

No sabía qué decir. Ni siquiera sabía si podía hablar sin que la voz se me quebrara.

—Ori...

—Dame algo de tiempo, solo te pido eso, por favor.

—Claro. No voy a decirte que te esperaré siempre, pero..., bueno, en realidad, sí. No puedo imaginarme un escenario en el que me pidas que pase toda mi vida contigo y te diga que no.

Empezaron a caerle las lágrimas.

—Eres mucho más valiente que yo —susurró.

—Yo no soy valiente. Valiente es alguien que hace algo a pesar de temerlo. Yo no tengo miedo a que seamos felices, Ori. Así que no me considero valiente. Soy... otra cosa.

Me abrazó fuerte. Tan fuerte que pensé que su cuerpo y el mío se fundirían, que por fin tendría sentido esa sensación de que éramos parte el uno del otro.

—Te quiero. Te quiero, Teo. Más que a nada.

—Lo sé, Ori. Lo sé.

La besé. El segundo beso más triste del mundo que le daba en un aeropuerto. Me acordé del que nos dimos en

Cracovia, años atrás, y confié en todas esas versiones anteriores a nosotros de las que tanto habíamos aprendido, para que aquella de verdad fuera la última vez que nos decíamos adiós.

Oriana

No puedo decir que la vida siguió, porque todo saltó por los aires. Yo lo hice saltar.

La primera decisión que tomé cuando llegué a Salamanca fue hablar con Gonzalo.

—Pero no entiendo. ¿Hay otra persona?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde que tenía doce años.

Sus ojos lo entendieron todo. Y no añadió nada más.

Lo segundo que hice fue dedicarme a temas prosaicos, como estudiar a fondo el calendario de rotaciones, mirar los planes de residencia de diferentes hospitales y ver cómo andaban los alquileres por la ciudad.

Lo tercero, llamar a Maddie.

—Hola, niña, ¿cómo vas?

—Maddie..., ha pasado.

—¿El qué ha pasado?

—Teo y yo. Ha pasado.

—¡¡Dios mío!! ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cuántas veces? Necesito saberlo todo.

—Vino conmigo a Cuba.

—Jesucristo..., ¿se hundió la isla cuando te la metió por fin?

—Maddie, relájate...

—¿Vais a casaros? ¿Está ahí? Un momento, ¿dónde estás tú?

—Yo estoy en mi piso, en Salamanca. Él, en Barcelona.

—Pero, Oriana...

Le hice un resumen. De todo lo que había ocurrido las últimas semanas. Del punto en el que estábamos. Del siguiente paso.

—Soy muy fan de Teo —concluyó Maddie—. Me voy a hacer camisetas con su nombre.

—Ay, Maddie...

—Vale. Voy a dejarte para que pienses un rato, pero antes voy a darte un consejo avalado por todos nuestros años de amistad, un título en Psicología, un máster y cientos de horas en práctica clínica: deja-de-perder-el-tiempo.

Y colgó.

Teo

No puedo decir que la vida siguió, porque todo saltó por los aires. Ella lo había hecho saltar.

Traté de retomar mi vida donde la había dejado el día de Año Nuevo cuando recibí su llamada pidiendo que viajara con ella a La Habana. Intenté no perder la esperanza.

Oriana me amaba de la misma manera en la que yo la amaba a ella. Necesitaba algo de espacio para digerirlo todo, pero iba a hacerlo. Estaba seguro. Solo tenía que ser paciente. Nunca había sido paciente. No podía dejarme vencer por la inseguridad y otros fantasmas que ya había dejado atrás.

Tenía que llenar mis días de cosas que me ocuparan la cabeza.

Cogí más proyectos.

Hice más deporte.

Cansé mi cuerpo para engañar a mi mente.

Podía hacerlo.

Tenía que seguir esperando, solo un poco más.

Oriana

Respiré hondo antes de tocar al timbre. Me paré frente la valla de madera que flanqueaba la casa donde tantas horas había pasado en mi adolescencia, el lugar que había considerado un hogar. Pulsé el botón y saludé por la cámara que habían instalado hacía años.

Alguien abrió y yo crucé el jardín en dirección a la puerta principal. Miré el columpio, la piscina, el banco junto al rosal. Estaba muy nerviosa y no sabía por qué.

Isabel me sonreía desde el umbral de la casa. Llevaba un jersey de lana y el pelo recogido en una coleta alta. La abracé con fuerza y aspiré su familiar aroma.

—No sé qué hago aquí —reconocí con una risa nerviosa, mientras ella me acariciaba el pelo.

—Tranquila, yo sí. Llevó mucho tiempo esperando que vinieras.

La chimenea estaba encendida en el salón. Era una tarde de febrero especialmente húmeda. Yo había salido a las ocho de la mañana de Salamanca, tras una guardia, y me caía de sueño.

Isabel me preparó un café con leche y cortó unos pedazos de bizcocho casero mientras nos poníamos al día de mi trabajo en el hospital, de lo bonita que estaba Laia, de la salud de Teodoro padre, de la audición de piano que estaba preparando y de otros temas cotidianos.

Cuando consideró que estaba algo más repuesta, se tomó la libertad de mencionar el verdadero motivo que me había llevado a la puerta de su casa sin previo aviso.

—Bueno..., ¿y qué tal por Cuba?

Sonreí sin poder evitarlo.

—Intenso. —Desvié la mirada y después volví a centrarla en ella—. ¿Lo has visto?

—Poco —respondió, sin necesidad de aclarar en ningún momento de quién hablábamos—. Está taciturno. No quiere ver a nadie. Solo a su hermana, pero creo que únicamente accede por pasar un rato con Laia. Tampoco es que hable mucho con Sabrina. ¿Puedo preguntar... si fue mal?

—No. Fue bien. Pero me dijo que tenía que tomar una decisión definitiva respecto a nosotros.

—Me parece un planteamiento sensato por parte de mi hijo.

—Sí. —Me dio un vuelco el estómago.

—Y... ¿has tomado tu decisión?

—Sí, aunque todavía no se la he comunicado. He pasado antes por aquí.

Isabel no insistió. Se limitó a mirarme, como si supiera cuál sería el desenlace de nuestra historia.

Se llevó un pedazo de bizcocho a la boca y, con aire fingidamente distraído, retomó la palabra.

—¿Sabes? Siempre recordaré el día que te conocí. Lo recogí a la salida del instituto y entró en el coche disparando preguntas acerca de Cuba. Luego se pasó toda la tarde buscando información en la enciclopedia.

—¿De verdad?

Isabel dibujó una sonrisa sincera.

—De verdad. Y cuando tu hijo de doce años, que no toca un libro, se pasa horas pegado a una vieja Larousse..., es que está pasando algo grande. Y no me equivoqué.

No me di cuenta de que las lágrimas habían empezado a caer.

Llevaba así un mes entero. Desde que Teo había aterrizado en La Habana, algo había cambiado dentro de mí. No podía dejar de sentir. Lo sentía todo. Arrollador. Imparable. Incontenible.

—Perdón. —Me sequé las mejillas como pude.

—¿Por qué pides perdón, cariño? No me incomoda que llores. Ni tampoco me incomoda la intensidad de lo que ha habido siempre entre Teo y tú.

Isabel me pasó una servilleta y me miró con ternura.

—Ojalá no hubiera sido tan complicado...

—Teníais que pasar por todas las fases para estar en el punto en el que estáis ahora, Oriana. No había otra forma. Sé que no ha sido fácil, pero tenía que darse así.

A ese pensamiento me aferraba yo también.

Que todo por lo que habíamos pasado a lo largo de los años había estado dispuesto para que fuéramos esas versiones exactas de nosotros mismos, ese Teo y esa Oriana que por fin se miraban y se sentían a la altura el uno del otro.

—Gracias —susurré.

—Ori, antes de que vayas con él quiero darte algo.

Isabel subió al piso de arriba y bajó un par de minutos después con dos carpetas de gran tamaño entre sus manos. Me tendió la primera de ellas mientras me daba una pequeña explicación:

—Cuando Teo se marchó a Polonia, su padre tiró todo lo que había en su habitación. Ya sabes que no fue una buena época... Pero hubo una cosa que no encontró jamás y con la que yo me topé por casualidad debajo de su colchón.

Abrí la carpeta y lo que vi me cortó la respiración.

Decenas de dibujos míos. De mi rostro reflejando todos mis registros emocionales. Fragmentos de mí. Las microexpresiones que componen mi alegría, mi tristeza, mis anhelos, mi frustración...

Yo creciendo entre septiembre del año 2002 y febrero del 2012. Y la técnica de Teo creciendo conmigo, hasta que se marchó a Cracovia.

Me quedé turbada, sin saber qué decir.

—Desde que regresó a Barcelona, Teo tomó la costumbre de encerrarse en su antigua habitación. Y, aunque sé que

no está bien, un día se me ocurrió mirar debajo del colchón y... *voilà*.

La segunda carpeta contenía una muestra de dibujos similares, pero fechada desde el regreso de Teo, a partir de abril de 2017. En ese momento él no quería saber nada de mí. El último fue firmado en diciembre de 2019, días antes del viaje a Cuba.

Miré a Isabel, a la que le brillaban los ojos.

—Te ha querido toda su vida, Oriana. Siempre has sido tú.

Yo asentí. Entonces le pregunté:

—¿Puedo coger una cosa del jardín?

Teo

Era un atardecer frío. Las hojas de los árboles se movían indolentes mientras mis pasos se detenían sobre el asfalto. Iba pensando en el trabajo, en las ganas, cuando de pronto sentí que se paraba el tiempo. Sin previo aviso.

Alcé la vista y en los límites del parque, de nuestro parque, la vi, a ella, a Oriana, con un anorak blanco y un gorro de lana que me descolocaron, porque la última vez que la había visto llevábamos ropa de verano y sandalias.

Parecía que había pasado toda una vida, pero solo habían sido unas pocas semanas.

Oriana llevaba equipaje. Y temblaba...

Yo sentí que perdía la noción del tiempo, del espacio...

—Esa maleta es algo pequeña, ¿no? —dije, por decir algo, cuando ambos acortamos la distancia y conseguí que me saliera la voz.

—Es para el fin de semana. He venido solo para ayudarte a hacer la mudanza.

—¿Me mudo? —Alcé las cejas.

Se la veía tan nerviosa que pensé que me volvería loco de ternura.

—Sí. A un estudio en Salamanca. No es un superpiso en el Poblenou. Salamanca no es Barcelona. Hace mucho frío en invierno. Y no tiene mar. Pero estoy yo. —Dio un paso más—. Sé que está a ochocientos kilómetros de toda tu vida y que te estoy pidiendo mucho sugiriendo que lo dejes todo para venirte cinco años allí conmigo. No tienes que estar siempre allí si no quieres.

—Bueno, puedo ser como un nómada. O como los caracoles, que van con su casita a cuestas.

Se mordió el labio, cada vez más nerviosa, más acelerada.

—Estoy mirando algunas rotaciones externas en hospitales de Barcelona para que podamos pasar aquí el mayor tiempo posible. No sé cómo quieres que lo hagamos. O cómo quieres hacerlo tú. No quiero organizarte la vida, no pienses eso. Yo solo... —Le falló la voz. Di un paso hacia ella.

—Respira, Ori. Me estoy quedando contigo porque me he puesto nervioso. No soy un nómada. Mi casa está donde estés tú.

La abracé. Ella enterró la cabeza en mi pecho y yo le besé el pelo.

—No quiero perderte.

—No me vas a perder. Pero quiero que des este paso porque estás segura de que es lo que quieres, no porque te sientas presionada a nada.

—Claro que es lo que quiero. Yo también te he querido siempre.

Solo hizo falta una mirada para besarnos como si fuera la primera vez. Nos dimos un montón de besos torpes, honestos, entre sonrisas cómplices, hasta que ella me detuvo poniendo entre nosotros lo que llevaba en sus manos.

—¿Qué es eso?

—Lo he cogido de casa de tus padres.

—¿Vienes de casa de mis padres?

Abrió la bolsa y me asomé para ver qué había dentro.

A pesar de que el sol había desaparecido casi por completo, la iluminación de las farolas me permitió distinguir un tarro de cristal y dos carpetas cuyo contenido conocía a la perfección.

Miré a Oriana. Los ojos le brillaban, enredados con los míos.

—Bueno, si has visto esto y no has llamado a la policía quizá sí tenemos futuro. Por cierto, si te interesan los años que faltan..., tengo las carpetas en casa.

Ella se limitó a dibujar una sonrisa misteriosa mientras del interior de la bolsa sacaba el frasco de cristal.

Al principio la miré sin entender. Pero al observar el vidrio traslúcido pude vislumbrar la huella de mi propio carboncillo trazando los entresijos de la constelación de Cáncer.

Intenté respirar lento, más despacio, pero mis pulsaciones habían enloquecido de repente.

—Ábrelo —me animó ella—. Aún no tenemos treinta, pero no creo que a los Teo y Oriana de quince les importe que rompamos las reglas por unos meses.

—Vamos a casa. —No quería hacer aquello en plena calle.

Caminamos cogidos de la mano, sincronizando nuestros pasos. Mientras recorríamos la Rambla del Poblenou, Oriana me contó que había salido de guardia aquella mañana y había viajado en un coche compartido. Había pasado un rato con mi madre y había sido ella la que la había traído hasta Barcelona y quien se había compinchado con Sabrina para averiguar la zona por la que salía a correr.

No hablamos de lo que habíamos hecho las últimas semanas, pero imagino que ella me leyó en los ojos las dudas, las noches sin dormir, lo mucho que la había echado de menos y cuánto me había costado no plantarme en Salamanca para rogarle que pusiera fin cuanto antes a aquella agonía.

Cuando cruzamos las puertas de la casa juntos, me alegré de haberla esperado, de haber confiado en ese quizá llamado nosotros. Porque la única manera de querernos bien a partir de ese día y para siempre era empezar desde ese instante, desde ese punto de partida.

—¡Menudo cambio! —exclamó cuando pasó al salón—. Ha quedado genial. Cuando estuve la otra vez, casi todo eran cables y tabiques a medio levantar.

—Me alegro de que te guste, pero podemos hacer todos los cambios que quieras. También es tuya, ya lo sabes.

Se le iluminó la mirada.

—Gracias. —Se abrazó a mi pecho—. ¿Sabes? Nunca he tenido una casa en la que quisiera quedarme. Pero sé que quiero quedarme en esta. Siento muchísimo que tengamos que marcharnos.

—Vendremos tanto como podamos. Te lo prometo. —Dejó un beso en su pelo.

Oriana me sonrió mientras se quitaba el abrigo y lo dejaba en el perchero de la entrada. Después se acomodó en el sofá con serenidad, como si hubiera repetido ese gesto cien veces.

Me senté a su lado mientras abríamos el frasco de cristal que había esperado casi quince años enterrado en el jardín, junto al rosal de mi madre, y que contenía la lista de cosas que la Oriana de quince años me prometió una noche que querría hacer conmigo si a los treinta seguíamos en la vida del otro.

—Léela. —Oriana me tendió la hoja con manos temblorosas y yo, solo con ver cómo me estaba mirando, decidí leer en silencio porque supe que no iba a poder hacerlo de otra forma.

Querido Teo:

Te voy a ser sincera: una parte de mí cree que no vas a leer esta carta jamás. La vida es injusta. Yo un día lo tenía todo, aunque no tuviera nada, y de pronto me vi con las manos llenas, pero sintiéndome vacía de otras cosas que consideraba importantes.

Sin embargo, como toda regla tiene sus excepciones, tú apareciste en mi camino.

Por eso, la otra parte sabe que si nuestras vidas siguen unidas cuando tengamos treinta..., querré hacer todas estas cosas contigo.

Ojalá tú también sientas lo mismo:

Bañarnos juntos en todos los océanos del mundo.

Coger un tren sin saber adónde se dirige.

Quedarnos hablando toda la noche hasta ver amanecer.

Viajar a un montón de países, en todos los continentes, incluso aquellos que estén sin descubrir.

Acampar una noche en medio de la montaña y contar estrellas.

Aprender juntos un idioma con un alfabeto distinto.

Viajar en globo.

Hacer un voluntariado por una buena causa.

Hacernos un tatuaje que signifique lo mismo.

Viajar a Cuba y que conozcas a mima y a tía.

Quiero que nos demos un beso de verdad. Bueno, en realidad, me gustaría que fuera más de uno.

También quiero dormir contigo. Y despertarme a tu lado.

Me da vergüenza decírtelo, pero tengo que confesarte algo: a veces, por la noche, cuando no puedo dormir, pienso en ti.

Un día soñé que caminaba por el mar y encontraba un mensaje escondido en una botella. Ese mensaje hablaba de ti y de mí y de lo que somos el uno para el otro...

¿Crees que es posible que una persona esté enamorada de otra sin saberlo?

En ocasiones, me hago esa pregunta. Y eres tú quien me viene a la cabeza. Quizá por eso no puedo dormir...

Te quiero mucho, Teo.

Eres mi mejor amigo y la persona más importante de mi vida.

Para siempre.

Oriana
15.10.2005

Recuerdo permanecer en silencio durante mucho rato, perdido en mis pensamientos, en mí, en ella. En ellos. En esos chiquillos de doce, trece, quince, veinte años que se querían incluso sin entenderlo.

No sé por qué me afectó tanto.

Tenía un nudo en la garganta mientras releía aquella carta una y otra vez.

No sé cuánto tiempo pasó. Oriana estaba a mi lado, solo estando y solo siendo.

—No me puedo creer que haya estado todos estos años guardado en el jardín de mis padres —expresé por fin.

—Y yo no puedo creerme lo mucho que te quería siendo tan joven y tan cínica.

La miré. A Oriana. Mi Ori de veintinueve, que había vencido su miedo a ser un problema, a que la abandonaran, a que la hirieran, a sentir de verdad, a que nos quisiéramos para siempre, y que estaba allí para que pudiéramos estar juntos y ser la mejor versión de nosotros.

—Me acuerdo de ese día —le dije—. Me acuerdo de que empezaba a entender que estaba enamorado de ti, pero sin comprender la complejidad de ese sentimiento. Solo entendía que te quería de una forma que sobrepasaba la amistad. Éramos tan críos, Ori...

—Sí. —Sonrió.

—¿Te acuerdas de que me preguntaste qué era para mí estar enamorado? Pues creo que la respuesta es que llevo tanto tiempo enamorado de ti que no conozco otra cosa. Es mi estado natural porque es parte de quien soy, porque tú eres una parte de mí. Con el tiempo he aprendido que no he pasado página porque nunca he querido realmente. O eso dice Bruno y, como le pago todas las semanas, creo que tengo que hacerle algo de caso.

Oriana soltó una risita y yo también sonreí.

—Te he elegido cada día mientras dormía y también cuando abría los ojos aunque no estuvieras a mi lado. Si tú eliges lo mismo que yo, estaremos juntos para siempre.

Besé nuestros dedos unidos y ella parpadeó, sus ojos llenos de tanto...

—Teo, mi forma de querer es diferente a la tuya; mucho más oscura... Tú mismo lo dijiste el otro día. Eres mi casa, mi hogar. Y lo que nos pasa con los hogares a las personas desarraigadas como yo es que a veces sentimos que no somos de allí, pero que no podemos ser de ningún otro sitio. Sin embargo, al mismo tiempo, el hogar es parte de nosotros y no podemos cambiarlo. Eso me pasa contigo. Que te tengo tan dentro que para dejar de amarte como te amo tendría que borrarirme a mí misma. —Le falló la voz, cogió aire despacio—. Soy difícil, sé que te volveré loco y que necesitaré ayuda para hacerlo bien..., pero quiero que seas feliz y quiero que lo seas conmigo.

Asentí lento, con las emociones vibrándome en el pecho, en la nuca, en las costillas.

Después la besé. Le besé las dudas, las ganas, el amor, la devoción. Y le prometí que ilustraría las palabras que acababa de decir, las más bonitas que había escuchado en la vida.

Subimos al dormitorio, a la que siempre había sido nuestra habitación, desde la que podíamos ver el mar, y nos comimos la piel durante horas, toda la noche, por encima del bien y del mal.

No sé cuándo abrimos los ojos, pero la tonalidad de luz que entraba indicaba que estábamos próximos al mediodía.

—Tenemos una mudanza que hacer —anunció Oriana con voz pastosa—. Sé que no es lo que más te apetece en el mundo, pero...

—Bueno —la corté—, es posible que haya adelantado trabajo y tenga hechas algunas cajas desde hace un par de días.

—¿Perdona? —Se incorporó de golpe en la cama y me miró con las cejas alzadas.

—Llámame optimista, si quieres. Esperaba que aparecieras tarde o temprano y no íbamos a perder tiempo guardando ropa si podíamos hacer esto... —Acaricié su pecho desnudo y ella se echó a reír.

—Qué tonto eres, Teo.

—Oye, ahora que lo nuestro es oficial, ¿puedes, por favor, reconocer que cuando me llamas «tonto» o «idiota» estás en realidad diciéndome que me quieres?

Oriana desplegó una sonrisa enigmática en su boca, como si me mereciese que confesara su secreto.

—Vale. Lo reconozco. ¿Qué información sustanciosa vas a darme tú a cambio?

Fingí considerar mi respuesta.

—El segundo día de instituto, cuando te encontré llorando porque Pere y los demás se estaban metiendo contigo, corrí hasta ellos y les dije que venía de una de las familias más poderosas de Barcelona y que si volvían a meterse contigo me enteraría de quiénes eran sus padres y tendrían serios problemas.

—¿Qué? ¿Por qué hiciste eso?

—¡Qué coño sé! Tenía doce años. Me leía los comics de *La patrulla X* y *Los vengadores* de dos en dos. Estaba tarado...

—Digo que por qué hiciste eso por mí. No me conocías de nada...

—¿Qué parte de que me volví loco por ti en cuanto te vi no has captado aún? No le busquemos la lógica.

Oriana dibujó la forma de mis cejas con ternura.

—Carles me dejó porque me hizo elegir entre tú y él, y no tardé ni medio segundo en darle una respuesta —confesó de pronto y después me taladró con sus ojos noche—. Jamás has tenido rival, Teo. Nunca.

Cuando la escuché decir aquello, me incliné sobre su rostro y la besé de nuevo. Le besé la frente, los párpados,

las mejillas, las orejas, la nariz, los labios, la barbilla, el cuello...

—Por ti me mudaría a una isla perdida en Groenlandia, a un poblado sin electricidad en medio de la selva o a donde fuera necesario, Oriana. Quiero pasar mi vida entera contigo. Sí, tendré que venir alguna vez a Barcelona porque tengo clientes que visitar, mis sesiones con Bruno y la familia, pero estoy seguro de que lo podemos arreglar. Voy a vivir en Salamanca contigo porque tú eres ese lugar al que siempre querré regresar cuando acabe el día. Y te juro que no me pesa lo más mínimo esta decisión.

Pasamos aquel fin de semana preparando cajas, maletas, trazando planes. Paseando por la ciudad que llevaba toda una vida esperándonos y que aún debía esperarnos un poco más.

Soñando en voz alta, con las manos agarradas, los ojos llenos, la piel encendida.

Y cuando días después llegamos a ese estudio que ella había alquilado para que viviéramos los dos mientras terminaba la residencia..., nos miramos y en los ojos del otro leímos: «Estos somos nosotros».

Ya no existía el quizá.

Y los Teo y Oriana que fuimos se quedaron en otra realidad, allá donde los sueños se cruzan con la vigilia, allá donde siempre serían eternos.

Epílogo

En la esquina de la calle Estrella con Lealtad, doña Alicia Valdés aguarda la llegada de su nieta, la única hija que no llevó en su vientre, a la que dejó marchar porque los santos le dijeron que su destino la esperaba fuera de la isla.

«Hay cosas que no tienen que ser para que otras sí sean.»

Y ellos, Teo y Oriana, tenían que ser.

Doña Alicia lo entendió cuando los vio juntos por primera vez, aquellos días que pasaron en La Habana, y las piezas de ese destino escrito en las estrellas encajaron en su mente.

El viaje que hicieron juntos a Varadero los cambió para siempre.

Pocas semanas después, empezaron una vida juntos en Salamanca y, a pesar de todos esos años de reproches y desamor que llevaban a cuestas, una vez que tomaron la decisión de no volver a separarse rápidamente aprendieron que la clave era seguir creciendo juntos.

Porque la vida, al fin y al cabo, son etapas. Y en cada etapa que surgía nacía una nueva versión de ellos y de su relación. Y su secreto siempre fue precisamente volver a enamorarse el uno del otro en cada reencuentro.

Porque «ellos siempre serían», y se seguían eligiendo cada día y cada noche, en el sueño y la vigilia, por encima del bien y del mal.

Vivieron durante años entre Salamanca y Barcelona, entre un pequeño estudio de cincuenta metros, otros pisos que vinieron después y su hogar en el Poblenou, jugando con los programas de rotaciones de diferentes hospitales para poder formar una vida y una familia a su medida, hasta que Oriana finalizó la residencia y obtuvo un contrato como médico intensivista en el Hospital Sant Pau de Barcelona y se establecieron allí de manera definitiva.

Doña Alicia agradece, desde lo más hondo de su corazón, aunque nunca se lo dirá a su nieta para no tocar esa herida que sabe que aún le escuece de vez en cuando, que en esa idea de vida y familia sigan figurando ella y Clarita.

A veces, cuando se despide de ellos en el aeropuerto, no puede evitar pensar que quizá sea la última vez que los vea marchar. Después, coge aire con fuerza y se obliga a creer que habrá una próxima. Que volverá a ver a su querida Oriana. Y a Teo. Y a las dos hijas de ambos que llegaron con los años.

Por eso, siempre que anuncian su visita, baja a esperarlos a la calle, para verlos llegar con el coche y no perderse ni un segundo de sus voces, ni de sus risas, ni sus miradas...

Y doña Alicia sueña, respira y se siente en paz por lo que ha conseguido ella, por lo que han conseguido ellos...

Sabe que no hay nada que se compare a esos segundos cuando los ve poner un pie en esa calle, la misma en la que su nieta dio los primeros pasos y, mientras ella aún está en la esquina, Oriana encuentra sus ojos, le sonrío y le dice:

—Mima..., ya estamos en casa.

Y todo está en su sitio.

Agradecimientos

Era enero de 2020, yo estaba en La Habana y dos personajes aparecieron en mi cabeza con una intensidad que no había vivido antes.

Durante dos años, diez meses y todo lo que ocurrió en ese tiempo, siguieron conmigo, siendo mi lugar seguro.

Cuando les puse punto y final, mi vida era otra completamente diferente.

Supongo que tenía que ser así.

Como dijo Isabel, «un día miras atrás y entiendes que todo tuvo su porqué».

Ahora veo que todo estuvo dispuesto para que pudiera enfrentarme a la escritura de la historia de Teo y Oriana siendo una Alejandra distinta a la que abrió aquella hoja en blanco por primera vez.

El proceso creativo de *Ese quizá llamado nosotros* ha sido lo más difícil y lo más especial que he hecho nunca, literariamente hablando.

Creo que no hubiera sido posible hacerlo sin todas esas personas que me echaron una mano, ya fuera quedándose con mi hija para que pudiera dedicarle un rato al manuscrito, escuchándome en los días más feos o, simplemente, dejándome ser.

Así que gracias.

Gracias, en primer lugar, a Olivia, *el amor de mamoti*, porque tu llegada redimensionó la escritura de esta novela, y también mi vida. Cuando seas mayor, te contaré que saqué adelante esta historia llevándote dentro, dándote de

mamar y acompañándote en tus primeros pasos. Eres lo más bonito del mundo.

Gracias a René por compartir tu vida conmigo, por crecer a mi lado y por saber reencontrarnos y querernos en cada nueva etapa. Gracias por llevarme a La Habana aquel enero de 2020 y gracias por ayudarme a atravesar todas las fases de creación de esta novela.

Gracias a mamá y tij, las mujeres de mi vida, porque estáis siempre.

Gracias a Juan Carlos y Marta, mi cable a tierra, la respuesta sin condiciones a cada llamada de auxilio o desvarío, la eterna mirada sin juicio.

Gracias a Abril Camino por seguir aquí y por obligarme a mandar *lo que tú sabes a donde tú sabes*. Sin ti, esto no estaría pasando.

Gracias a mi familia cubana por el amor, las anécdotas durante años que me ayudaron a construir mejor esta novela y por formar parte de mi historia. En especial a Nieves, mi suegra, por su apoyo, y a Isidro, que nos dejó demasiado pronto y a quien siempre recordamos con una sonrisa.

Gracias a Ruth Pinkasz, porque en tu consulta entendí mejor a estos personajes, y también a mí misma.

Gracias a mis compañeras, Diana, Raquel y Almudena, porque durante gran parte del proceso de escritura, cuando más complicado era todo, convertisteis el día a día en algo mucho más fácil y divertido.

Y, por último, gracias al maravilloso equipo de Crossbooks, especialmente a Anna Casals y Daniel Ojeda, por la oportunidad, la confianza y el cariño que habéis puesto en esta novela. Gracias por llevar tan lejos a Teo y Oriana.

Y también gracias a ti, lectora o lector, que has llegado hasta aquí.

Mil gracias por haber elegido esta historia.

Ese quizá llamado nosotros
Alejandra Beneyto

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Alejandra Beneyto, 2024

© ilustración de cubierta: Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A, 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

CROSSBOOKS 2024

crossbooks@planeta.es

www.planetadelibros.com

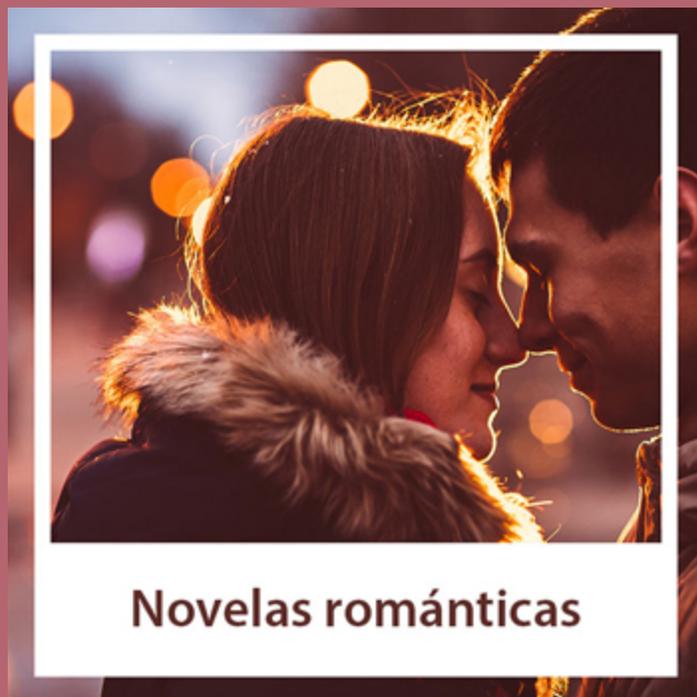
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2024

ISBN: 978-84-08-29059-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**



¡Síguenos en redes sociales!



 9788408290599_epub_cover.jpg